

DAD A  
CIÓN C



EL EVANGELIO

EN TRIUNFO



B2145

.E82

E8

1823

V.3

c.1



1080042811

*José Angel Benavides.*

INDEX  
DE NOTICIAS



DOCTOR JUAN GILBERT  
DE AVILA  
1875

EL

# EVANGELIO

EN TRIUNFO.

UANL

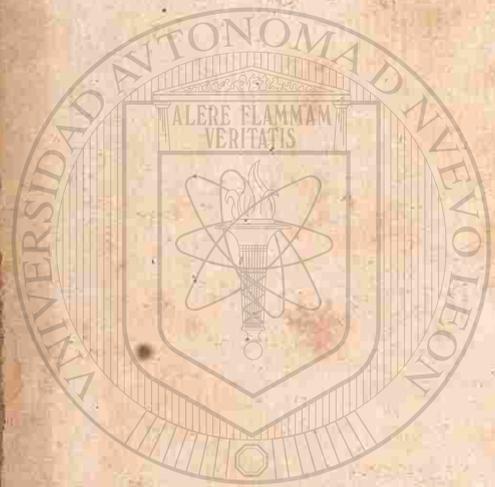
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



E#46#83

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
FUNDADA EN 1933



U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

®

Tomo III



*¡Santo Dios es este Manuel!*

EL EVANGELIO  
 EN TRIUNFO,  
 ó  
 HISTORIA  
 DE  
 UN FILÓSOFO DESENGAÑADO.

NUEVA EDICION,  
 ADORNADA CON LÁMINAS.

119456

TOMO TERCERO.

PERPIÑAN,

En la Librería de J. Alcine, Impresor de S. A. R. Alonso IV,  
 Hermano de S. M.

1823

FONDO BIBLIOTECA PUBLICA  
 DEL ESTADO DE NUEVO LEON



B2145  
E82  
E83



BIBLIOTECA PUBLICA  
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NAVARRA

# EL EVANGELIO EN TRIUNFO.

## CARTA XXII.

EL FILÓSOFO A TEODORO.

Querido amigo: Yo pasé aquella noche con mucha inquietud. Mi corazón estaba verdaderamente afligido, porque, á pesar de lo que me dijo el padre, no veía camino ni descubría senda por donde poder salir del laberinto de mi deplorable vida. Muchas veces me había aplicado á hacer recuerdo de mis delitos, y ponerlos en orden. Su multitud me espantaba, su peso enorme me estremecía; pero cuando quería coordinarlos, y darles una sucesión metódica para confesarlos, se confundían en mi memoria.

Toda la noche me ocupé en este objeto; pero, á pesar de mis esfuerzos, siempre acababa por no ver más que un montón de horrores intrincados, montañas de matorrales tan enmarañados y confusos, que ni aun la vista podía penetrarlos. Yo me perdía en este trabajo, y no se me presentaba otra luz que la funesta del despecho. Desde que llegó el padre le espliqué mis congojas, y le dije: Si el examen de conciencia debe ser tan circunstanciado y por menor como me habeis explicado, es imposible que yo le haga. Para esto sería preciso hacer una historia de toda mi vida, y yo no soy capaz de contarla. El Tom. III.



padre se sonrió, y despues que me hizo sentar, me dijo:

Yo espero que le hagamos bien, y sin que sea necesario contar la historia de vuestra vida; porque, reflexionemos un poco, ¿á qué se reduce este examen para la confesion? A darse á conocer á su confesor tal como el mismo penitente se conoce delante de Dios en las cosas que tienen dependencia ó conexion con la religion y sus preceptos: todo lo que no importa para esto es inútil. Ve aquí pues la mayor parte de la historia suprimida. Ayer os dije que el mejor método era dividir su vida en quatro ó cinco partes, segun la edad que cada uno tiene, y no pasar de una á otra, ni en el examen ni en la confesion, sin haber apurado, la primera. Esto es muy útil para fijar las ideas del penitente y del confesor, y el medio mas seguro para evitar la confusion. Desde que esta division se entabla es menester examinarse y confesarse de aquella parte de vida que se emprende, como si verdaderamente se estuviere en el punto que la termina. Y esta confesion no puede tener mas que dos objetos: los pecados que se han cometido en aquel tiempo, y las disposiciones interiores del ánimo.

En quanto á los pecados es difícil olvidarlos, sobre todo quando son considerables; y es conveniente empezar por estos, principalmente por aquellos cuyo recuerdo es mas urgente ó mas vergonzoso. Desde que el corazon los sacude se siente aliviado, se dilata y adquiere mas libertad para confesar los otros con mas orden ó menos turbacion; y en quanto á los que

son de la misma especie no es necesario acusarse de cada uno en particular sino de todos juntos: por ejemplo, el que ha tenido la costumbre de mentir, no necesita de contar menudamente todas las ocasiones en que ha mentido.

Pero, para hacer sentir la necesidad de distinguir las diferentes especies de pecados, supongamos que alguna de estas mentiras hubiera sido apoyada con un juramento, ó que hubiera denigrado al prójimo con alguna calumnia grave; entonces seria preciso explicar estas circunstancias, porque ya no son simples mentiras; la primera es un perjurio, y la segunda una calumnia. Es verdad que se debe tambien declarar el número, pero es solamente quando se puede, ó del modo que se pueda. Es claro que es muy difícil hacerlo con exactitud, y mas quando se trata de una costumbre ó de tiempos remotos; pero basta decir poco mas ó menos quanto ha durado el intervalo en que se cometian, y quantas veces tambien poco mas ó menos caia durante aquel intervalo. En fin no se exige del penitente sino que diga lo que le parece, y que pueda acercarse mas á la idea que su conciencia se forma, con tal que no quiera engañar al confesor, y que despues de un examen prudente diga lo que le parece acercarse mas á la verdad. Esto le basta.

En quanto á las disposiciones interiores es menester explicarlas, porque pueden haber sido muy delincuentes, sobre todo quando lo ha sido la conducta exterior; pero fuera de que por la confesion de los pecados el confesor se halla en estado de conocerlas, estas

disposiciones son de dos especies : ó generales é inseparables del pecado , que son el olvido y desprecio de sus obligaciones ; ó particulares que nacen de las mismas pasiones , como , por ejemplo , movimientos de animosidad , venganza , enemistad , envidia , y otros semejantes . Es preciso confesar estas últimas , sobre todo si han sido violentas , y esplicar del modo que se pueda el tiempo que han durado , y el grado de fuerza mayor ó menor que han tenido ; pero , como las otras son una necesaria consecuencia del pecado , basta confesarlas en general .

Solo añadiré que puede ser muy útil esplicar las inspiraciones y remordimientos que se han sentido estando en pecado , el uso que se ha hecho de aquellos auxilios , y de que manera se ha correspondido á ellos . Esto me parece importante , porque puede dar muchas luces al confesor para conducirse , y preservar al penitente de malograr en adelante las gracias de Dios .

En una palabra nosotros fuéramos muy dichosos en confesarnos tan perfectamente como lo hizo San Agustín en el libro admirable que intituló sus *Confesiones* . No solo contiene una confesion de cerca de treinta años , sino una relacion muy circunstanciada de su vida despues de su conversion ; y no obstante si quitáramos de aquel libro las elevaciones á Dios , y las reflexiones que hace el Santo , que sintiéramos mucho perder por estar llenas de doctrina y de unción ; si le redujéramos , digo , á los hechos y disposiciones personales , sería una lectura de tres ó cuatro horas .

Yo sé bien que todos no pueden tener el talento y comprension de San Agustín , y que es menester que el confesor tenga mucha paciencia , y sobre todo al principio . Una alma llena de confusion y de dolor no sabe por donde empezar , dirá muchas cosas inútiles ; y si la conversion no es todavia tan perfecta como debe ser , los estímulos del amor propio podrán cerrarle la boca , harán que no se explique sino á medias , y deseará que el confesor le alivie , ayudándole para moderar su rubor .

Pero para eso nos ha puesto Dios allí . Su ministro en el sagrado tribunal de la penitencia lo debe ser tambien de la dulzura y de la inmensa caridad de Jesucristo . Nosotros debemos ponernos en el mismo lugar en qué estan los pecadores humillados . ¿ Qué nos enseña la parábola del pastor que carga sobre sus hombros la oveja descarriada , sino que debemos evitar á los penitentes toda la aspereza del camino , allanándole y quitándole todos los estorbos ? No debemos pensar en nuestra pena , sino considerar mucho la suya . ¿ Qué somos en aquella sagrada funcion , sino ministros de Jesucristo ? Allí ni oímos ni hablamos con nuestros hermanos , sino en su nombre , y aun no digo bastante ; no los oímos ni los hablamos , sino en persona de Jesucristo , y el penitente debe considerarnos como tales . Y así el confesor no debe respirar sino bondad , caridad , paciencia , dulzura , consuelo , alivio ; y el penitente de su parte candor , ingenuidad , franqueza , docilidad , confianza y buena fe .



¡ Ay, señor ! ¡ cómo la presencia de Jesucristo quita todas las dificultades ! ¡ y cuán cierto es que el que le sigue no anda en tinieblas ! El que no le ve en todas partes , y principalmente en la confesion , es porque no le sigue atentamente . ¿ Cómo el que se representa que está á sus pies podrá dudar que debe confesarle lo que se haya desordenado en sus inclinaciones , acciones , motivos , y en el uso que ha hecho de sí mismo , del tiempo y de los bienes ? Es menester tener muy poca fe para venir con desvío , y no hallar el mayor de los consuelos en la bondad que tiene de escucharle ; porque yo espero que no olvidaréis jamas dos cosas que os dije ayer .

La primera , que en el tribunal de la penitencia hablais con Jesucristo , que está allí presente para oiros ; porque allí mas que en otra parte se juntan dos en su nombre ; la segunda , que , por un efecto de su misericordia , no se hace presente , sino por su ministro , á quien ha revestido de su poder para que le confeseis los pecados , lo que es necesario para obtener el perdon de ellos , para que podais decir con verdad : Yo os hice conocer mi pecado , yo no os he ocultado mi injusticia ; lo que no le podeis decir , sino por el ministro que ha puesto en su lugar . Porque por este ministro recibe vuestra confesion , por este ministro , que la ignoraba , y que no podia saberla sino por vos ; pues á su adorable persona nada se puede ocultar , ni hacer saber nada de nuevo . Y así ya conoceis , señor , que desde que no perdemos de vista á Jesucristo que está presente , no hay difi-

cultad en nada , y que no puede haberla , si nos acordamos con San Pablo , que en nuestra religion *Jesucristo es todo , y está en todo* (1).

Asi aunque sea cierto que el pecador está obligado á confesar sus pecados , esta obligacion , lejos de ser una carga , es un alivio para el alma penitente y fiel . Su dolor á la vista de su iniquidad seria un peso intolerable , si la religion no le hubiera preparado este consuelo .

¿ Qué hará pues una alma verdaderamente afligida de haber ofendido á Dios ? Jesucristo no la pide para perdonarla sino que se haga conocer al ministro de la reconciliacion , tal como á ella misma le parece ser en la presencia de Dios . Esto debe hacerlo por una confesion clara , porque el dolor sincero no sabe hablar de otra manera . Tambien la pide Jesucristo que no oculte nada de lo que la aflige . La confesion debe ser entera . ¿ Y qué interes hallaria el dolor en disimular nada de lo que le causa , cuando no se puede aliviar sino con decirlo ?

Es menester pues decir al confesor todo lo que nos turba , todo lo que nos parece que en nuestra vida ha podido ofender á Dios . Ya os he dicho , señor , los medios ; ya os he explicado hasta donde y no mas se estiende esta necesidad . Si á pesar de esto creéis , señor , que no podréis hacer el examen fácilmente , ó si pensais , lo que es mas natural , que yo puedo ayudaros y facilitaros con mi esperiencia el medio

(1) *Ad Coloss.* , III , II .

de hacerle, estoy dispuesto á lo que os sea mas agradable, y ved aqui el método que os propongo.

Pensad esta noche, y dividid vuestra vida en cuatro ó cinco épocas fijas. Desde mañana despues de la misa nos juntaremos y emprenderemos la primera. Yo os preguntaré, vos no haréis mas que responderme, y veréis como en breve tiempo ajustamos esta cuenta. Luego que esta esté acabada empezaremos otra, y con la ayuda de Dios en breve llegaremos al fin. Pero, como no quisiera que acortáramos estas instrucciones que habíamos empezado, y en que creo poder deciros cosas útiles, reservaremos su continuacion para la tarde, y de este modo lo haremos todo á un tiempo, la confesion por la mañana, y la instruccion por la tarde. ¿Aprobais esto?

El santo hombre me proponia esto con tal interes, tal calor, como si me pidiera una gracia; yo conocí su caridad, y comprendí el esfuerzo de su virtud. No pude dejar de enternecerme, y tomándole las manos quise besárselas; pero él, mas ágil y mas acostumbrado que yo á la humildad, tomó las mias y me las besó. Esta accion me llenó de rubor, y me hizo conocer por la primera vez quanto es mas alta la humildad que la soberbia. Despues de haber convenido en ello, el padre me dijo: Ahora, señor, preguntadme lo que quisiereis; pero no olvidéis que estamos en presencia de Jesucristo.

Yo le pregunté: ¿Es preciso, padre, en la confesion declarar su nombre, su estado ó profesion y sus bienes? El padre me respondió: En quanto al nombre

es muy raro que sea necesario decirle; Jesucristo jamas le preguntó á ninguno de los enfermos que ha sanado, y no fue sin misterio. Era el Salvador de todos, y sobre todo de los fieles; *Venid*, decia (1), *todos los que estais fatigados, y yo os aliviare*. En efecto Jesucristo no nos llama por nuestros nombres, sino por nuestras necesidades. Los que necesitan de su socorro tienen derecho á él. Jamas se niega á nuestros ruegos, y solo se priva de esta ventaja el que no le pide nada. Así, señor, el nombre es inútil; porque no se trata en la penitencia de nombre, y todos son iguales á los ojos de Dios, sino de necesidades y miserias.

Pero como Jesucristo quiere conocerlas por el ministro que ocupa su lugar, y que la profesion de cada uno puede ser la causa ó la ocasion de sus culpas, es necesario hacerla conocer, como se demuestra por tres razones. La primera, porque el estado mismo ó la profesion puede ser delincuente, y en este caso deberia ser parte de la confesion. La segunda, porque aunque el estado no lo fuera por sí mismo, puede ser para el penitente una ocasion próxima de pecado, y en este caso la obligacion de declararle es evidente; porque no se pudiera hacer conocer bien la culpa, sin hacer conocer el estado, y porque es preciso dar al confesor las luces suficientes á fin de que le conseje lo que se ha de hacer para que el estado deje de serle una ocasion próxima, ó para que le abandone, si es

(1) *Math.*, xi, 28.

posible. La tercera, porque cuando el estado no fuera vicioso, ni ocasion próxima para el penitente, cada estado tiene sus obligaciones propias. La negligencia en no enterarse de ellas no solo es un pecado de que debe acusarse, sino que puede ser el principio de otros muchos. No repetiré lo que ya dije, que todos los Cristianos deben cuidar que su estado sirva á su santificacion ; pero para haceros conocer cuan lejos estamos del juicio de Dios en este punto, permitidme que os pregunte si alguno hace escrúpulo de sus afanes para conseguir mayores dignidades, y estender sus relaciones con los hombres por la autoridad que adquiere sobre ellos, y si con tal que no haya que reprender en los medios de que se valen, no se mira la ambicion en el mundo como una bella y noble pasion, y como la virtud de las almas grandes, aunque en la verdad sea la ruina entera de todas las ideas que sugiere la religion.

Os preguntaré tambien si es ordinario acasarse de los pecados de sus hijos y criados, que tal vez no hubieran cometido, si se hubiese tenido el debido cuidado de instruirlos y de velar sobre su conducta. Y sin embargo, estos pecados, que los penitentes miran ligeramente, son pecados enormes, que pueden separarnos de Dios por toda la eternidad. San Pablo lo dice (1): *Quien no cuida de los suyos, y en especial de los domésticos, ha negado la fe, y es peor que el infiel.*

(1) *Timoth.*, v, 8.

¿ Y cuál es este pecado que no se comete sin renunciar á la fe? No consiste todo en vestirlos y pagarles sus salarios, esta es la parte menos considerable; la esencial es que en todas las cosas sea glorificado Dios, el padre de Jesucristo, y nosotros en él. ¿ Y quiénes son las personas á quienes debeis este cuidado? Sin excepcion todos los que nos pertenecen, de cualquier modo que nos pertenezcan. ¡ Padres y madres de familia! son vuestros hijos, vuestros parientes, vuestros criados, vuestros aprendices, si los tenéis. ¡ Grandes del mundo! son vuestros vasallos, y cuantos vuestras dignidades y empleos hacen dependientes de vuestra casa. De todos estos debeis cuidar; vuestro cuidado debe ser que todos glorifiquen á Dios por Jesucristo, y los que no tienen este cuidado son los que el apóstol dice que han negado la fe, y son peores que los infieles.

De esto inferiréis, señor, que en el cristianismo no es gran ventaja ser opulento y poseer grandes mayorazgos, y que las ideas que inspira no son compatibles con la ambicion ni con los deseos de adquirir con los empleos autoridad sobre los demas hombres. He dicho esto de paso para haceros conocer con un ejemplo solo cuantas son las obligaciones del estado, y cuan poco conocidas son.

En cuanto á los bienes ó caudales el confesor no pedirá cuenta; pero os hará observar, sin entrar por ahora en si son bien ó mal adquiridos, y si pueden gozarse sin zozobra, que los que viven con abundancia deben ayudar á los pobres, á proporcion de

sus facultades ; que la obligacion de dar lo superfluo está declarada por Jesucristo , y sirve para el perdón de los pecados ; que este superfluo tiene reglas muy diferentes de las que el lujo , el fausto y la profanidad quieren imponerle , y que la religion impone tambien obligaciones á los ricos.

El que viniera á decir á Jesucristo en la persona de su ministro , y con la misma buena fe, lo que Zaqueo le dijo (1) : « Señor , yo voy á dar la mitad de mis bienes á los pobres , y si he hecho agravio á alguno le volveré el cuadruplo » , merecería que los ministros de Dios no le hablemos de sus bienes , que los abandonemos á la disposicion de un corazon tan santo y generoso , y que nos contentemos con decirle , como Jesucristo : « Ahora ha entrado la salud en esta casa ». Pero es justo que el penitente haga lo que Zaqueo , si quiere que le repitamos estas palabras de tanto consuelo.

El confesor debe ser tan poco curioso de los negocios domésticos de los penitentes , como de adquirir la noticia de sus haciendas ; pero si el penitente ha oprimido al pobre ; si le ha perdido con su poder ; si ha movido ó defendido pleitos injustos , ó si ha hecho otras iniquidades , ¿ no es preciso hacerle reparar estos daños ? ¿ qué otro interes deben tener los ministros que el de los penitentes ? Si estos buscan á Jesucristo en sus personas , no es mas que para buscar la instruccion y el consuelo de que necesitan , y en Jesu-

(1) *Luc* , xix , 8.

cristo no puede haber curiosidad. Sus ministros pues nunca harán preguntas , que no sirven mas que á satisfacer esta curiosidad. Así , señor , el conocimiento del nombre es inútil , pero el del estado , la profesion , los bienes y los negocios no lo son siempre.

Yo le dije : ¿ Y no pudiérais darme una regla segura para distinguir las circunstancias que es preciso decir de las que se pueden callar ? Hay algunas que son tan vergonzosas... Yo no puedo , respondió el padre , daros otra regla que la que nos da el concilio tridentino , que no es preciso confesar sino las que mudan el pecado ó le agravan. Es verdad , como decís , que hay algunas que son vergonzosas ; pero esta vergüenza y humillacion es la que mas nos advierte la necesidad de acusarlas. ¿ Y qué dificultad no debe vencerse ? ¿ podemos olvidar que estamos á los pies de Jesucristo , y que es él á quien las confesamos en su ministro ? ¿ no sabemos que este ministro no solo no puede revelarlas á nadie , pero ni hablarnos á nosotros mismos , sino cuando vuelve á tomar el lugar de Jesucristo ? No es pues á él , es á Jesucristo á quien se ha confiado aquel secreto ; Jesucristo es quien le guarda , y si el ministro fuera capaz de descubrirle , fuera traidor al mismo Jesucristo. Ni la santa religion del juramento puede dispensarle ; y si en justicia se le interpelara en nombre de Jesucristo á decir lo que sabe , jamas podia descubrir cosa alguna de lo que supo por confesion.

Pero vuelvo á mi principio , y digo : ¿ Quién puede sentir dificultad en decir á Jesucristo lo que sabe me-

¡or que nadie, y que solo quiere que se le diga por su ministro, porque esta confesion libre y voluntaria es el único medio de obtener el perdon? Si considera que está á los pies del mismo Jesucristo, ¿en qué otra cosa debe pensar, sino en esponerle sus miserias, la afliccion de su corazon, el pesar de haber ofendido á un Dios tan grande y tan amable, el temor de volverle á ofender, y el deseo de recibir su absolucion?

Esto es lo que debe hacer para oír de sus divinos labios: Anda, hijo, tu confianza en mí te ha salvado, y ya no puedo dejar de derramar mis bendiciones sobre tí. Nadie te acusa aquí sino tú mismo. Ya he hecho desaparecer todos los que te acusaban. Tú has quedado solo conmigo, ve si tu conciencia te condena todavía de algo; si ya nada te condena, ni yo tampoco te condenaré. Ved aquí mi sentencia. Ese corazon que tanto tiempo se ha alejado de mí será confortado con el lleno de mi misericordia; como no tiene otro acusador que él mismo, yo no le doy mas castigo que su mismo pesar: anda, hijo, y no peques mas; esta es toda mi venganza. Este es, señor, el modo con que nos trata Jesucristo, y no puede haber dificultad que no se desvanezca en su presencia.

Confieso, padre, que el que fue tan temerario que cometió delitos, debe, por mas trabajo que le cueste, confesarlos á Jesucristo; pero cuando ve en sí mismo que hay algunas razones que en ciertos casos pudieran excusarle... ¡Ay! señor, me interrumpió el padre, con Jesucristo no gana nada, sino el que se acusa: Adán excusándose no adelantó nada, y sus infelices

hijos solo pueden perder. Pero son tan débiles, que por poco que puedan excusarse es difícil que no abusen. Empiezan por confesar sus faltas, pero las atribuyen si pueden á otros, y á fuerza de decir que estos tienen la culpa, se olvidan de las suyas propias. Esta disposicion en que los tiene el amor propio es la causa de que no se corrijan. Uno dice: yo soy vivo por temperamento; yo no me hice á mí mismo, y aunque quisiera no podré refundirme; no soy dueño de mí, y sin saber como, entro en cólera, digo palabras ofensivas, y se me escapan las blasfemias y juramentos.

Ved aquí el modo con que algunos suelen acusarse de sus vivezas y prontitudes, y de las consecuencias que han tenido aunque sean muy grandes. Les parece que esto basta, y que Dios no pide mas; pero debieran pensar que las faltas de otro no justifican las nuestras; que la paciencia no fuera virtud, si no sufriera sinrazones; que este temperamento fuera menos impetuoso, si, en vez de fortificarle con la costumbre, se hubiera domado con la resistencia, y que jamas un defecto puede ser buena excusa de otro, porque se debe corregir. Así me parece que pocas veces un penitente se puede excusar, y no obstante no me atrevo á decirlo absolutamente, porque puede haber alguna circunstancia en que le sea permitido, y que no quisiera faltar á la regla de la simplicidad, la cual ordena que el penitente se haga conocer del confesor tal como él mismo piensa que es.

Digo con simplicidad, porque solo esto puede hacer

tolerables sus excusas; respecto de que no basta que no quiera engañar al confesor, es menester tambien que cuide de no engañarse á sí mismo. Por ejemplo, una muger dice en la confesion que ella va á la comedia, porque así lo quiere su marido. Pero, ¿no lo quiere tambien ella misma? ¿le ha hecho las representaciones convenientes? ¿ha explicado bien á su marido que esto la daba un sincero disgusto? ¿y le sentia en efecto? ¿Cómo esta muger que en tantas otras cosas sabe los modos de no hacer mas que su propia voluntad es en esta dócil á la de su marido? ¿ha procurado merecer con su dulzura, virtud y religion, que su marido la deje la libertad de ser cristiana? ¿y se podrá creer fácilmente que un marido se imagine que su muger será mas casta, mas aplicada al cuidado de su casa y á la educacion de sus hijos, en una palabra, mas virtuosa, cuando asista á los teatros? Lo mismo digo de estos adornos y galas excesivas, de este esmero esquisito de trages y peinados. Todas estas excusas por lo comun son vanas, y no es menester mucha penetracion para conocer la verdad. Uno de los mayores cuidados del confesor ha de ser que el penitente no se engañe á sí mismo. Señor, el verdadero dolor no piensa en excusarse; lejos de querer disminuir sus faltas, las exagera á sus propios ojos, y esta es la mayor disposicion para la penitencia.

Hay otro error bien comun en los Cristianos débiles, que los aleja mucho del verdadero fruto de este sacramento, y es que miran la confesion como

un

un deber penoso, como un yugo duro de su religion, y no quieren entender que, supuesta la flaqueza del hombre y santidad de Dios, y que no puede dejar de castigar el pecado, no ha podido su misericordia mostrarse mayor, que dándole un remedio fácil para que obtenga el perdon. Sin este sacramento ¿qué hiciera un Cristiano pecador de muchos años, que, cerca de la muerte, se sintiera penetrado del dolor de los pecados, y temeroso de la justicia divina? Si se le dijera que Jesucristo habia bajado á la tierra, que podia ir á arrojarse á sus pies y pedirle perdon, ¿no miraria esta esperanza como el mas dulce de sus consuelos? ¿no miraria como la mayor felicidad hallar la ocasion de que le oyera este divino Salvador? Por otra parte, ¿cuándo este se viera cargado de los delitos mas atroces, no estuviera seguro de que si tenia la dicha de postrarse á sus pies, y de implorarle, el amable Jesus le recibiria con bondad, le escucharia con paciencia, le absolveria, y le daria con su absolucion todos los frutos de su gracia? Y ve aquí lo que no conocen los hombres por su poca fe. Jesucristo está en el confesonario, y no es menos bueno ni menos poderoso allí que en el cielo; está mas cerca para atender á nuestras necesidades.

Si Jesucristo viniera á la tierra, ó se mantuviera en ella como estuvo, aquellos que no pudieran ir á buscarle, por la distancia de los lugares ó por sus propios impedimentos, se quejarian de su suerte, y envidiarian la de aquellos que le trataban. ¿Qué ha hecho pues? Se ha retirado al seno de su Padre, y se

Tom. III.

ha acercado á todos por medio de la fe; desapareció de la tierra, pero fue para que todos podamos igualmente acercarnos al trono de su misericordia, sin que nos sea necesario correr tierras ni atravesar mares. Ha distribuido en todas partes sus ministros, á quienes ha dejado en su lugar, revistiéndolos de su poder, y prometiendo que cuando el penitente vaya á buscarlos, le hallará á él mismo en ellos. Concibamos pues que el que está á la derecha de su Padre nos ve y nos oye cuando le hablamos en la confesion. Yo quisiera, señor, que estuviérais penetrado de esta verdad. ¿Y quién que cree que Jesus es su Dios, y que lo ha prometido así, puede dudarlo?

¿Quién no ve tambien que no pueden ser mas que obra suya los efectos que se ven diariamente en este sacramento? ¿qué otro que el Omnipotente ha podido causar las mudanzas que se ven en tantas almas que llegan penetradas de horror por los pecados que pocos dias antes eran el embeleso de su corrupcion; y que ahora, con la compuncion en el pecho y la vergüenza en el rostro, vienen ellas mismas á condenar sus injusticias, y descubrir todas las iniquidades que antes encubrian?

No ha mucho que veíamos una alma altiva que, locamente embriagada del amor de sí misma y de los placeres, despreciaba el cielo y la tierra. Vivamos y gocemos de este mundo, se decía á sí misma. ¿Quién nos ha dado noticias del otro? Dios está muy lejos para cuidar de nuestras cosas, ¿cómo es posible que se ofenda de que nos divertamos?

Así hablaba, así vivía esta alma insensata. ¿Y quién la ha mudado tan en breve? Ahora la parece delirio, horror y locura lo que antes juzgaba razonable; detesta los placeres que anhelaba, y ya no los ve sino como delitos. Sus antiguas ideas ya no la parecen mas que delirios y abominaciones. Esas pasiones que adoraba con tanta complacencia la parecen mas amargas que la hiel y los ajenos; ya no la interesan sino por el dolor de haberlas escuchado, y su único consuelo es afligirse.

Para esto viene á los pies de Jesucristo, esplica á su ministro los motivos de su pena, y cree aliviar su vergüenza á medida que la descubre. El ministro ve un espectáculo digno de Dios. Aquella alma penitente, depuestos ya los arreos profanos, alimento de la vanidad y simbolo de la soberbia, está á sus pies, y poniendo en tierra aquellos ojos que no se levantaban al cielo sino para insultarle, se humilla, se postra, y empieza por decirle que va á confesar á Dios, y descubrirle sus iniquidades en presencia de los ángeles y de toda la corte celestial.

Invoca particularmente á María, la santa madre de Dios, á Juan, el héroe de la penitencia, á todos los apóstoles y santos, y les pide sean testigos de su dolor. Como no puede comunicar con la Iglesia del cielo sino por la de la tierra pide á esta en la persona de su ministro que la oiga sus pecados. Sus gritos son los de la penitencia, le dice que ha pecado mucho y de todas maneras, con pensamientos, palabras y obras, y que va á declararlo aunque le cueste mucho á su rubor.

Añade que es un monstruo, que no merece mas que cólera y castigo, y, para probar que lo siente, da golpes en su pecho, como que quiere maltratar á su corazon insensato. No busca excusas; declara que es delinente, que no tiene á quien atribuir sus desacatos y ofensas á Dios, sino á su culpa y á su grandísima culpa. Se reconoce indigno de perdon, y solo le espera por los ruegos del cielo y de la tierra: *ideo precor*; y luego hollando al amor propio, forzando las barreras de la vergüenza, y con un valor que solo puede inspirar la fe, descubre secretos que solo Dios y ella pueden saber. Yo lo repito, señor: ¿Quién sino el Omnipotente ha podido hacer tanta mudanza?

Los incrédulos nos piden milagros. Ve aquí uno, y quizá mas asombroso que la resurreccion de un muerto. El mundano no lo considera; pero el Cristiano atento lo venera, y los ministros de Dios, que son los instrumentos que lo ven con sus ojos y lo tocan con sus manos, reconocen continuamente la divinidad de una religion que sola es capaz de tales maravillas. Los penitentes en quienes Dios las hace, por un efecto aun de la flaqueza humana, nos suelen preguntar ¿qué concepto formamos de ellos? ¿si no nos parecen monstruos de abominacion?

¡Almas felices! ¡almas queridas de Dios! dejad esos importunos y frívolos pensamientos. ¿Qué concepto podemos formar, sino que sois escogidos, y que sois vasos de misericordia, en que el Omnipotente hace cosas grandes, y en que muestra á nuestros ojos la santidad y gloria de su nombre? ¿podemos pensar

mas en lo que erais? Ya sabíamos que sois hombres hechos de barro deleznable; lo que nos ocupa es ver lo que ahora sois por la gracia de Dios. Si hemos oido vuestro desarreglo es solo para admirar la paciencia de nuestro Salvador. Este valor que os da de acusaros de todo sin disimular nada, ese candor y buena fe con que declarais que vuestra mayor inquietud es no confesaros con la exactitud que deseais, esa docilidad con que recibis las instrucciones, consejos y penitencias que os damos, ese corazon, caverna antes de las mas venenosas sierpes, de las mas crueles fieras, que ya está abierto á la inocencia y á la gracia, y que no aspira sino á crecer en virtudes; ved aquí lo que nos ocupa, pues nos hace ver vuestra felicidad, y la estension de las misericordias divinas.

Yo le interrumpi para decirle: Vos alentais, padre, mi corazon abatido, que en realidad lo necesita. Vos veréis lo que nunca habeis visto, un monstruo cual nunca lo ha habido. El padre me dijo algunas palabras para tranquilizarme, y continuó diciendo: Despues de haberos dicho lo que es menester para la confesion, paso á hablar de las diferentes disposiciones interiores que preparan al hombre á la conversion del corazon; porque es menester concebir firmemente que sin esta conversion no se puede conseguir el perdon de los pecados, ni recibir con utilidad la absolucion. El temor de los juicios de Dios y la fe que le inspira pueden contribuir mucho; porque, aunque sin el amor no hay justicia, aquel temor y aquella fe nos encaminan á él, por consiguiente son medios santos, útiles

y necesarios. Debemos pues con gran cuidado fomentarlos y fortificarlos en nuestro corazón; y debemos mirar el temor de Dios, que la fe nos inspira, como la primer basa de la virtud cristiana.

David decía al Señor (1): *Penetra de tu temor mis carnes; tus juicios me hacen estremecer.* Este profeta, cuyos cánticos respiran el amor mas vivo de su Dios, pide que sus carnes sean penetradas de temor, sobre todo del temor de sus juicios, y de los castigos que reserva á los transgresores de su ley. Jesucristo, que es el autor y consumidor de nuestra fe, nos dice: Temed al que puede entregar el alma y el cuerpo al tormento del fuego que no se estingue. Este soberano Maestro no omite el proponernos el temor como motivo de la resolución con que debemos arrancarnos el ojo, ó cortarnos el brazo que nos escandalizan; porque mejor es, nos dice, entrar en la vida con un ojo ó un brazo menos, que ser arrojado á las llamas eternas con los dos. Es verdad que su religion es de amor y caridad; pero, sin dejar de encendernos en tan divino fuego, es menester no olvidar los motivos justos que él mismo nos propone.

El concilio de Trento nos dice (2): « Los hombres » se preparan á la justicia, cuando, habiendo sido » excitados y ayudados por la gracia, y persuadidos » por la fe, se dirigen á Dios con libre movimiento » de su voluntad, creyendo las verdades que Dios ha » revelado, sobre todo que el pecador se justifica por » la gracia y redencion de Jesucristo; y cuando, ha-

(1) *Psalm. cxviii, 120.* (2) *Sess. v, cap. vi.*

» ciendo ellos reflexion de que son pecadores, movidos » por el temor de la justicia divina, se vuelven á con- » siderar su misericordia, y animados de esta espe- » ranza confían en ella, y esperan que Dios querrá » perdonarles sus pecados por los méritos de Jesu- » cristo, y reconciliarlos con él». Observad, señor, que el concilio no separa el temor de la esperanza, y que no hace de los dos mas que un movimiento, cuyo principio es el temor y la esperanza el fin; y observad tambien la graduacion con que se eleva el alma hasta la conversion del corazón.

La gracia empieza, porque, segun nuestra fe, todo buen movimiento viene de Dios y de su gracia. Esta gracia es interior ó exterior. La interior es el estímulo del corazón que desea instruirse de lo que debe hacer para convertirse á Dios. La instrucción misma es la gracia exterior, y el anhelo y cuidado de aprovecharse de ella es su efecto. El primer fruto de esta gracia es que la fe nazca en el que no la tenia, ó que resucite ó despierte en el que la tenia muerta ó dormida.

En efecto el concilio añade que esta fe es el principio de la salvacion, la raiz y fundamento de toda justicia; ¿y por qué? porque nos descubre á un tiempo nuestras obligaciones y nuestras faltas, lo que debiéramos ser, y lo que somos, las dichas que perdemos, y los castigos que nos amenazan, y sobre todo que podemos salir de tan mal estado por la gracia y redencion de Jesucristo.

El temor pues es un don sobrenatural de la fe; pero la fe no le propone nunca sin la esperanza, porque

desde que el alma siente la inquietud que la agita busca el remedio que la tranquilice. El infeliz que en medio de las olas teme por instantes la muerte, no se acogerá con mas ardor al leño que puede salvarle del naufragio, que el pecador se acogerá al de la cruz, que es el que la fe le presenta; y cuanto mas vivo y penetrante sea su temor, tanto mas se entregará á los motivos de confianza que debe tener en Dios por Jesucristo.

Yo quiero suponer que ama todavía el pecado. Figuraos, señor, el hombre mas disoluto; que Dios le penetre en un instante con la luz de la fe, que esta le muestre el horror de su conciencia y el castigo que le espera, que vea al infierno bajo de sus pies, y oiga tan vivamente como San Gerónimo la trompeta espantosa que pregona, *levantaos muertos, y venid á juicio*; quiero suponer que no se haya mudado ni convertido; pero, si no es mas detestable que un demonio; si no dice, como Cain, mi pecado es demasiado grande para merecer perdon, es imposible pensar que cuando estos terribles pensamientos ocupan su espíritu la pasion mantenga su antigua fuerza.

¿Por donde empieza el pecado, y por donde acaba? Apartaron los ojos para no ver el cielo, ni acordarse de los juicios de Dios, dice la Escritura, hablando de los infames viejos que calumniaron á la casta Susana, y se puede decir lo mismo de todos los pecadores. ¡Cuántos combates cuesta el primer delito! ¡cuántos baldones nos hace el corazon despues de haberle cometido! ¡Ojalá los hubiéramos escuchado,

y que su impresion hubiera sido mas fuerte que la pasion que nos arrastró hácia él! Pero el pecado, haciéndonos olvidar sus repetidos ataques, los ha desterrado, y entonces nos quisiera persuadir que quizá la religion y sus terrores son una quimera. Lo peor es que quisiéramos hallar razones para creerlo. ¿Y por qué? Porque es difícil que el pecado se halle junto con aquel temor; y de aquí nace que, si por haberle perdido hemos caido en la culpa, es menester recobrarle para levantarnos.

Es cierto que el temor solo, aunque sea loable, no convierte el corazon, porque no muda la voluntad, y solo suspende sus actos; pero, ¿porque el temor solo no haga toda la obra, se sigue que no tenga parte en ella? Supongamos una alma que el temor abate, que en su primer terror no ve en la enormidad de sus delitos mas que la proximidad de sus castigos. Ya he dicho que es imposible que no vuelva los ojos á la misericordia; pero puede ser que esta esperanza sea débil, que no se la presente sino como desde lejos, y los castigos tan de cerca, que ya van á caer sobre ella; pregunta aterrada si puede confiar en la misericordia que tanto ha despreciado; no duda que es infinita; pero no se atreve á esperar por lo mismo que teme con extremo.

¿Qué es lo que la dice la fe en esta desolacion? Espera. El mayor de tus delitos fuera desesperar de la misericordia sin término. Y cuando ve que el mismo Dios que la atemoriza no solo la permite, sino que la manda esperar en su bondad; cuando

considera que estos mismos terrores que la acobardan vienen de su mano, porque Dios no la espantara si no quisiera llamarla; que todos estos golpes son dones suyos, y el mayor fundamento de la confianza; cuando en fin la fe la presenta todos estos objetos de consuelo, como entonces nacen de sus temores sus esperanzas, empieza á estimar y bendecir á estos mismos temores.

Así pues el temor y la esperanza luchan por hacerse dueños de aquel corazón que la fe les ha puesto en las manos, y le hacen sentir un combate que cuanto es mas penoso le parece mas dulce, porque cuanto mas le penetran, mas se entrega al dolor. Las lágrimas corren, los sollozos se atropellan, las postraciones acompañan á la oración y á los gemidos, y el alma no encuentra otro consuelo que abrir todas las puertas á las expresiones de su dolor. La felicidad, la dulce paz de los justos se la representa vestida de toda la calma y serenidad de que ella misma aun no goza; la compara con las angustias voraces que la devoran, siente la diferencia, envidia la suerte, y se promete imitar sus ejemplos.

Desde aquel instante ya no ve mas que delirios y tribulaciones en los caminos de la corrupción, se asombra de haber podido estar tan ciega. Si no ha roto ya sus cadenas, á lo menos siente su peso, reconoce su fealdad, y levanta los ojos al Omnipotente, para que las rompa con su mano fuerte, y la ponga en estado de cantar en su gloria el cántico de su libertad.

¿Quién podrá decir que un temor de esta especie no obre sobre el corazón, y no le disponga á la justicia? Lo que yo sé es que la fe cristiana no puede inspirar otro; y si sus movimientos no son siempre tan vivos, siempre son de la misma naturaleza. Confieso que es menester algo mas que este temor de los juicios de Dios para producir la conversión entera del corazón del pecador, y que nazca en él la justicia, porque esta solo puede producirla el amor; pero, ¿es menester romper la tierra, y que el arado la prepare antes que reciba la simiente? Pues yo digo que nada puede romperla tan bien como este santo temor que produce la fe.

Pero, padre, para eso seria necesaria una fe muy viva; y si apenas la tienen los justos, á quienes el amor inflama, ¿cómo pueden tenerla los pecadores, que solo estan animados del temor? Sin duda, me respondió, que la fe debe ser viva, esto es, fuerte y activa. ¿De qué puede servir una fe muerta y sin acción? Pero, ¿de quién depende que la fe no sea viva? No seguramente de la santa religion que seguimos, no del nombre de Cristianos que tenemos, ni del juramento que hicimos de conservarla tal como la recibimos. La Iglesia no nos la dió muerta, ni nos la dió para hacerla morir en nuestras manos.

Sin duda la fe debe ser viva. ¿Y porqué no lo es? porque no nos causamos de darla golpes mortales, ya con desórdenes de toda especie que nos ciegan hasta el punto de que creamos que nuestro interes es perderla, ya con conversaciones impías y licenciosas,

en que solo buscamos el modo de confirmar las dudas que han hecho nacer las pasiones, y en fin con lecturas tan disolutas como irreligiosas, tan capaces de corromper el espíritu como el corazón; ¿y despues de esto podemos estrañar que nuestra fe no sea viva? ¿Y cómo puede serlo cuando hacemos cuanto podemos para sofocarla, cuando se hace casi gala de no tenerla, ó á lo menos se aparenta así por vanidad? ¡Es cosa triste, señor, que este vicio insensato quiera ser hoy una gala de moda!

Hombres sin freno ni instruccion quieren ser maestros, y enseñar su incredulidad á los infelices pecadores á quienes aflige su conciencia, y desearan desembarazarse de la religion, tan ignorantes como sus discípulos, pues en toda su vida no han dado un cuarto de hora de atencion á lo que debiera ser el único estudio del hombre. Hablan de los objetos mas sagrados, y deciden con autoridad. Una chanza, una ironía, un chiste son todas sus demostraciones; ¿y cómo pudieran tener otras? Pero la ignorancia de los unos y de los otros se satisface con esto. Se rien de aquellas bufonadas, y aplauden aquellos dichos insensatos, cuando bastaria una razon modesta con poca ciencia para oírlos con extremo desprecio. Y despues de esto vienen á decirnos que su fe no es viva. ¿Cómo puede serlo? Lo que debe sorprender es que no haya desaparecido del todo.

Si alguno viniera á decirme que su fe no es viva, yo le preguntara ¿y qué es lo que haces para que lo sea? Yo quiero suponerte muy lejos de los excesos

que acabo de censurar, y que tienes fe y religion; pero pasas toda tu vida en el juego, en los teatros y en las diversiones. Y si la fe apenas vive en el justo que no omite nada para sostenerla, y hacerla vivir con el retiro, santas lecturas, meditacion, oraciones, vigilancia y mortificacion de sus sentidos, ¿cómo es posible que viva en tí, que por un lado te entregas desmedidamente á todo lo que puede matarla, y por otro nada haces de lo que pudiera darla vida?

Que se nos pregunte despues de esto ¿qué mal hay en esta vida ociosa, tejida casi toda de placeres, de afanes inútiles, de adornos, galas, conversaciones frívolas, y disipaciones de toda especie? ¿Qué mal, señor? El mayor, el mas terrible de todos, que es dar muerte á lo que debe ser el principio de la vida, á la fe de que vive el justo, y sin la cual todo está muerto á los ojos de Dios.

¡Tu fe no es viva! ¡y porque no lo es, te atreves á añadir muerte á muerte! ¡porque no lo es, como si temieras que vuelva á revivir, trabajas en cortarla las raices mas pequeñas, y no dejarla una reliquia de resurreccion! Si estando tan muerta, todavía te da esos latidos con que te estremeces, y si con sus gritos hace que la escuches y la temas; si, aunque muy débil para convertírte, es bastante para inspirarte algunas veces el deseo, y te obliga á dar como de por fuerza algunos pasos hácia el bien, ¿qué no hiciera si la dejaras la libertad de obrar sin sujecion, si te contentaras con no resistirla y dejarla obrar?

Pero tú no lo quieres , porque conoces que tomaria mucho ascendiente sobre tí. ¿ Y te sienta bien venir-me á decir que tu fe no es viva ? ¿ Es culpa suya ó tuya ? Deja de resistirla , no combatas contra ella , no la mates , y verás que como es el principio de la vida y de la inmortalidad , se vuelve á animar de nuevo para conducirte derechamente por el camino de la vida eterna.

La verdad es , señor , lo que el concilio nos dice : Los hombres se disponen á la justicia por la fe , que les inspira temor de los juicios de Dios , y este temor obligándolos á volver los ojos á la misericordia , los eleva hasta la esperanza. Este es el orden que Dios ha establecido para la conversion del pecador , y es menester seguirle con fidelidad. Cultivemos con aplicacion las impresiones preciosas de la fe , huyamos con cuidado de todo lo que hasta ahora las ha debilitado ó las ha hecho inútiles. Sostengámoslas con el retiro , la oracion , las lecturas santas ; y la semilla de la fe , como el grano de mostaza , aunque al principio sea la menor de las semillas , crecerá hasta hacerse un árbol grande. Lo esencial es no oponerse á lo que ella puede hacer ; si los que se quejan de su poca fe consultaran su propia conciencia , ella les responderia del mismo modo.

Pero , padre , ¿ cómo es posible conciliar ese temor con la confianza ? Por otra parte me parece que si el pecador , viendo los excesos de su vida , no puede desprenderse del temor , el justo , el que siempre ha vivido en la inocencia , no debe tener mas que con-

fianza. ¡ Ah ! si yo volviera á vivir de nuevo , yo creo que seria de modo que no tuviera las inquietudes y terrores que ahora me devoran. ¡ Qué , señor ! me respondió el padre , vos no podeis conciliar el temor con la confianza , y yo no veo como pueden separarse , si se entiende bien el objeto de entrambos.

El que examine sólidamente nuestra religion divina hallará que jamas podemos ni tenemos nada que temer de parte de Dios , y que debemos temerlo todo de parte de nosotros mismos. Dios es soberanamente bueno , es la bondad misma : si es terrible en su justicia , es porque le forzamos á serlo ; nunca lo es sino de nuestra parte. Dios ama las almas que ha criado á su imágen , segun la espresion de la Escritura ; y porque las ama , quiere que todas se salven , y lleguen al conocimiento de la verdad. Pero si de parte de Dios nada tenemos que temer , de la nuestra lo debemos temer todo. Es imposible en la religion separar estos dos objetos.

Asi el justo teme , porque puede tropezar y caer , á causa de que por sí mismo no es mas que corrupcion y flaqueza. El pecador teme , porque no puede levantarse él mismo de sus pecados ó caidas , ni puede por sí evitar los justos castigos que merece. Uno y otro deben desconfiar de sí mismos. El justo debe dar gracias , orar , velar , andar con atencion , mortificar sus sentidos , y guardar su corazon con no interrumpida solicitud. El pecador debe afligirse , implorar , gemir , recordar los desórdenes de su vida en la amargura de su corazon , avivar su fe , y llenarse

de temor con la vista de los fuegos inextinguibles. Como el uno está por tierra, y el otro puede resbalar, la fe dice á los dos: *Satagite, contendite*; haced cuanto podais, ó para sosteneros ó para levantaros.

Pero vos, señor, que hallais tan difícil conciliar el temor con la confianza, decidme: si Dios os aseguraba hoy por el ministerio de uno de sus ángeles, que habia perdonado todos vuestros pecados, y que os daria la felicidad eterna, ¿estariais seguro entonces de vuestra dicha? Yo respondí: sin duda, padre; y si pudiera estar cierto de que no era ilusion, seria un delito no estarlo. Pues yo os digo, replicó el padre, que vos no estariais mas seguro entonces de lo que hoy estais de su misericordia, y que no es posible que lo esteis mas. Porque ¿cuál seria entonces el fundamento de vuestra seguridad? Sin duda la palabra de Dios y la verdad de sus promesas. Pues su bondad y su misericordia no son menos ciertas, ó, para decirlo mejor, la verdad de sus promesas y su misericordia no son dos cosas diferentes. Y porque hoy no os propone mas que su bondad por motivo, porque quiere que el sacrificio sea entero, porque exige que su bondad sola os excite esta confianza, ¿vos no le ofrecereis este sacrificio de justicia?

Padre, le dije yo, ¿qué confianza puede tener aquel que ha pasado una entera y larga vida en un diluvio continuado de iniquidades, y aquel cuyos pecados se han multiplicado mas que los cabellos de su cabeza? Si Dios me ve como yo me veo, no puedo ser á sus ojos mas que un objeto de cólera y de furor.

¿Si

¿Si Dios os ve? respondió el padre; sin duda que Dios os ve, mil veces mejor de lo que vos podeis veros, ¿y que fuera de vos si permitiera que vos os vieseis como él os ve, ó tal cual sois?

Pero, ¿os figurais, señor, que Dios busca en el hombre lo que es ó lo que ha sido para ejercer su misericordia? El corazon humano es todo corrupcion, y la vida menos delincuente no pudiera inspirar el menor fundamento de confianza. Y ve aquí otro caracter de nuestra flaqueza. El hombre no quiere contar con su Dios absoluta y exclusivamente, no puede resolverse á no contar tampoco consigo mismo. ¿Y qué resulta de esto? Que, como cuanto mas examina, tanto mas descubre en sí miseria y corrupcion, tanto mas tambien se turba y desalienta. Dejemos pues estos vanos terrores, estas injustas desconfianzas, que no inspira la fe, y que ella misma debe someter y reglar. Lejos de que el conocimiento de nuestras miserias deba acobardarnos, él debe animar nuestra confianza para esperar en la bondad divina; porque, ¿quién sino Dios nos ha dado este conocimiento?

Yo encuentro sobre este asunto en la Escritura una reflexion que me parece llena de razon y buen sentido. El ángel del Señor se muestra á Manué, padre de Sanson, y le anuncia que tendria un hijo. Manué, que no le conoció, le pide que espere un momento para asistir al sacrificio que va á ofrecer á Dios en accion de gracias; y cuando el fuego estuvo bien encendido, el ángel se metió entre las llamas y desapareció. Manué y su muger asombrados caen por

Tom. III.

3

tierra el rostro contra el suelo, y él dice : Preparémonos á la muerte, porque hemos visto á Dios. Este discurso no era digno de un buen Israelita ; pero su muger con mas razon le responde : ¿ Si Dios hubiera querido matarnos nos hubiera hecho ver todas estas cosas ? Lo mismo debe decirse á aquellas almas que por un movimiento natural se turban y se abaten.

Porque, señor, ¿ quién es el que os ha dado este conocimiento que hoy os agita tanto ? ¿ le tenia vuestra alma en aquel tiempo en que bebia los pecados como el agua ? ¿ cuando os parecia que solo vos teniais razon ? ¿ cuando disputabais con tanto orgullo contra las máximas del evangelio ? ¿ cuando en fin cerrabais los ojos con tanta obstinacion á las mismas luces que hoy os descubren los errores y delitos de vuestra vida ? ¿ Quién pues os ha abierto los ojos ? ¿ quién os ha dado estas luces ? ¿ Erais mejor ? ¿ veiais mas cuando no las teniais ? ¡ Y qué ! porque ahora Dios os ha hecho conocer vuestro estado, porque os ha hecho sentir vuestra flaqueza y miseria, porque no os deja ignorar la necesidad que teneis de su socorro, en fin porque estais desengañado, y no podeis disimularos que no podeis nada sin su gracia, ¿ os dais por perdido, y no veis el modo de tranquilizaros ? ¿ vos decis que vais á morir porque habeis visto al Señor ? Pero, ¿ Dios se deja ver de aquellos que quiere perder ? ¿ y este mismo conocimiento que os da del abismo de vuestras miserias no es señal de que las quiere perdonar ?

¡ Señor ! las inquietudes y terrores cuando los mira

el pecador con este espíritu ; cuando, lejos de querer escondérselos, procura penetrar con los ojos de su dolor hasta lo mas íntimo de su conciencia, en lugar de desalentarse con la funesta vista de sus llagas, el sentimiento de su propia flaqueza hace que se arroje con mas fuerza en los brazos de Dios, y dice como la muger de Manué : ¿ Si hubiera querido perderme me hubiera mostrado todo esto ? ¿ porqué me perdí, sino porque me obstiné á no verlo ? Así, señor, el verdadero penitente se eleva del temor á la esperanza, de la esperanza al amor, y el amor consume la justicia. La fe empieza la obra, y la misma fe con la caridad la perfecciona.

Hoy hemos hablado del temor y de la esperanza, y uno y otro no son mas que los medios para llegar al fin. Hay otro que es mas inmediato, mas eficaz, y tan necesario, que sin él, como ya os he dicho, no se puede conseguir la conversion perfecta del corazón, este es el amor. Ved aquí, señor, lo que seguramente justifica al pecador ; ved aquí lo que le muda de esclavo del demonio en hijo de Dios, lo que le restituye todos los bienes y derechos que le dió el bautismo, y en fin lo que le hace heredero de Jesucristo, y compañero de los espíritus celestiales.

Pero, como el amor tiene diferentes grados, mañana trataremos de este asunto. Espero que no olvidaréis el nuevo orden que nos hemos propuesto. Por la mañana vendré á ayudaros en el exámen, y por la tarde hablaremos del amor. Yo repetí mi reconocimiento al padre, y con esto se retiró. Te ase-

guro, Teodoro, que este padre es un ángel de Dios; yo no puedo dudar que ha venido del cielo para ayudarme. No puedo explicarte que consuelo da á mi corazón. Discurre que fuera de mí sin sus consejos y reflexiones. Cuando considero la diferencia que hay de él á mí, á ti y á todos los que viven tan ciegos, me parece que hay mas distancia que del cielo á la tierra. ¡Ay, Teodoro! ¡qué diera yo por verte con él! A Dios.

## CARTA XXIII.

EL FILÓSOFO A TEODORO.

QUERIDO Teodoro: ¡Qué necios somos los infelices, cuando, enredados entre las cadenas de los vicios, no conocemos mas que los placeres groseros que ellos presentan! Si tú pudieras comprender el regocijo y la satisfacción que esperimé la mañana de este día, cuando, despues que estuve con el padre, ví que con la ayuda de sus esfuerzos quedaba desenmarañada y puesta en órden la primera época de mi tenebrosa vida, comprendieras tambien que hay placeres morales, placeres del corazón, que la carne y sangre no pueden experimentar jamas.

¡Ah! que los hombres que gobierna el espíritu de Dios son muy superiores, ó, para decirlo mejor, de un órden mas elevado que los que viven segun el espíritu del mundo. Anda á ver esos filósofos profundos, esos genios brillantes, esos espíritus sutiles, que hablan con tanto fausto, que disputan con tanta arrogancia, y fascinan la razon de los fatuos con su oropel engañoso; mas cuando llega un momento crítico se conoce su inutilidad y su falacia. Ponlos cerca de la muerte, ó entre las aflicciones y dolores, y busca sus auxilios, y entonces son nada, sus socorros son fútiles, y sus consuelos vanos.

Al contrario estos hombres de Dios, sencillos, modestos, con trage humilde y espresion moderada,

guro, Teodoro, que este padre es un ángel de Dios; yo no puedo dudar que ha venido del cielo para ayudarme. No puedo explicarte que consuelo da á mi corazón. Discurre que fuera de mí sin sus consejos y reflexiones. Cuando considero la diferencia que hay de él á mí, á ti y á todos los que viven tan ciegos, me parece que hay mas distancia que del cielo á la tierra. ¡Ay, Teodoro! ¡qué diera yo por verte con él! A Dios.

## CARTA XXIII.

EL FILÓSOFO A TEODORO.

QUERIDO Teodoro: ¡Qué necios somos los infelices, cuando, enredados entre las cadenas de los vicios, no conocemos mas que los placeres groseros que ellos presentan! Si tú pudieras comprender el regocijo y la satisfacción que esperimé la mañana de este día, cuando, despues que estuve con el padre, ví que con la ayuda de sus esfuerzos quedaba desenmarañada y puesta en órden la primera época de mi tenebrosa vida, comprendieras tambien que hay placeres morales, placeres del corazón, que la carne y sangre no pueden experimentar jamas.

¡Ah! que los hombres que gobierna el espíritu de Dios son muy superiores, ó, para decirlo mejor, de un órden mas elevado que los que viven segun el espíritu del mundo. Anda á ver esos filósofos profundos, esos genios brillantes, esos espíritus sutiles, que hablan con tanto fausto, que disputan con tanta arrogancia, y fascinan la razon de los fatuos con su oropel engañoso; mas cuando llega un momento crítico se conoce su inutilidad y su falacia. Ponlos cerca de la muerte, ó entre las aflicciones y dolores, y busca sus auxilios, y entonces son nada, sus socorros son fútiles, y sus consuelos vanos.

Al contrario estos hombres de Dios, sencillos, modestos, con trage humilde y espresion moderada,

de nada se jactan, nada prometen, se conceptúan como incapaces de todo; pero, cuando llega la ocasion que se necesita de ellos, y se implora su auxilio, entonces se transforman, se encienden en la hoguera de la caridad, son todo fuego, ardor; y los mismos que antes parecian inútiles son los que dan los verdaderos y sólidos consuelos; se hacen los amigos ardientes del necesitado, y se apresuran á socorrer á los infelices con zelo, mientras que los profanos fanfarrones del mundo los abandonan en las ocasiones que mas se necesitan. Por otra parte parece que el cielo los ayuda, y les da los medios de consuelo que los otros no tienen.

¿Cómo te explicaré el zelo, la caridad y la ternura de mi dulce bienhechor? Si le hubiera encontrado, ó hubiera venido á verme un mes antes, le hubiera mirado con el mayor desprecio; me hubiera burlado de él, y apenas me hubiera dignado de fijar en él los ojos, y ahora le venero como un hombre superior á todos los que yo estimaba, y no me hallo digno de besar la tierra que él pisa.

¡Con qué amor, con qué interes, y tambien con qué sagacidad, con qué arte y talento me escudriñaba hasta los mas intimos escondrijos de mi corazon! Yo me puse en sus manos; él me preguntaba, yo le respondia con sencillez y buena fe, y el hacia, no sé como, con la oportunidad de sus preguntas, que me acordase de muchas cosas que me parece hubiera olvidado sin ellas. Al fin, con mucha paciencia y mé- todo, supo desenredar el ovillo enmarañado de mi

primera edad, y me pareció que ya le habia dicho todo lo que le podia decir, y tambien creí que quedé satisfecho.

Por este medio que me habia parecido imposible ya lo veia como hecho. Esta cuesta tan difícil de repechar se me hacia fácil, porque me guiaba por senderos en que yo le seguia, y me hizo conocer que estaba muy acostumbrado á estos ejercicios. La esperiencia de esta mañana me alentó mucho, porque ví que con el mismo método podia en poco tiempo llegar al fin; pero me repetia muy frecuentemente, señor, no os fatigéis. Desde que teneis intencion de no ocultar nada al confesor, y que haceis los posibles y prudentes esfuerzos para acordaros, que olvideis una ú otra cosa no importa nada; lo que solo importa es que tengais dolor de haber ofendido á Dios en todas ellas; que pongais muy firmemente no volver á hacer ni esas ni ninguna de las que pueden ofenderle; que esperéis en la misericordia de Dios, que os las perdonará, y, sobre todo, que vuestro corazon se convierta, que se resuelva á mudar de vida, y guardar toda la ley de Dios. Ved aqui los requisitos esenciales. Uno ó muchos olvidos, cuando no vienen de una negligencia culpable, no alteran el valor del sacramento; pero no hay buena confesion, ni la absolucion aprovecha, si no hay una entera y verdadera conversion.

Al fin el padre se fue, dejándome muy consolado; y convenimos en que yo procuraria en el discurso del dia ver si me ocurría alguna especie nueva,

respectiva á la primera época que dejamos apurada ; que la mañana siguiente emprenderíamos la segunda , y así seguiríamos hasta concluir , sin dejar de venir por las tardes á continuar su instruccion. En efecto volvió aquel mismo dia , y empezó así :

Ayer os ofrecí , señor , hablaros de lo necesario que es el amor de Dios en el sacramento de la penitencia. Ya os he dicho que el temor empieza , que la esperanza le sigue , y que esta engendra al amor , que es el que perdona y justifica. El mismo Cristo es el que ha enseñado á sus ministros la necesidad de este amor , pues en la primera absolucion que se dió en el mundo , que fue la que él mismo dió á la muger pecadora , dijo (1) : *Muchos pecados la han sido perdonados , porque ha amado mucho* ; y con esto nos hizo conocer que el amor era la condicion mas esencial para recibir con fruto las absoluciones que se darian en la carrera de los siglos.

Este divino Maestro no dijo : Muchos pecados le han sido perdonados porque ha temido mi justicia , porque ha renunciado públicamente á sus pecados y su mala vida , porque ha venido á arrojarse á mis pies y regarlos con sus lágrimas. Sin duda que su bondad daba el precio que merecian estas señales exteriores de su dolor ; pero el perdon fue precisamente por su amor , pues era el principio que daba precio á todo lo demas , y el requisito mas esencial para la absolucion.

(1) *Luc* , vii , 47.

Así aunque el concilio de Trento haya definido que el temor prepara y dispone al pecador para su justificacion , no quiere esto decir que el temor solo , y sin la compañía del santo y casto amor , nos pueda hacer conseguir el perdon de los pecados. El apóstol dice que la ley , esto es , el temor puede empezar la obra ; que es como un pedagogo que , medio de gana , medio de fuerza , nos toma y nos lleva de la mano (1) : *Lex pedagogus* ; pero que no conduce al término de la perfeccion (2) : *Nihil ad perfectum adduxit lex*. Por eso el Espiritu Santo solo hace entrar al temor en las disposiciones que preparan á la justificacion , en cuanto excita al pecador á elevarse hasta la esperanza , y que empezando á amar á Dios , como autor y fuente de toda justicia , se siente por consecuencia animado de tal odio del pecado , que llega á detestarle.

No añadó una palabra á lo que dice el concilio , y os ruego , señor , que observeis los cuatro grados que indica con tanta precision , todos anteriores al sacramento. Observad tambien el orden con que los propone , conduciéndonos de los unos á los otros. El primero es el temor que inspira la fe , y que espanta , abate , trastorna ; pero , como no hace mas que aterrar , de este grado pasa el penitente al segundo , que es la esperanza : esta consuela , anima al corazon que teme , y le hace confiar tanto en Dios , que le persuade que se dignará perdonarle por los

(1) *Ad Galat.* , iii , 24. (2) *Ad Heb.* , vii , 19.

méritos de Jesucristo; pero, ¿cómo es posible que espere de Dios este perdón, si no empieza á mirarle como Dios de su corazón, como Dios bueno y misericordioso, el Dios de su esperanza por toda una eternidad? Es pues consiguiente que el tercer grado sea un principio de amor que le conduzca á Dios, como al autor de toda justificación, y como al que debe hacer la suya, librarle de sus iras, y darle toda su felicidad. De este tercero se va progresivamente al cuarto, porque si ama al Dios de su corazón, que es autor de toda justicia, es preciso que deteste la iniquidad que Dios aborrece; y ved aquí lo que el concilio dice (1): *Que el penitente, porque ama á Dios, aborrece y detesta el pecado.*

Así pues la contrición es la parte principal de la penitencia, y tan principal, que nada puede suplirla, y puede ser tan intensa, que en el caso de que no fuera posible recibir el sacramento pudiera ella suplirle, con tal que el pecador tuviera un deseo y una resolución sincera de recibirle luego que le fuese posible.

¿Pudiérais, padre, dije yo, definirme exactamente la contrición? No puedo, respondió el padre, dar mejor definición que la misma que da el concilio. La contrición, dice, es el dolor del alma, la detestación de los pecados cometidos, y la resolución de no volverlos á cometer; y añade que este movimiento de contrición ha sido siempre necesario para obtener

(1) *Conc. Trid., sess. XIV, cap. IV.*

el perdón de los pecados; de lo que debeis inferir que no habla ahora de aquella contrición eminente y perfecta de que habla despues, y que sola basta para justificar antes de que se haya recibido el sacramento, sino de la contrición que es absolutamente necesaria para conseguir la remisión de las culpas, y esta contrición debe ser un dolor íntimo del alma.

No basta pues el temor, y que en fuerza de este se haga una especie de resolución de no volver á pecar; es menester que el alma se aflija, y que se penetre de dolor el corazón, porque sin esto no se puede mudar ni convertir. ¿Y que debe producir este dolor? Un odio del pecado, odio que debe llegar hasta la detestación, lo que es mas fuerte que un odio comun y ordinario. Tanto como amaba el pecado, tanto como se complacia en cometerle, el que está verdaderamente contrito debe aborrecerle y detestarle; y aunque es natural que el corazón no vuelva á repetir lo que ya aborrece, el concilio, para no dejarnos nada que inferir, añade espresamente que á este dolor que produce el odio debe juntarse la resolución de no volver á pecar.

Así pues un movimiento pasajero que no escluyera la voluntad de pecar sino cuando él subsiste, que no produjera una mudanza entera, y dejara el corazón como estaba antes, no es suficiente para formar la contrición. Es menester que esta voluntad de no pecar mas se establezca tanto en el corazón, y que esté tan determinado y resuelto á no volver mas á pecar, como lo está á no hacer ninguna de aquellas cosas que

aborroce y sabe que le hicieran mucho mal. Sería engañarse creer que puede bastar una voluntad del momento, cuando no se quita del corazón el amor dominante del pecado.

No es posible amar lo que se detesta, y no basta mudar la disposición presente por las circunstancias actuales; es necesario mudarla en sí misma, y para siempre. El mercader que arroja sus fardos en el mar por temor del naufragio, los arroja voluntariamente, y él mismo ayuda con sus manos; pero, ¿los aborrece? ¿los detesta? no. Ved aquí una idea de la contrición; cuando es verdadera: toda disposición del ánimo que no se estiende hasta el odio y la destrucción del amor dominante del pecado, no es la contrición que el concilio dice ser necesaria para conseguir la remisión.

Ya he dicho que esta contrición es un dolor del alma, debo añadir que es un dolor, ó que debe ser un dolor de haber ofendido á Dios, inspirado por su gracia, y superior á todo otro dolor; y todo esto es de tal necesidad, que de ello depende toda la eficacia y el fruto del sacramento. El que dice dolor, dice un acto de la voluntad, un afecto del corazón, que se aflige y se determina á mudar de conducta. No es un simple conocimiento, una idea de la fealdad ó deformidad del pecado; no es tampoco una simple displidencia de la razón, que si es recta no puede dejar de percibir el desorden del pecado y condenarle. Se puede tener todo esto sin estar contrito; porque todos estos actos se pueden quedar en el entendimiento sin

pasar á la voluntad. Se puede con todo esto amar siempre, y complacerse en su pecado, conservándole el mismo apego, y por desgracia esto sucede muchas veces. Es menester pues que la voluntad obre, y que el corazón se convierta con un arrepentimiento activo y verdadero. Es menester que el dolor nos le franquee, y por esto se llama contrición. Desde que la voluntad no se muda, todo lo demás no basta para agradar á Dios como conviene comparecer á sus ojos purísimos.

Y no basta que sea un simple dolor natural, es necesario que sea sobrenatural, esto es que sea en vista de su Dios ofendido; sin esto será un dolor infructuoso y sin efecto. Además, y esto es lo mas esencial, este dolor que siente la voluntad, que ha sido inspirado por el Espíritu Santo, y que nace de la pena de haberle ofendido, debe ser supremo, esto es mas fuerte que todo otro dolor; quiero decir, que no hay reves, infortunio ni desgracia en la vida, de cualquier naturaleza que sea, en que pueda concebir un dolor, no digo superior, pero ni igual al que debo tener de haber ofendido á Dios y perdido su gracia.

Es menester que esto me aflija mas que pudiera afligirme la pérdida de toda mi fortuna, cuando fuera la mayor y la mas opulenta. Es menester que esto me dé mas pena que la afrenta mayor y que mas me cubriera de oprobrio, mas que un abandono universal que me redujera á la miseria mas estrecha, mas que el mal mas violento y agudo que me ator-

mentara sin descanso, mas que la muerte de los padres, los hijos, los amigos, y quanto se ame mas en el mundo, y en fin mas que el inminente peligro de perder la vida. Si mi pena no es mayor que todas estas penas no es suficiente, y no solo no tengo la verdadera contricion, pero ni siquiera tengo aquella atricion que es necesaria al sacramento de la penitencia, y se llama contricion imperfecta.

Teodoro, yo me estremecí oyendo este discurso, y sin poder contenerme le dije: Padre, ¿y quién se confesará bien, si es menester todo esto? ¿Dios puede exigir tanto de un hombre miserable? eso es capaz de turbar el universo, y solo sirve para desesperar. Sosegaos, señor, me respondió el padre; yo no he acabado de explicarme, y al fin veréis que tengo razon, y que con todo no perderéis la esperanza. ¿Vos decís que esto puede desesperar? pero, ¿á quién? Á las almas mundanas, que nunca han conocido bien á Dios, ni se aplican á conocerle; á las almas sumergidas en los placeres, solo sensibles para aquello que lisonjea el amor propio; á las almas disipadas, que solo ven las cosas de la religion superficialmente, y que estan sin cesar distraídas en los objetos esteriore, que arrebatan su atencion. Ved aquí los únicos que deben espantarse de lo que digo, y estremecerse al oír estas verdades.

Pero, yo les diré con San Agustin: dadme una alma que ame á Dios, una alma llena del espíritu del cristianismo, en fin tal como debian ser todas; y si por efecto de la fragilidad humana, ó por la sorpresa

de una pasion, tuviera la desgracia de cegarse hasta caer en el pecado, cuando volviendo en sí, y ayudada de la gracia se convierta á Dios, decidme si no sentirá la pena y el disgusto que he explicado, y que digo ser absolutamente necesario. Cuando vemos á David acostado sobre la ceniza, humillándose delante de Dios; cuando vemos á San Pedro cubierto de rubor, y llorando con amargura; cuando vemos á la Magdalena postrada á los pies de Jesucristo, que los riega con su tierno llanto, ¿podemos concebir que hubiera nada en el mundo de que pudieran estar, no digo mas, sino tan afligidos como lo estaban de sus pecados? ¿podremos imaginar ningun interes capaz de entrar en comparacion con el de aplacar á su divino Salvador, y volver á entrar en su gracia? Y nosotros mas pecadores sin comparacion que esos famosos penitentes, ¿no tenemos motivos mas urgentes para afligirnos? ¿Qué nos falta pues? mas sinceridad y mas zelo de nuestra conversion.

Pero no os inquieteis, señor; confieso que vos y muchos pudieran desalentarse con razon, si este dolor necesario para la penitencia consistiera en una pena sensible, porque la sensibilidad no depende de nosotros, y muchas veces es mas viva para estos males de la vida, ó para ciertos acontecimientos que tenemos y nos afligen, que no para los pecados que detestamos, y nos causan un pesar verdadero. No es pues de este modo sensible, ni con esta pena, que nuestra contricion debe ser un dolor superior á todo otro dolor, sino por la detestacion de la voluntad, por la prepa-

racion del ánimo, que es la parte superior del alma, y por la disposicion interior en que está el penitente de sufrir todo género de males, y aceptar toda especie de adversidades y desgracias antes que consentir en un solo pecado mortal.

Con esto es claro que aborrece al pecado mas que todos esos males, y que quisiera á costa de ellos borrar los que ha cometido. No es necesario para esto sentir las mismas agitaciones y gemidos, ni caer en las mismas desolaciones que sentimos cuando se nos anuncia un grande infortunio ó desastre. Para la contricion basta el odio y el dolor que los teólogos llaman *apreciativo*, porque él sostiene los derechos de Dios, y prueba que nuestro corazon le da una preferencia entera y absoluta. Ved aquí lo que debe, señor, sosegaros á vos y á todos; pues no hay nadie que con la asistencia de Dios no pueda tener este dolor.

Es verdad que para tenerle es menester aplicarse, y se necesita de cuidados y esfuerzos. San Agustin decia: *Si todavía no te sientes llamado de Dios, trabaja, ruega, insta*. Los hombres experimentan muchas veces tal ceguedad en el corazon, que se puede temer que les falta la contricion que es necesaria para el perdon de los pecados en el sacramento de la penitencia; pero es por falta suya. ¿Y cómo es posible que la tengan, si se observa el modo con que se preparan algunos para venir al sagrado tribunal?

Muchas veces vienen con tal precipitacion, que no  
se

se han tomado tiempo aun para pensar en lo que van á hacer; se acercan con tanta indolencia y frialdad, que se conoce que no tienen presente que este es uno de los ejercicios mas importantes y serios de la religion; y como no estan acostumbrados al recogimiento ni á los actos que el corazon movido de la gracia produce en nosotros, se contentan con ciertas fórmulas que se hallan en los libros, y que leen ó dicen de memoria sin afecto interior, y casi sin inteligencia. Esto suele ser comun aun en las gentes de distincion. Nosotros les preguntamos si estan contritos y arrepentidos, si tienen un sincero dolor de sus pecados; ellos, sin vacilar, nos dicen que lo creen así; pero, hablando de buena fe, ¿cómo se lo pueden persuadir?

¿Qué es un dolor sincero? Es una mudanza tan entera del corazon, que le hace que se separe de los objetos que antes le agradaban mas. Es menester que por la fuerza y superioridad de este dolor, aborrezca lo que antes amaba, y ame lo que antes aborrecia, en fin que sea un corazon nuevo. ¡Qué esfuerzo del alma supone una mudanza tan completa! ¡qué sacrificio de sus gustos! ¡qué victoria de sus pasiones! ¿Y una victoria de esta especie puede ser fruto de reflexiones frias y débiles, y de palabras dichas con ligereza? Bien sé que las operaciones de la gracia no dependen del tiempo; pero tambien sé que segun las reglas ordinarias la gracia no obra sino con peso y medida.

La gracia tiene sus caminos por donde se insinua  
Tom. III. 4

sus grados en que se adelanta; previene, sostiene, ayuda á consumar la obra; pero exige que el penitente contribuya por su parte, que entre en sí mismo, que levante su corazón, que deteste sus faltas, que se represente todas las consideraciones que le pueden servir para separarse de sus pecados, y que se los hagan mirar con horror; que insista sobre las que pueden inspirarle amor, respeto y obediencia hácia Dios, su criador y redentor, y en fin que recurra á este mismo Dios, abriéndole su corazón, para que le ablande y le convierta. ¿Y este puede ser el negocio de un instante? ¿sobre todo para pecadores que en el discurso de un año se acercan pocas veces al tribunal sagrado?

Pero, padre, dije yo, esto me hace temblar; se-  
gun eso hay muchas malas confesiones. Yo lo temo, me respondió, y casi no me atrevo á decir lo que pienso; pero, como el confesor no puede ver el interior, está obligado á creer lo que se le asegura. Encoge los hombros, absuelve al penitente, y no responde de nada, porque solo Dios puede juzgar del valor de esta absolución, y sabe que por estas malas disposiciones, sin derogar ni á las promesas de Jesucristo, ni á la potestad de sus ministros, no todo lo que se desata en la tierra se desata en el cielo.

Siendo eso así, volví á decirle: será menester un tiempo dilatado para prepararse á la confesion. Sin duda, me respondió, que es menester todo el que sea necesario para que sea buena, y sobre todo para

asegurarse de su contricion tanto como es moralmente posible. Digo moralmente posible, porque desaprobando la negligencia no apruebo tampoco otro exceso cual seria una inquietud escrupulosa. La prudencia cristiana conserva el medio entre los dos extremos, y no debe pasar los límites de la razón. Cuando en vista de las circunstancias y de los medios que ha practicado, puede el penitente pensar que ha hecho todo lo que puede, entonces debe fiarse en Dios, y calmar sus inquietudes, sin atormentarse inútilmente con excesivas desconfianzas de sí mismo.

Pero, ¿cómo no hemos de llorar nuestra miseria? ¿No es extraño que, teniendo el hombre tantas razones, y tan fuertes que una sola debia bastar para penetrar su corazón de dolor por haber ofendido á su Dios, le sea tan difícil moverse á los justos sentimientos de compuncion? ¿no es extraño que necesitemos de tantas exhortaciones, instrucciones y meditaciones para despertarnos ideas que jamas debieran alejarse de nuestro espíritu, y que nos sea preciso hacer esfuerzos para que sintamos su impresion? ¿Cómo es posible que olvidemos tanto y tan presto á un Dios criador, conservador y redentor, á un amo tan grande, á un padre tan tierno, á su liberalidad, su santidad, su justicia y todas sus innumerables perfecciones?

¿Cómo el simple pensamiento de tantos derechos como tiene sobre nuestro corazón no nos presenta de un golpe la iniquidad y el horror de todo lo que le ofende y nos separa de él? ¿cómo no nos deshacemos

en llanto, y no prorumpimos en gemidos y sollozos? ¿qué es lo que falta á Dios para que le amemos? ¿no es bastante bueno? ¿no ha hecho bastante por nosotros? ¿no nos hace grandes bienes todos los días, y no está dispuesto á hacernos mas en toda la eternidad? En verdad que nuestra insensibilidad casi es tan inapeable como su misericordia.

Si el dolor es tal como he dicho, y como debe ser, producirá infaliblemente la resolución que se llama regularmente propósito. Este es una firme y constante determinacion de no volver á ofender á Dios de ninguna manera, y de procurar mantenerse en su gracia, corrigiéndose de sus vicios, y renunciando á sus malas costumbres. Esta disposicion es tan esencial, que sin ella nuestra contricion no sería mas que una contradiccion manifiesta; porque, ¿cómo sería posible conciliar una voluntad que deteste los pecados cometidos, y que esta misma voluntad esté dispuesta á volver á cometerlos? ¿que aborrezca el pecado soberanamente, porque le considera el mayor de los males, y que al mismo tiempo le ame de tal modo, que á la primera ocasion consienta en admitirle? Esto sería querer y no querer, verificándose la palabra del profeta (1): *La iniquidad se ha mentido á sí misma.* Esto sería hacer á la magestad divina el mismo insulto que haría un vasallo rebelde que viniera á implorar la clemencia de su soberano, y al mismo tiempo le dijera que á pesar de aquellas sumisiones no estaba

(1) *Psalm. XXVI, 12.*

menos dispuesto á tomar de nuevo contra él las armas en la primera ocasion.

Así pues, para que el dolor sea bueno, y que Dios le pueda recibir, es indispensable que el propósito le acompañe. La primera disposicion supone la otra, sin que sea posible separarlas, y por esto hemos visto que el concilio define la contricion, dolor de los pecados unido á la resolución de no volver á cometerlos. Si esta resolución debe ser espresa y formal, ó si basta que sea comprendida virtualmente en el acto de detestacion y dolor, es indiferente en sí mismo, pues siempre es necesaria; pero cuando se trata de un asunto tan importante como recobrar la gracia de Dios, lo mejor y lo mas seguro es decir á Dios con David: *Yo he jurado, Señor, y hago de nuevo el juramento de observar en adelante tus divinos preceptos, y no volverme á separar en nada de la obediencia que debo á vuestro ley;* y añadir: porque he tenido la desgracia de faltar á ella, y en tal y en tal materia me propongo de poner mas cuidado, y de apartarme de los peligros con la mayor atencion. Sí, mi Dios, yo lo quiero, lo deseo, y estoy resuelto á hacerlo; vos que veis el fondo de los corazones veréis tambien la estension y firmeza del mio.

En esta protestacion hay dos propósitos, uno general y otro particular. El general se estiende sin excepcion á todos los pecados que nos privan de la gracia de Dios; porque si hubiera un solo pecado mortal que el pensamiento no se propusiera evitar, su resolución no valdría nada, pues no tuviera el verdadero motivo

que solo puede ser principio de su mérito, que es que el pecado ofende y desagrada á Dios. Como este motivo conviene igualmente á todos los pecados, es claro que si nos determina á abstenernos de unos, debe determinarnos á abstenernos de todos. El que quisiera hacer distincion ó reserva, mostraria que no es aquel motivo el que le determina, y que su resolucion seria ilusoria.

El propósito particular es aquel que insiste especialmente sobre los pecados que estamos mas acostumbrados á cometer, y de que nos acusamos; pues como por ellos conocemos el mal á que nos arrastra mas nuestra flaqueza, es natural que pongamos en esto mas vigilancia y precaucion; pero unos y otros debe detestar el pecador, y decir á Dios con valor y resolucion: Señor, no te volveré á ofender.

¿Y qué hombre en el mundo, exclamé yo, se atreverá á hablar á Dios de este modo? ¿cómo el barro deleznable osará decirle: Yo seré de piedra, de acero? Cuando yo suponga que tenga la intencion mas seria y eficaz; cuando en el momento me sintiera con el ánimo de sufrir la muerte mas cruel antes de repetir la iniquidad, ¿quién puede responder del por venir? ¿quién puede prever las circunstancias en que se encontrará? ¿quién podrá asegurarse á sí mismo? sobre todo un miserable como yo, que ha pasado su vida en los horrores, que tiene el corazon corrompido hasta lo sumo, que se ha acostumbrado á no refrenar ninguna de sus inclinaciones viciosas, que ha dado rienda abierta á todos sus apetitos, que jamas ha sabido lo que es moderarse ni corregirse.

¿Cómo un miserable de mi especie se atreverá á decir á Dios: Yo te prometo que no te ofenderé mas? Desde este instante yo estoy seguro de hallarme con bastante constancia para vencer y resistir al torrente de vicios de que he sido inundado; pero, ¿el hombre que fue ceniza será marmol? Yo creo, padre, que el hombre que hablara así seria un temerario, un presuntuoso; y si es menester sentir esto en su corazon, yo soy muy infeliz, pues, lejos de sentirlo, no siento mas que temor y desconfianza de mi mucha flaqueza y de mi antigua corrupcion; jamas me atreveré á hablar así al Dios que ve los corazones, pues me pareciera mentirle. Yo dije esto con tanto ardor, que sin saberlo me puse en pie, y tan rápidamente, que el padre no pudo detenerme; pero, habiéndome oido, me pidió que me sosegase, que él se habia explicado mal; y habiéndome hecho sentar, me dijo:

No permita Dios que yo desapruébe sentimientos tan justos y que son verdaderamente cristianos. Ese temor, esa desconfianza que mostrais es á mis ojos el mas seguro garante de que no volveréis á ofender á Dios. Sin duda fuera temerario no solo el pecador, sino el mayor santo, si se atreviera á prometer á Dios no ofenderle nunca, esperando cumplir esta promesa contando únicamente con su propio esfuerzo; pero uno y otro pueden hacerlo fiados en Dios, quien ayuda siempre con su gracia á los que por su parte trabajan seriamente en cumplir tan alto designio.

Para explicarme mas claramente permitidme que

os diga que en el hombre hay actos diferentes, que no se deben confundir; hay actos que son del entendimiento, y actos que pertenecen á la voluntad. Por ejemplo desconfiarse de sí mismo, temer en medio de las promesas que hacemos á Dios y á su ministro, que podemos no perseverar, que despues de habernos sostenido algun tiempo nos podemos cansar, que la pasion se despertará, que habrá ocasiones en que no podremos resistir y nos dejaremos arrastrar, y otras ideas semejantes, son pensamientos, temores, conjeturas, todos actos del entendimiento en que la voluntad no tiene parte, y son independientes de ella.

Pero, á pesar de todos estos temores y desconfianzas, á pesar de la esperiencia que tiene de su inconstancia natural, ella puede, esperando en la gracia de Dios, hacer una resolucion actual y verdadera de alejarse para siempre del pecado, y renunciar toda ocasion delincuente. El entendimiento la representará su flaqueza, sus ligerezas, la violencia de sus inclinaciones, los combates, los peligros, y lo poco que se puede fiar en su disposicion actual, no importa; entre todas estas inquietudes la voluntad está ó puede estar sinceramente determinada y resuelta.

El penitente pues no debe espantarse de que le parezca difícil y casi imposible su perseverancia; porque esta aparente imposibilidad reside únicamente en su imaginacion, y el demonio se la procura encender para desanimarle y detenerle. Este es uno de los mas comunes artificios del tentador para entibiar los pe-

cadores, representándoles que no podrán sostener esta nueva vida. ¡Qué! les dice, ¿podrás soportar la austeridad cristiana el largo tiempo que quizá puedes vivir? Si ahora, porque estás animado con este nuevo fervor, nada te es penoso, nada te asusta, cuando este se disipe, como por desgracia suele suceder, ¿qué será de tí? ¿podrás sufrir los disgustos y fastidios que tendrás? ¿podrás pasar tus dias en un retiro á que no estás acostumbrado? ¿abandonar esta pasion, y no volver á ver la persona que amas tanto? ¿podrás resistir á sus quejas y á sus lágrimas? ¿podrás privarte para siempre de estos juegos, espectáculos y placeres que te hacian tan feliz? Y, fuera de esta, ¡cuántos respetos humanos te detendrán! ¡cuántas burlas tendrás que pasar, y otras mil cosas de esta especie! Todas estas ideas son hijas de un espíritu tímido, á quien turba la pasion que le domina, la naturaleza corrompida que se rebela, y el espíritu maligno que trabaja por desconcertar el proyecto de nuestra conversion.

Pero, por mas que todos estos enemigos exageren y aumenten los objetos, no es menos cierto que el penitente, movido por Dios, y ayudado con su gracia, puede hacer que su voluntad no titubee; siempre es dueño de decir lo quiero, y dueño de conseguirlo con el auxilio del cielo. No es necesario que sepa lo que sucederá, ni que tenga certidumbre de que no flaqueará; le basta estar actualmente en esta resolucion, ó que conceptúe, examinándolo con prudencia, estar en ella. Vos habeis dicho bien, sería presuncion

creerse seguro de no volver á caer, ya porque la penitencia no nos hace impecables, y ya porque nuestra voluntad como humana es siempre inconstante. Nadie pues sin una espresa revelacion puede saber lo que hará ó dejará de hacer en tales circunstancias.

Pero al penitente le basta estar seguro tanto como es moralmente posible que quiere corregirse, por el mismo motivo que ha producido su arrepentimiento y dolor, y que lo quiere para siempre por toda su vida, aunque tema que esta voluntad puede aflojar ó desmentirse. Cuando está en esta actual preparacion debe fiarse en Dios para lo venidero, debe decir con el apóstol (1): *Si el Señor está conmigo y por mí, ¿quién será contra mí?* Dios no me abandonará, y me ayudará á consumar la obra que su gracia me ha estimulado á emprender. Debe sostenerse y afirmarse con la esperanza del auxilio divino, y decirse: puede ser que corra muchos peligros, no puedo saber lo que sucederá; pero sé bien lo que ahora estoy resuelto á hacer, que es no apartarme jamas de mi Dios, y de sus divinos mandamientos; tambien sé que mientras me mantenga en esta resolucion, en que espero con la bondad de Dios mantenerme siempre, nada me hará violar la palabra que he dado á mi Dios, y que le doy de nuevo; en fin sé que para manifestarle la sinceridad de mi intencion voy desde ahora mismo á usar de todos los preservativos

(1) Rom., VIII, 31.

necesarios, y tomar todos los medios que la religion me enseña para apartarme de toda ocasion peligrosa, y poner cuanta vigilancia pueda.

Y ved aqui la piedra de toque que puede hacernos conocer si nuestro propósito es tan bueno como debe ser; porque en vano haremos mil promesas á Dios y sus ministros; en vano nos diremos á nosotros mismos que ya queremos vivir con mas regla, y hacer divorcio eterno con el pecado, si no tomamos las medidas convenientes, si rehusamos las que se nos prescriben, si pretendemos vivir siempre en las mismas compañías que nos han perdido, navegar los mismos mares en que hemos naufragado, en una palabra arrojarnos en los peligros. Si á pesar de los prudentes consejos de un confesor no queremos sacrificar nuestras pasiones, ni emprender nada para asegurar nuestra perseverancia, entonces no es temeridad decir que no estamos mas que medio convertidos, ó que no lo estamos con verdad. La prueba es evidente, porque el que desea un fin eficazmente, no solo quiere quitar todos los obstáculos, sino que abraza todos los medios que á él conducen; y cuando no lo hace, no es voluntad decidida, es solamente ilusion y quimera.

Esta es la causa porque se ve tan poca enmienda en muchos que con frecuencia vienen al tribunal sagrado. Quisieran conciliar dos cosas incompatibles, no pecar, y quedarse en una disposicion prójima de pecar. Si el ministro de la penitencia les pregunta, como Jesucristo al paralítico del evangelio, si quie-

ren sanar, responden sin vacilar que sí; pero si este ministro, no fiándose de respuesta tan vaga, les pregunta si quieren abstenerse de tales vistas, privarse de tales familiaridades, renunciar á tales compañías, retirarse de tales concurrencias y espectáculos; si quieren interrumpir tales negocios, reparar tales daños que han causado, abandonar tales ganancias injustas y mal adquiridas; si, para vencer la animosidad de su corazón, consienten en dar tales pasos; si, para rescatar el tiempo que han perdido, y edificar al público que han escandalizado, consienten en frecuentar los ejercicios cristianos, acercarse á los sacramentos en tales fiestas, dedicarse á una buena y piadosa lectura todos los dias; en fin practicar lo que se les aconseja, y que les pueda ser saludable, entonces empiezan á titubear, á armarse y defenderse como si se les tratara con mucho rigor. Pero por mas que digan, por mas que acusen al ministro de una excesiva austeridad, desde que este ve esta resistencia, tiene mucho fundamento para desconfiar de sus palabras, y obra prudentemente si se detiene antes de absolverlos.

Busquemos al Señor, pero busquémosle con toda la rectitud de nuestra alma. Nosotros podemos engañarnos y engañar al sacerdote que nos escucha, pero no podemos engañar á Dios. Nos espantamos de nuestras continuas recaídas, y no es difícil descubrir la causa: no es porque no nos presentamos al tribunal de la penitencia, sino porque quizá nunca hemos llevado á él una voluntad bien firme de mudar

de vida, y de trabajar seriamente en la reforma de nuestras costumbres. Hemos creído que era voluntad una cierta veleidad, algunos deseos imperfectos, ó los gritos de la conciencia que nos acusaba interiormente, y que nos decia lo que debíamos hacer. Lo veíamos, pero no lo hemos hecho, porque no lo hemos querido. Cuando queremos bien lo que está en nuestro poder no dejamos de hacerlo. San Agustin decia, hablando de sí mismo, que queria convertirse, pero lo queria como un hombre sumergido en un sueño letárgico que quiere despertarse, y vuelve á recaer en su sueño. Acudamos pues á Dios que, segun el apóstol, nos hace querer y ejecutar.

Pero, volviendo á nuestro asunto, conviene saber que el dolor, que unido con la esperanza produce la detestacion del pecado, ha de ir acompañado á lo menos con un principio de amor. Es natural amar á aquel de quien se espera mucho bien, y mucho mas cuando se sabe que se puede lograr por el amor. Es verdad que se ha disputado mucho sobre esto en los últimos tiempos, pero esta era una disputa mas para las escuelas, que para ordenar nuestras disposiciones en el tribunal sagrado. Todos convenian en que la contricion incluye amor, y la cuestion se reducía únicamente á si este amor era de esperanza ó de caridad; pero, que sea de uno ó de otro, siempre es amor; amar no es otra cosa que amar, y el amor de que tratamos aquí es esencialmente uno y otro, sin que sea posible separarlos; y sino decidme, ¿cuál es el bien que esperais en el sacramento de la penitencia?

Vos me diréis que es el perdón de los pecados; y yo digo que teneis razón, y que si lo entendemos bien, es todo lo que podemos desear, porque con este bien nos vienen todos los demás.

En efecto es imposible que obtengamos la remisión de los pecados sin quedar justificados con una justicia que nos es propia. ¿Y cómo se establece esta justicia en nuestro corazón? ¿cómo de injustos y pecadores que éramos, nos transformamos en justos y santos á los ojos de Dios? por su amor, por la caridad que derrama en nuestras almas el Espíritu Santo con su presencia. Estas son verdades de fe, definidas por el concilio; ved aquí su canon (1): «Si alguno dijere» que el hombre queda justificado solo con el perdón» de los pecados sin la gracia y caridad que el Espíritu» Santo derrama en nuestros corazones, y que se nos» hace propia, sea anatema». Esto, señor, merece las más serias reflexiones, porque ve aquí las consecuencias que resultan.

Si el pecador, cuando recibe la absolución, no recibe al mismo tiempo al Espíritu de Dios; si no le lleva ya en su corazón cuando se levanta de los pies del sacerdote; si, con la presencia del Espíritu divino, que habita en su alma, y la ha hecho templo vivo de Dios, no habita también la caridad, que consiste en un amor bastante poderoso para preferir á Dios, y apreciarle más que todo, para hacerle amar todo lo que ama, aborrecer todo lo que aborrece, y para esta-

(1) *Conc. Trid., Sess. vi, Can. xi.*

hacerle en esta feliz disposición de una manera firme y constante, no porque no pueda caer de este estado, pues puede y muchas veces cae, sino porque este estado por su naturaleza es para subsistir toda la eternidad, y si el pecador lo pierde es por su culpa; en una palabra, si no tiene la caridad, que es la única que puede hacerle digno de Dios, ponerle en el número de sus amigos, y asociarle á sus santos, porque ya él mismo es justo y santo, sería un grande error decir que ha podido obtener el perdón de sus pecados. Que se dispute pues tanto como se quiera sobre las disposiciones necesarias para el sacramento de la penitencia, no se puede dudar lo que el pecador va á recibir y lo que debe traer; y no solo no recibirá nada, sino que será culpado de haber hecho inútil la sangre de Jesucristo, si no recibe en virtud del sacramento el Espíritu Santo, y el hábito de la caridad.

Parece, señor, que es imposible recibir esta justicia y esta caridad sin desearla tanto como merece, esto es, más que todo lo que se puede desear en el mundo, y con preferencia á todo sin excepción. En la religión de Jesucristo no hay más que una respuesta, que el fundador nos ha enseñado, y es, que sea como lo deseais: *Fiat tibi sicut vis*. Para obtener pues es menester desear, y esto mismo define el concilio cuando dice que el Espíritu Santo distribuye esta caridad según la disposición y cooperación de cada uno. ¿Quién puede ignorar que la mejor disposición es desearla más que todo, y con preferencia á todo? pues el que prefiriese cualquiera otra cosa no mere-

cería recibirla, y se haría absolutamente indigno de ella.

Ahora pregunto yo ¿ es posible desearla sobre todo sin amarla mas que todo? La justa medida con que se desca una cosa es la del amor que se la tiene. Dad á este amor el nombre que quisierais, no me importa; es evidente que el pecador busca y va á recibir la justicia y la caridad; que no puede recibirla sin desearla y amarla mas que todo, como el mayor de los bienes, como el único digno de ser deseado, como el solo que puede hacerle feliz en este mundo y en el otro. Siendo esto así, ¿ qué importa el nombre que se le dé? Es indisputable que este es el amor de la caridad, pues se la propone directamente por objeto; ¿ y quién puede dudar que es tambien de esperanza?

Es pues claro que uno y otro amor son el mismo. ¿ Qué acto de amor puede ser mas vivo que aquel movimiento del alma con que el profeta decia (1) :  
 » ¡ Qué hay en el cielo, ni que puedo desear sobre la  
 » tierra sino á tí, Dios mio, Dios de mi corazón, y  
 » mi parte en la eternidad! No conozco otra felicidad  
 » que la de unirme contigo, y poner en tí toda mi  
 » esperanza ». Observad como une el amor de caridad con el de esperanza, y que los dos no son mas que una cosa. ¡ Ay señor! que su misericordia nos inspire su amor, y no nos embaracemos en el nombre que puede tener.

No hablemos pues de estas distinciones para arreglar

(1) *Psalm. lxxii, 25 y 26.*

glar nuestra conducta; que el dolor, la vergüenza, la confusion, la alabanza, la admiracion, el reconocimiento, la confianza, todos los mas vivos afectos del amor, todos los mas penetrantes sentimientos del amor mas inflamado se descarguen y caigan todos juntos sobre nuestros corazones tan repetidos, tan acumulados, que no nos permitan distinguirlos, ni nos dejen libertad sino para abandonarnos sin reserva á la inmensa caridad de nuestro Dios. El anatema, la maldicion, dice el apóstol, es para el que no ama á Jesucristo; ¿ y en qué tiempo la merecería mas el pecador, sino cuando cubierto de las úlceras que le han hecho sus pecados, y cuando implorando la aplicacion de su sangre para sanar de heridas tan mortales, se pudiera creer dispensado de amarle?

Lo que el concilio dice de que la atrición concebida por temor de las penas dispone á recibir la gracia del sacramento, no se opone á la necesidad del amor; sin duda que la atrición dispone, sin duda que es el primer grado de la justificacion, porque prepara la conversion del corazón; pero, por lo mismo que dispone á los otros grados, es claro que por sí sola no basta, y que los otros tres que el mismo concilio indica son necesarios. Así cuando esta disputa se reduce á sus verdaderos términos, se ve que no hay dificultad real; que está mas en las palabras que en el fondo, y que si es menester siempre amar á Dios, se le debe amar mas, si es posible, cuando se va á implorar por la penitencia su piedad.

Me parece oportuno preveniros contra una objecion  
 Tom. III. 5

que han hecho algunos, y que naturalmente se presenta. Ellos dicen: Si los hombres deben amar á Dios antes del sacramento, desde que le aman ya son justos, y desde que lo son ya no necesitan de la confesion, pues sus pecados han sido perdonados; así si despues se confiesan, no será mas que por devocion, ó para obedecer á la Iglesia, que lo manda; pero el sacramento entonces no es mas que una ceremonia privada ya de su efecto principal, que es la remision de los pecados.

Se les ha respondido que lo mismo pudieran decir del bautismo, pues este sacramento sirve tambien á la remision de los pecados, como lo ha definido el concilio, y como todos los dias lo confesamos en el *Credo*. Sin embargo el mismo concilio ha declarado que una de las disposiciones que deben tener los adultos para recibirle con fruto, es amar á Dios, como autor de toda justicia. Y que á pesar de esto no dirán que el bautismo no es necesario en los adultos que aman á Dios, y que sólo es una ceremonia exterior que se reduce no á perdonarles los pecados, sino á declarar que les estan perdonados.

Saulo abatido, derribado, y ya convertido es uno de aquellos milagros que manifiesta la fuerza de la gracia. Nadie duda que su conversion fue perfecta desde su principio, y no obstante Ananías, enviado por el mismo Jesucristo para bautizarle, no se cree por eso dispensado de decirle tres dias despues de su conversion. ¿Qué aguardas, hermano Saulo? Levántate y lava tus pecados. ¿Qué pecados tenia que

lavar, si tres dias antes estaba ya justificado? Que se dispute si se quiere contra este ejemplo, pero fácilmente se verá que se disputa contra lo que nos dice la palabra de Dios. Veamos otro.

El centurion Cornelio ruega á San Pedro que le venga á instruir en el evangelio, y San Pedro le instruye. El Espíritu de Dios descende visiblemente sobre Cornelio y toda su familia. Es pues cierto que antes de recibir el bautismo ya estaban justificados. ¿Y qué concluyó de esto el príncipe de los apóstoles? ¿Quién podrá, dijo, rehusar el bautismo á los que han recibido el Espíritu Santo? Observad bien estas palabras. Porque han recibido el Espíritu divino infiere el apóstol que esta obligado á darles el bautismo.

Pero hablemos particularmente de la penitencia. El concilio declara que hay una contricion tan perfecta, que justifica al pecador antes del sacramento. Esto es de fe; pero si se quisiera concluir de aquí que el sacramento no es necesario al que le recibe con tal feliz disposicion, ó que no es mas que una ceremonia exterior, un poder desnudo que solo sirve á declarar que los pecados le estan perdonados, se caeria en los anatemas del concilio; y así lo que se debe concluir es que el sacramento será mas útil y fructuoso al que trae disposicion tan excelente.

Y sino ved la consecuencia que resultaria. Los Cristianos estan obligados en conciencia á no privar á los sacramentos de su efecto, ni reducirlos á simples ceremonias exteriores, que les hicieran dejar de ser

lo que son por la institucion de Jesucristo. Supuesto esto estaríamos tambien obligados á enseñar y aconsejar á los fieles que vayan con cuidado, y pongan atencion para no amar mucho á Dios, cuando vienen al sagrado tribunal, y en lugar de decirles con el concilio, que el Espíritu Santo distribuye la justificacion y caridad segun la disposicion de cada uno, y que los sacramentos dan mas gracia al que viene mejor dispuesto, seria menester decirles, que para tenerla mayor debian amar á Dios menos. ¿Adónde va la razon humana, cuando quiere juzgar de las cosas de Dios con sus débiles luces? ¿adónde puede ir sino á contradecirse, embrollarse, y correrse de sus propias consecuencias?

Una alma verdaderamente convertida no disputa, no argumenta, no sutiliza, no tiene mas que un deseo que la ocupe, y solo dice una palabra con San Pablo (1): *Señor, ¿qué quieres que haga?* Esta palabra es corta, pero todo lo dice cuando se profiere con una voluntad llena y entera, que no tiene mas objeto que el de agradar al dueño que la manda. No pregunta á Dios ni quiere saber los motivos del precepto; la obediencia fuera menos perfecta, y el corazon quedara menos contento; solo sabe decir: Habla, Señor, que tu siervo escucha. Mi entendimiento no debe hacer otra cosa que creerte, y mi corazon que amarte. El primero os creerá no obstante la escasez de sus luces, y el segundo os obedecerá á pesar de sus

(1) *Actor.*, ix, 6.

repugnancias: ni uno ni otro quieren saber sino lo que ordenas; sin querer pensar los motivos solo quieren hacer lo que mandas, y quisieran hacerlo todo á un tiempo, si les fuera posible, y si su condicion lo permitiera; pero todo está en la preparacion de mi corazon, vos la veis, y veis que espera con vuestra gracia hacer cuanto le sea posible.

Ved aquí, señor, los sentimientos de un verdadero convertido, y cuanto la conversion es mas perfecta tanto mas le domina esta disposicion. Supongamos pues un amor bastante poderoso y activo para justificar al pecador antes del sacramento, ¿qué se sigue de esto? Que el deseo de recibirle, como que es el medio que Dios ha establecido para el perdon de los pecados, debe ser mas vivo en él, pues que no puede ser justificado sino en razon de este deseo; y que la necesidad de este deseo no se funda sino en que el sacramento ha sido instituido por Dios para este efecto. Así pues cuando fuera cierto que todos los hombres fuesen justificados antes de recibir el sacramento de la penitencia y el del bautismo, no por eso les dejarían de ser necesarios, ó quedarían privados de su efecto, pues que los penitentes no pueden ser justificados sino por el deseo de recibir aquellos sacramentos.

Pero, para poner este asunto en toda su luz, basta observar que el amor de Dios en nuestros corazones es susceptible de muchos y diferentes grados. Algunas veces es tan débil y lánguido, que parece que apenas empieza á despuntar; se vé la virtud, se qui-

siera practicarla , se conoce ya que los que sirven á Dios son dichosos , se confiesa que sin esto no hay verdadera felicidad , se hace algun esfuerzo para imitarlos , para elevarse ; pero , á pesar de todo , cierta especie de liga nos tiene pegados á nuestros hábitos , y detiene todas las fuerzas de nuestra alma.

San Agustin pinta bien esta situacion cuando dice :  
 « En este estado , Dios mio , yo me era insoportable  
 » á mi mismo , porque empezaba á conocerte ; pero ,  
 » detenido por mi voluntad de hierro , volvía á caer  
 » con el peso de mis cadenas . Sentia gusto en con-  
 » ferir con tu siervo Ambrosio , me consolaba con la  
 » lectura de las santas Escrituras , que hasta enton-  
 » ces no me habian inspirado mas que fastidio . El  
 » nombre de Jesucristo que se repite en ellas tantas  
 » veces causaba un secreto consuelo á mi enfermo  
 » corazon ; el ejemplo de los que os sirven me movia  
 » tambien , y me decia algunas veces : Agustin ,  
 » ¿ porqué no podrás tú lo que aquellos y aquellas ?  
 » Alipio y yo nos deciamos estas cosas ; él me alen-  
 » taba unas veces , yo le animaba otras ; pero á mi  
 » me detenian mis pasiones , y á él los espectáculos ;  
 » así no adelantábamos nada , y todo acababa en de-  
 » jarlo para despues . »

Estos son los primeros movimientos de la gracia que empezaba á trabajar en aquel corazon . ¡ Y qué dichoso es el que empieza á sentirlos , si sabe aprovecharlos ! Es un hombre que lucha con la muerte , pero que no tiene todavía mas que el primer soplo con que vuelve á animarse la vida . ¡ Qué diferente

es el estado de otro hombre que no solo está lleno de vida , sino de salud , de fuerza y de vigor ; que dice con verdad que Jesucristo es su vida , que la muerte es una ganancia para él , y á quien la muerte y la vida son indiferentes , con tal de que sirva y agrade al que únicamente ama y adora , que desafía al cielo y á la tierra , á la espada y á las persecuciones , á la vida y á la muerte , á las cosas presentes y futuras , seguro de que nada le podrá separar de la caridad de Jesucristo ! Tal era San Pablo , tales fueron los apóstoles , tantos sagrados mártires , y tantos ilustres confesores inflamados de amor , cuyos escritos estan en nuestras manos , y espresan en ellos estos sentimientos con tanta sinceridad y eficacia , que se ve bien que no tenian otros .

Hombres de este carácter no reciben otras impresiones que las que les produce su amor . Este amor dominaba con tan poderosa fuerza en su conducta , que pudiera decirse no conocian otra ley ; y en este sentido dice San Juan « Que la perfecta caridad es-  
 » cluye al temor . » Sin duda que uno y otro afecto habitaba en sus almas sin que jamas los perdieran de vista ; pero no obraban ni por la impresion de la ley , ni por la del temor , sino por la del amor que lo absorbía todo .

Ved aquí los dos extremos . ¿ Y que seria de nosotros , si del primer grado hasta este no hubiera otros muchos y diversos grados enmedio ? El Dios de las misericordias ha dispuesto muchas mansiones en su casa , y aunque no se llega á ella sino por el amor ,

este amor es susceptible de mas y menos hasta lo infinito. San Pedro, sin duda amaba á Dios sobre todas las cosas, y le amaba no solo con el amor que prepara á la justicia, sino con el que la da, pues que ya era justo cuando Jesucristo le dijo: *No me puedes seguir ahora*. Asi pues el amor puede no solo ser verdadero, sino tambien justificante, sin ser por eso capaz de sostener toda especie de pruebas. Jesucristo le dijo claramente: *No puedes, non potes*.

El peligro; y la prueba se presentan y la caida de Pedro justifica lo que Jesucristo habia dicho: Ahora no me puedes seguir; no es Dios el que le ha faltado, es Pedro el que se falta á si mismo y á Dios. Si, aprovechado del aviso que le dió Jesucristo, se hubiera humillado sin moverse, pues su maestro no le mandaba seguirle, su amor, aunque débil entonces, y poco capaz de grandes esfuerzos, pero suficiente para hacer lo justo, se hubiera sostenido; pero contra el espreso aviso de su maestro se empeña en seguirle, porque se cree mas fuerte de lo que es: ¿Y qué le sucede? Tropieza y cae. Concibamos pues que el amor de Dios puede no solo verdaderamente habitar en nuestras almas, sino tambien justificarlas, sin que por eso sean capaces de todo.

¡Ay, señor! tal es la condicion humana; excepto un pequeño número privilegiado, la mayor parte de los justos necesita de todos los socorros y de todos los motivos de la religion para sostenerse. Hay ocasiones en que un justo titubea, y cayera sin el socorro del temor; hay momentos en que necesita de este

auxilio el mismo que no le ha necesitado en muchos otros. Estos se diversifica á lo infinito. ¿Y qué se debe inferir de estas tristes verdades? ¿que la accion en que el amor no se sostuvo sino por el socorro del temor fue una falta? Esto fuera una heregía tan contraria á la fe como al buen sentido. La fe nos enseña que aquella accion, aunque inspirada por el temor, es buena, santa y saludable; lo que se pudiera decir únicamente es que hubiera sido mas perfecta, si el amor solo la hubiera producido. Estos son principios de que no es posible dudar.

Asi pues como el amor divino tiene en el corazon de los justos tan diferentes grados que varian sin fin, y como unos son muchos mas fuertes y vigorosos que otros, asi tambien hay mucha diferencia en los que son débiles, y estan todavía en los principios del amor, que lo son tambien de la vida. Algunos hay que no tienen mas que el primer soplo; hay otros que, aunque parecen lánguidos y enfermos, nos dejan de hacer esperar que con los socorros de la religion podrán recobrar la salud. Tal está todavía lejos del reino de Dios, aunque se encamina á él, y tal otro está ya cerca, y el divino Maestro arroja ya sobre él los ojos con benevolencia; si todavía no está en su amistad, ya está muy cercano á ella.

Se abusaria de estas verdades, si, porque es menester amar á Dios sobre todas las cosas, se creyera que para recibir la absolucion con fruto es menester tener un amor á toda prueba, ser insensible á las impresiones del temor, no obrar sino por las del amor

divino, no temer combates, no hallar dificultades; ni sentir trabajo en el ejercicio de la virtud; y que el que no se siente en este estado no puede recibir la absolucion. Este seria otro extremo que nos pudiera perjudicar.

Es cierto que debemos hacer de nuestra parte cuanto nos sea posible para traer al sacramento la mayor contricion que podamos; pero el concilio mismo ha distinguido con mucha exactitud dos estados de contricion, ó dos contriciones: la una que justifica antes del sacramento, porque es perfecta en caridad; la otra que es imperfecta, y no justifica sino con el sacramento. Estas dos contriciones son muy diferentes. Seria una ilusion grosera y palpable confundirlas, y juzgar de la una por la otra; esto es, juzgar un estado comun, ordinario, imperfecto ó insuficiente sin el sacramento, por un estado raro, extraordinario, que justifica por si, y tan perfecto que no es el estado comun de los justos. Evitemos con cuidado estos excesos que no pudieran servir sino á autorizar de algun modo los errores.

Todo el punto se reduce pues á saber cuales son los medios que nos pueden hacer conocer si estamos en el estado necesario para recibir la absolucion; porque despues de lo que hemos dicho es claro que para recibirla es menester estar convertidos de corazon; que para estarlo es necesario tener un dolor verdadero; que este dolor consiste en un aborrecimiento y detestacion sincera del pecado, en que el amor del pecado se destruya en nuestro corazon; y que esta destruc-

cion total del pecado, esta detestacion no puede hacerse, sino por un principio de amor de Dios, como autor de toda justicia, segun lo dice el concilio. Lo que nos falta ahora es examinar como es posible conocer si hay en el corazon esta conversion verdadera, este dolor, este aborrecimiento y detestacion del pecado, y por consiguiente este amor de Dios y de su justicia; pero, como ya es tarde, reservaremos este asunto para mañana. Pedid, señor, á Dios que inflame mi corazon y mis labios, para que no digan nada que no sirva á su gloria y nuestra edificacion.

El padre se retiró, Teodoro, y yo me recogí para recorrer y traer á mi memoria los delitos de otra época, para confesarlos al siguiente dia. ¡Con qué amargura se presentaban á mi espíritu recuerdos que fueron antes los objetos de mi complacencia, y eran ahora puñales que me atravesaban el alma! ¡Quién me hubiera dicho, cuando los cometia con alegria tan loca ó insensata, que llegaria el dia en que no podria recordarlos sin horror! ¡Pero qué fuera de mí, si el Dios de las misericordias, haciéndome abrir los ojos, no me hubiera hecho ver su deformidad! Yo le pedí que me ayudase para no olvidar ninguno, para confesarlos todos, para detestarlos, para espiarlos, y consagrarle con amor y gratitud los pocos dias que podian quedar á mi envejecida iniquidad. A Dios, Teodoro.

## CARTA XXIV.

EL FILÓSOFO A TEODORO.

**A**MIGO mio : Vino el padre á la hora acostumbrada. Yo habia aprovechado el tiempo que me habia quedado libre la noche precedente para recapacitar la parte que comprendia la segunda época de mi horrible vida : yo le dije lo que pude ; pero , viendo que me confundia , volvió á tomar el timon en la mano , y con la misma sagacidad y arte que el dia anterior volvió á preguntarme y dirigirme. Al fin ocupamos la mañana con mucho trabajo de su parte , pues no solo evitaba el mio , sino que por el método con que me preguntaba hallaba yo fácil lo que me habia parecido antes imposible. Me parecia tambien que habia ya confesado á mi satisfaccion ; concluida esta época se fue , prometiéndome volver por la tarde.

Volvió en efecto , y despues de habernos sentado , yo le dije : padre , me habeis prometido examinar hoy si es posible conocer que haya en nosotros la contricion necesaria ; si se puede asegurar la verdadera conversion del corazon , sin la cual ni la confesion es buena , ni aprovecha la absolucion. Os aseguro que deseo oiros con impaciencia , porque ignoro lo que puedo pensar de mí mismo. Cuando examino mi propio corazon , por un lado me parece que estoy verdaderamente arrepentido , que diera cuanto tengo en el mundo , y pasara por los mayores sacrificios , si

podiera con ellos conseguir no haber vivido tan delincuentemente , que estoy determinado á reformarme , y mudar todo el orden de mi vida ; pero por otro lado veo que á veces mis deseos aflojan , mis resoluciones se entibian , y me sorprendo con ideas diferentes. El vicio vuelve á halagarme de nuevo , la imaginacion me arrastra con imperio á objetos seductores , cuyo abandono me parece insoportable , y me hallo de repente tan lejos del orden nuevo de correccion que me habia propuesto , que me es necesario un grande esfuerzo para rebatir estas especies halagüeñas que me encantan y seducen.

Reconozco , padre , que el corazon humano es un abismo , un océano insondable , un piélago fluctuante donde todo es inconstante y vago , y donde la razon no puede fijar el pie. ¿ Quién pues podrá vivir seguro ? No es dado al hombre sondear los espíritus ni los corazones , ni encontrar reglas para asegurarse de sus disposiciones interiores ; y si á cada uno le es tan oscuro su propio corazon , ¿ cómo podrá ver el de los otros ? Yo fuera muy feliz si pudiera contar con la sólida conversion del mio , y os pido me deis las luces que espero.

Todo lo que decis , señor , es muy justo , respondió el padre , y jamas el hombre sin las luces del cielo pudiera penetrar las oscuridades de ese caos ; pero Dios alumbrá á la sana intencion y al buen deseo , y nos ha dado en las santas Escrituras el farol que nos debe alumbrar en la noche de nuestra vida. Vos acabais de proponerme una dificultad que el hombre

abandonado á su propia luz no pudiera satisfacer jamas ; pero yo voy á responderos en dos palabras dictadas por el espíritu de Dios, y admirad de paso la asombrosa profundidad de los libros divinos. Los hombres dicen poco en muchas palabras, el Espíritu Santo en pocas palabras lo dice todo, y lo dice con tanta precision y claridad, que en ellas se halla todo lo que importa saber.

Vos deseais entender como se puede conocer cuando estamos verdaderamente arrepentidos. Yo os respondo con San Pablo (1) : *Si vivimos segun el Espíritu, andemos conforme al Espíritu.* Estas cortas palabras estan llenas de luz, y puede ser que ya os descubren todo lo que quiero deciros. Esta conversion no es nada menos que una mudanza entera, un tránsito total de una vida á otra diferente, ó, para decirlo mejor, de la muerte á la vida. La vida de la carne y de los sentidos, segun el mismo apóstol, no es mas que muerte : *mors est*; y la verdadera vida no se halla sino en el espíritu que vive de la justicia. Estas son las dos especies de vidas con que todos los hombres viven sin excepcion ; el que viviere segun la carne morirá, y ya está muerto á los ojos de Dios ; pero el que viviere segun el espíritu, mortificando las obras de la carne, vivirá. Estas dos vidas son incompatibles, no hay medio entre la vida y la muerte. El que vive segun el espíritu no sigue los

(1) *Ad Galat., v, 25.*

deseos de la carne, el que los sigue no vive con la vida del espíritu.

Así pues si vos no solo no seguís los apetitos y deseos de la carne, sino que los hui, los combatis y los mortificais, ya podeis aseguraros que vivís con el espíritu de Dios ; y ved aquí como esta cuestion que parece tan difícil se resuelve por el medio mas sencillo y natural. Buscabais la luz en esa oscuridad, y la luz brilla ya por todas partes. Ya tenemos un farol que nos puede guiar, y con que podemos arreglar nuestros pasos y conducta ; pero entendamos para esto lo que es la vida de la carne, que no solo son los pecados groseros ó de los sentidos, sino tambien los que nacen de las pasiones, que suelen llamarse espirituales, como, por ejemplo, el orgullo, las enemidades, las envidias ; pues, aunque pertenezcan al espíritu, sacan su origen ó tienen su principio en la carne y la sangre. San Juan nos dice (1) : « No ames » al mundo ni nada de lo que está en él, porque toda » concupiscencia viene de él. » Es claro que nosotros no tenemos relacion con el mundo sino por este cuerpo grosero, por esta desdichada carne ; solo por ella llegan á nuestra alma las fatales impresiones que el mundo produce.

Es pues la vida de la carne el principio de todas nuestras funestas pasiones así espirituales como corporales. Es ella la que nos da este gusto dominante por las cosas de los sentidos, este encanto que nos

(1) *Joan., ii, 15 y 16.*

impide conocer los bienes verdaderos, y que nos apega tan tenazmente á los transitorios, esta dificultad que tenemos en deshacernos de lo que se nos quitará pronto, este peso que nos abruma y nos sujeta á las impresiones de los bienes presentes. Por ella no estimamos, no amamos, no respetamos ni buscamos sino lo que vemos y tocamos, y por ella no producen fruto en nuestro espíritu Dios, sus juicios, sus castigos y sus recompensas. Apenas vemos todo esto, y si la fe nos lo muestra, es á tanta distancia, que no sentimos la impresion. El oro, las dignidades, la grandeza, la magnificencia, la estimacion, el respeto de los hombres, sus juicios y sus opiniones, ved aquí lo que nos interesa y nos conmueve, porque los sentidos nos acercan todo esto, nos lo presentan á la vista, y solo pensamos en adquirirlo.

Esta es la razon porque no tenemos otra solicitud que la de estos bienes, y que solo pensamos en adquirirlos y conservarlos. Por esto la impresion que nos producen es tan fuerte, que no hay medio, no hay delito que no se ejecute para conseguirlos. Por ellos los hombres se apasionan con delirio, los disfrutan con tenacidad, se aborrecen con furor, y se matan unos á otros con perfidia é inhumanidad. De esta fuente emponzoñada nacen todos los desórdenes, y ella es la que nos inspira esta oposicion que sentimos á lo que nos aconseja la razon, y mucho mas á los afanes penosos de nuestro estado, y á las ocupaciones serias de la religion. Ella es la que nos da este gusto tan vivo por los placeres frívolos y las diversiones

siones agradables, y por ella ocupados siempre en solicitudes inquietas, agitados de cuidados inútiles, de movimientos descompasados, de animosidades, envidias y furores, nuestros dias se malgastan en convulsiones tan dañosas, y pérdidas tan irreparables.

Esta es la vida de la carne, que consiste en el imperio que los sentidos han tomado en nuestro corazon, y por ella muere el espíritu; porque la vida de este consiste en combatir la vida de la carne, en mortificarla y destruirla. La conversion del corazon no es otra cosa que el paso de una vida á otra; por consiguiente no puede haber conversion, si no se abandona la primera vida para adoptar la segunda; pues es imposible conciliarlas ambas, y por eso San Agustín reduce toda la conversion á apartar el corazon del amor de las cosas temporales, presentes y sensibles, y ponerle en las cosas eternas.

Aquí dije yo: Eso bien lo entiendo, padre; comprendo que el convertido debe dejar la vida de la carne para seguir la del espíritu; pero, ¿quién me dirá á mí si ahora, y para estar en estado de recibir la absolucion, mi corazon está tan convertido como es necesario? ¿y quién puede creerse convertido, si para serlo es menester no tener ya ningun gusto por las cosas sensibles? ¿Es necesario que este gusto se destruya? ¿no basta resistirle?

El padre me respondió: Lejos de nosotros las máximas exageradas, que son siempre erróneas, y mas en asuntos de moral. Hay mucha diferencia, señor, en la vida de la carne y la vida segun la carne. El

apóstol no dijo que moriremos si vivimos en la carne, sino si vivimos segun la carne. Para que no vivamos en la carne seria menester estar ya muertos, y la conversion del corazon no consiste en hacer que la carne no viva, sino en no vivir segun la carne. Mientras estamos en este infeliz suelo, la ley de la carne, ley de muerte, es y será la raiz de nuestros gemidos y combates.

En este punto, señor, los mas justos y los mas santos no hacen ventaja á los pecadores, y la funesta semilla de iniquidad que todos los hombres tienen en su corazon es capaz de producir en todos los mismos frutos de muerte. Cuando digo que los justos no tienen ninguna ventaja, no quiero decir que en los combates no salgan victoriosos, y que en ellos no se disminuya cada dia la actividad de esta semilla perniciosa; sin duda que cuanto mas se adelantan en los caminos de la justicia, tanto mas debilitan la concupiscencia y la privan de su fuerza. El enemigo que ha sido vencido ya muchas veces queda aterrado, y es menos peligroso.

Pero con todo la raiz de esta simiente siempre se conserva; ningun esfuerzo la acaba, y es indispensable que hasta los justos la refrenen. Esta semilla de iniquidad consiste en la impresion y depravacion de los sentidos, y en el efecto involuntario que causa en nuestra alma esta impresion. Esto es lo que el apóstol llama ley de muerte; esta ley reina en nuestro cuerpo, y vive hasta la muerte. No podemos destruirla; pero, ¿porque la carne y sentidos viven,

porque el alma no puede dejar de sentir su accion, se sigue que los ame, y se sujete á ellos voluntariamente? No, lo que se sigue es que debe conocer la indignidad de esta sujecion, oponerse á ella, pedir socorro, y combatirla.

Así pues la sujecion inevitable del alma á la accion de los sentidos es la raiz del pecado, que no consiste ni puede consistir sino en condescender ó someterse voluntariamente á su imperio. Por eso no he dicho que para la conversion sea necesario dejar de vivir con la carne y los sentidos, sino que es menester no seguirla, no someterse; lo que supone dos cosas que el apóstol ha determinado; la primera cuando dice: Camina segun el espiritu, y no seguirás los deseos de la carne y los sentidos; la segunda, cuando dice: Los que son de Jesucristo han crucificado su carne con sus deseos y concupiscencias. Porque no hacer las obras que son claramente de la carne, y de las que dice el mismo apóstol que el que las hace no entrará en el reino de los cielos, es algo; pero, para ser de Jesucristo, no basta no hacerlas, es menester combatirlas y debilitarlas. Esto resuelve todos vuestros temores.

El sentido por mas vivo que sea para las cosas prohibidas puede ser un mal, pero no es un pecado; es mal, porque obliga al combate; pero despues de la victoria es un bien, porque es mérito. Pero, ¿amais ese mal? ¿no estais determinado á no permitirle nada? ¿si estuviera en vuestra mano impedirle no lo hicierais? Sin duda, pues nada le concedeis, y os impor-

tuna; no debéis pues tener ninguna inquietud. Esos movimientos, esas impresiones son efectos naturales de la ley de la carne, y la ley del espíritu debe sujetarlos. ¿Si no existieran, sería necesario resistirlos y vencerlos? Cuando el apóstol dice, que el pecado no reine en tí, añade inmediatamente, de modo que obedezcas á sus deseos. Abandonad pues toda inquietud, procurad solamente manteneros fiel; y si á vuestro pesar las memorias de los tiempos pasados se despiertan con viveza en vuestro corazón, no concediéndola nada, lejos de faltar á Dios, le servis con mas merecimiento.

La verdadera conversión, como hemos dicho, es la cesación absoluta no de las tentaciones, sino de los consentimientos á todo pecado mortal; pero sin excepción alguna, porque el que los dejara todos, si conservara uno solo, sería reo de todos. Esto se debe observar muy particularmente, porque parece que muchos Cristianos imaginan que en la religión de Jesucristo no hay mas que una especie de pecados, y que están contentos cuando se abstienen de los que San Pablo dice que no solo no se deben cometer, pero ni aun nombrar. Como si el hombre fuera tan despreciable que toda su perfección consistiera en no envilecerse indignamente; pero Santiago dice que el que no reprime su lengua, y piensa tener religión, se engaña; que no tiene mas que las apariencias, y que su religión es vana. El mismo San Pablo añade que tampoco entrarán en el reino de los cielos los que cayeren en enemistades y pleitos, cóleras, desavenen-

cias, envidias, maledicciones, embriaguez y placeres de la mesa.

Vos diréis ¿quién pues se podrá llamar convertido? ¿quién se salvará? Yo os responderé: El que se abstenga de todas esas cosas, porque el que las haga en todo ó en parte no entrará en el reino de los cielos. Es menester pues sobre todo esto examinarse bien, y corregirse. Yo voy á proponeros algunos ejemplos. Ved aquel hombre: una secreta envidia devoraba su corazón; no podia soportar el bien que otro hacia, y no le hacia él mismo; las felicidades ó las alabanzas de otros le afligian, las veía ó las oía con enfado, y procuraba atenuarlas; ocultaba el bien de otros, y divulgaba el mal, le creía fácilmente, porque le deseaba, y con mas facilidad le publicaba para que fuese creído; las menores apariencias eran para su ánimo mal dispuesto pruebas de convicción. Todo esto debia corregirse, y desde que se convirtió ya es diferente su conducta, ya en su corazón hay un amor sincero de todo bien, ya le aplaude en cualquiera parte que le vea, ya se aflige del mal, ya le encubre, y en fin ya le escusa si puede, ó á lo menos calla. Es claro que se ha convertido, pues ha corregido ya sus defectos. Aquel se jactaba otra vez, y quizá con demasiada verdad de ser un enemigo implacable; no podia reconocer como virtud el olvido de las injurias, y cuando estaba ofendido, su deseo de venganza no escuchaba ni consejo, ni razón, ni religión. Todo se ha mudado, ya es un amigo fiel y sincero, ya no tiene enemigos, todo lo perdona, y

no estima mas que la paz y la reconciliacion. ¿Quién puede dudar que se ha convertido?

Ese otro era colérico; á cada instante se trasportaba con movimientos fogosos, con prontitudes violentas, muchas veces sin razon, y siempre con exceso. Era imposible servirle, multiplicaba las injurias á los criados; sus iguales por no sufrir tantas violencias preferian cederle en todo antes que disputar con él eternamente; ahora es manso, paciente, y se ve que es cristiano. Tanta mudanza es señal seguro de conversion.

Ved esa joven (y esto puede estenderse á las que ya no lo son), antes no pensaba ni se ocupaba sino en sus adornos y atavios. Yo la preguntaria ¿para qué? Si era para conformarse á la ley del espíritu, ó á la de la carne y muerte, porque no hay mas que las dos. Pero la ley del espíritu no ha podido inventar esas modas profanas, esos modos licenciosos, ese aire de teatro, indecente aun en personas viles que se presentan al público en espectáculo, y mucho mas en mugeres honradas, que deben ser dignas madres de familia. Pero ella conoció, al punto que la movió la gracia, el respeto que debe á su cuerpo, y que al primer paso que dió en la religion fue invocado sobre ella el nombre de Jesucristo; que por la participacion de la divina Eucaristia es vivo templo de Dios; que debe adornarle, pero con adornos dignos del Dios que habita en él, no con el que conviene á las impuras divinidades del mundo; y que los únicos que pueden agrandar al Dios que adora son el pudor, la castidad y la modestia.

Os he propuesto estos pocos ejemplos para daros una idea de los efectos que debe producir la conversion, para manifestaros que esta ha de ser una renovacion de vida, ó una mudanza entera de costumbres, que debe empezar cuando el pecador se convierte, y debe crecer de día en día por la detestacion que concibe de su vida pasada, de esta vida que no hacia mas que la voluntad de su carne y sus sentidos. No es posible servir á dos amos: el que sirve á uno, dice Jesucristo, desprecia al otro, sobre todo cuando son tan opuestos como la carne y el espíritu.

Es claro, señor, que el que aborrece su vida pasada, el que la detesta, porque el odio debe llegar hasta este extremo, aborrece tambien todo lo que es capaz de volverle á ella. Así sin la fuga de todas las ocasiones de pecar no hay conversion verdadera. Ved aquí pues la regla. El que no solo deja el pecado, sino tambien huye las ocasiones, y toma cuantas precauciones puede para no volver á caer en él, puede creer sin temeridad que está convertido.

Lo puede creer tambien, y con mas fundamento, cuando á todas estas circunstancias añade la satisfaccion sacramental, porque es menester entender que, á mas del dolor ó de la contricion, del propósito ó la resolucion, y de la confesion entera, hay la satisfaccion, y que estas cuatro cualidades son todas ellas partes necesarias del sacramento. Es cierto que aunque la absolucion nos perdona los pecados en cuanto á la culpa y á la pena eterna, no por eso nos perdona toda la pena temporal, pues de esta quedamos deu-

dores á la divina justicia. En su virtud nos libramos de la pena eterna, porque la gracia nos justifica y nos restablece en nuestros derechos á la herencia celestial; pero, como es indispensable que la justicia divina quede de algun modo satisfecha, debemos sufrir alguna pena temporal. Así lo ha definido el concilio de Trento, explicando la diferencia que hay entre la penitencia y el bautismo. En este el perdón es completo, así de la culpa como de la pena; pero en aquel no siempre con la culpa perdona Dios toda la pena; porque la razón dicta que los pecadores que después del bautismo perdiéron aquella gracia, profanando el templo del Espíritu Santo, deben ser tratados con mas severidad que los que, no habiéndole recibido, han pecado con menos conocimiento y socorros, y no han abusado de tan alto don.

Por eso en este sacramento el confesor impone al penitente la obligación de hacer ciertas obras penales con que pueda satisfacer. Esto es el complemento del sacramento, y es de absoluta necesidad así para el confesor como para el penitente. La Iglesia ordena al primero que imponga una penitencia que sirva de satisfacción á los pecados cometidos, por consiguiente debe ser proporcionada á ellos. Es justo que sea castigado, y con mas severidad el que ha cometido mas pecados ó pecados de mayor malicia. Y con este espíritu en los primeros siglos estableció tantas y tan diferentes penitencias segun la gravedad de las culpas. Y por eso los Cristianos se sometían á ellas

con la esperanza de evitar con los castigos de esta vida los de la otra.

Si la disciplina ha mudado, la verdad no muda, y el zelo de los ministros no debe ser ahora menos vivo que lo fue en aquellos tiempos. El concilio les dice: Los sacerdotes del Señor dirigidos por el Espíritu divino deben, segun las reglas de la prudencia, imponer satisfacciones saludables y convenientes, teniendo atención á la naturaleza de los pecados y á la flaqueza de los penitentes; no sea que si imponen á culpas graves penas ligeras se hagan culpables ellos mismos, y participen de los pecados de aquellos á quienes tratan con tanta indulgencia.

¡Ay pues de aquellos ministros fáciles y ligeros que, en vez de tener derecha la balanza del santuario que les ha confiado el Señor, la dejan inclinar por una condescendencia natural y humana! ¡ay de los que son tímidos y cobardes, y se dejan dominar por la autoridad y la grandeza, y no tienen la fuerza de guardar en sus juicios la superioridad que les da su ministerio! Mas no permitirá el Señor en sus ministros abuso alguno de esta clase.

No es menos necesaria y útil esta satisfacción al penitente, la obligación es mutua. La misma ley que obliga al confesor á imponer una pena, obliga al penitente á aceptarla, y es mas estrecha para este, pues es el culpado, y debe satisfacer á Dios las injurias que le ha hecho, y porque lo es mas útil pagar con ligeras penas en esta vida las graves que pudiera

sufrir en la otra. Por donde se ve que le es provechoso cumplir la penitencia.

Algunos pretendieron que el sacerdote no puede ni debe absolver al penitente, sino despues que este haya cumplido las penitencias que se le impongan; pero la Iglesia ha condenado este error, y el uso contrario está establecido. El confesor oye al penitente, se asegura quanto puede de sus disposiciones, en especial de su contricion y su propósito; le da los consejos que tiene por conveniente, le impone la penitencia que le parece, y si no hay nada que le detenga le absuelve; esta es la práctica ordinaria. Es verdad que puede haber ocasiones y circunstancias en que sea prudente diferir la absolucion hasta que ciertas obligaciones se hayan cumplido; por exemplo, ciertas restituciones de dinero ó de fama, ciertas reconciliaciones ú otros ejercicios que pueden disponer mejor al penitente, y asegurar mas al confesor de sus promesas; pero estos son casos particulares que la Iglesia deja á su direccion.

No hay duda en que el penitente siempre que pueda debe cumplir la penitencia que el confesor le impone; pero es posible que este, no conociendo el estado de una persona, sus empeños, sus facultades, su complexion natural ó su flaqueza de temperamento, le mande cosas moralmente imposibles; pero, como Dios no ordena lo imposible, ni la Iglesia exige jamas lo que excede á las fuerzas humanas, en este caso el penitente tiene derecho para representar y excusarse, no con la idea de eximirse de toda peni-

tencia, sino para que aquella que no le es posible cumplir le sea conmutada en otra igual si puede ser, pero que sea practicable. Esto es justo, y no hay nada en ello que se oponga á la prudencia evangélica, ni á la prudencia cristiana.

Pero hay en esto una grande ilusion, que es casi universal entre las gentes del mundo, ilusion que crece todos los dias á proporcion que la devocion se enfria, y que el imperio de los sentidos se estiende, ilusion que los ministros de Jesucristo no podrán destruir, si no se arman con toda la firmeza del zelo apostólico; ilusion que consiste en imposibilidades imaginarias de que se quiere aprovechar para negarse á todo lo que puede cautivar el espíritu y mortificar la carne, en una palabra, á todas las obras que pueden satisfacer mejor, y ser mas meritorias: voy á esplicarme.

El ministro de la penitencia ejercita dos funciones á un tiempo, la de juez y la de médico de las almas; como juez castiga, como médico cura. Así las penitencias que impone han de ser espiatorias y medicinales: las primeras son por lo pasado, y para pagar á Dios las deudas que ha contraido el pecador; las segundas son para lo venidero, y para desarraigar los malos hábitos, y preservar de las recaidas. Estos son los fines que se propone siempre el confesor, y que jamas puede perder de vista en las penitencias que impone. Como los males se curan con sus contrarios; como no se puede mejor espiar lo hecho, ni precaverse mejor para lo futuro que con obras direc-

tamente opuestas, á fin de que sus penitencias sean mas saludables, impone por ejemplo á pecados de avaricia, limosnas; á resentimientos y venganzas, demostraciones de amistad y servicios; á escándalos y disoluciones, ejercicios públicos de religion; á intemperancias ó relajaciones impúdicas, maceraciones, abstinencias y ayunos; al amor del mundo y de sus diversiones profanas, retiro, silencio y oracion; así de todos los demas.

Y ved aquí lo que la mayor parte de los penitentes llama rigor. ¿Y porqué? Porque todo eso aflige y sujeta, porque quisieran huir de la pena y de la sujecion, porque todo es contrario á las pasiones, y que no quieren contrariarlas en nada, ni hacerlas la menor violencia; porque todo eso mortifica los sentidos; y porque no tienen valor para privarse de ninguna de sus comodidades. Mandar á un hombre ó á una muger del mundo que deje el juego, que se retire de los espectáculos ó de ciertas amistades; decir á un interesado que haga limosnas, á un vengativo que perdone, á un soberbio que se humille, á un sensual que reprima sus apetitos, á un perezoso que trabaje, á un disoluto que cumpla con las obligaciones de cristiano, que vaya á oír la palabra de Dios, que lea buenos libros, que asista á los oficios divinos; y darles sobre esto reglas ó imponerles leyes, es hablarles una lengua estrangera, es en la opinion de ellos pedirles mas de lo que pueden, no conocerlos y no saber dirigirlos. Si el confesor firme no quiere revocar la penitencia que haya intimado se le acusa

de un extremo rigor, se le trata de hombre rústico, que no tiene ningun uso del mundo, ni sabe distinguir las personas. ¡Error miserable, únicamente fundado en el desarreglado amor propio y en la presuncion que nos ciega!

Lo que nos ordena el confesor es con razon y cordura; pero no importa, el pecador lo tiene por una carga muy pesada; no se hace cargo de que es penitencia, y que es preciso sufra trabajo y austeridad. Replica que no está acostumbrado á esos ejercicios; pero es bueno que se acostumbre, y precisamente se le imponen para este fin. Añade que de mejor gana aceptaria cualquiera otra penitencia; pero toda otra le convendria menos. Es justo sea castigado por donde ha delinquido, y este puede ser el remedio especifico contra la inclinacion que le seduce. ¿Será pues menester, concluye, que yo mude el orden de mi vida? Sin duda. ¿Á qué se viene al sagrado tribunal, sino á reformarse y mudar de conducta? Pero yo soy de muy débil temperamento. Haced la prueba quizá veréis que no sois tan débil como os imagináis; y cuando fuera cierta vuestra debilidad, podria obligaros á usar de moderacion, pero no á dispensaros por entero de toda mortificacion y penitencia. Dice por fin: Jamas podré sujetarme á lo que se me propone. No podréis, porque no queréis; pero debéis quererlo, porque Dios lo quiere, Dios que no os juzgará por los frivolos pretextos que alegais, sino por su ley y su santa voluntad.

Es increíble, señor, que siendo indispensable satis-

facer á la justicia de Dios, y teniendo tanto interes en librarnos de sus castigos, y pudiendo conseguirlo á poca costa con las ligeras mortificaciones de esta vida, tengamos tanta dificultad en aceptar los medios que su misericordia nos presenta. No hay pecado que no merezca lágrimas eternas, ni satisfacción que fuera suficiente, si Dios usara con rigor de todos sus derechos; ¿y nos atreveremos á quejar del exceso de las penitencias? ¿puede haber en la tierra ninguna que pueda equivaler á las que Dios nos puede imponer segun su justicia? Todo esto nace de que no consideran la gravedad del pecado, ni las penas que merece.

No obrará así el que considere la grandeza infinita de Dios, la multitud de sus beneficios, la severidad de sus juicios, su propia bajeza, su ingratitude á tan soberana magestad, lo que puede esperar de su amor y lo que debe temer á su justicia. Entonces verá las gracias de que es deudor al Señor, por haberle dado en la confesion un recurso para levantarse de sus caidas y una tabla para salvarse del naufragio. ¡Cuánto le importa no dejar arraigar el pecado en su corazon, y lavarle prontamente con las aguas de la penitencia! ¡qué ventajas nos produce su frecuencia, pues sirve á purificarnos mas y mas, á mantenernos en gracia y aumentarla! ¡con qué submission debemos oir al confesor que nos habla en nombre de Dios, sea que nos reprenda, que nos exhorte, que nos instruya ó que nos aconseje! ¡con qué constancia y fidelidad debemos hacer cuanto nos

mande, por mas que nos mortifique, creyendo con San Bernardo, que cuanto menos nos perdona en esta vida, tanto mas hace por que se nos perdone en la otra, y que su severidad no es un motivo para dejarle, y lo seria el que nos tratase con mas indulgencia, ó que quisiera llevarnos por camino mas cómodo!

Señor, no olvideis jamas, tened siempre presente que la malicia del pecado debe espiarse en esta vida ó en la otra. Dios perdona al pecador arrepentido la culpa, y le dispensa de las penas eternas, pero no siempre de las temporales, y es indispensable que aunque muera en gracia satisfaga á la justicia divina en el purgatorio hasta que quede perfectamente purificado; pero su misericordia le da el medio de librarse de estas penas, que son muy graves, con las buenas obras y penitencias que puede hacer en esta vida. Esta es la doctrina de la Iglesia católica.

Los protestantes nos acusan de faltar con ella á la confianza que se debe á los méritos de Jesucristo, que siendo infinitos parece nos dispensan de sufrir por la espiacion de nuestros pecados. Nadie conoce mejor los infinitos méritos del Salvador que su esposa santa, nadie los reclama con tanta confianza y humildad; pero sabe tambien que los que piensan que no estamos obligados á espiar nuestros pecados con nuestras propias penitencias, porque Jesucristo ha satisfecho á la justicia divina, derramando toda su sangre, como si hubiera querido descargarlos con ella por entero, estos tales ni conocen el mérito de

esta preciosa sangre, ni la naturaleza de nuestros males, y son como los que le blasfemaban cuando estaba crucificado.

Que baje ahora de la cruz, decian, y que se salve á sí mismo; entonces creeremos que puede salvar á los demas. Si es Hijo de Dios que haga este prodigio, y creeremos en él. Asi hablaban los que estaban cerca, sacerdotes, senadores, pueblo, soldados y hasta uno de los malhechores que padecian el mismo suplicio. Todos repetian insultos tan insensatos; ¿y por qué? Porque los pecadores no conocen otro mal que la pena, y no saben que el único mal es el pecado. ¿Qué diferentes eran los pensamientos del justo que sufría, y sufría hasta la muerte de cruz! A sus ojos el pecado era el único mal, y supuesto el pecado, la penalidad, el sufrimiento y la obediencia que le espiaban, lejos de ser un mal, eran un grande bien.

Reformen pues los protestantes sus ideas, y tengan otras mas dignas de Jesucristo y de los que le adoraran. El precio de su adorable sangre no deja de ser infinito, porque vertió hasta la última gota, y porque se hizo obediente no solo hasta la muerte, sino hasta la muerte de cruz. No dejaron de ser infinitos los méritos de sus lágrimas, oraciones y deseos, porque no contento con esto, no obstante que una lágrima suya hubiera bastado para redimir mil mundos, quiso por su inmensa caridad que su sacrificio fuese entero, y llegase hasta los mas excesivos tormentos, hasta la muerte mas cruel, y hasta la total efusion

efusion de su sangre adorable. ¿Cómo pues perderán su valor, porque haya querido que cada uno de nosotros junte con los dolores del Señor los suyos propios?

Sacrílegas ideas que deben desterrarse de los corazones que adoran á un Dios redentor, y que, como he dicho, no tienen mas principio que la ilusion del amor propio. Nuestra ceguedad no ve que para el culpado el pecado es el único mal, y que el dolor que le espia es el solo bien verdadero. Jesucristo no ha sufrido sino para descargarnos de toda pena, sino para descargarnos del pecado y de la pena eterna que merece. Con sus dolores y su muerte nos ha dado los medios de ofrecer á Dios las penas temporales que sufrimos por nuestros pecados. Les da valor, santificándoles cuando las soportamos con paciencia segun su espíritu, y cuando las unimos con sus sufrimientos. Estos son los que por su mérito infinito hacen que los nuestros sean un sacrificio de espiciacion digno de Dios.

Nosotros todos sin excepcion somos pecadores, como tales estamos condenados al suplicio, que es la muerte: todos la sufrimos por él; no hemos recibido la vida sino con esta condicion. La vida misma es el camino que nos lleva á este término; mientras nosotros llegamos al suplicio cada uno carga con la cruz en que debe espirar. Este cuerpo que se va desmoronando, estas enfermedades que nos debilitan, estas aficciones, estos reveses de fortuna, este mundo que nos engaña de tantos modos, y que tantas

veces nos hace pasar de las locas alegrías que nos transportan sin razón á los disgustos y pesares que nos abaten sin medida, son la cruz que llevamos sobre nuestros hombros. Podemos á nuestro arbitrio unirla ó separarla de la cruz de Jesucristo; pero este Redentor no nos bajará de ella pues no baja él mismo de la suya propia.

La Escritura dice (1) que un yugo pesado se ha puesto á los hijos de Adán desde el día de su nacimiento hasta el de su muerte, y que la sentencia que el Eterno pronunció contra los pecadores, cuando les dijo *moriréis*, se ejecutará en todos irrevocablemente y sin distincion. El justo, el inocente, el santo morirán como los pecadores. El buen ladrón morirá sobre su cruz, como el malo sobre la suya. ¿Cuál es la única diferencia? Vedla aquí.

El pecador impenitente, que no conoce otro mal que la pena, tampoco conoce otro bien que el librarse de ella: Salvate, dice á Jesucristo, y salvanos también. Esta es la imagen de todos los que ignoran que mal es el pecado, y que tienen por mal aquello que le puede espiar. Si Jesucristo fuera pontífice de los bienes presentes, y quisiera librarnos de la muerte, asegurándonos la tranquilidad y pacífica posesion de los honores y placeres de esta vida, todos correrian á él, y se apresuraran á reconocerle por su Dios salvador. Pero, ¿si hiciera esto, lo seria? ¿no aumentaria nuestros males? pues estos no consisten

(1) *Eccle.*, XL, 1.

sino en el apego del corazón á bienes pasajeros, cuyo amor desvia del que se debe á Dios. Nosotros moriríamos del mismo modo, cada cual esperaria sobre su cruz; pero sin penitencia ni provecho para la vida eterna, porque en aquella disposicion es imposible unir la propia cruz con la de Jesucristo. ¿Quién es el que la une? Aquel que no conoce otro mal que el pecado, aquel que no estima otro bien sino lo que puede espiarle, y que desea por su parte contribuir á la satisfaccion que debe á Dios por sus delitos.

Porque, señor, ¿qué es un cristiano? Es un hombre que, desde el primer paso que dió en la religion, fue marcado con la sangre de la Víctima santa, y consintió desde entonces á ser él mismo una víctima que ofrece á Dios su propia vida, para obtener por esta oferta la espiacion de sus pecados. Toda su vida debe anunciar y preparar este sacrificio. Participando de los santos misterios, se alimenta de la carne adorable del cordero para presentar con él á Dios su propio cuerpo, y lleva sobre sí la mortificacion de Jesucristo para mostrar que su confianza la pone en la muerte del Señor. Y de aquí ¿qué debemos concluir? sino que Jesucristo no ha sufrido para eximirnos de todas las penas del pecado, sino para hacer que nos sean útiles.

De estos principios resulta que la satisfaccion ó la penitencia cristiana exige de nosotros tres disposiciones. La primera el pensamiento de la muerte y la resolucion de prepararnos á ella, ofreciendo á Dios nuestra vida como la pena principal del pecado, y

como el sacrificio que debe consumir nuestra penitencia. En los días de nuestro olvido y prevaricación, y cuando éramos esclavos del pecado, procurábamos desterrar su memoria que nos era insoportable; y no pudiendo disimular que éramos mortales, tratábamos á lo menos de alejar esta idea de nuestro espíritu, para que con su amargura no turbase nuestros placeres. El arrepentimiento debe destruir esta ilusion, y debe hallar en esta memoria el motivo de su penitencia. Debe tener á la vista la muerte para juzgar por ella de si mismo y de todo lo que le rodea. Este pensamiento debe decidir de sus ocupaciones, placeres, proyectos y negocios, y debe ser la única regla de nuestra conducta; y así los padres han dicho que la muerte era el alma de la penitencia cristiana.

La segunda es la resignacion y paciencia con que debemos prepararnos á sostener con humildad y sufrimiento todas las pruebas á que nos esponga la Providencia; porque si, á ejemplo de nuestro Maestro, debemos ser obedientes hasta la muerte, y si solo por esta obediencia unida con la suya podemos espisar nuestros pecados, ¿cuánto mas debemos sufrir con sumision las aflicciones ó desgracias que Dios quiera enviarnos, y que debemos mirar como preludios ó preparativos de nuestro sacrificio? Por esto el concilio de Trento ha declarado que estas diferentes penas son parte de la satisfaccion que debemos á Dios, cuando las sufrimos con el mismo espíritu que Jesucristo.

En fin la tercera disposicion consiste en mirar y

tratar nuestros cuerpos como víctimas destinadas á la muerte, acostumbrándolos á privarse de todo lo que no les es absolutamente necesario, quitándoles lo que no puede servir mas que á lisonjear su sensualidad, principalmente aquello de que abusaron. Ved aquí la satisfaccion que debemos á Dios, y este debe ser en nosotros el efecto de la sangre preciosa del cordero, que no la derramó para librarnos de la penitencia, sino para que esta nos sea fructuosa; y si los penitentes no tienen estas disposiciones, á lo menos en algun grado no pueden esperar satisfacer á la divina justicia.

Pero, padre, le dije yo, ¿una satisfaccion tan rigurosa es de todos los estados, y podrá practicarse en todos? ¿Conoceis, señor, respondió el padre, conoceis algun estado en que no se muera, ó en que se esté seguro de salvarse? Si no le hay, señor, no puede haber ninguno en que se dispense este precepto del apóstol: « Os ruego, hermanos, que ofrezcais á Dios vuestro cuerpo como una hostia santa, viva » y agradable á sus ojos. » ¿Hay estado, condicion ó fortuna en que no debemos tener nuestro cuerpo crucificado con Jesucristo, y en que no estemos obligados á ofrecer á Dios el sacrificio de nuestra vida? Porque, ¿cuál es el estado en que esta miserable carne no envejezca, en que no esté sujeta á mil enfermedades de toda especie? ¿qué estado hay sin cruces; reveses, penas y aflicciones? ¿y en qué estado puede pertenecer uno á Jesucristo sin crucificar su carne con sus deseos y concupiscencias? Si le hubiera, se

podrian dar otras reglas de satisfaccion ; pero , pues no le hay ni le puede haber , es indispensable sujetarse todos á la ley evangélica.

No hay estado en que no se muera ; por consiguiente no hay estado en que no se deba pensar en morir , y en que no sea la mayor locura olvidar un momento tan cierto como capital y decisivo. La mayor hermosura de la religion cristiana es que se ve toda entera cuando se medita en presencia de lo que hay mas cierto , que es la muerte. Un filósofo pagano dictó una máxima de que no era digno : *Toda la vida se ha de aprender á morir*. Y aun no basta toda la vida para aprender este arte importante.

Sin duda que no basta. Pero aun es mas clara esta verdad para un cristiano , que sabe que su muerte es un sacrificio que ofrece á Dios por espacion de sus pecados , pero que no es digno de Dios , si no es semejante al de Jesucristo ; que este sacrificio no se puede ofrecer mas que una vez , y que si no le ofrece de manera que su muerte se una con la de Jesucristo , quedará cargado de sus pecados por toda la eternidad. ¿ Qué pensamiento , señor ! ¿ Puede haber otro mas digno de ocuparnos ? Y cuando á esta idea que deben tener todos los Cristianos se junta la necesidad que tiene el pecador de espíar con el sacrificio de su vida delitos innumerables de toda especie , ¿ puede haber penitencia ni verdadera satisfaccion sin estar animado con el pensamiento de la muerte , y en la resolucion de prepararse á ella , y sin mirarse

como crucificado con Jesucristo para destruir el cuerpo del pecado ?

Pero como no solo se muere , sino que no hay estado que no tenga en la vida cruces , amarguras , penas y reverses , todo esto debe servir para espíar nuestros pecados , y la sumision y paciencia con que lo debemos sufrir todo puede ser parte del mismo sacrificio. El mal ladron que sufrió al lado de Jesucristo hubiera podido hacer que sus dolores espíasen sus delitos. No sufrió menos por haberle desconocido y blasfemado ; sufrió mas porque sufrió sin consuelo ni esperanza , y esta es la imagen de los que aman al mundo. Sufren , y sufren mas que los verdaderos penitentes , que , parecidos al buen ladron , reconocen con él que no sufren nada que no hayan merecido , y esta humilde confesion endulza sus penas , se alivian con la confianza que tiene en Jesucristo , y no padecen sino lo que es necesario para el sacrificio , con la esperanza de que presto irán con él á su reino.

En fin como no hay estado ó condicion en que , por un efecto del pecado , la ley de la carne y de los sentidos no ejerza su tiránico imperio , y como le ejerce con mas furor en medio de la abundancia de las riquezas , distinciones y placeres , no hay estado tampoco en que la penitencia y mortificacion sean mas necesarias , y los estados que quisieran ser mas dispensados son los que pueden serlo menos.

Seria singular que solo debieran sujetarse á esta ley tan necesaria como austera aquellos cuyo estado por sí mismo es un estado de penitencia y de trabajo ,

aquellos que, para satisfacer á Dios, no necesitan de ordinario mas que soportar con paciencia las penas, angustias y necesidades de que se ven cargados; y que los grandes, los ricos del siglo, esclavos brillantes de las pasiones mas vergonzosas, y mas cargados de delitos que de bienes, no hubieran menester hacer penitencia, sino gozar en paz de las dulzuras de la vida, no negar nada á los deseos de su corazon, entregarse sin escrúpulo á las delicias de una dulce abundancia, donde ejercen sin término el orgullo, la impiedad y el desprecio de toda ley. Estas ideas no son compatibles con la religion de un Dios crucificado. Si ha sido necesario que él mismo sufriese para entrar en la gloria, ¿no será insultar á su religion y al mismo Jesucristo querer entrar en ella por camino diferente del que él mismo enseñó y siguió?

En vano se opondrán á estas verdades las leyes del mundo, y su falta de ciencia; pues no seremos juzgados por ellas, sino por el evangelio; y el evangelio es igualmente para los grandes, pobres y ricos: si estos no se sujetan á sus leyes, tampoco les alcanzarán sus recompensas. El mundo pasa, y pasan con él, dice el apóstol, sus leyes y concupiscencias; pero la ley de Dios no pasa, y es eterna. Cuando el mundo ya haya pasado, y que el grande se vea á solas con su Dios, no tendrá allí mas que sus pecados y su penitencia. Si con esta no ha satisfecho á Dios, Jesucristo pronunciará su sentencia. ¿Y qué leemos en el evangelio sino amenazas terribles contra esos estados que quisieran ser dispensados de la penitencia? El mismo

Jesucristo dice: ¡Ay de vosotros ricos de la tierra! que teneis vuestro consuelo en el mundo y reis, porque vosotros lloraréis. ¡Ay de vosotros! dice un profeta, que os preguntais unos á otros: ¿Qué haremos mañana? porque vuestra inutilidad no os ha permitido saber lo que debíais hacer hoy. Esto merece, señor, toda la atencion de los ricos y de los grandes.

Pero veamos cuales son estas leyes y decencias del estado que pueden ser contrarias á la penitencia. ¡Qué! ¿ese lujo que arruina, esas delicias que no conocen límites, y multiplican sin fin las necesidades de la imaginacion, esas profusiones de la mesa, esas delicadezas del gusto, esas sensualidades esquisitas, esa atencion pueril á preservarse de las incomodidades mas ligeras, esas diversiones incesantes, esos afanes fútiles, y, para decirlo en breve, esa vida de capricho y fantasía, en que la única regla es no tenerla, y abandonarse á todas las licencias del antojo, es ella por ventura la ley y la decencia de estado?

Eso es confundir la grandeza con lo que la deshonra, es ponerla donde no está. La grandeza no consiste en gustos locos, en fausto, en orgullo ni soberbia, sino en tener virtudes, en aplicarse á ser útiles á los demas hombres. Los que son mas distinguidos por sus empleos ó por su nacimiento deben ser mas virtuosos, y cuando lo son, el mundo les deja las licencias de ser penitentes y cristianos. Aunque él es muy injusto, no lo es tanto que no respete la virtud, y jamas condena la aevocion y la sincera penitencia; lo que condena es los defectos de los que

tienen ideas falsas tanto de la virtud, como de la grandeza verdadera.

El que fuere mas grande ó se viere mas elevado en el mundo puede echar los ojos sobre una nube de testigos que desmienten los vanos pretestos que se oponen á la penitencia. Dios que no escluye á nadie de su ley ha querido que la sociedad de sus santos se componga de todos los estados que hay en el mundo, para oponer á esos pretestos frívolos una ley nueva que los condene sin excepcion y sin réplica. Que corra con la vista las edades y los siglos, y hallará en ellos santos de todo estado y de toda condicion; pero no hallará ninguno que se haya santificado en la vida regalada, en la futilidad, en las diversiones y placeres. Ninguno ha creido que su estado le dispensase de espiar sus pecados, y de satisfacer á Dios con la mortificacion y penitencia. Así todos estos pretestos del estado son frívolos. Si no hay ninguno en que el hombre no sea pecador, no puede haberle en que no esté obligado á ser penitente, y debe serlo mas cuanto ha sido mas pecador, porque debe espiar mas y evitar con la mortificacion el peligro de nuevas recaidas. El concilio de Trento dice que la penitencia no solo sirve para satisfacer por los pecados pasados, sino para impedir los futuros, y San Pablo explica que por ella el viejo hombre se crucifica en nosotros con Jesucristo, no solo para que destruyamos el pecado, sino tambien para que no volvamos á su servidumbre.

Padre, le pregunté, ¿la recaida es señal segura de que la conversion no ha sido verdadera, y que la

confesion no ha sido buena? Señor, me respondió, el hombre es tan miserable, su naturaleza es tan caduca, y tan instable su corazon, que por mas justo que sea en un instante puede caer en pecado. Así la desgracia de caer no es señal segura de que no fuese justo antes de la caida; pero tambien es menester confesar que la vida cristiana no es compatible con esta vicisitud continua de pecados graves y de arrepentimientos, de recaidas y de absoluciones. Esta ilusion, aunque comun, no deja de ser la mas grosera de todas, y la mas propia para perder á los Cristianos y conducirlos á la impenitencia final. La recaida pues no es prueba absolutamente cierta de que la conversion ha sido falsa; pero, cuando es pronta, fácil y frecuente, es una señal muy peligrosa.

Porque en efecto ¿qué es la conversion? Acordaos de lo que hemos dicho de la contricion, sin la cual no hay conversion verdadera; acordaos de que el concilio de Trento la ha definido un dolor del alma, dolor que debe ser sobre todo dolor; un odio del pecado; ¿y que odio? tan grande, tan perfecto, que debe llegar á la detestacion; que debe inspirar mas oposicion y repugnancia que lo que pudiera hacer el mayor mal; odio que debe estar en el corazon, no como efecto de una impresion de la naturaleza, sino como un movimiento sobrenatural del espíritu de Dios, pues, habiendo derramado en él la justificacion y la gracia, debe ya ser una disposicion habitual, estable y permanente. Todo esto es de fe; y ahora digo yo: Si el odio que ha concebido por el pecado el que reci-

bió el sacramento de la penitencia, no ha sido de esta especie, es cierto que no recibió el perdón de sus pecados, que su conversión fue falsa, que sus protestas fueron fingidas, y que no hizo otra cosa que abusar del sacramento.

Sobre estos principios es fácil que cada uno se juzgue á sí mismo. ¿Quién puede creer que uno vuelva fácilmente á lo que aborrece y detesta tanto? Si nos cuesta tanto trabajo determinarnos á hacer aquello á que hemos concebido odio y aversión natural, ¿qué dificultad no debemos sentir para volver al pecado, cuando nuestra conversión es sincera? porque, si es tal, no solo debemos detestarle mas que todo, sino que este sentimiento está sostenido por la impresión sobrenatural del Espíritu divino en nuestros corazones. Aquel pues que después de haber recibido la absolución vuelve á ofender á Dios con facilidad, con prontitud y con frecuencia, puede sacar la consecuencia que resulta; ella es triste. Tampoco me atrevo á darla como infalible; pero me parece que funda una terrible presunción, y que á lo menos el que fuere tan débil tiene motivos para recelar que en vez de haber recibido la gracia del sacramento le ha profanado con una conversión que no era mas que aparente.

Por otra parte no hay mal á que no espongan las recaídas. El primero, que es tambien causa de todos los demas, es la cobardía y temor de ánimo. Este es un efecto inevitable, porque por mas que el pecador se diga á sí mismo, por mas que ó se le diga que el hombre

es débil, que la religion le presenta un remedio nuevo, por mas que busque razones con que sosegarle, un instinto, á la verdad poco claro, pero muy suficiente, le dice que el tener semejante conducta es despreciar la religion y lo que hay en ella mas sagrado; y como no siente en sí la fuerza ni el valor de tener otra mas ajustada, como no ha hecho bastantes esfuerzos para sostenerse, ni ha tomado las precauciones convenientes para establecerse sólidamente en la virtud, se imagina que esto es imposible, que jamas podrá mantenerse con la firmeza necesaria para vivir sujeto á la ley; y con esta falsa idea se cree incapaz de guardar las obligaciones de cristiano, y así no es extraño que en esta disposicion no haga ningun esfuerzo, y que con esta especie de despecho se abandone á su inclinacion natural.

El segundo mal es la dureza del corazon: los pecados se multiplican, las luces se apagan, los remordimientos de la conciencia se embotan, sus estímulos no son tan vivos, las verdades cuya impresion nos habia hecho tanta fuerza se empañan, se debilitan, y á fuerza de hacerlas inútiles nos dejan insensibles. El Espíritu Santo contristado se retira, se aleja de nosotros, no vuelve mas; y si no hemos llegado todavía al fondo de este abismo, en que los impíos se rien de sus peligros porque no los ven, estamos ya muy cerca.

El tercer mal de las recaídas es la cólera de Dios que se irrita, y es posible que sea sin recurso. ¿Quién no temblará cuando se acuerda de esta medida que se

llena, de esta paciencia que se cansa, y de este justo Dios que ha declarado que despues de haber aguardado al pecador vendrá el momento en que no le aguardará mas, y se reirá de él? No permita este Dios, que tambien lo es de misericordia, que nadie pueda hacer tan terrible juicio de sí mismo. Este sería el mayor de todos los delitos, y el temor de este estado es una prueba de que no se está en él.

Pero, ¿quién no temerá todo lo que encamina á fin tan desgraciado? y nada puede encaminar tanto como las recaidas despues de haber recibido el sacramento de la penitencia. ¿Qué hay en efecto mas capaz de irritar á Dios que este sacrilego perjurio? Antes de dar la absolucion, el ministro que la dió al pecador en nombre de Jesucristo recibió de él la promesa solemne de que no volvería á pecar. No se la hubiera dado sin esto, ó si hubiera podido prever que sería infel á su palabra. El pecador pues ha engañado al ministro; pero tambien ha engañado á Jesucristo, pues allí ocupaba su lugar y le hablaba en su nombre. ¿ Con que fidelidad y religion debia observar una promesa de que Jesucristo fué depositario, y que le hizo al pie de su cruz!

Si cuando este divino Redentor se sacrificó por nosotros hubiéramos podido ser testigos de tan terrible espectáculo; si, penetrados de dolor por ser la causa de su sacrificio, nos hubiéramos echado á sus pies para pedirle la absolucion de aquellos mismos pecados por que su inmensa caridad padecía, ¿ fuera posible que olvidásemos la gracia que nos dispensaba?

¿Qué otra cosa hacemos cuando nos echamos á los pies del sacerdote, y de qué nos servirá esta humillacion si no la hacemos con el mismo espíritu?

¡Ay, señor! vos que os preparais para este momento tan dichoso, llenaos de este pensamiento, y cuando llegue el feliz instante tened presente que Jesucristo sufrió con su carne, y murió por vos. Prostrado á los pies del Dios salvador que ofreció un sacrificio tan doloroso por salvaros, y que no derramó su sangre sino para curar las heridas de vuestra alma, pensad que en la persona de su ministro es él á quien hablais, es él á quien pedis la absolucion de vuestras culpas, es él de quien la vais á recibir; lleno de esta idea suplicad que os libre para siempre de vuestros enemigos que han sido tanto tiempo vuestros tiranos.

La cruz de este Dios está llena de fuerza contra ellos, es una arma muy poderosa para combatirlos y vencerlos. ¿Qué no podréis con ella? Si Jesucristo por ella triunfó del mundo y del pecado, quiere ser por consiguiente la salud de vuestra alma. Asi, para conseguir esta gracia, esponedle la horrible tirania que ha ejercitado contra ella el demonio; no le disimuleis nada. El exceso de vuestros males ensalzará mas su misericordia; pero no olvideis, señor, que tan grandes gracias concedidas al pie de la cruz, y que son el fruto de la sangre de Jesucristo, y la prueba de su inmensa caridad exigen de vuestra parte una gratitud ilimitada y sin término, y que para cumplir con tan estrecha deuda debeis consa-

grarle inviolablemente todos los dias que os restan de vida ; que debeis clavaros en su cruz , uniros con él , ofrecer vuestro cuerpo como una hostia penitente que se inmola con la suya , para que vuestro espíritu viva con el suyo en la eternidad.

Que la vista de vuestros muchos y enormes pecados no os amedrente , que vuestra indignidad no os acobarde : si no podeis dudar que sois el hijo pródigo , acordaos de la clemencia de tan buen padre ; tened presente que este padre amoroso amaba á su hijo , aunque rebelde , con tanta ternura , que no esperó á que él se echara á sus pies , sino que luego que le divisó corrió para salirle al encuentro ; y que antes de darle tiempo para pedirle perdon , se arroja á sus brazos para besarle y abrazarle ; y en lugar de reprenderle y censurar su conducta , solo se ocupó en dar orden á sus criados para que hiciesen todo lo que convenia para manifestar el regocijo por su vuelta. Acordaos del anillo , de la ropa , del festin , de la música y sinfonia con que caracterizó y dió muestras de la alegría de su corazon , hasta el estremo de despertar la emulacion de su hijo mayor , que aunque siempre sometido no habia visto jamas tantas muestras de satisfaccion en premio de su buena conducta.

Ved tambien como este hijo penitente se arroja á los pies de su padre , y como se admira , como se sorprende de una bondad que no se cansa , como alaba , promete y adora ; en una palabra , como se entrega á los mas vivos sentimientos de una ingrati-  
titud

titud , que es tanto mayor cuanto se reconoce mas indigno. El concepto que tiene de su ingratitud es tan fuerte , que le dice : Padre , ya no soy digno de llamarme hijo tuyo , trátame como á uno de tus criados. Pero no penseis por esto que renuncia la cualidad de hijo , no , antes por el contrario , esto es lo que mas desea.

Observad como cuando le confiesa sus culpas empieza dándole el dulce nombre de padre. Es la humildad la que le hace hablar así , es el conocimiento y el profundo dolor de su mala conducta. Se reconoce indigno de ser su hijo , pero no deja de llamarle padre. No dice que en adelante no sea mas que su criado , sino solo que le trate como tal ; esto es , que si el padre quiere , para castigarle , ó para probar la sinceridad de su conversion , tratarle como uno de sus criados , está pronto á pasar por todo ; pero conserva en su corazon la esperanza de que su enmienda , su atencion , su fidelidad y su amor le obtendrán su perdon por entero , y que el padre , distinguiéndole de los demas criados , le restituirá el nombre y la cualidad de hijo suyo.

Por mas que el pecador reconozca su indignidad no debe olvidar que es hijo , que fue criado á la imágen de Dios , que fue redimido con la sangre de Jesucristo , y que fue coheredero de la eterna gloria. Es verdad que por el pecado ha perdido el derecho de ser llamado hijo de Dios ; pero así como el dolor de haber perdido este derecho debe ser el mayor de sus dolores , así el deseo de su recobro debe ser el

mayor de sus deseos. Su mas alta y mas fundada esperanza en el sacramento de la reconciliacion es que le vuelva este espiritu de adopcion divina que da derecho á la celeste herencia. Esta sublime calidad de hijo de Dios á que aspira es el precio del sacrificio eterno de Jesucristo, y nos ha sido adquirido con su sangre. El pecador es indigno de ella; pero Jesucristo es digno de que por sus méritos y mediacion se le restituya, pues no la ha ganado sino para él.

Este pues debe, señor, ser desde hoy el único objeto de vuestros anhelos. Ya hemos hablado de todo lo que es necesario para obtenerle por medio de una buena confesion; ya hemos dicho que para que esta lo sea es menester que la acompañen cuatro cualidades: contricion, confesion, propósito ó resolucion, y satisfaccion. No nos queda otra cosa sino que acabeis el examen y la declaracion de vuestra conciencia; pero sobre todo, porque esto es lo mas esencial, que procureis elevar vuestro corazon al Señor, implorando su misericordia, y pidiéndole os dé vivos sentimientos de compuncion.

El padre se fué, Teodoro, y á fin de no hacerte esta relacion mas dilatada te diré, en pocas palabras, que nuestras conferencias duraron otros ocho dias mas, que por las mañanas continuamos el examen de mi conciencia hasta que en fin pude acabar de revelar á los pies del generoso amigo que me habia destinado la divina Providencia todos los desacatos y delitos de mi inmunda y abominable vida,

que por las tardes continuó instruyéndome unas veces de cosas necesarias, exhortándome otras á despertar en mi corazon los sentimientos que debian acompañarle en tan santa y elevada accion, y que en fin llegó el dia que el Dios de misericordias habia destinado para la resurreccion de un miserable; pero este será asunto de mi primera carta. A Dios, Teodoro.

## CARTA XXV.

EL FILÓSOFO A TEODORO.

TEODORO querido: Al fin mis ojos vieron amanecer aquel día dichoso, aquel grande día que debía ser el de mi libertad y adopción en la inmortal y augusta sociedad de los santos. Tres días antes había acabado de manifestar á mi tierno bienhechor los abismos de mi iniquidad que encubría despues de tanto tiempo mi corrompido corazón; pero él me había dicho: Vuestra reconciliación con la santa madre Iglesia está ya concluida; vuestra confesión está hecha, y os habéis acusado ya á Dios, en la persona de su indigno ministro, de todas las iniquidades que despues de un prudente examen habéis podido tener presentes. Esto que os parecía lo mas difícil era lo mas fácil, y ahora no debéis pensar sino en recibir la absolución con fruto.

Me parece, señor, que pues Dios nos concede tiempo, y por su gracia ya nos hemos desembarazado de esa atención que ocupa mucho y seca el corazón por el cuidado con que la memoria se fatiga en refrescar hechos que casi se la han borrado; me parece, digo, que ahora debéis destinar tres días para ocuparos en excitar vuestra compunción, para pedir con el profeta que os sustente en ellos con el pan de vuestro dolor y con el agua de vuestras lágrimas, y para que os conceda la gracia de llevar al pie de su

sagrado tribunal un corazón tan pesaroso de haberle ofendido, como resuelto á no ofenderle mas, y un ánimo dispuesto á darle toda la satisfacción que exija de vos. Yo me sometí á lo que el padre disponía, y él señaló el domingo siguiente para recibir en él la absolución.

¿Cómo te pintaré, Teodoro, el zelo y ardor de este infatigable apóstol de la caridad? Aquellos tres días casi no se separó de mí, y no hizo en todos ellos otra cosa que emplearme en ejercicios devotos y análogos al grande objeto que nos ocupaba. Ya me hacía leer en libros místicos ejemplos de fervorosos penitentes, ya rezaba conmigo los salmos penitenciales, explicándome los afectos y sentimientos de David, y añadiendo reflexiones tan patéticas, que me inundaban en lágrimas. Ya invocaba al divino Mediador, que sentado á la diestra de su padre escuchaba nuestros ardientes gemidos, y le pedía que los acompañase con su omnipotente mediación; ya lanzaba de su corazón suspiros fervorosos, ó ruegos encendidos, y me parecía que afectos tan vivos no podían dejar de penetrar el cielo, llegar hasta el solio de Dios, y que mi floja y débil oración podría, unida con la suya, elevarse también hasta el trono de la misericordia. Otras veces me trasportaba con él á la Judea, y me hacía seguir la vida de nuestro Redentor desde el pesebre de Belén hasta el sacrificio del Calvario; y en todas partes y en todo hallaba motivos para hacerme detestar mis delitos, y renovar me el propósito y resolución de reformar mi vida.

A veces invocaba á María, la madre de Jesus, á Joseph, su santo esposo, á nuestros celestes tutelares, en general á todos los ángeles y bienaventurados. Los convidaba á todos para que estuviesen presentes el domingo, á fin de que fuesen testigos y garantes de mi renovación, y nos ayudasen á dar gracias al Dios de tantas misericordias. En fin me daba nuevas instrucciones, y con prudentes discursos este hombre excelente consolaba mi corazón, introduciendo la confianza y la dulzura hasta en el fondo de mi alma. Me hubiera sido imposible sostener las impresiones que me causaba, si mis continuas lágrimas no hubieran desahogado la violencia de mi dolor. Así pasamos estos tres dias, que alcanzarán á este ángel incomparable una muy preciosa corona de gloria.

Al fin brilló la aurora del dia que debía alumbrar la resurreccion de un muerto, y en que se asombrasen todos los espíritus celestes con la misericordia infinita de un Dios que se dignaba mirar con ojos compasivos á la peor de sus criaturas. Vino el padre mas temprano de lo que acostumbraba. Aunque, como te he dicho, su aspecto es siempre venerable, y que en su ayre y modo de presentarse se manifiestan de continuo la modestia, dulzura y circunspeccion, que producen en los que le miran una impresion viva de su virtud, me pareció que aquel dia se habian reforzado estas excelentes calidades, y que su semblante estaba mas compungido, sus ojos mas humildes, y todas sus acciones, si puedo decirlo así, mas llenas de unción y de santidad.

Me dijo que le siguiese á la capilla, y que me considerase como un reo infeliz justamente condenado á un eterno suplicio que iba implorar la gracia de un Dios soberano. Yo le seguí despavorido y alterado. El entró á la sacristía, se vistió de los vestidos sacerdotales, y salió á decir la misa. Aquel dia se detuvo mas tiempo en el altar que otros. Yo le oí exhalar gemidos, con que sin duda imploraba para mí la clemencia del cielo, y no dudo que llegarían hasta el trono de Dios.

Sus incesantes suspiros me hicieron levantar los ojos, y vi los suyos empapados de lágrimas, que, elevados al cielo con un rostro inflamado, dirigían á Dios una oracion fervorosa. Yo no pude resistir á la viva conmocion que me produjo un espectáculo tan tierno, pues no ignoraba que todo era por mí. Me sentí inundado en llanto, y el corazón se me quería salir del pecho para seguirle en el raptó con que volaba el suyo. En fin acabó su misa, mando al ayudante que se fuese, y cerrase la puerta. Quedamos solos, se quitó la casulla, y, conservando las demas sagradas vestiduras, vino á sentarse en una silla que estaba preparada, y me mandó acercar.

Desde que doblé las rodillas y me puse á sus pies me dijo: Señor, la tierra en que estamos ahora es tierra santa. Aquí debemos dejar nuestros calzados y desterrar todo pensamiento humano. Yo no soy mas que un miserable pecador, y quizá á los ojos de Dios mas culpado que vos; pero en este momento soy su ministro, y le represento. Vos me habeis hecho

confidente de vuestras miserias y desgracias, me habeis manifestado vuestro arrepentimiento y dolor, me habeis prometido no volver á ofender á este Dios que ahora os quiere perdonar, y pareceis dispuesto á recibir la penitencia que os imponga en su nombre.

Pues bien, señor, yo os he conducido aquí para ponerlos con la fe á los pies de la cruz de Jesucristo. Vedla sobre ese altar, abrazaos en espíritu con ella, y unios á ella con todo vuestro corazón y alma para que recibais la aspersion de la sangre adorable que la inmensa caridad del Dios Hombre derramó por vos. Esa sangre divina mana en la cruz por todas partes, y voy á estraerla de las llagas sagradas de nuestro Salvador para rociaros con ella, y curaros de las heridas mortales y profundas con que tantas veces le habeis dado la muerte.

Yo me estremeci al oír estas palabras; pero él me dijo: No temais, señor; vuestro Dios no se puso en tan lamentable estado para perderos. El es vuestra vida, y no podeis hallarla sino en él; unios pues con esa cruz, en que la caridad de Jesus se ha crucificado, y llorad, abrazado con ella, los largos desórdenes y muchos errores de vuestra vida, frutos abominables de las pasiones. Dios por su bondad os esconde su horroroso aspecto, para que no desfallezcáis; pero, si quereis formar una exacta idea de los efectos que produce el pecado, ved como han puesto al Hijo unigénito del Eterno Padre, y considerad cuales deben ser los horrores de un mal que no quiso espiar sino por sus tormentos, por su cruz y su espantosa muerte.

Esos crueles dolores, esos clavos, esas llagas las sufrió por vos; desde la cabeza á los pies padeció en su cuerpo adorable, porque no hay en vos parte sana y que no haya merecido los tormentos eternos. Vuestro Dios se puso en aquel lugar para libraros de ellos. Allí es donde vos y yo debiéramos estar, y nada consiguiéramos con eso, si su amor no le hubiera movido á crucificarse él primero, y si el nuestro no nos mueve á nosotros á crucificarnos con él.

Olvidad en este instante lo que ha hecho por los otros, para no acordaros sino de lo que hizo por vos. Es verdad que es salvador de todos; pero en este momento lo es vuestro tan por entero como si no hubiera venido al mundo mas que por vos solo, y no es á otros sino á vos en particular á quien voy ahora á aplicar los méritos y el fruto de su divina muerte y pasión. No lo dudeis, señor, él vuelve á ser hoy de nuevo vuestro salvador. Si vuestra fe me ayuda; si, asegurada de la veracidad de su palabra, recibe con confianza en su misericordia la absolucion que voy á daros en su nombre, él va á resucitaros y daros una vida de amor que durará toda la eternidad.

Los derechos que habíais adquirido por el santo bautismo, y que habeis perdido tan desgraciadamente, se restablecerán ahora. Esas heridas profundas que parecian incurables se sanarán, la cólera del cielo se aplacará, los fuegos inestinguibles que os estaban preparados van á apagarse, vuestro piadoso Dios va ya á miraros como padre, á reconocerlos por su hijo, y volveros á su amistad. Sus divinos

ojos no se apartarán ya de vos con horror, como en largo tiempo se apartaron; se detendrán amorosamente sobre vos, como se detienen sobre los justos; vos seréis objeto de sus complacencias, como él será de las vuestras, porque ya seréis santo para el Señor, vuestro Dios, que es la santidad misma.

Todo esto debéis á su inmensa caridad que le puso en el estado que os presenta esa cruz, y que es hoy vuestro solo remedio, vuestro único recurso. Ved el amor que le debéis; ¿y habiendo tenido la desgracia de haberle sido tanto tiempo ingrato, haréis mucho en consagrarle el tiempo que os queda de vida? Empezad pues desde hoy una vida de amor, de adoracion y de reconocimiento.

Sin duda se le debe temer, pues es justo; pero, ¿cuánto mas se le debe amar, pues es tan piadoso, tan benéfico y amable! ¿Qué! ¿no se ha dejado crucificar y poner en estado tan miserable sino para hacerse temer? Que le teman los que no le saben amar; pero nosotros que estamos á los pies de su cruz, nosotros que vemos el amor con que se ha sacrificado por nosotros mismos, no debemos pensar sino en amarle. Este sentimiento debe ser el que reine en nuestro corazon con preferencia, y el que debe prevalecer sobre todos los otros.

Pero, señor, aquí no vemos mas que su imagen. Vamos á buscar su original, y con una fe viva vamos al Calvario. Volemos con el espíritu á esta montaña consagrada con la muerte de nuestro Jesus. ¿Qué es lo que vemos en él á los ojos de la religion?

Al Verbo divino, á la Sabiduría increada, al Hijo unigénito del Eterno Padre, al Señor del universo, al Criador del cielo y de la tierra, clavado en una cruz reputada por infame, cubierto de llagas, sufriendo los mas crudos dolores, lleno de oprobrios, que espira en los tormentos, despreciado de los hombres, y como desamparado del Padre.

¿Y porqué nuestro Dios, nuestro Criador omnipotente, aquel que hace temblar las columnas del cielo, y en cuya presencia los ángeles se humillan, sufre con tanta paciencia males tan inauditos y tan agenos de su inocencia? Por aplacar la justa indignacion de Dios irritado contra los pecadores, por pagar sus deudas, por librarlos de la eterna muerte, y conducirlos á la eterna vida. ¿Quién imaginara que un Dios se encargase de obtener el perdon de sus ingratas y viles criaturas tan á costa suya? Pero, ¡ay! este remedio tan duro era necesario. ¿Qué seria del hombre, si Jesus no hubiera pagado su deuda? ¿cómo hubiera podido satisfacerla por si mismo? ¿quién, sino un Dios, podia pagar cumplidamente por las ofensas hechas á Dios?

¿Qué mas ven allí los ojos de la fe? Una tierna y afligida madre, que, triste testigo de los oprobrios y tormentos que una ingeniosa crueldad multiplica sobre el mejor y mas amado de los hijos, los sufre todos en su puro y celeste corazon. Miradla tan cerca de la cruz, que la sangre que corre de las venas de su hijo, y que inunda la tierra, llega hasta ella, y salpica su cuerpo virginal. Esta es la misma sangre

de que el Espíritu divino formó en su seno la santa humanidad; la misma que, consagrada por la union de la naturaleza divina, adquirió la virtud de lavar los pecados. La santa madre está rociada con ella: habiéndola sido concebida en gracia, y siempre fiel, siempre llena de las mas altas virtudes, no tiene que labar; pero es madre de misericordia, y ruega incessantemente que aquel bálsamo tan precioso se aplique y distribuya á los pecadores que imploran su piedad.

Observad lo que pasa en esa tragedia lamentable, que asombra á los espíritus celestes, y veréis que todo debe alentar vuestra confianza. Escuchad al mismo Salvador, que, menos ocupado en sus males que en nuestro remedio, despues de haber encargado á su discípulo querido el cuidado de su digna madre, encarga á esta el cuidado de Juan, y en su persona el de todos los hombres: *He aquí á tu hijo*, la dijo; y con esto la nombra madre de cuantos vivimos desterrados en este valle de lágrimas. Por esto la Iglesia con tanto fundamento la llama madre nuestra, y esperanza nuestra. Jesucristo en su testamento y última voluntad, sellada con la muerte, nos dejó su proteccion por legado. No contento el Salvador divino con darnos por la efusion de su sangre los medios de recobrar la gracia, nos dió tambien el auxilio de una madre piadosa, que nos alcance sus frutos con su poderosísima intercesion.

Mirad tambien como aquella dichosa pecadora, que otra vez lavó con su llanto los pies de su Señor,

ahora tierna y fiel compañera de María, le asiste tambien en estos últimos y dolorosos momentos, derramando nuevas y mas amargas lágrimas de amor. Mirad como ahora es mas feliz, porque participa de los tormentos de la cruz, y goza ya de los frutos de su penitencia. Y si os parece que no os puede su penitencia animar, porque ahora empieza la vuestra, aquí teneis muy cerca un ladron que, pendiente en una cruz por sus delitos, y sin haber hecho ninguna, no dice mas que una palabra, y esta palabra sola basta para que se le perdone todo, y que pase en aquel dia del cadalso al paraíso.

Pero, para que me detengo, si en aquel venturoso momento el Salvador divino pronunció una absolucion general, ó lo que es lo mismo dirigió á su Padre un ruego universal que comprendia á sus mismos verdugos: *Padre*, le dijo, *perdonadlos, que no saben lo que hacen*. No solo intercede por ellos, sino que los escusa; ¿y si esto hace por los que tanto le ultrajan, qué hará por los que imploren su clemencia?

Si esto es así, señor; si ahora estan abiertas las puertas de la misericordia; si teneis á vuestro Salvador, que pide por vos mismo, que erais su enemigo, y le habeis ofendido; si ahora le encontrais rodeado de amigos que ruegan por vos, y de una amorosa madre encargada de protegeros; si estais viendo que perdona á los que se lo piden de veras, ¿cómo vos, á quien yo como ministro suyo he conducido á sus pies, no os aprovecharéis de este feliz momento? ¿cómo no clamaréis tambien á vuestro Dios, vos que os

sentis abrumado con el peso de tantos pecados; vos que habeis dado tantas veces la muerte á vuestra alma, vos en fin que ya no esperais mas que una palabra suya, dicha por mis labios, para resucitar y volver á la vida?

¿Y quién soy yo para separarme de vos, cuando se trata del perdon de los pecados? Quizas, y quizas mil veces mas reprehensible, no tengo en este momento otra ventaja que la de haberos conducido á la fuente de la misericordia. ¿Y qué debo hacer, sino postarme como vos á sus divinos pies, interpelar á María para que me alcance una gota de tanta sangre como se derrama, y unirme con vos y con el dichoso ladron que está á su lado, para que todos y cada uno le digamos: Señor, acuérdate de mí, *memento mei*. Tu bondad es nuestra única esperanza. Desde el trono de vuestra cruz decid á nuestras almas abatidas, que aunque os hemos olvidado tanto y tan largo tiempo, vuestro amor paternal se digna de acordarse de nosotros, y que en vez de la horrorosa habitacion del fuego inextinguible que hemos merecido quereis hoy abrirnos las puertas de vuestro paraíso. La absolucion que esperamos de vos es la señal de esta promesa, pues ella nos hará dignos de habitar con vos en la celestial Jerusalem.

Sí, señor, esta absolucion que voy á daros en su nombre es la señal eficaz de vuestro perdon, y os pone en el camino de la eterna felicidad. El Espíritu Santo va á descender sobre vuestra alma, va á purificarla, á santificarla, y reconciliaros con Dios, á

justificaros, á daros el título y los derechos de su hijo, á daros parte en la herencia que os dejó Jesucristo, á rociaros con su divina sangre, y haceros agradable á los divinos ojos. Él va á marcaros con el sello de su promesa, y lo ejecutará al pie del altar en que Jesus, pontífice supremo de la religion, ofreció á su padre aquel sangriento sacrificio y precioso holocausto que este Espíritu divino encendió con su amor. Procurad pues asiros de esta cruz, y estrecharos á ella con la fe cuando me escuchéis las palabras sagradas.

No perdais de vista esas otras dos cruces, y esos dos tan diferentes delinquentes. Estos dos hombres son el símbolo que representa los diferentes destinos de los pecadores. Los dos estan clavados en sus cruces; ambos estan igualmente cerca de Jesucristo; uno y otro estan presentes al sacrificio que ofrece y que hubiera podido salvarlos igualmente; no hay mas diferencia que la de sus corazones: el uno se une al sacrificio del cordero, recibe su fruto y se salva; el otro se separa, le desprecia y se pierde. Tomad ejemplo del primero, y consumad vuestra penitencia con sus mismas disposiciones. Yo os recomiendo principalmente tres. La primera, que unais vuestro corazon con los sufrimientos de Jesucristo, para santificar con ellos tanto las penitencias que voy á imponeros como aquellas que hagais voluntariamente, y sobre todo las que os envíe la divina Providencia para la espiacion de vuestros pecados.

La segunda, que reconozcais en vuestro interior

con sinceridad que no hay pena ó sufrimiento que no merezcáis, y con esta persuasión íntima aceptaréis con humildad y os sujetaréis con discreción á todas las que el cielo os diere para satisfacer á Dios y destruir el cuerpo del pecado. Y la tercera, que pongáis una continua atención, una incesante y nunca interrumpida oración y vigilancia para no perder de nuevo la gracia que vais á recibir, y preservaros de recaídas.

Yo espero que Dios os ha dado estas disposiciones, y no solo lo espero, sino que me parece que ya las veo en vuestro corazón. Estad cierto que con ellas nuestra oración sube al cielo, y que penetra hasta el trono de la misericordia; que Dios nos oye y nos perdona, que los bienaventurados alegres cantan al Altísimo un himno de reconocimiento y alabanza, que interceden por nosotros, que el Señor los escucha benigno, y que de nuestro irritado enemigo vuelve á ser desde hoy nuestro protector y nuestro padre.

Tened por seguro que Jesucristo está ya con nosotros. Ya sabéis que ha prometido que cuando dos ó tres se juntaren en su nombre él estará entre ellos. Aquí estamos los dos, y en su nombre nos hemos juntado: ¿A qué habéis venido sino á esponer vuestras miserias, implorar su piedad, y pedirle perdón por medio del ministro que os ha señalado? ¿y á qué he venido yo sino á oiros, á confesaros y absolveros? ¿cómo pudiera hacer esto yo, miserable pecador, sino por su autoridad y en su nombre?

Acordaos que cuando vino al mundo él mismo dijo que no venia por los justos, sino por los pecadores,

y

y que ha instituido el sacramento de la penitencia para ellos. Acordaos tambien que ha dicho: Venid á mí todos los que estais cargados y fatigados, que yo os aliviare, y que por esto cuanto mas cargado esteis de pecados, tanto mas derecho os da para acudir á su piedad, que estas promesas son suyas, que es el Dios verdadero y fiel, que para cumplir las ha puesto las palabras de reconciliacion en sus ministros, á los que ha hecho depositarios en su nombre de su potestad.

Vos estais en presencia del que os ha destinado. Buscad pues en él á Jesucristo; á cualquier parte que volvais los ojos le hallaréis, porque siempre está cerca de los que le invocan. Si levantais los ojos al cielo, la fe os le mostrará sentado á la diestra de su eterno Padre, donde, como pontífice supremo, le está presentando vuestras oraciones y gemidos; como divino mediador intercede para que os perdone, y como sacrificador le ofrece vuestra penitencia acompañada de su cruz para darla valor.

Si los volveis á la tierra, vos acabais de verle en el altar adonde ha venido á renovar su sacrificio, y presentarlo otra vez á su divino Padre para obtener el perdón que esperais. Y ahora mismo está entre nosotros, pues que lo ha prometido, y viene á escuchar los sollozos de vuestro corazón, á curar vuestras heridas, á infundiros su espíritu, y á presentarme á mí la amorosa llaga de su costado, para que saque de ella la sangre con que debo rociaros y sanaros. No penseis pues sino en postraros á sus pies, en abrazaros con ellos por la fe, y regarlos con las

Tom. III,

9

lágrimas de amor y de dolor con que los regó la amante pecadora.

No considereis otra cosa que vuestras miserias y su misericordia, el exceso de vuestros males y lo infinito de su bondad, el horror que debéis tener de vos mismo y la inmensa caridad con que él viene á vos. Ocupaos en estos objetos, y no los separeis; porque unidos serán á un tiempo los motivos de vuestra aflicción y de vuestra confianza. Yo espero que á medida que le habeis descubierto vuestros males, cuando me los habeis declarado, los ha ido curando; no falta pues otra cosa que el que le digais una palabra: Señor, si quereis, podeis sanarme; esta palabra que no se ha dicho ni se dirá jamas en vano le hará responderos como al leproso: *Sanad, yo lo quiero.*

Avivad pues en este momento vuestra contrición; repetid los gritos doloridos de David: *Miserere*: ¡Señor, misericordia! Pedid al Espíritu Santo que forme en vuestro corazón esta palabra poderosa, que la forme en el mío para que yo le dirija también mis súplicas humildes. ¡Dios omnipotente! ¡luz inaccesible! ¡resplandor inmortal, al que los querubines se acercan trémulos y con la faz cubierta! ¿Cómo yo miserable pecador me atreviera á ponerme en tu presencia, si el Dios que, engendrado antes de la aurora, salió de tu esplendor divino no le hubiera mitigado, cubriéndole con el velo de mi carne? Él es por quien espero hallar entrada en el trono de tu misericordia; es el Dios, hijo de David, al que dirijo mi ferviente ruego, al Dios que me ha dado el derecho de llamarle mi hermano, porque su piedad es toda para mí.

¡O tú, Jesus, Hombre y Dios! tú á quién hablamos sin temor, aunque seas el Dios salvador, el Dios de Israel; tú á quien otra vez se acercaban los pecadores con seguridad y confianza; tú que con bondad los excitabas á acercarse, permite que el que está ahora á tus pies obtenga el perdón que tu solo puedes concederle. Yo imploro para tu siervo la misma misericordia que mostraste cuando te manifestaste en la tierra.

Pero, Señor, este penitente no te pide un perdón que le deje como estaba en sus pasiones; pide que le perdones y le enmiendes, que olvides sus iniquidades y las destruyas. Sabe que ya habias destruido la iniquidad en que nació, que la habias lavado con tu sangre, anegando en ella la maldición de su origen; ahora viene á pedirte otro bautismo nuevo, y sus lágrimas santificadas con las tuyas le darán el agua necesaria. Haced, Señor, que donde fue tanta la iniquidad sea mayor la gracia, que donde abundaron las injusticias y delitos sobreabunde la misericordia y las virtudes.

Sus males serian irremediables, si tu justicia le quisiera perder, si por tu gloria no quisieras salvarle. Tú le hiciste renacer de la Iglesia, madre tan santa, que la escogiste por tu esposa: Ella le dió la vida y derechos á la inmortalidad; le hizo conocer la verdad que amas, instruyéndole en los misterios ocultos de tu sabiduría. El lo ha perdido todo, todo lo ha profanado; pero espera en tu bondad infinita; haz que las palabras de paz y de consuelo penetren hasta lo

intimo de su corazon, y que su alma abatida se consuele con tan dulce esperanza. Habla pues, piadoso Dios, á este pecador miserable; con una palabra tuya va á recobrar la vida; dile que ya no podrás ver sus pecados, porque vas á destruirlos; y él te pide que no dejes de sus iniquidades mas que la gloria de haberlas perdonado y su dolor por haberlas cometido.

Entonces el padre se puso en pie, yo alzo los ojos para ver lo que hace, y veo que está con los brazos levantados, y que con la vista clavada en Jesucristo me dice: Preparaos, señor; el Espíritu Santo va á descender sobre vuestra alma, yo voy á rociarla con la sangre de nuestro Redentor, y Dios va á perdonaros y reconoceros por su hijo. Yo me postro en tierra, junto con el polvo mi culpada frente, y anegado en mi llanto oigo que el padre sentado pronuncia las palabras sagradas de la absolucion. ¡O Dios! ¡quién pudiera explicar lo que pasaba entonces en mi corazon! ¡quién pudiera espresar el inefable consuelo que experimenté entonces! sobre todo cuando despues de haberlas acabado me dijo: Yo espero en Dios que estais en su gracia; id en paz, y no pequeis mas.

Teodoro, ¡qué revolucion tan repentina experimenté en todas mis facultades interiores! ¡cómo me sentí súbitamente libre de las inquietudes y temores que emponzoñaban hasta los momentos de mi arrepentimiento y esperanzas! Yo me sentia como un hombre que despues de estar largo tiempo bajo de las ruinas de un edificio desplomado, se le saca de repente del medio de las pesadas masas que tenian sus

órganos oprimidos, que queda atónito y como fuera de sí, que le parece ver por la primera vez todo lo que se presenta á su vista; su cabeza está mal segura, su respiracion entrecortada; recela que algun órgano se le haya comprimido, respira con pena y con temor, hasta que, dando un profundo suspiro, reconoce con alegría que su interior está sano, que sus entrañas han recobrado el movimiento, y que el aire, este elemento saludable, vuelve á circular en ellas con desembarazo. Lo mismo le pareció á mi alma cuando volvió á entrar en el adorable y dichoso seno de su Dios; creia respirar su aire nativo, entrar en el regazo paterno, volver al mismo de que salió, y donde el que vive no muere jamas.

En este estado de embriaguez divina yo permanecia postrado en tierra, y como sumergido en el gozo de mi felicidad. No sé cuanto tiempo este profundo sentimiento, que absorvia todas mis potencias, me hubiera tenido inmóvil en esta situacion estática de adoracion, si la mano del siervo de Dios no me hubiera prestado la fuerza que me faltaba para levantarme. Me hizo sentar á su lado, y me pareció que este ángel del cielo entraba entonces en una especie de éstasis divino; yo ví brillar en su agradable semblante los rayos de una luz celeste y plácida alegría. Una especie de sonrisa dulce y amorosa animaba su rostro venerable, y sus ojos fijos sobre los míos me mostraban un halago tan blando y religioso, que llenaban mi corazon de ternura.

¡O señor! me dijo, yo saludo, admiro y venero

en vos las altas misericordias del Excelso, y lo que es mas augusto y respetable en la tierra, un justo, un predestinado, un escogido. ¡Dichosos los corazones que saben conservar los bienes que acabais de recibir en un instante! El vuestro, confio, es ya santuario de la gloria y de la luz de Dios; ya su vida divina circula en vuestra alma, ya vuestro espíritu resplandece con las brillantes luces de sus esplendores. No hay en el universo nada que pueda compararse á la excelencia del nuevo ser que acabais de recibir, ni á la grandeza del inmortal destino que os aguarda.

¡Qué inagotable manantial de consuelos se os ha preparado en este día, aun para el curso de esta vida deleznable! ¡cómo vuestro corazon palpitará de gozo cuando se acuerde que despues de haber sido tanto tiempo extranjero en la casa de Dios, despues de haber perdido tantos años todas las esperanzas de nuestra adopcion en Jesucristo, ya sois por su bondad conciudadano de los santos, hermano y compañero de todos los predestinados, miembro de la Iglesia de la eternidad, descendiente de los patriarcas y profetas, piedra inmortal y viva del edificio fabricado sobre el cimiento de los apóstoles y mártires, y uno de los trofeos que serán eternamente erigidos en medio de la ciudad de Dios en gloria del cordero que nos rescató con su sangre, y que allí se ven juntos, de toda tribu, de toda lengua y de toda nacion!

Estas y otras palabras de esta especie, pronunciadas con todo el calor de un entusiasmo celestial, penetraban hasta lo íntimo de mi corazon, le inflamaban

con un ardor divino, y me llenaban de fuerza, elevacion y energía. Todo me parecia sublime y sólido, todo lleno de sustancia y verdad; nos volvimos á poner de rodillas para dar á Dios gracias de tan inmenso beneficio; despues me condujo á mi aposento, pero no se fue.

Sentados otra vez renovó los mismos y otros nuevos discursos para hacerme sentir las inapreciables ventajas de mi nuevo estado, y arraigarme en el amor y práctica de la virtud. Sobre todo insistia en darme una idea clara de la grandeza del alma que vuelve á entrar en la gracia de Dios, y me decia: Señor, la mayor parte de los hombres no considera bien, como debe, el beneficio del perdon que se nos concede en el tribunal de la penitencia; no concibe otra cosa que una gracia que nos libra de nuestros pecados, lavándonos de las manchas con que nos afearon nuestras pasiones y delitos. Con ideas tan imperfectas de este gran misterio de misericordia el penitente apenas podrá dar las debidas gracias á su Dios.

Pero debemos saber que la purificacion de las conciencias no es el único y último efecto de este gran sacramento que bendice nuestras lágrimas y arrepentimiento. Sin duda que es grande beneficio librarnos del castigo eterno preparado á los que mueren en la impenitencia; pero, ¿cuánto mas se elevará su corazon, si se detiene á considerar la dignidad y la excelencia de una alma capaz de llevar sobre sí el peso inmenso de la gloria de Dios, y de ser participante de sus dichas inmortales? Nada de lo que

es criado puede de repente elevarse hasta la altura de lo infinito; y si el sacramento no hiciera mas que borrar las manchas de nuestros delitos, con eso solo no agrandaria la esfera de nuestro ser, ni pudiera revestirnos de la fuerza necesaria para remontarnos sobre los limites de nuestra naturaleza.

Para vencer pues la desproporcion que sujeta todas las criaturas á sus confines limitados, y que las tiene tan distantes de este Dios infinito, cuyo trono está situado en las alturas de una luz inaccesible, es menester que un carácter sobrenatural venga á mudar en cierta manera el de su moral constitucion, que aumente el precio de su existencia y de sus obras, y que dé á su adoracion, á sus sacrificios, á su amor de Dios, y á sus demas buenas acciones un valor que no pueden tener en si mismas; pues en las facultades que le son propias todo es pobre, débil y caduco. Es menester pues que un rasgo del infinito las prepare para que puedan alcanzar su vista y posesion; que un rayo de la Divinidad resida en ellas de antemano, para que puedan adquirir la eternidad y la gloria de Dios.

El que quiera entender bien la economía de la religion y de la gracia debe verla en su verdadero punto de vista, y comprender que el alto designio de la sabiduría soberana ha sido poner en el hombre todo lo que su flaqueza puede comportar de la grandeza y perfecciones infinitas de su Criador, haciéndole en cierta manera parecido ó semejante á Dios. Esta es la única y verdadera llave que nos puede dar

la inteligencia de todas las oscuridades incomprensibles que contristan á la razon humana, la sola luz que nos puede hacer entender el principio de todas las cosas, y el último fin de todas las criaturas.

Este designio tan grande y tan sublime en sí mismo es tambien el mas ventajoso para el hombre. ¿Y cómo le ejecutó la mente soberana? El mas sublime de los evangelistas nos lo ha revelado, explicándonos con pocas palabras el misterio mas alto y mas oculto de los consejos divinos. El Verbo, que existia al principio, y por quien todo ha sido hecho, se hizo carne, tomando la naturaleza humana en la unidad de su persona y de su grandeza infinita. El mundo pues vió en un hombre la gloria del Hijo único del Padre, admiró un hombre en quien residia la virtud y excelencia de Dios, un hombre lleno de su fuerza y de su virtud eterna, *y nosotros todos recibimos de su plenitud.* Ved aquí, señor, lo que podemos llamar el centro y corazon del designio y orden de Dios en la fundacion del universo, en el establecimiento de la religion y en la conducta de todos los sucesos de la tierra.

Por estos principios debeis conocer que el carácter de la gracia que recibimos por Jesucristo es comunicarnos en cuanto somos capaces su consustancialidad y su igualdad con el Ser infinito, y establecer entre el Hombre Dios y los Cristianos que su gracia ha purificado, una unión, ó, para decirlo mejor, una unidad tan estrecha, que los méritos de Jesucristo se hagan suyos. El precio de su sangre y de su

sacrificio es la propiedad de cada uno de los hijos de su santa adopcion, y nosotros nos trasformamos á los ojos de su Padre como en otros tantos Cristianos del Dios vivo. El Padre reconoce en nosotros las imágenes de su gloria, y nos ve en cierto modo como repeticiones de su Verbo hecho carne.

Desde entonces nuestros suspiros y gemidos adquieren á su vista un valor infinito y divino. Cuando no quedara en el mundo mas que un hombre solo, si este hombre estuviera en la sociedad de la alianza evangélica, su existencia en el universo fuera bastante para glorificar á Dios con cierta dignidad, y para que hallara en la obra de la creacion un objeto proporcionado á la infinita gloria que se da á sí mismo eternamente en el abismo de su propia inmensidad.

¿Qué mortal se hubiera atrevido jamas á dar esta interpretacion á los designios del Omnipotente? ¿quién hubiera podido imaginar que la idea de Dios, concediendo á Jesucristo todos los dones que ha traído á la tierra, era hacer participar á los hombres su divina y soberana excelencia, si el mismo Hombre Dios no nos hubiera revelado este gran secreto de su Padre celestial con tanta claridad, que no puede dejar de conocerlo el corazon mas endurecido?

Jesucristo nos ha dicho, en los términos mas claros y positivos, que, por él, y en virtud del parentesco que contrajo en su encarnacion con el género humano, nos hemos incorporado en la socie-

dad inmortal y gloriosa de que él gozaba en el seno de Dios antes de la creacion del mundo; que estamos enlazados con él, y con lazos de fraternidad tan fuertes y tan indisolubles, que nos reconoce en presencia de su Padre como carne de su carne y huesos de sus huesos.

Nos ha dicho tambien que si no nos separamos de él, todo lo suyo nos pertenece; que gozaremos con él la propiedad y posesion de todos los tesoros que contiene el divino esplendor con que nació antes de la aurora; que él es la incorruptible vid en que estamos injeridos por un modo inefable; que comunicamos con él intimamente y sin interrupcion como las ramas comunican con el tronco vivo á que estan unidas, y de que sacan todo su jugo, su calor y su fecundidad. ¿Es posible concebir una pintura mas hermosa y mas enérgica?

Despues de esto es fácil concebir la grande estimacion que hace el Hombre Dios de los que reciben su palabra, y no se debe estrañar nos manifieste una ternura tan viva, tan ardiente y tan inalterable, y de que no hay ejemplo en la tierra. ¿Qué sentido tan profundo! ¿qué amor tan espresivo se manifiesta en el lenguaje que le inspiraba su tierno corazon, cuando queria consolar á sus discípulos de las tribulaciones que les harian sufrir sus enemigos!

¿Con qué amoroso estilo les decia: Amada grey que el Padre ha querido confiar á mi vigilancia, no temas la contradiccion de las criaturas, ni la malignidad de los inicuos; porque este gran Dios que os

conoce y os ama tiene su mas dulce complacencia en prepararos tronos en que juzgaréis conmigo á los prudentes del siglo y á los dueños del mundo! No os dejeis intimidar por los que solo pueden atormentar los cuerpos; el que cree en mí es indestructible, no puede morir, y vos viviréis como yo vivo. En el gran dia de la manifestacion de mi gloria conoceréis este grande misterio de unidad; entonces veréis como yo estoy en mi Padre, mi Padre en mí, y yo en vosotros (1).

Confesemos, señor, en gloria del que derrama sobre nosotros tan asombrosas bendiciones, que el corazon humano no tiene bastante fuerza para sostener la impresion que produce en él un discurso de un Dios que se digna de hablar así á los hombres; el mas justo tiene necesidad de distraerse, pues si pensara siempre en tanta dignacion muriera de ternura y alegría. Desgraciadas las almas duras que no se enternecen con afectos tan dulces! es imposible conducir las á la verdad por la via del sentimiento: los tales tienen unos corazones empedernidos, y no son dignos de una religion que no puede fructificar sino en las almas sensibles y capaces de impresiones tiernas; pues nuestra religion es por su esencia toda amor y caridad.

Nada exageraba yo cuando os decia que el carácter de la justificacion evangélica era trasformar nuestra flaqueza en la fuerza de Dios, y como injerirnos sobre

(1) Joau. XIV, 16; XVII, 21.

su inmortal sustancia. Los primeros apóstoles de la doctrina de Jesucristo se han explicado en los mismos términos que su divino maestro, cuando hablaron del alto punto de grandeza á que la gracia nos eleva. San Pedro llama á esta preciosa gracia un gran don, que nos asocia á la gloria de Dios, que nos da parte en su suerte inmutable, y nos comunica su naturaleza.

San Pablo encierra de tal modo nuestro destino en el del Hombre Dios, que nos apropia todos sus triunfos, y ya nos ve resucitados, glorificados y sentados con él en la mansion celeste; esto es, que por derecho, y en virtud de los misterios que ya se han cumplido en el que es nuestra cabeza, todos los que le pertenecen son el fruto precioso de su sangre, y estan en posesion de sus mismas prerogativas; que el estado de Jesucristo es con cierta proporcion el de todo hombre justificado por su gracia; que la obra de nuestra exaltacion ya está concluida; y que si nos mantenemos firmes en su alianza, nuestra asuncion y residencia eterna á la diestra de su Padre, solo las suspende la tardanza de la muerte.

Ved aquí, señor, una idea, aunque muy imperfecta, del estado sobrenatural y divino á que nos eleva la justificacion cristiana; ella nos pone en una clase superior á toda grandeza. Nada puede compararse al alma que está en ella; así esta gracia del Salvador que habita en nosotros debe ser un rasgo, una vislumbre, una participacion de esta gran claridad de Dios de que habla Jesucristo, y que dice haber poseído en la esencia divina antes de que el mundo saliese de la nada.

Esta comunicacion del ser de Dios y su divina luz con el alma que ha recibido la aplicacion de los méritos del Redentor es tal y tan estrecha, que el Espíritu Santo es el órgano sagrado que la une; él solo es el lazo estrecho de este comercio incomprensible, por una residencia íntima y verdadera en el fondo de nuestra alma. *La caridad de Dios*, decia el apóstol á los fieles de su Iglesia, cuando la fundaba, *ha sido derramada en vuestros corazones por el Espíritu Santo, que os ha sido dado.*

El mismo Jesucristo nos ha presentado con colores no menos espresivos este glorioso é inestimable carácter de nuestra adopcion eterna; él habia anunciado ya el descenso del Espíritu Santo como el sello y corona de sus promesas, como el advenimiento de su inseparable y natural cooperador en la alta empresa de la reconciliacion del mundo, y nos habia dicho que este gran consolador de los hombres, el mismo que está en la altura de la inmensidad de gloria en que procede del Padre y del Hijo, este mismo vendria y seria el amigo y compañero de nuestros corazones, que habitaria en ellos con una accion y presencia verdadera, lo que debe entenderse en el sentido natural de esta palabra.

Pesad, señor, reflexionad con atencion la fuerza y energía de este discurso del Salvador, cuando dice que se quedará para siempre con vosotros. Este es el espíritu de verdad que el mundo, esto es el que vive segun los sentidos, no puede recibir, porque no

le conoce; pero vosotros le conoceréis, pues él mismo habitará y reposará en vosotros.

Empezais ya á divisar, señor, la supereminente dignidad de que acabais de veros revestido, y el motivo porque, despues de haber pronunciado sobre vos las santas palabras de la absolucion, que sacan al pecador de sus cadenas y le hacen pasar á la clase de los escogidos, os contemplaba con admiracion, como si os viera en una forma nueva y extraordinaria. Sí, señor, yo veia en vos un vaso de misericordia, veia que en vos se obraba un estupendo milagro, y que Dios derramaba todos sus tesoros en vuestro corazon; no hay respeto que no se deba á los herederos de la santa esperanza. Y si cuando vemos á otro hombre pudiéramos saber que está en gracia de Dios, y pertenece al rebaño de Jesucristo, debiera con su vista apoderarse de nuestro corazon un terror religioso, y, postrados en su presencia, adorar allí la infinita magestad del Señor, como en el mas augusto de sus santuarios.

Así, señor, vuestra vida, que no ha sido hasta ahora mas que un sueño fugaz, empieza á ser desde hoy una duracion verdadera, preciosa y llena de aquella vida que dura en la eternidad. Hoy habeis comenzado vuestra celestial existencia; cada uno de los instantes que se escapan de vuestro aliento va á llevar al trono de Dios un tributo de valor sobrehumano; vuestras menores acciones, vuestras ocupaciones mas comunes, todos vuestros movimientos, y hasta vuestros desahogos y reposo van á ser contados

y escritos en el indestructible libro de la vida, como acontecimientos destinados á hermosear la historia eterna de los escogidos, á ser objeto de la alegría de los bienaventurados, y asunto de los cánticos de la celestial Jerusalem.

Porque nuestro Señor Jesucristo es la vid verdadera, y vos sois ya el sarmiento bendito en que corre y circula la vida de esta vid incorruptible y misteriosa. Si vos no hubiérais hecho otra cosa que asombrar al universo con la gloria de las hazañas mas extraordinarias, vos no seríais menos muerto y vil á los ojos del Dios vivo; pero ahora, porque estais en su gracia, y os aprovechais de los méritos de Jesucristo, todo en vos le es agradable. Sus ojos se complacen hasta en vuestro reposo y silencio. Nada de lo que hay en vos le es indiferente, porque lo que nos parece nada en un justo es mas para su vista que los tronos y los imperios. Todo lo que haréis en adelante, por pequeño é imperceptible que sea, tendrá el mérito de proceder de vos, de vos que acabais de ser lavado en la sangre del cordero, y que le representais la mas querida y excelente imágen que puede hallar sobre la tierra.

Haced, señor, una reflexion, y es que Jesucristo, este hijo tan querido del padre, no solo era un espectáculo grande para el cielo, cuando en el curso de su mision empleaba toda la fuerza de su ministerio; lo era tambien en los dias de su oscuridad, y cuando vivia oculto en la humilde habitacion de María y Josef, cuando les obedecia con sumision  
como

como pudiera el mas pequeño de los niños de Nazareth; cuando con sus manos inocentes y tiernas trabajaba en el taller de un artesano; cuando partia con la mas santa de las madres todos los penosos afanes de la vida doméstica; cuando nadie podia sospechar que la salud eterna reposaba bajo aquel techo humilde, y que aquella pobre estancia tan poco conocida del mundo encerraba la esperanza de Israel, la gloria del género humano, y el mas rico tesoro de todo el universo. Cada suspiro del adorable niño que vivia en ella, sin que lo supiese el comun de sus criaturas, salvaba al mundo entero, y preparaba la asombrosa trasformacion que debia efectuarse y perfeccionarse poco tiempo despues.

Es muy dulce para mí, señor, poder repetiros verdad tan agradable; ya sois una rama de este tronco precioso, un renuevo de esta raiz de inmortalidad, y todo lo que hagais en esta unidad valdrá para vuestra salud eterna. Insisto sobre este pensamiento, porque es el fondo y la sustancia de nuestra religion, y no se medita bastante. El divino Maestro nos le presentó con mil formas diferentes en el curso de su predicacion. Parece que queria entonces hacernos entrever esta verdad, reservando su entera manifestacion para los últimos momentos en que debia conversar con los suyos.

Como si fuera su intencion que el mas alto consuelo que jamas se ha descubierto á los hombres les llegase en la mas amarga circunstancia de su vida, y cuando necesitaban del mayor valor para someterse

á la necesidad de ver sufrir y morir á tan amable bienhechor, despues de haberles revelado tan claramente este misterio de unidad y de inseparabilidad eterna, les añade: « Os he dicho esto para que mi alegría esté en vosotros, y que vuestro regocijo reciba el último grado de plenitud y perfeccion (1). »

Yo escuchaba estas divinas verdades con un profundo recogimiento, y hubiera querido que este tan ilustrado intérprete de los oráculos sagrados no se separase nunca de mí, y alimentase mi alma con estas grandes ideas de la fe que la tenían en un continuo éxtasis de admiracion. ¡O evangelio divino! me decia yo en mi interior, ¡ó inapreciable tesoro de ciencia y de luz! ¿quién puede conocerte sin amarte? ¿cómo es posible que ofreciendo tan inmensas riquezas á los hombres, haya tantos que sean tan infelices que te desconozcan y desestimen? Despues de otras muchas reflexiones de esta especie, y otros discursos llenos de unción y fuerza, con que el siervo de Dios me sostenia, se despidió de mí, y se retiró.

Quedé solo, Teodoro; pero, ¡qué diferente de mí mismo! Este momento fue el primero de mi vida en que me vi conmigo á solas sin temor ni sobresalto. Jamas hasta entonces habia podido dar una ojeada á mi corazon sin una secreta displicencia, sin un confuso sentimiento de horror que me forzaba á volver los ojos á otra parte; pero esta vez ya empecé

(1) *Joann.*, xv, 11.

á mirarme sin pena, y enmedio de los horrores y delitos que no podia disimularme, veia una dulce y halagüena esperanza de que estarian perdonados. Mi alma reposaba ya con esta idea. Yo me encontraba como un hombre que por largo tiempo ha cargado un peso superior á sus fuerzas, y que descargándose de un golpe se siente aliviado y dueño de sus movimientos; mi corazon habia adquirido una nueva serenidad, mi pecho respiraba sin zozobra, entreveia un por venir mas tranquilo y un término á mi vida mas dichoso.

Sobre todo no podia concebir como habia estado tan ciego para mirar con tanto horror la confesion, que experimentaba ahora era el único remedio de mis males. Me acordaba de las burlas, dictérios y desprecios con que habia hablado de este saludable sacramento, que no comprendia mi torpe ceguedad. Lo que me parecia mas ridículo era que entonces no podia sufrir la idea de descubrir á un hombre prudente, mi amigo y mi guia, en el secreto de una confianza religiosa, los desórdenes y delitos que veian todos, pues yo no pensaba en esconderme de mis compañeros; antes al contrario solo me ocupaba la vergüenza de mostrarme mas tímido ó menos determinado á atropellar las obligaciones mas sagradas, y no respetar nada ni en el cielo ni en la tierra. Todos pues los que eran como yo debian conocerme, y los hombres virtuosos no podían engañarse; pues, aun cuando hubiera querido en su presencia afectar el estilo y la compostura de la razon, sola la virtud

se parece á sí misma. Su forma y su lenguaje tienen un carácter tan ingenuo, que todos los artificios de la hipocresía nunca aciertan á darla un verdadero colorido, ni pueden engañar los ojos de los que saben conocer á los hombres, y mas si los dota el cielo del den de discrecion de espíritus.

A pesar de todo esto yo tenia por cosa ridícula descubrir á un ministro de Dios mis delitos y flaquezas, yo murmuraba con los insensatos de la ley que obliga á los pecadores á revelar á un hombre la vergüenza de su conciencia, y decia como ellos que este era el escollo terrible, el impracticable artículo de la religion. ¡Qué ciego estaba yo, y cuánto ellos lo estan, pues no ven que se descubren todos los dias á todo el mundo, y que su conducta habitual es una confesion pública del desórden que reina en su corazon!

¿Quién será tan irracional y tan injusto, que se queje cuando le libran de la mayor desgracia que puede sufrir el hombre, solo con servirse de este medio tan humano y tan dulce? ¿no es Dios nuestro único y soberano bien? ¿no es la felicidad eterna el mas alto y el solo digno objeto de nuestras esperanzas? Aunque para obtener este bien infinito, para recobrar una pérdida tan irreparable como la del amor divino, fuera preciso arrancarnos del seno de la naturaleza, de nuestra patria, de nuestros hijos, y de cuanto mas queremos en el mundo, y fuera menester meterse en horriblos desiertos que repitiesen los ecos de las montañas y cavernas el son

de nuestros dolientes alaridos, y manchar los peñascos con la sangre de nuestra maceracion y penitencia, ¿quién podría titubear un momento?

¿Cómo es posible soportar la idea de que una alma inmortal, una alma que nació por el bautismo destinada á recibir la inefable gloria del que la dió el ser, se vea por su propia culpa victima indestructible de su cólera? Pero este Padre de misericordias que conoce el barro de que somos formados, no espone nuestra flaqueza á pruebas que la harian temblar, y se contenta para volver á recibirnos en su seno con una humilde confesion, un amoroso llanto, y una efusion del corazon arrepentido.

¿Y qué? ¿la naturaleza misma no indica estos medios como un consuelo de las aflicciones? ¿no es este el alivio de los grandes dolores? ¿no son estos afectos el mayor y mas dulce refugio de nuestra sensibilidad, cuando la afligen las desgracias? Debemos pues conocer que esta sabia y tierna disposicion de la bondad divina en el órden de la gracia y de la vida eterna es una imitacion visible de la que hace sentir la naturaleza á nuestro corazon, cuando quiere consolarse ó salir de un extremo infortunio.

¡Ay, Teodoro! ¡cómo conozco ahora que los que, con tan frívolos pretextos del amor propio, quieren justificar la repugnancia de confiar á un ministro de la religion el triste secreto de sus conciencias estan tan lejos de Dios como de la razon! Solo una alma inflexible, que no ha experimentado todavía las primeras conmociones del arrepentimiento, podrá es-

cuchar esas rebeliones del orgullo , y resistir á la necesidad de humillarse en presencia de los que son órganos sagrados de la piedad divina. El hombre que está verdaderamente arrepentido y afligido no necesita de que se le aliente para abrir su corazón á los pies de su hermano y su amigo. Cuando la religion no se lo mandara , él mismo , por instinto de su dolor , para desahogar su pecho , y buscar ó consejo ó alivio , volaria á echarse en los brazos del justo , y la viveza de su pena le forzaria á descubrirle todo lo que le aflige.

Sin duda que el confesor es un hombre ; pero un hombre revestido de Cristo , un hombre que ha recibido su poder , que obra en su nombre y le representa. Es un hombre ; pero marcado con un carácter divino , que para aquella funcion le eleva de su propia clase á una especie mas alta. Es un hombre ; pero en su sublime ministerio la virtud del Altísimo reside en él ; y en aquel acto es superior á los ángeles por la fuerza y asombrosa virtud que le da su incorporacion en el sacerdocio eterno de Jesucristo , y su union con él en la conducta de la grande obra de Dios , que es la fundacion de su incorruptible y sublime imperio.

¡ Ay , Teodoro ! yo solia en mis necias burlas decir al buen Mariano que Dios debe de ser un amo bien exacto y riguroso , pues no perdona nada sin penitencia. Amigo , yo era un insensato ; y ahora veo que es un amo muy indulgente y misericordioso , pues lo perdona todo á tan poca costa. ¡ Dichoso este

dia en que Dios me ha abierto otra vez su seno paternal ! Yo vivo en otra region , me veo en otro mundo , y mi corazón habita en una mansion cuya dulzura y tranquilidad me eran desconocidas. Mañana te continuaré esta nueva historia de mi felicidad. A Dios , amigo.

## CARTA XXVI.

EL FILÓSOFO A TEODORO.

Ya te he contado, Teodoro mio, lo que me aconteció en aquel día memorable en que mi iniquidad, como lo confío, se lavó en las fuentes inagotables del Salvador divino; ahora voy á referirte lo que me pasó en la deliciosa noche de tan dichoso día. Apenas me acosté en mi lecho cuando mi imaginacion bullia llena de muchas especies diferentes. Repasaba por menor todos los tristes hechos de mi larga y estragada vida; pero si esta memoria me afligia, ni era con aquella áspera y punzante amargura con que antes se desconsolaba mi corazón, ni sentia ya aquellos violentos torcedores que destrozaban mi pecho.

En efecto me parecia que sus agudas puntas estaban embotadas, pues no podia recordar mis delitos sin ver la bondad que dispuso los llorase, y que confiaba me los habia ya perdonado; no podia afligirme de mi miseria sin adorar la misericordia que se habia dignado de curarme. Admiraba los estraños y raros motivos que me habian conducido á esta casa de Dios, y veía la mano de la Providencia que habia gobernado mis pasos. Sobre todo refrescaba, procurando grabarlos en mi pecho, los discursos de mi nuevo y caritativo padre, en especial lo que me habia explicado con tanta ternura y energía sobre

el carácter del inefable don que habia recibido con la aplicacion de la sangre de nuestro Redentor.

Con tantas y tan interesantes especies no es estraño que el sueño huyese de mis ojos; yo me alegraba, porque no se apartasen de mi memoria los dulces y consolantes objetos en que se complacia; era el plácido y apacible insomnio de un dichoso que se saborea con las frescas impresiones de una felicidad reciente, y que no quiere alejar un instante de su espíritu la imágen de esta grande fortuna que ha mejorado tanto su destino. Esta vigilia era para mi alma y mis sentidos un reposo agradable, mil veces mas verdadero y delicioso que el que buscaba antes con tanta pena, creyendo gustarle en un sueño que no era mas que el cansancio ó el adormecimiento penoso de un corazón fatigado de vicios y remordimientos.

Así en el espacio de aquella noche yo me hallé trasportado de placer, de amor y de reconocimiento por mi Dios; todos los objetos se presentaban á mis ojos con colores tan nuevos como agradables. Me parecia que toda la naturaleza se alegraba de mi reconciliacion y de mi paz, porque los mismos elementos, aunque privados de la razon, son enemigos de los que abandonan al Señor y dan combates formidables á los insensatos.

Mi imaginacion se paseaba con alegría inesplicable por toda esa vasta bóveda del firmamento, y mientras meditaba sobre esos inmensos espacios, sobre esas vastas y opulentas regiones, sobre esos brillantes y

antiguos monumentos de la gloria de Dios ; una voz secreta me decía en lo íntimo de mi alma : Baja los ojos , mirate á tí mismo , y considera que tú eres en este momento mas rico y mas opulento que todo cuanto admirabas en esa inmensidad de los altos y profundos espacios que te cercan ; tu alma , en quien ya residen los divinos resplandores , publica con mas elocuencia su gloria que todo ese luminoso aparato de los astros ; pues esos globos que pueblan las regiones inaccesibles en que tu imaginacion se abisma , perecerán , se acabarán , tendrán un fin ; pero tu.... tu permanecerás eternamente ; de este modo , á cualquiera parte que volvía los ojos no veía mas que objetos de consuelo , que me trasportaban de alegría y aumentaban mi felicidad.

Yo me dormí en estas agradables reflexiones ; pero mi sueño no entorpeció mis sentidos , ni me quitó el dulce embeleso del feliz estado de mi alma ; era menos una interrupcion de actividad y movimientos , que una seguida ó estencion del recogimiento y reposo religioso en que mi corazón habia sentido la abundancia con que Dios se comunica á los que le aman. Me parecia que hasta en aquel embeleso de mis sentidos no dejaba de experimentar la dulce impresion que siente el alma cuando su gracia la purifica.

Este estado se mejoró cuando desperté , pues entonces me pareció tenía un gozo mas articulado y mas completo de todos los tesoros de Dios ; yo me hallaba como un general que , durmiendo con dulce reposo , despues de haber conseguido una importante y difícil

victoria , no ha soñado más que en sus triunfos , y se alegra cuando despierta , porque ve que no ha sido ilusion su sueño. Al instante que los primeros rayos de la aurora doraron los muros sencillos de mi inocente habitacion me puse en pie para cantar un himno de gracia al Autor de tanto bien ; sentí que mi alma estaba llena de su vida , y adoré en el fondo de mi corazón la realidad y la totalidad de sus luces , perfecciones y virtudes.

Poco tiempo despues vino el ministro del Señor , díle cuenta de todo lo que habia pasado por mí , levantó los ojos al cielo como para darle gracias , y volviéndose á mí , me dijo : Eso es , señor , haber llegado á gustar los consuelos que da nuestra religion ; porque su espíritu es libertarnos de las inquietudes de la imaginacion , del tumulto y del flujo eterno de nuestros proyectos , anhelos y temores , y reducir á la unidad de un pensamiento y de un deseo todo el caos de nuestros afectos y pasiones. Su intencion es desembarazar el alma de todos los objetos inútiles que la fatigan y la turban , fijándola en su verdadera y natural funcion , que es conforme á la de Dios , esto es en la posesion de lo que no se pierde nunca , en la contemplacion y el amor de la Magestad adorable y suprema , que es el principio de la vida y el origen de toda inteligencia.

Por este motivo , Jesucristo , que descendió á la tierra para pacificarlo todo , y reparar el desórden de la naturaleza , no se ocupa en otra cosa , cuando nos explica su doctrina , sino en volvernos á esta antigua

y perdida sencillez de movimientos, á esta unidad de ideas y deseos, exhortándonos á concentrar únicamente en Dios toda nuestra fuerza de entender, y toda nuestra necesidad de amar; todo su evangelio nos predica que es vanidad y locura buscar otros caminos de felicidad, que no hay ni puede haber mas que uno, y que este es la solicitud del reino de Dios y su justicia; que este reino está dentro de nosotros mismos, y que solo hallaremos en él este reposo que tan inútilmente buscamos en medios de las pasiones que nos consumen.

Si, señor, nuestra residencia en nosotros mismos lo incluye todo; ella es el fin y la resulta de todos los designios de Dios, es el objeto que tuvo cuando nos dió á Jesucristo y su evangelio. La eternidad entera no nos presentará ninguna especie de felicidad que se funde sobre otros gozos, y solo podrá darnos la perfeccion y el último grado de nuestro recogimiento en Dios. No podrá hacer mas que fijarnos en la contemplacion y posesion de esta luz indefectible que se unirá con nosotros, que nos penetrará y correrá en nuestra alma como un torrente de delicias, sin dejar subsistir en ella mas que un pensamiento solo, un solo amor.

Haced otra reflexion, señor: que acaso por el mismo motivo entró en los designios de Dios instituir el inefable misterio de la eucaristía. ¿Cómo podria el hombre concebir jamas que su Dios, no contento con haberse hecho hombre, con haber bajado al seno de María, con habitar entre los hombres y morir por

ellos, haya querido tambien, despues de resucitado y glorioso, continuar este mismo comercio siempre que el hombre le llama, y que inventase para esto un medio que jamas las inteligencias criadas hubieran podido imaginar? medio tan digno de su sabiduría como de su amor.

Pero no es difícil concebir que esta fue una parte del plan de intimidad y comunicacion que Dios ha tenido siempre, y que este misterio no es mas que una estension de las relaciones y enlaces con que Dios se ha dignado siempre de quererse unir con el alma que crió á su semejanza. Como mientras está ella en la tierra para merecer, no puede gozar de aquella íntima comunicacion que la ha destinado en la celestia Jerusalem, Dios la ha querido suplir, dándola un pan de vida, de quien dice que el que le come habita en Dios, y Dios en él. Y como no solo es la carne y sangre de Jesucristo, sino tambien la plenitud de su divinidad, le trasforma en si, se une íntimamente con él, y produce en el alma...

Yo no pude oír hablar al padre de este sacramento sin sentirme inflamado. Ya habia hecho reflexion de que el padre hasta entonces no me habia hablado de comulgar; y aunque me habia yo propuesto dejarme conducir en todo por su zelo, sin poner de mi parte mas que una humilde obediencia, no pude contenerme, y le interrumpí, diciéndole: Y qué, padre, ¿aunque yo sea pecador tan indigno no podré, alentado por mi dolor y la bondad divina, pedir este pan? El Padre me respondió: Si señor,

podeis y debéis pedirlo. Yo me alegro que lo pidáis. Este pan no se debe obtener sino cuando se pide mucho, y aprovecha al alma á proporcion de hambre con que se pide.

Debo añadir que, segun la práctica comun, yo pudiera dárosle. Vos estais, segun lo espero de la bondad de Dios, purificado por la penitencia de toda culpa mortal; vos estais en la firme resolucion de no volver á cometerla, y espero mas, que ya estais en gracia de Dios. Esto basta sin duda para acercarse á la sagrada mesa, y obtener de la Iglesia este divino pan: basta para no comulgar indignamente; pero, señor, son necesarias otras muchas cosas para comulgar con mayor fruto.

Esta accion es tan grande, es tan santa, que toda la vida del hombre apenas bastaría para prepararse á ella; y me parece que cuando se sale de una larga vida llena de impureza es conveniente purificarse algun tiempo antes de acercarse al altar. El apóstol manda probarse antes el hombre á sí mismo. ¿Qué prueba puede haber hecho el que no ha tenido tiempo de probarse? Por otra parte yo sé que este pan sirve tambien para sostener á los débiles, y que la sinceridad de la penitencia suele suplir el tiempo. Permitidme solamente que os haga algunas reflexiones del elocuente Masillon, y vos mismo juzgaréis lo mucho que os debéis disponer para recibir á vuestro Dios. Yo le respondí que le escucharia con respeto, y él continuó.

La comunien es la mas alta, la mas sagrada accion

del cristianismo. Su objeto es hacer nacer á Jesucristo en nuestros corazones, y si no le hace nacer mueren ellos por nuestra indisposicion; si no es para nuestra alma un fruto de vida es una señal de muerte, ¡terrible alternativa! y no por esto digo que debamos alejarnos de la santa mesa. El pan que se distribuye en ella es el verdadero alimento del espíritu, la fuerza de los fuertes, el arrimo de los débiles, el consuelo de los tristes, y la mas segura prenda de la inmortalidad. Fuera muy peligroso privarse de ella; pero digo que lo seria mas recibirla sin estar bien preparado, sin haber vestido la ropa nupcial, y traer todas las disposiciones que merece acto tan divino, y que solas pueden darnos el comerle con fruto.

Nadie ha explicado mejor cuales deben ser estas disposiciones que el apóstol, y, resumida su doctrina, se nos enseña que debemos traer á este convite divino una fe acompañada de cuatro cualidades, y son: que sea tan respetuosa que discierna el cuerpo de Jesucristo; tan prudente, que pruebe y se asegure de su propio corazon; tan ardiente, que le obligue á amar; y tan generosa, que esté pronta á todo sacrificio. Espliquemos las circunstancias y naturaleza de esa fe sucesivamente.

Quando el apóstol dice que esta fe debe ser tan respetuosa que discierna lo que hace, no habla de aquella fe que nos distingue de los incrédulos; habla de la fe viva que sabe penetrar las nubes que rodean el trono del cordero, de aquella fe que casi le ve

tal como es, de aquella fe, que, á pesar del velo con que este verdadero Moises se cubre en esta montaña santa, no deja de divisar su gloria, y no puede sostener su resplandor; de aquella fe, que, sin atreverse á fijar temerariamente su inmensidad, se siente penetrada de su presencia.

Habla de aquella fe que ve como los ángeles descenden del cielo y le cubren con sus alas, y que ve como las columnas del firmamento tiemblan delante de su terrible magestad; de aquella fe á quien los sentidos no pudieran añadir nada, y que es dichosa, no solo porque cree sin ver, sino porqué casi ve lo que cree; de aquella fe tan reverente, que se apodera de ella un terror religioso desde que se pone á vista del santuario, que se acerca al altar, como Moises á la sagrada zarza, y como los Israelitas al monte de las tempestades; de aquella fe que, sintiendo todo el peso de la divina presencia, esclama como San Pedro: Señor, retírate de mí, que soy un pecador; en fin de aquella fe cuyo respeto se acerca al terror, que necesita de que se la anime, que desde que descubre á Jesucristo en el altar, siente la fuerza de su impresion, se turba y teme, porque su ropa nupcial no es tan blanca como debe desear.

¡Ay, señor! cuando Jesucristo se mostrara en el aire sobre una nube resplandeciente, los hombres se caerían de temor, los malos se esconderían en las cavernas mas profundas, y pedirían á las montañas que se desplomasen sobre ellos. Entonces no necesi-

sitarian

sitarian de fe para saberlo. Ahora la fe nos dice que el mismo Jesucristo está en el santuario como sobre una nube de gloria; que desde que el sacerdote pronuncia las palabras misteriosas, la sustancia del pan se convierte en la del cuerpo de nuestro adorable Redentor; los espíritus celestes descenden del cielo para adorarle, como sus ministros, y alternan con los hombres los cánticos de alabanzas.

La fe nos dice que aunque Jesucristo está en el trono de su misericordia, y dispuesto á conceder las gracias que los mortales le pidan, no por eso dejará de juzgar en verdad todos los corazones; que en esta multitud de adoradores que llenan sus templos distinguirá las intenciones y pensamientos de cada uno; que allí separará los buenos de los malos; que traerá rayos en una mano y coronas en la otra; que pronunciará á unos sentencia de vida y á otros de muerte, y que con una mano invisible grabará sobre cada frente el carácter de la elección ó de la reprobacion eterna.

¡Ay, señor! ¡cuántos habrá que al mismo tiempo que el Señor los arroja de sí se presentarán con falsa seguridad! ¡cuántos, que mientras Dios les señala un lugar en los eternos abismos van á tomarle con temeridad en su santa mesa! ¡cuántos, que la justicia divina pone entre los hijos de la cólera y se atreven á injerirse entre los hijos del amor! La carne que da la vida se convierte para ellos en carne que les ocasionará la muerte. El cordero sin mancha que puede lavar todas sus culpas, si se recibe indigna-

Tom. III.

11

mente, servirá para aumentarlas, y el que debiera ser su salvador es entonces su enemigo.

En otro tiempo no se podia ver á Dios sin morir al instante. Un pueblo entero de Bethsamitas, por haber visto el arca con curiosidad, fue esterminado. El ángel del Señor cubrió de llagas á Heliodoro, porque se atrevió á entrar en el santuario de Jerusalem. Los Israelitas en el desierto no podian acercarse al monte en que el Señor daba su ley, los rayos y relámpagos amenazaban á los atrevidos; el terror y la muerte iban por delante del Dios de Abraham, y ahora, porque no salen del santuario torbellinos de fuego, ¿nos podremos acercar sin terror y respeto?

¿Qué débiles somos los hombres! ¿qué ciegos! Nada nos hace impresion, sino lo que nos persuaden los sentidos. Solo somos religiosos cuando el Dios que adoramos se muestra terrible; pero si supiéramos discernir el cuerpo del Señor; si la fe de su presencia nos hiciera la impresion que nos haria sin duda su presencia visible, ¿vendríamos á su mesa tan tibios, con devocion tan floja, y con un corazon casi insensible? ¿nos dispondríamos tan frios y tan ligeramente? Esta idea nos ocupara, nos agitara mucho tiempo antes, necesitaríamos de mucho esfuerzo para no dejarnos intimidar por nuestro propio respeto y por su alta magestad.

Los dias que precederian al sagrado convite fueran dias de retiro, silencio y oracion. Cada dia que pasara aumentaria nuestra atencion, temores y alegrías. Este pensamiento no pudiera abandonarnos en

nuestros negocios, conversaciones y las demas acciones de la vida, ni aun en el mismo sueño, porque nuestro espíritu lleno de fe no pudiera jamas olvidarse de tan grande esperanza, y no pudiera ver en todo sino á Jesucristo. La figura del mundo, lejos de encantarnos, no supiera detener nuestra vista, tuviéramos ojos que no vieran; y sola la imágen de tan alto objeto nos obligaria á fijar nuestra atencion; esto seria discernir el cuerpo del Señor.

Pero no puede discernirle una fe vulgar que nada tiene de vivo, de grande ni de sublime, y que no puede ser digna del Dios que nos mira. Es necesaria una fe que tenga mas gusto y mas hambre de este pan celestial que de todas las viandas de Egipto; una fe que halle en este pan el único consuelo de su destierro, el alivio mas dulce de sus penas, el sagrado remedio de sus males y el anhelo continuo de sus ansias.

Una fe que encuentre en él la luz de sus oscuridades, la paz de sus agitaciones, la calma en sus desgracias, un asilo en los rigores de la suerte, un escudo contra los ataques del demonio, un refrigerio contra los estímulos de la carne rebelde, y un nuevo ardor en las tibiezas de la devocion. En fin discernir el cuerpo del Señor es poner mas cuidado, mas atencion, mas respeto en recibirle que en ninguna otra de las acciones de la vida. Es menester pues examinarse sobre esto, y oír lo que nos dice la conciencia.

Tambien es menester examinar si tenemos fe prudente, esto es que nos probemos y nos conozcamos;

bien sé, señor, que nada se nos esconde tanto como nuestro propio corazón; que el espíritu del hombre no puede conocer siempre lo mismo que pasa en él; que las pasiones nos seducen, que los ejemplos nos tranquilizan, que los errores nos engañan, que las inclinaciones nos arrastran, que el corazón cree siempre tener razón, y que muchas veces probarse á sí mismo no es otra cosa que confirmarse en sus propios errores.

Bien sé, digo, que el hombre es así cuando está abandonado á su propio juicio; pero la fe tiene una luz superior que alumbra los ojos de su alma, y que enseña á conocerse, á descubrir los artificios de las pasiones, y forma un hombre que juzgue de todo por el espíritu; debe pues probarse por las reglas de la fe. Y si hay objeto en que sea importante no engañarse, es sin duda este, en que un sacrilegio sería la consecuencia del engaño.

¿Y sobre qué nos debemos probar? Sobre la santidad del sacramento, y sobre nuestra propia corrupción. Cada cual debe decirse: yo voy á recibir la carne de Jesucristo; él es el cordero sin mancha que no quiere que rodeen su altar sino aquellos que no han manchado sus vestidos, ó que los han lavado en la sangre de la penitencia. ¿Y quién eres tú, alma temeraria, que te acercas con tanta seguridad? ¿llevas contigo tu candor y tu inocencia? ¿has conservado siempre intacto el vaso de tu cuerpo entre el honor y la santidad? Si por desgracia estás todo cubierto de llagas vergonzosas; si en tu cuerpo no se ve una parte que no tenga marca de delito, ¿dónde pondrás la carne del cordero?

¡Qué pues! ¿esta carne tan pura podrá reposar sobre tu lengua, sepulcro horrible que ha exhalado tanto veneno? ¿Esa carne que se dejó sacrificar con tanta dulzura podrá residir en el instrumento de tus venganzas? ¿esa carne crucificada podrá unirse con tu corrupción y sensualidades? Ella debiera ir á tu corazón; pero, ¿cómo encontrará en él el digno reposo? ¿no has hecho este santo templo caverna de ladrones? ¿la pondrás entre tantos deseos impuros, tantos amores profanos, tantos proyectos de ambición, de envidia, de odio y de orgullo? Tú le preparas su habitación en medio de tan execrables monstruos. ¡Ay! tú le entregas á sus enemigos y le pones en las manos de sus verdugos.

Es verdad que te has confesado, y que la sangre del cordero ha podido lavar tus iniquidades; pero, ¿le quieres recibir con la misma boca con que acabas de vomitarlas? Tu corazón está humeando todavía con el fuego de muchas pasiones mal apagadas que pueden mañana volver á inflamarse, ¿y te atreves á presentarte á los pies del altar para participar de los santos misterios? Tu imaginación sin duda tiene frescas todavía las ideas de los excesos que acabas de contar al sacerdote, ¿y te vas con ellas á gustar el pan de las almas puras?

Tiempos hubo en que un gran penitente no se acercaba á la mesa del Señor sino después de años enteros de humillaciones, ayunos, oraciones y austeridades. Se purificaba primero con el dolor, con las lágrimas y los ejercicios públicos de una penosa disciplina; se

hacia un hombre nuevo, sin que le quedase de la vida antigua mas que la memoria para avivar su arrepentimiento; sus delitos pasados no dejaban otras huellas que las que cubrian las maceraciones de la penitencia para borrarlas; en fin la eucaristía era entonces el pan del cielo que el pecador no osaba comer sino con el sudor de su frente. La Iglesia ha templado hoy el rigor de esta disciplina; pero conserva siempre un mismo espíritu, un mismo deseo.

Este pan es azimo, y para comerle es menester estar exento de toda levadura; por otra parte esta es la vianda de los fuertes. ¿Y cómo una alma que ha sido tan débil, que ha naufragado en todos los escollos, que ha resistido tantos años á la gracia, y que tiene tan larga esperiencia de su fragilidad, puede tan repentinamente considerarse fuerte? ¿no convenirá primero examinarse, probarse, crecer, fortalecerse, ejercitarse en la caridad y en actos contrarios á los de sus primeras pasiones? ¿no será mas acertado acostumbrarse poco á poco, preparándose con el retiro, la oracion, la fuga de las ocasiones, y con victorias continuas de sí mismo? Pero en todo caso el confesor dispondrá lo que mas le convenga, y espondrá otras consideraciones segun las circunstancias de su penitente.

El Dios que se recibe es tan puro, que los astros no lo son en su presencia; tan santo, que el primer pecado del ángel le precipitó del cielo, y abrió los abismos, para que un caos inmenso le separase de él eternamente; tan zeloso, que un solo mal deseo le

ofende; es menester pues darle gloria, sondear el propio corazon en su presencia, y decirse: yo voy á alimentarme de la carne de Jesucristo, y convertirla en mi sustento espiritual. ¿No hallará en mi alma nada indigno de su santidad? Nada se le puede esconder; él ve las intenciones y las inclinaciones secretas; verá la causa y el principio de mis excesos, examinará si el manantial está ya seco, ó si solo está suspendido su curso.

¡Ah! si me dijera como á Zaqueo: Hoy ha entrado la salud en esta casa! pero esto depende de mí. ¿Estoy resuelto de buena fe á dejar esta pasion que ha sido tan fatal á mi inocencia? ¿esta idolatría de riquezas que me ha conducido á tantas injusticias? ¿este furor de juego que tanto ha dañado á mis negocios, salud y salvacion? ¿este carácter altivo, este genio soberbio, que no puede sufrir la menor contradiccion? ¿esta vanidad que pretende salir de la esfera en que mis mayores me dejaron? ¿esta envidia que me aflige por la reputacion ó prosperidad de mis iguales? ¿este orgullo maligno y censor que quiere juzgarlo todo, y jamas á sí mismo? y en fin ¿este afan de delicias, y este horror á la cruz, que hace como el fondo y la sustancia de mi propio ser?

Es verdad que vengo de confesar estos delitos al ministro de Jesucristo; pero, ¿estoy bastante preparado? ¿soy ya una nueva criatura? ¿estoy resucitado? ¿lo estoy á vuestros ojos, ó mi Dios? ¿no me doy el nombre de vivo, estando quizás muerto? Alumbradme, Señor, y no permitais que vuestro cristo,



que vuestro santo descienda en la corrupcion ; ve aquí , señor , como es necesario probarse ; y si no os sentis en este estado de pureza de conciencia , alejaos del altar ; la carne del Verbo no quitará vuestra malicia , antes añadiréis otra nueva. Vuestra religion será vana , vuestro culto idólatra , y vuestro sacrificio sacrilegio.

Pero no basta quedarse en el discernimiento y en la prueba , es necesario añadir nuevas disposiciones ; habeis tomado medidas para no recibirle indignamente ; pero aun os falta le que es propio para recibirle con fruto , porque ademas de lavarse de los delitos es menester revestirse de un deseo de mayor justicia y santidad : es poco no ser traidor como Judas , es menester desear amarle como los otros discipulos. En una palabra no basta dejar de ser mundano , profano , orgulloso , vengativo , altivo , perezoso , en fin aborrecer el vicio , se ha de amar tambien la virtud , y ser dulce , humilde , caritativo , casto , fiel , buen cristiano , y recibir su sagrado cuerpo en memoria y por el amor de Jesucristo. Esta es la fe que os he dicho que debe ser ardiente y que nos mueva á amar.

Porque ¿qué es comulgar en memoria de Jesucristo , sino hacer memoria de todo lo que sintió su corazon en la institucion de este sacramento ? *He deseado con ansia*, decia (1) á sus discipulos , *comer esta pascua con vosotros*. Anhelaba pues con ardor que llegase este feliz momento ; no le perdía de vista , y se consolaba con esta memoria en las amarguras de

(1) *Luc*, xxii , 15.

su pasion ; ¿y qué queria decir con esto , sino que se ha de traer á la divina mesa un corazon poseido de amor , un corazon ansioso con hambre y sed de Jesucristo , porque este pan pide un corazon hambriento ?

El cristiano fiel , le dice con San Agustin : Venid , Señor , á tomar posesion de mi alma , para ocuparla toda , y reinar solo en ella ; para habitar conmigo hasta la consumacion de los siglos. Quizá mi alma es indigna todavía , pero vos la podeis hacer digna ; adornadla con vuestra gracia , purificadla con vuestro contacto , renovad su juventud como la del águila ; si aun la quedan señales de sus antiguas culpas , vuestra sangre acabará de borrarlas. Venid , Señor , y con vos me vendrá todo ; hacedme gustar cuan dulce sois.

¿Cómo puede tener estos sentimientos el que va con corazon frio y gusto amortiguado , el que acaba de gustar las diversiones y alegrías del siglo , y aquel á quien ocupan todavía los negocios del mundo y el tumulto de las pasiones ? ¿cómo podrá sentir la inefable dulzura de este pan celestial ? ¿no es natural que al pie del trono de la gracia halle las imaginaciones de placeres tan recientes , de intereses tan vivos , de proyectos tan arduos , y de ideas que , haciendo sobre el corazon impresiones mas fuertes que la presencia del Salvador , le arranquen del altar de Sion para trasportarle á Babilonia ?

Comulgar en memoria de Jesucristo , es recordar con la presencia de este Dios de amor todo lo que puede encender el fuego del corazon que le ama : la ausencia entibia los afectos ; Jesucristo previó que

sus discípulos olvidarian sus beneficios é instrucciones. Moises no estuvo mas que cuarenta dias en el monte, y ya los Israelitas habian olvidado los milagros que hizo para sacarlos del Egipto. ¿Dónde está este Moises? decian entre sí; busquemos dioses que nos defiendan.

Para vencer esta inconstancia del corazon humano Jesucristo nos dejó una prenda en que renueva su presencia, y quiere que con ella nos consolemos de su ausencia sensible, que con ella refresquemos la memoria de su doctrina, de sus milagros, de sus beneficios y de toda su divina persona, y que, al través de esta misteriosa señal, le veamos naciendo en Bethlem, criándose en Nazareth, conversando con los hombres, corriendo los lugares y villas de la Judea, haciendo en todas prodigios que ninguno habia hecho, escogiendo discípulos groseros para constituirlos maestros del universo entero, confundiendo la hipocresia de los Fariseos, anunciando á los hombres la vida eterna, dejando en todas partes señales de su poder y su bondad, entrando en Jerusalem con gloria, conducido con ignominia al Calvario, espirando sobre una cruz, vencedor de la muerte y del infierno, llevando consigo al cielo los que estaban cautivos, como trofeos de su victoria, y en fin formando su Iglesia con la efusion de su espíritu y la abundancia de sus dones, en una palabra, que en ella halleemos á todo Jesucristo con todos sus misterios.

San Juan Crisóstomo decia á su pueblo: Vosotros envidiais la fortuna de una muger que tocó sus

vestidos, de una pecadora que le regó los pies con sus lágrimas, de las mugeres de Galilea que tuvieron la dicha de servirle, de sus discípulos que le hablaban familiarmente, de los pueblos de aquel tiempo que oyeron las palabras de salud y gracia que salian de su boca. Vosotros llamais felices á los que le vieron, y profetas y reyes le desearon en vano; vosotros, si quereis, solo con venir al altar podeis verle, besarle, darle un ósculo santo, y regarle con vuestro llanto amoroso.

Si quereis podeis tambien poner en vuestro seno al mismo que se puso en el de la gloriosa María. Nuestros padres iban á la tierra santa para adorar las huellas de sus pies; pero no es necesario correr tierras, ni atravesar mares: la salud está cerca de nosotros, y su reino dentro de nosotros mismos; mirad este altar, abrid los ojos de la fe, y veréis, no lugares consagrados por su presencia, sino al mismo Jesucristo; acercaos en memoria suya, y que vuestro corazon se derrita en las llamas del amor, considerando que allí está presente.

Es entonces cuando la memoria de todas sus virtudes debe ser mas viva, que debe estar mas presente al corazon y al espíritu para corregir nuestras flaquezas, y esto será comulgar en su memoria. Pero venir al altar cuando no ha mudado el corazon todos sus sentimientos, y le quedan algunos de los que tenia; acercarse á esta hoguera encendida, llevando consigo restos de envidias, delicadezas y amor propio; no haberse desprendido de la sensualidad, de los deseos de agradar

al mundo , de la estimacion injusta de riquezas , vanidades y honores ; sentirse picado del mas ligero discurso ; no poder sufrir la menor señal de desprecio ; comulgar en fin sin traer la semejanza de Jesucristo con la humildad , la paciencia y todas sus demas virtudes , no sería comulgar en su memoria .

Bien sé que muchas de estas cosas , no siendo mas que imperfecciones y flaquezas , no deben siempre embarazar la comunion ; que solo el pecado mortal , que quita la vida de la gracia , debe ciertamente impedir que se acerque al altar . Así no digo que no puedan llegarse los hombres con la esperanza de que este divino pan los fortalezca , y acabe de curarlos de estos males que lloran ; pero volveré á repetiros que si no se comulga indignamente , por lo menos no se saca todo el fruto que se puede . Y ademas ¿ quién puede juzgar de las disposiciones secretas de cada corazón , sino el supremo Juez que los ve por adentro ? Lo que los hombres podemos saber es que , cuando se comulga con tantas imperfecciones y flaquezas , no se comulga como desea Jesucristo , como el pecador necesita , y como es menester para que sea en memoria de su Salvador .

Lo que podemos saber es que es peligroso comulgar en este estado , cuando las comuniones que se hacen no sirven á mejorarle ; que los apóstoles no fueron admitidos á la comunion , sino despues que el Señor les lavó los pies , aunque les habia dicho que estaban puros . ¿ Y nosotros , llenos de miserias , y casi sin deseos de mudar de vida , nos atreveremos á tocar y á comer del pan de que los ángeles no son dignos ?

¿ Qué pecador no debería esclamar : ó Dios , qué es lo que soy yo á tus divinos ojos ? ¿ cómo me miras ya , escudriñador verídico de los corazones ? Nadie puede agradarte y desagradarte á medias ; no hay medio entre la inocencia y el delito . Si no soy un justo , soy un delincuente ; si no soy vaso de honor , es preciso lo sea de ignominia ; si no soy un ángel de luz , lo soy de tinieblas ; y si no soy un templo vivo de vuestro espíritu , no puedo ser mas que un profanador . ¿ Qué motivos , señor , para excitar nuestra vigilancia y atencion sobre nosotros mismos , para examinarnos , para probarnos y sujetarnos con humildad á la direccion de un ministro prudente !

Si la obediencia nos lleva á la divina mesa , ¿ con cuánto terror , circunspeccion y humildad debemos acercarnos al altar ? ¿ con cuántas lágrimas y compuncion debemos sentir nuestra indignidad ? ¿ con qué ardor debemos pedir que supla estos defectos la bondad divina , y que este mismo pan de que nos reconocemos indignos nos ponga en estado de recibirle otra vez mejor ? Con esto comulgaremos en memoria de Jesucristo ; pero tengamos presente que para hacerlo mejor , imitando los ejemplos de su vida , debemos tambien recordar la memoria de su muerte , y anunciarla . Esta es la que he llamado fe generosa .

El apóstol nos dice que siempre que comamos y bebamos el cuerpo y la sangre de Jesucristo anunciamos su muerte . ¿ Y cómo la podremos anunciar ? Nada es mas claro , y todos los que comulgan la anun-

cian, tanto el que la profana, como el que la recibe en gracia; porque este es un misterio, y no un mérito; es la propia naturaleza del sacramento, y no privilegio del que le recibe; es un efecto necesario de su institucion, y no depende de la disposicion del que comulga. El apóstol nos advierte esto para que evitemos el abuso, y le comamos dignamente; nos explica los misterios que incluye para hacernos ver las disposiciones que pide.

Con la comunion pues anunciamos la muerte del Señor de muchos modos. La anunciamos, porque la eucaristia fue el preludio de su pasion. En los siglos primitivos este misterio era el precursor del martirio. Desde que la persecucion empezaba, todos los fieles se fortalecian con este pan de vida, llevaban á sus casas este precioso tesoro, y con esta prenda de inmortalidad no huían de la muerte, muchos la deseaban con ardor. En las prisiones se alimentaban con él, esperando el martirio. Las castas doncellas, los jóvenes fervientes, y los ministros santos participaban en los calabozos de este sagrado pan, y en aquellos lugares, que no presentaban mas que imágenes de tormentos y suplicios, resonaban los alegres cánticos de gracias y los dulces gemidos de la esperanza. De allí salian para presentarse en los cadalsos con una santa firmeza, y derramaban en ellos ojeadas de constancia y magnanimidad que llenaban de estupor á sus tiranos; anunciaban pues la muerte del Señor, preparándose al martirio con la comunion.

Si la paz de la Iglesia no permite que la muerte

sea hoy la recompensa de la fe; si nos faltan aquellos tiranos extranjeros, ¿no tenemos otros mas crueles, porque son interiores? ¿y en vez de aquel martirio de sangre no puede haber otro de amor? ¿no puede una alma enamorada anunciar la muerte de su Dueño, suspirando por la disolucion de su cuerpo con el deseo de ir á gozarle cara á cara? ¿no puede, mirando con horror esta mansion de lágrimas y penas, este abismo terrestre de errores y pasiones, levantar el corazon, y volar con las alas de la paloma á la santa montaña á que voló su esposo? Si, puede; y estos debieran ser los deseos del que viene al altar. Cada uno que comulga fervoroso debiera con sus suspiros apresurar el fin de su destierro, y el momento de ir á gozar de Jesucristo.

Tambien este misterio anuncia la muerte del Señor, porque Judas formó en él la última resolucion de venderle. ¿Qué debe producir en el que comulga este recuerdo, sino el ardor de reparar con su amor y respeto tantas comuniones sacrilegas que crucifican de nuevo á Jesucristo; llorar los ultrajes que se le hacen, y confundirse en su presencia de que el mas alto de sus beneficios sea ocasion de los delitos mas horribles; temblar por sí mismo; adorar su bondad, que en favor de los escogidos sufre tantos y tan indignos sacrilegios, y rogarle aparte de nosotros las calamidades que este delito acarrea á la tierra? Porque si el apóstol ya se quejaba en su tiempo de que las enfermedades populares, las muertes repentinas, y tantos otros males eran efecto de la

profanacion de este sacramento , ¿ cómo no debemos pensar que tantas guerras , desolaciones , esterilidades y demas males que nos rodean no tengan tambien el mismo origen ?

Se anuncia tambien la muerte del Señor , porque siendo la hostia el cuerpo de Jesus crucificado , el que la recibe debe estar al pie del altar como si estuviera al de la cruz ; debe estar como las mugeres y discipulos que recogieron sus últimos suspiros , y fueron testigos de la consumacion de su sacrificio. ¿ Qué debian pensar estos corazones fieles de un mundo que crucificaba á su Señor ? ¿ con qué ojos podrian ver á sus crueles verdugos ? ¿ temerian declararse discipulos de aquel que á costa de su sangre se declaraba tan de veras su Salvador ?

El que comulga pues , y no se declara sino á medias , y casi se avergüenza de la cruz de Jesucristo ; el que mezcla cierto aire ó gusto del mundo con la virtud ; el que no confiesa á Jesucristo con la frente descubierta , que no se atreve á privarse de un espectáculo en que se le olvida , de una concurrencia en que se le ofende , de un empeño en que se aventura la inocencia , de cierto género de vida que el mundo llama necesario , y no es conforme á las máximas del evangelio ; este no anuncia la muerte , este no es de los discipulos de Jesucristo ; por el contrario conserva inteligencia con sus enemigos , y quizás lo es él mismo ; porque Jesucristo ya venció al mundo , ya condenó sus máximas y errores. Anunciar su muerte es recordar su victoria , y el corazon que vive toda-

via

via con la vida del mundo , destruye el fruto de su muerte , disputa á Jesucristo el honor de su triunfo , y , en vez de anunciarla , tal vez la renueva con sus enemigos.

Por otra parte este misterio es la consumacion del sacrificio de la cruz , porque nos aplica su fruto ; y nada puede darnos en la comunion derecho al fruto de la cruz , sino los ejercicios de la misma cruz , los sufrimientos , las mortificaciones , y una vida penitente y austera. ¿ Cómo pues el que vive en las delicias puede atreverse á anunciar la muerte del Señor ? ¿ cómo el que lisonjea y acaricia un cuerpo relajado con los halagos y placeres puede tambien alimentarle con una carne crucificada ? ¿ quién se atreverá á incorporar un cuerpo moribundo y coronado de espinas con miembros delicados y sensuales ?

Esta mezcla fuera monstruosa. El cuerpo de Jesus está crucificado , sus miembros todos padecen. Si el que comulga no ha mortificado su cuerpo ; si no ha hecho violencia á sus sentidos y deseos ; si ha pasado su vida en una voluptuosa indolencia ; si las aflicciones le impacientan ; si lo que contradice su humor le exaspera ; si no se ha impuesto obras de mortificacion , ó si no recibe bien las que Dios le envia , jamas podrá unir su carne con la de Jesucristo ; y ved aquí porque una vida afeminada y divertida es un mal anuncio para la comunion.

En fin se anuncia la muerte del Señor en este misterio , porque el Señor está en él como en una especie de muerte ; tiene boca y no habla , ojos y no

Tom. III.

12

se sirve de ellos, pies y no anda. Este es el modelo y el modo con que se anuncia su muerte cuando se recibe su cuerpo. Es menester llevar unos ojos acostumbrados á no ver la tierra, una lengua instruida á callar, ó no hablar mas que de Dios, unos pies y manos inmóviles para las obras de pecado, los sentidos apagados, miembros mortificados, en una palabra una como muerte universal de todo el cuerpo.

El estado que tiene Jesucristo en la eucaristía es el que debe tener el cristiano en la tierra, estado de retiro, de silencio, de paciencia y humillacion. ¿Cómo está Jesucristo en la eucaristía? Está en el mundo como si no estuviera, está en medio de los hombres, pero invisible; ve sus vanos discursos, sus esperanzas frívolas, sin tomar parte alguna; ve sus solicitudes y agitaciones, y los deja obrar. Se le tributan honores divinos, se le ultraja, y siempre es el mismo; parece tan insensible á los insultos como á los respetos. Ve que se renuevan los siglos, las familias y los imperios; que las costumbres se mudan, que el gusto de los hombres y de los tiempos varía, que los usos pasan y se renuevan, que el mundo inestable está en revoluciones continuas, que las heregias prevalecen, que su heredad se divide, que las guerras, sediciones y otros muchos movimientos con sacudidas violentas trastornan el universo entero, y él permanece tranquilo entre tantas ruinas; nada puede sacarle de la íntima inefable atención con que se unió á su Padre; nada turba el divino reposo con

que siempre vivo en su santuario, está intercediendo por los hombres.

Ve aquí el dechado de los que van á recibirle. Han de llevar á la sagrada mesa ojos, en cuanto sea dable, cerrados á todo lo que puede lastimar el alma, lengua contenida con una guarda de circunspeccion y de pudor, oídos castos que no escuchen los silvos de las serpientes, ni los dulces sonidos del deleyte, que corrompen el corazon; una alma tan insensible al desprecio como al elogio, independiente de los sucesos de la tierra, igual en la buena y mala fortuna, que vea con indiferencia todo lo que pasa, que solo esté atenta á su objeto, que es la eternidad; que no pierda de vista á su Dios, y que tenga su conversacion en el cielo.

No digo que se deba escluir del altar al que no haya llegado á este estado de muerte, pues este debe ser el afan de toda la vida, y la misma carne de Jesucristo nos debe ayudar en esta empresa; pero digo que, para acercarse dignamente, es menester aspirar á ella, luchar con sus sentidos, batallar contra sus flaquezas, ganando alguna cosa cada día; es menester espiar con el retiro, el silencio, la oracion, el llanto y las maceraciones, las continuas victorias que ganan sobre nosotros las impresiones del mundo, y levantarse con ventaja de sus caídas.

Quiero daros á entender que este sacramento mas ha de ser el fruto que la señal de la penitencia; que para poder sustentarse con la carne de Jesucristo es preciso vivir ya con su espíritu; que la plenitud del

Espíritu Santo ha de venir á morar en su alma para que el divino Verbo pueda vivir como de asiento en ella; que la lectura de los libros santos, y los rigores saludables de la penitencia deben preparar en el corazón la habitacion de Jesucristo, á fin de que sea el arca santa en que este maná se deposite en medio de las tablas de la ley y de la vara de Aaron.

Quiero haceros comprender que nada debe hacer temblar tanto al que ha vivido en los peligros del siglo, y que debe volver á ellos, como comulgar sin haberse probado y preparado con el arrepentimiento, las lágrimas, el retiro y la confesion; que Jesucristo puede ser ultrajado en su santuario como en las asambleas de los pecadores; en una palabra, que para presentarse con decencia en la mesa del esposo, es menester que la esposa vaya vestida de la ropa nupcial, de una fe respetuosa que la discierna, de una fe prudente con que se pruebe, de una fe viva que ame, y de una fe generosa con que se sacrifique. El que no va con estos arreos deshonra en cierto modo la dignidad del esposo en el sagrado convite de su amor.

El Centurion tenia una fe tan ilustrada como viva, era tan rico en buenas obras, que hacia erigir edificios públicos en honor de Dios, y con todo no se cree digno de recibirle en su casa. Maria la mas perfecta de las criaturas se asombra cuando un ángel la anuncia que el Verbo iba á bajar á su seno, se confunde, se turba y se humilla. ¿Y qué somos nosotros para sentarnos á su mesa con tan poca precaucion?

¿Cómo se atreve á presentar el que no puede ofrecer mas que las obras de un corazón que el mundo ha pervertido largo tiempo; que no sabe si ha podido arrancárselo por entero, ó si aun le queda algun afecto secreto y delincuente á las criaturas? ¿el que, aunque arrepentido, tiene á la vista obras consumadas de pecado que acaba de cometer, y que quizás no puede presentar mas que débiles esfuerzos de salud, deseos que pueden malograrse, intenciones que pueden pervertirse?...

Al oír estas palabras mi corazón, que despues de largo tiempo estaba comprimido, no pudo mas, y sin que yo pudiera detenerle prorumpió en un torrente de lágrimas. Los sollozos y los alaridos salieron atropellándose involuntariamente de mi pecho. Yo queria hablar, y no podia; el llanto me anegaba, y los suspiros me interceptaban las palabras. Yo sentia mi indignidad, corrido, avergonzado, y reconociéndome en el retrato, hubiera querido esconderme á los ojos de la tierra y á las luces del cielo. No podia articular, y echándome á sus pies, apenas pude decirle con labio balbuciente: *Si, yo soy indigno*. El padre me recogió en sus brazos, se eterneció de verme en aquel estado, sus ojos se llenaron tambien de lágrimas, y haciéndome sentar otra vez, se esforzó á darme consuelo con discursos de dulzura y de paz; y cuando me vió un poco sosegado me dijo:

No os aflijais, señor; nada de lo que he dicho debe contristaros. Es claro que el hombre no puede prepararse demasiado para este tan alto sacramento,

que la intencion de la Iglesia es que las pruebas y la penitencia le precedan, y por eso ha dispuesto que la comunion pascual no se diera sino despues de los cuarenta dias de Cuaresma, mostrándonos que los grandes pecadores necesitan de algun tiempo de prueba y mortificacion para llorar sus pecados, para purificarse con la oracion y los ayunos, y prepararse con esto á la participacion de los santos misterios. Nos quiere hacer ver que conviene ponerse algun intervalo de penitencia entre los desórdenes y la mesa del Señor; pues pasar del delito al altar seria, dice San Bernardo, consumir la iniquidad en vez de venir á lavarse con las aguas de la gracia.

Pero, señor, estas máximas, que son generales, tienen sus excepciones, y la prudencia debe moderarlas. Cuando la compuncion es viva, cuando las lágrimas de la contricion son abundantes, cuando se ven señales de una conversion sincera, eficaz y completa, la Iglesia misma aconseja que se abrevie el tiempo de las pruebas, y que se consuele el dolor del penitente con el uso de este pan celestial. La gracia suele obrar estos afectos, y hay penitentes tan arrepentidos y penetrados de dolor, que apenas dicen al padre de familias: Pequé contra el cielo y contra vos, cuando se les puede sentar á su mesa, y restablecerlos en todos los derechos que habian perdido.

Por otra parte una alma, aunque sinceramente convertida, aunque muy resuelta á servir á Dios abandonando sus pasiones, no puede estar segura de

resistir á los peligros, si se considera la inconstancia humana; y es menester sostenerla, y fijar su voluntad con la gracia de los santos misterios. Si quedara mucho tiempo sin este socorro, lejos de purificarse con la penitencia, podría debilitarse por su ligereza. Las leyes de la Iglesia están llenas de condescendencia, de caridad y de cordura; no tienen otro objeto que la salvacion de los pecadores, y todo lo que conduce á este fin es lo que se conforma mas con sus intenciones. Así conviene muchas veces dispensar de sus reglas para entrar mejor en sus ideas, y ser débil con los débiles para salvarlos á todos.

Vuestras lágrimas, señor, me persuaden de la grandeza de vuestra compuncion; y si, como creo, un deseo ardiente y sincero de recibir á Jesucristo es lo que os impele á venir á su altar, la vivacidad del amor será acreedora á la mayor prontitud. Vamos pues; preparaos, y yo soy el que os conducirá. ¡Teodoro! cuando el padre me habló así, cuando le oí que yo podia recibir al Señor, no sé que terror religioso se apoderó de mí. Yo me sentí erizar los cabellos, un frio general me corrió por todos los miembros, y el corazon me batia con violentos latidos.

Pero, habiendo reconocido por sus discursos cuan indigno era de tan excelso don, y que su prudencia no me le concedia, sino por atemperarse á mi flaqueza, le respondí, que, penetrado de mi indignidad, yo me sometia á todas las pruebas y á todo el tiempo que quisiera imponerme; que yo deseaba ser menos

indigno, y que él podía dictarme todas las leyes que quisiera. El padre me respondió que no era menester detenernos mas, que Dios por su misericordia daría á mi alma las mejores disposiciones; pero yo que volvía los ojos sobre mi vida pasada, el poco tiempo que había pasado despues de mi conversion, lo reciente de mis delitos, y la falta de mi penitencia, me llenaba de terror con la idea de llegar en este estado á recibir á mi Dios. Así volví á repetir que yo esperaría todo el tiempo que quisiera; y aunque el padre me volvió á replicar que no, yo no me atreví á consentir. Este debate duró algun tiempo, y hasta que el padre me dijo:

Vuestra resistencia es buena, pues procede de vuestra humildad; pero vuestra obstinacion no fuera cristiana. Vos no debeis juzgaros á vos mismo; vos me habeis escogido por vuestro juez, y soy yo quien debo juzgar. Tambien sabeis que estoy para con vos en lugar de Jesucristo, que os hablo en su nombre, y que me debeis obedecer. Tomemos pues un temperamento que deje algun ensanche á vuestra humildad, al deseo que teneis de prepararos bien, y que no dilate demasiado el fruto que podeis sacar del don divino. Hoy es lunes, destinemos el domingo día de la resurreccion del Señor, para perfeccionar la vuestra. Aun nos quedan seis dias; ocupémoslos todos en prepararnos lo mejor que podamos. Jamas será como debemos, pero fiémonos en la bondad divina. Ya es tarde, y es tiempo de que me retire; mañana continuaremos esta materia.

Yo respondí que estaba pronto á obedecerle en todo, y que le rogaba me ayudase con sus oraciones y consejos, porque yo me sentia tan indigno de este excelso favor, como incapaz de disponerme solo. Él me lo prometió, y se fué. Yo, Teodoro, quedé desasosegado, pareciéndome que el padre me había señalado un término muy corto, y acusándome de que el terror se apoderase de mí mas que la confianza. Mi noche no fue ni tan dulce ni tan serena como la anterior; pero en mi primera carta verás lo que me pasó en el siguiente día. A Dios, amigo.

## CARTA XXVII.

EL FILÓSOFO A TEODORO.

TEODORO mio: Esta noche la pasé muy desasosegada. A pesar de cuanto me dijo el padre para tranquilizarme, la inquietud que él mismo ocasionó en mi corazón no me dejaba reposar. Sentía en mi interior que nada podía destruir la convicción íntima de mi indignidad. ¡Qué! me decía á mi mismo, ¿un miserable que ha pasado su larga vida en lo mas profundo de la corrupcion irá tan presto, y sin ninguna penitencia á sentarse en la mesa preparada para los amigos de Dios? Estas ideas me afligieron toda la noche. La memoria de mis muchos delitos, sobre todo, la de algunos mas execrables, y que punzaban mas mi corazón, me llenaba de horror.

Pero la idea que en aquel momento se despertó con mas viveza, y me perseguía con tenacidad, fue la imagen de un hombre que acababa de morir á mis manos. Este espectáculo, que no se apartaba de mi memoria, no me dejaba sosegar un momento. Procuraba consolarme, pensando que aquel lance mas parecia una desgracia que un delito; que el extranjero fue víctima de su furor, y no de mi venganza; que habia sido tan injusto como violento, que me habia provocado, que mi primera intencion no fue matarle, sino defenderme; que me habia forzado á darle la muerte, por no perder la vida á manos de su brutal

fiebreza; pero, por mas que me representaba lo que podía servirme de disculpa, no se me ocultaba que yo habia sido la primera causa del estrago.

En todas partes veía á este infeliz postrado en tierra por mi feroz brazo; veía delante de mi el suelo que yo manché con su sangre; pensaba en su alma inmortal, que yo habria quizás precipitado en una suerte eternamente infeliz; pues no podía disimularme su mala vida, sus costumbres corrompidas; y que, cuando no me horrorizara este conocimiento, el modo solo de su muerte era un delito. Me indignaba contra mi mismo, considerando que era mi bárbara mano la que le habia cortado el tiempo de convertirse, todos los medios de penitencia y toda esperanza de perdon. Creía verle en medio de tormentos sin fin, de tormentos que yo merecía, y en que estaria tambien el infeliz Manuel.

La imagen de este se juntaba para afligirme mas, y completar mi horror; pero por lo menos me consolaba con el pensamiento de que, aunque cómplice y compañero de sus excesos, no fui el autor de su postrer desgracia. La del extranjero me llenaba de mas terror, era un cruel torcedor que me oprimía el pecho, una sierpe feroz que me roía las entrañas, un puñal agudo que me destrozaba el corazón. ¡Qué! gritaba sin poder contenerme, yo he muerto á un hombre! ¡yo puedo ser causa de que esté condenado á penas irrevocables, á dolores eternos! ¿y me atreveré con las manos bañadas todavía de su fresca sangre, con el pecho rasgado

por tantas furias, á recibir al Dios de la paz y del amor?

Estaba entre estas violentas agitaciones cuando llegó la hora, y con ella mi santo conductor: cubierto de lágrimas le espuse el estado lamentable de mi alma, y le pedi con ansia difiriese el tiempo de mi comunión, que me diese tiempo para hacer penitencia rigurosa, y lavar antes con mi propia sangre tantos delitos, y sobre todo la sangre de que me sentia cubierto. El padre escuchó con paciencia la larga espresion de mi pena, se enterneció conmigo, y vi correr lágrimas compasivas de sus modestos ojos; y despues de haber procurado sosegarne hizo que nos sentásemos, y me habló de esta manera:

Vuestro dolor es justo, señor; vos habeis empleado muy mal vuestra vida, vos habeis ofendido mucho á Dios; todo debe afligiros, y no es estraño que la muerte de un hombre os cause remordimientos tan voraces; quitar la vida á un hombre es uno de los mayores delitos. Dios, que es el que sólo puede darla á todos, es él solo tambien quien la puede quitar; y el hombre que se atreve á quitar la vida á otro insulta su soberanía, ultraja su magestad, y se hace reo de todas las consecuencias. Vuestros temores son bien fundados; Dios señala el tiempo á su justicia, y segun las luces de la fe todo debe temerse de tan fatales circunstancias.

A la verdad es mal estado para perder la vida haberla pasado en tanto desórden, sin haber tenido tiempo para apelar á la penitencia, y es un delito nuevo el haberla perdido, violando en el mismo lance

todas las leyes divinas y humanas; entonces á una vida horrorosa acompaña una muerte escandalosa: todo es horrible en suceso tan trágico, todo es temible; pero Dios es un tesoro de bondad tan escondido como inagotable, y tiene recursos de misericordia que no penetran los hombres; á nuestra fe y nuestro respeto no ha dejado otro arbitrio que el de humillarnos; arrepentirnos y someternos, adorar los arcanos de su sabiduría impenetrable, y, llenos de la idea de su infinita misericordia, esperar contra la misma esperanza.

Esto no quita que nuestro dolor no deba ser vivo; nuestras lágrimas continuas, y nuestra penitencia incesante; pero cuando el mal ha sucedido, cuando ya es imposible al hombre remediarlo, cuando no hay medio de que no sea lo que ha sido, ¿qué puede hacer el hombre miserable á quien Dios se dignó de abrir los ojos y demostrarle sus errores, sino llorarlos implorando su clemencia? El pecador se ve lleno de terror, cubierto de iniquidades, digno de todos los castigos; pero si su propio conocimiento le atemoriza, ¿cómo no le alentará la esperanza, cuando levanta los ojos, y ve en el Dios poderoso que ha ofendido un amoroso padre que le aguarda, y no espera mas que un suspiro sincero de su corazon, un verdadero arrepentimiento para perdonarlo todo? Cuando le ofrece en los méritos de su Redentor un tesoro superabundante, no solo para desquitar sus delitos, sino todos los del universo, ¿qué puede hacer, digo, sino echarse á los pies de esta misericordia que le espera,

abrazarse con la cruz, que es el canal por donde le comunica su perdón, y el instrumento que en falta de sus méritos le hace propios los de su Dios? en fin, ¿qué podrá hacer sino recurrir á los medios que la bondad divina le proporciona en los sacramentos de la Iglesia?

Vos lo habeis hecho, señor, vos me habeis contado con dolor, y como á ministro del Dios que habeis ofendido, ese y los demas de vuestros delitos; yo en su nombre os he perdonado ese y todos los demas, y espero que su inmensa piedad ha ratificado en el cielo mi absolucion; en esta parte hemos cumplido con uno de los medios que nos propone; nos queda otro, y es el de la eucaristia. Vos os teneis por indigno, teneis razon; y este sacramento no es para los dignos, porque no hay hombre que lo sea; no es para los que son indignos, y no piensan en dejarlo de ser, porque la profanan, y se hacen mas indignos; pero es para los que han sido indignos, y ya quieren dejarlo de ser.

Así es, señor, si este sacramento es para los justos, porque Dios se complace en venir al seno que adorna con su gracia, y en añadir fuerza al fuerte, tambien es para el débil, que, despues de haber perdido á su Dios, le viene á buscar arrepentido; tambien lo es para sostener al que todavía mal seguro entra ya en el camino del cielo; ea, señor, alentaos, reconoced con humildad que todavía no podeis juzgar de las cosas de Dios. Vos podeis y debeis pensar en su presencia que no sois digno de bien tan soberano; pero, ¿no

lo fuerais mas si con este motivo tuviérais el orgullo de querer gobernaros por vuestro propio juicio? ¿no sabeis que la obediencia vale mas que el sacrificio? ¿y quién es el que os dice que os prepareis para venir á la mesa divina? El hombre que Dios os ha destinado para que os reconcilie con él, el amigo á quien habeis confiado vuestros delitos mas secretos, y conoce ya toda vuestra iniquidad; el que os ha escuchado como ministro de Jesucristo, y que os lo dice en su nombre. ¿Qué podeis pues hacer sino obedecerle?

Sabed, señor, que Jesucristo no vino á la tierra por los justos, sino por los pecadores; sabed que él mismo los convida á estos (1): *Venid á mí, decia, todos los que estais cargados y fatigados, que yo os aliviare.* ¿A quienes llama, señor? No es á los que estan libres, y vuelan con las alas de la gracia; no es á los que andan con facilidad este camino, porque no tienen peso que los abrume; es á los que estan cargados de pecados, á los que estan fatigados con sus iniquidades; parece que á proporcion de que su carga es grande les da derecho para acercarse mas á él, cuando ya le buscan arrepentidos. Así, pues os considerais uno de los mayores pecadores, tambien debeis considerar que sois uno de los que llama.

¿Y porqué haréis á la gracia el agravio de creer que no haya podido lavar vuestras culpas, y que no sea capaz de sosteneros? Sin duda que para accion tan santa es menester probarse, como dice el apóstol;

(1) *Matth.*, xi, 28.

pero esta prueba no es tan difícil, y solo se pueden engañar los que quieren. ¿Qué se pide del pecador? que esté sinceramente convertido, que deteste sus errores pasados, que esté seriamente resuelto á no cometerlos otra vez, y á tomar todos los medios de conseguirlo; que esté bien confesado, y que venga con un deseo sincero y ardiente de unirse con Jesucristo que ha bajado del cielo para unirse con él.

Ved aquí todo lo que se pide. Yo no dudo que estos sentimientos reinan en vuestro corazón, esto basta. La santa eucaristía hará lo demás, y, lejos de que nuestra pasada indignidad, ó el temor de nuestra flaqueza nos alejen, debemos buscar en ella el remedio de estos mismos males. Con tal que nuestro corazón lo desee, ella sabe repararlo todo, ella perfecciona nuestras intenciones y nos da la fuerza de ejecutarlas. El mismo Jesucristo nos ha dicho, que el que se alimenta de su cuerpo vive por él (1): *Et qui manducat me, et ipse vivet propter me.*

Es pues la comunión misma la que os hará practicar todas las virtudes, la que os enseñará á separaros cada vez mas de las ilusiones del mundo, á despreciar todo lo que debe acabarse, á arrancar de vuestro corazón todo lo que no es digno del Dios que habita en él, y á poner en lugar de los vicios que destruyen las virtudes que vivifican. La frecuencia de la santa mesa os dará un gusto nuevo de la oración, del retiro y de todos los ejercicios de la vida cristiana.

(1) *Joann.*, vi, 58.

eristiana. Con el uso de este manjar divino adquirireis fuerzas para resistir á los peligros, huir de las ocasiones, y defenderos contra vuestra flaqueza propia; en fin el uso mismo de este pan celestial os pondrá en estado de acercaros al altar mas dignamente. Una comunión debe servir de preparacion para otra. Alejarse de ellas es el mayor peligro, porque con eso crece progresivamente la tibieza, se enfurecen las pasiones, Jesucristo se ausenta, y el hombre se endurece en el pecado.

No se puede pedir de un pecador que ha estado largo tiempo ciego, y á quien ha movido la piedad de Dios, que de repente tenga toda la perfeccion que exige tan alto misterio. Tampoco se ha de imaginar que la sagrada eucaristía deba desde luego establecerlos en un estado inmutable de justicia. Esto no se concede en la tierra; es el privilegio del cielo, donde Dios se manifiesta en toda su hermosura al alma bienaventurada, la penetra de los ardientes fuegos de su amor, y la reduce á la dichosa impotencia de ofenderle.

Nadie ignora que en la tierra la vida del hombre es una tentacion continua; que se han visto tristes ejemplos que tal vez, hasta los justos, han contristado la Iglesia con funestas caidas, y que el que está en pie debe estar siempre con cuidado para no caer. Así solo se le pide que su disposicion actual sea buena, y que implore con confianza el socorro del cielo para mejorarla mas cada dia; que despues de haber tomado el remedio no se le vean los mismos

males que antes; que si no está perfectamente curado, esté á lo menos como un convaleciente que se va sucesivamente fortificando; que manifieste que ya corre en sus venas la sangre del Salvador, que procura parecersele en algo, y que tiene ya sentimientos dignos de tanta elevacion.

*El que come mi carne y bebe mi sangre*, decia Jesucristo (1), *se queda en mí, y yo me quedo en él*. No dice, se une conmigo, sino *se queda en mí*. Tampoco dice, me uno con él, sino *me quedo en él*; esto es, establezco, formo en su corazon una mansión fija, sólida y durable, hago con él una alianza firme y constante. En efecto, señor, una santa y humilde comunión llena al alma de tantas gracias, Jesucristo se une con ella tan íntimamente, y de una manera tan inefable, que se siente inflamada con vivas fuerzas y mayor valor. Su fe se aumenta tan sensiblemente, que anda mucho tiempo, como el profeta, con la fuerza y el socorro de esta vianda santa, y es difícil que el que comulgó con sinceridad y buena fe pueda pasar rápidamente del mas poderoso remedio de la religion á flaquezas indignas de una alma cristiana.

Creed, señor, que un terror demasiado puede ser una tentacion; vos sois indigno, todos lo somos. No hay mortal digno de llegar al altar de Jesucristo, si él mismo no lo hace; pero él quiere que lleguemos, él nos convida; él ha abierto un hospital magnífico

(1) *Joann.*, vi, 57.

para curar á todos los enfermos, y el remedio es su propia sangre, remedio infalible cuando se recibe con fe y amor; seria faltarle no venir, solo un enemigo de sí mismo puede no aprovecharse de don tan grande; el mas llagado, el que está mas corrompido debe apresurarse mas; este sacramento es un tesoro para los pobres y una medicina para los enfermos. Sin duda que es el pan de los justos; pero no deja de ser tambien de los penitentes, y si es la vianda sólida del robusto, es tambien la leche de los que empiezan; está preparado para todos, y principalmente para los enfermos; porque los que estan sanos no necesitan de médico, sino los que no lo estan.

Todo consiste en nuestra preparacion, de esta depende el fruto que se nos aplica; porque la gracia de este sacramento será proporcionada á la fe y al amor del que le recibe: él en sí mismo es infinito é inagotable, porque contiene á Jesucristo entero, que es el principio verdadero de todas las gracias; y cada accion suya es infinita y capaz de borrar todos los pecados del mundo. El Espíritu Santo es el que aplica á los fieles estos méritos, y los aplica á cada uno á proporcion del ardor y eficacia con que los pide; es un océano sin fin, del que cada cual saca todo el agua que puede caber en su vasija. El agua no puede faltar, pero ninguno puede sacar mas de la que puede contener su vaso, y al que le lleva muy grande, por el ansia y ardor con que la solicita, se le dice lo que decia David (1): *Abre la boca y te la llenaré toda*.

(1) *Psalm.* LXXX, 11.

¿Y qué es menester para prepararse bien? una fe muy viva de la presencia de Jesucristo, que viene como Dios y hombre á morar en nuestro corazon; una devocion ardiente y afectuosa, acompañada de aquel respeto y reverencia que se debe á Dios. Es pues necesario desterrar entonces de nuestra alma toda imaginacion estrangera, todo pensamiento de negocios, para que con libertad y amor se aplique al grande objeto de que se ocupa; no basta haber sacudido todos los pecados por la confesion, es menester sacudir tambien toda otra idea que pueda distraer de la tierna devocion y amor á Jesucristo.

Cuando Moises subió al monte de Siná para hablar á Dios, subió solo, y se le mandó que no hubiera en todo el monte ni hombres ni animales, para que la soledad fuera perfecta, y no pudiera ver otra cosa. Así el que viene á recibir á su Dios ha de venir con un corazon tan solitario, tan recogido y tan absorto en lo que va á hacer, que en aquel momento no vea otra cosa que á su Dios; Moises tambien se quitó el calzado para pisar con respeto aquella tierra que honraba el Señor con su presencia, porque para ir á Dios es menester despojarse de los objetos terrestres y mortales que nos distraen y nos embarazan.

Tanta pureza parece difícil en un pobre pecador, y en efecto es imposible á la naturaleza corrompida; pero todo lo puede con la divina gracia. Es verdad que esta muerte espiritual, este tan general desapro-  
 pio no es dado á todos, y es privilegio particular de la esposa, esto es, de las almas dichosas que le han

obtenido con mucho afan y largos trabajos; pero, esperando conseguirlo algun dia, debemos desde luego hacer lo que podamos, y nuestro buen Dios se contentará con la parte que le demos; ello es cierto que si el hombre hace todo lo que cabe en su esfuerzo para venir al altar con una devocion sincera y actual, con la reverencia interior, y con la gratitud que debe á don tan alto, tiene mucha razon de esperar en la misericordia divina.

Despues, señor, hablaremos de los medios con que podemos esperar de Dios estas disposiciones; pero antes me parece necesario esforzaros á desterrar de vuestra alma esos terrores exagerados que recelo sean un artificio de nuestro comun enemigo; me parece que en estas circunstancias el mayor sacrificio que debe hacer vuestra humildad es renunciar á su propio juicio. Tened presente que San Pedro se resistia á que su Maestro le lavase los pies con el mismo pretesto de humildad, y que Jesus le amenazó diciéndole, que si no se dejaba lavar los pies no tendria con él parte alguna; haced como San Pedro, y decidle, que no solo os lave los pies, sino las manos y cabeza.

Ya este divino Salvador os roció con su sangre en el sagrado tribunal, ya os ha lavado; ahora os convida, ahora quiere venir á vos, y depositarse en vuestro seno. Trae consigo la misma sangre que acaba de lavar todo, y aquella carne que á todo da vida, abridle pues las puertas de vuestro corazon; la confianza en su bondad sea mayor que el temor de vues-

tra bajeza y la memoria de vuestros delitos. Yo espero que esta humilde obediencia, unida al conocimiento de vuestra indignidad, hará que lo seáis menos; y pues habíamos escogido el domingo, como el día en que debíamos cumplir esta grande acción, no habiendo nuevo motivo que nos detenga, no debe tampoco haber razón para apartarnos de resolución tan santa. No perdamos el poco tiempo que nos queda en contestaciones inútiles, y aprovechémosle todo en prepararnos á ejecutarla lo mejor que nos sea posible.

Yo no pude resistir á las razones y á la autoridad de mi santo director, y le respondí, que no replicaba mas, sino que me sometia á dejarme gobernar enteramente por su prudencia.

El padre me pareció satisfecho; pero apenas empezaba á renovar su discurso, y esplicarme los medios que debíamos practicar para prepararme, cuando oímos tocar á la puerta de mi estancia: esta novedad nos sorprendió mucho, y nos debía sorprender; era la primera vez que se nos interrumpia en nuestras frecuentes conferencias: parece que Dios me había retirado á aquella santa casa como para que habitase en la region de los muertos, y que ninguna idea del mundo pudiese turbar las de religion y penitencia de que enriquecia mi alma.

Ni el padre ni yo podíamos imaginar quien era el que podia venir á interrumpir nuestra acostumbrada soledad; pero, viendo que el golpe se repetia, se levantó, y abriendo la puerta vió que era el portero de la casa, quien le dijo que una persona de fuera ha-

bia preguntado por mí, y me queria hablar. El padre y yo quedamos confundidos, oyendo que un hombre extraño me buscaba, y al mismo tiempo se nos despertaron muchas ideas de terror: ¿Quién podia saber que yo estaba allí? ¿y qué podia querer de mí? No podia ser mas que un ministro de justicia que habria sabido que yo era el matador del extranjero. ¿Se habrá descubierto que yo estaba escondido en esta casa, y si vendrá á prenderme? El padre hallaba muy verosímil este discurso, y no sabíamos que partido tomar.

Miéntas duraba esta confusion yo me asomé á la sola ventana de mi cuarto, y vi un hombre que se paseaba en el patio. ¡Cuál fué mi sorpresa cuando reconocí que aquel hombre era Simon! Llamé apresurado al portero para que le viese, y le pregunté si era aquel hombre el que me buscaba; me respondió que sí: entonces volviéndome al padre le dije, que me parecia no habia nada que temer; que aquel hombre era un criado antiguo de mi casa, nacido en ella, y criado conmigo; que de todo tiempo habíamos sido amigos; que era un hombre fiel, y de todos los mortales aquel en quien yo podia tener mas confianza; que no era posible que él fuese capaz de prestarse á nada que fuese contra mí; antes bien presumia que su zelosa amistad, inquieta de mi ausencia, me habria buscado con ardor, y que no habria parado hasta desenterrarme en aquel retiro, y si no habia otro que él no habia riesgo alguno en que me viese; el padre preguntó al portero si estaba solo, ó habia venido acompañado de alguno, y habiendo sabido que no

habia otro, salió él mismo para conducirle y traerle á mi cuarto.

Desde que Simon entró y me vió, prorrumpió en un diluvio de lágrimas, se echó á mis pies, y abrazaba mis rodillas con las mas vivas demostraciones de amor; yo me eché á sus brazos para levantarle, pero me fué imposible, y fué menester mucho tiempo para que se pudiera sosegar. El padre deseaba que hablase para saber de él la causa de su venida, y si habia algo que temer, pero Simon sofocado por los sollozos no podia hablar; en fin despues de bastante tiempo se pudo conseguir que se levántase.

El padre le preguntó como habia podido saber que yo estaba allí. Simon le respondió que despues del dia de mi ausencia no habia hecho otra cosa que correr por todos los alrededores, informándose de mí en cuantas casas, conventos y lugares encontraba; que por desgracia no le habia caído en el pensamiento venir á este convento hasta aquella mañana; pero que habiendo venido, y preguntado al portero si yo estaba allí, este respondió que hacia dias que estaba aquí un hombre desconocido; que su corazon palpító con esta respuesta, y le habia pedido le veniese á avisar, porque era muy importante que le hablase; que el portero vino, y que al fin el destino le queria consolar de su mucha afliccion.

Todo esto fue dicho con tanto llanto, y de una manera tan interrumpida, que aunque el padre y yo teníamos un deseo muy vivo de saber circunstancias que nos interesaban mucho, conocimos que era in-

dispensable dejarle sosegar todavía para que nos lo pudiera contar todo con puntualidad. Cuando lo creímos en este estado, le pedí una relacion exacta de todo, y él dirigiéndose á mí me dijo así:

Ya os acordais, señor, de aquella mañana infeliz en que salisteis de casa sin decir nada; esta desaparicion nos sorprendió á todos; nos preguntábamos unos á otros donde estabais, sin que ninguno pudiera darnos razon; yo fui á preguntar al portero. Este me dijo que poco despues de haber rayado el dia le mandasteis abrir la puerta, y que salisteis solo; que él habia estrañado esta diligencia inopinada; pero que lo que le sorprendió mas fue veros salir de capa, y con una espada; que, movido de su curiosidad, habia llegado hasta el umbral para observar hácia donde ibais, y que os vió doblar la esquina de la calle por el lado que conduce al campo.

Al instante, sin detenerme en reflexiones, me puse á seguiros por el camino que me habia indicado el portero; corri con la mayor velocidad, llegué á la puerta de la ciudad, miré al rededor de mí sin saber adonde dirigirme; pero, habiéndome adelantado algunos pasos, no quedé poco sorprendido cuando ví un campesino que se esforzaba á hacer montar á caballo á otro hombre que pareció levantaba de la tierra; acerquéme como para ayudarlos, y, observándolo con atencion, me pareció que el caído se parecia á un estrangero que habia llegado poco antes, y que, por el fausto y opulencia con que vivia, era muy co-

nocido. Lo que me espantó fue verle herido, y bañado en su sangre.

Al instante comprendí que habríais tenido alguna disputa, y que estaba herido de vuestra mano; esta sospecha pasó á ser evidencia, porque preguntando al paisano que era aquello, me respondió « que viniendo á la ciudad muy temprano á causa de ciertos negocios que tenia, y cuando ya estaba cerca, habia encontrado un hombre de capa, que le dijo: » Amigo, apresúrate, porque á pocos pasos encontrarás un hombre que está herido, y necesita de socorro; camina presto, y procura socorrerle: quise preguntarle mas; pero él no se detuvo, y se fue con mucha celeridad. Yo vine, y he encontrado á este caballero, que me ha dicho que está herido sin saber de quien, y me ha pedido le lleve á su posada; ayudadme á montarle sobre mi caballo, y le llevaremos adonde nos diga ».

No pude dudar que el hombre que le habia hablado erais vos. Me consolé mucho oyendo que el herido decia que lo estaba sin saber de quien, porque esto me hizo ver que por su honradez no queria descubrir el agresor; pero consideré que si le llevaba á su posada era natural se publicase este suceso, y como el monarca que nos gobierna hace observar con tanta exactitud las rigurosas leyes contra los delitos temí alguna mala resulta contra vos.

Me acordé que en el lugar vecino vivia un labrador honrado que yo conocia, y que me estaba agradecido por haberle servido en objetos importantes; estaba

persuadido de que haria por mí lo que le pidiese, y que sabia guardarme el secreto. En pocas palabras expliqué todo esto al herido, y le propuse conducirle allí, no solo como medio de ocultar la aventura, y librarle de los riesgos que pudiera acarrearle su publicidad, sino como un lugar en que encontraria todos los socorros del arte y de la amistad para recobrar la salud.

El herido, que no me conocia, no pudo sospechar otro principio de mi zelo que el de un movimiento natural de humanidad; y temeroso de las pesquisas de la justicia que yo le exageraba, y en que me apoyó el campesino, se determinó á ponerse en mis manos, y dejarse conducir. Yo, como sabia que la casa á que íbamos estaba á la entrada, esperé tambien que podríamos llegar á ella sin que nadie del lugar nos viese, y por dicha nuestra fue así; al instante pues le montamos á caballo, y la suerte nos favoreció tanto, que sin ser vistos de nadie lo ejecutamos.

Díjele al dueño de la casa lo que me pareció conveniente, y este se ofreció á cuanto yo queria; hicimos venir al cirujano del lugar, á quien conté la historia segun me pareció mas propia para que nos sirviese sin que pudiese abusar. Examinó la herida, dijo que le parecia grande y profunda; pero que no podia hacer juicio cabal hasta que pasasen veinte y cuatro horas; le puso un vendage, y se encargó de la cura. Mi amigo y su buena muger me ofrecieron toda su asistencia y cuidados en alivio del enfermo, que halló allí todos los socorros que podia necesitar.

Viendo que ya no hacia yo falta, me propuse ir á

buscaros ; pedí al dueño de la casa me prestase un buen caballo que tenia , y con él me dispuse á seguiros por el camino que se me habia indicado. Corri todo el día preguntando á cuantos encontraba ; ninguno supo darme razon ; viénd que todas mis diligencias eran inútiles , y que la noche se acercaba , resolví volver á la ciudad con la esperanza de que hubieseis vuelto , ó de que á lo menos hallaria noticia vuestra ; pero , ¡ cuál fue mi desconsuelo cuando entrando en ella supe que ni vos habiais parecido , ni que nadie tenia la menor noticia !

Pasé la noche con mucha inquietud, resuelto á buscaros de nuevo al siguiente día , aunque no sabia adonde dirigir mis pasos ; mi primer visita fue á la casa donde estaba el herido. Quise asistir á su cura , y ver lo que me diria el cirujano ; llegó este , y habiendo quitado el vendage , me dijo que la herida era grande ; pero que por fortuna no habia lastimado ninguna parte principal , que por entonces no le parecia peligrosa ; pero que era menester todavía ver sus efectos para poder asegurarse ; esta esperanza me consoló mucho. Yo hubiera querido hablar con el enfermo , y ver si podía sacar alguna indicacion para buscaros con algun acierto ; pero el cirujano nos habia encomendado tanto el silencio , diciéndonos que nada podia perjudicarle tanto como el hablar , que no me atreví á preguntarle nada.

Lleno pues de confusion no sabia qué hacer. Me ocurrió que vos podiais haber ido á ocultaros en casa de algun amigo para adquirir desde ella , á

cubierto de todo peligro , noticias del herido , y gobernaros segun las ocurrencias ; pero no podia adivinar ni conjeturar cual seria. En esta duda general me pareció que debia recorrerlas todas ; y desde entonces me puse en camino para ellas , sin dejar ninguna de las que me vinieron á la memoria : mas de tres semanas pasé en esta ocupacion. Dedicaba todo el día á buscaros , y cuando mi solicitud no me llevaba muy lejos volvía de noche á vuestra casa con la esperanza de hallar en ella alguna noticia. Mis visitas al herido eran tan frecuentes como la variedad de mis escursiones lo permitia , y siempre tenia el consuelo de saber que iba mejor hasta que...

Yo estaba fuera de mí, Teodoro , y , no pudiéndome contener , le interrumpí diciéndole , ¿ no ha muerto ? No , señor , me dijo ; ya está enteramente bueno , y hoy dicen haber salido para volverse á su pais. ¿ Cómo te explicaré la sensacion que me produjo esta noticia ? Un hombre á quien se quita de repente un enorme peso que le estaba comprimiendo todo su cuerpo , y angustiándole la respiracion , no se siente mas súbitamente aliviado que yo con esta noticia.

Mil ideas me pasaron rápidamente por la imaginacion , todas de luz y de consuelo. Admiraba la misericordia que hacia Dios con aquel hombre , á quien le daba todavía tiempo de enmienda y conversion ; la que hacia conmigo , no permitiendo que mi delito fuese consumado , calmando la inquietud que me devoraba , y haciéndome entrever que podia ya sin tanto reato acercarme al trono de su bondad. La

multitud de estas ideas favorables inundó mi corazón de consuelos, me hizo levantar los ojos al amoroso Padre celestial que me los daba, y anegado en mi llanto me puse de rodillas á darle gracias. Mi buen director me acompañó en esta acción, y me dijo: Sí, yo reconozco á nuestro buen Dios, al Dios de las misericordias.

Simon, que me conocía de mucho tiempo, y que si me hallaba en aquel convento no había podido imaginar que estaba en él sino por esconderme del rigor de la justicia, quedó espantado de mi acción; me miraba con ojos atónitos y fijos, que me decían que apenas podían creer lo que veían. Yo me humillé, conociendo cuanto merecía esta estrañeza, y levantándome le dije: Sí, Simon; Dios me ha mirado con piedad, no solo me ha traído aquí para ocultarme á la justicia de los hombres, sino para librarme de sus venganzas eternas. Simon quedó confuso sin decirme nada, el padre le rogó que continuase su historia, y él siguió así:

Es inútil, señor, que os fatigue con la relación de mis prolijas solicitudes; baste decirnos que desde el momento de vuestra ausencia hasta hoy no he hecho otra cosa que buscaros, y que he ocupado todo este tiempo entre mis continuos viages, el cuidado del herido, y el de volver repetidas veces á vuestra casa, esperando siempre que habriais vuelto, ó que hallaría en ella noticias vuestras; que el herido hallándose al cabo de algunos días fuera de todo riesgo quiso volverse á su posada, y que yo le acompañé; que

jamas supo quien yo era, ni me conoció con otro título que de un hombre caritativo que le había encontrado por acaso, y que le había socorrido por humanidad; me estaba muy agradecido, y me lo manifestaba á cada paso.

Debo añadir que á pesar de la confianza que tenía en mí, y aunque yo le puse muchas veces en conversacion del lance, jamas me nombró la persona que le había herido, diciéndome siempre que no la conocía; lo que me daba idea de que era hombre de honor que no quería comprometeros, y lo que tambien me hace esperar que no lo habrá dicho á nadie. Esto y el buen estado de su salud os libran de todo riesgo y peligro, porque por una grande dicha este suceso ha quedado sepultado en un profundo secreto. Nadie lo ha sabido, y ya no encontraréis en la ciudad al estrangero; este me ha dicho hace cinco ó seis días que había recibido cartas de su país que le obligaban á volver á él, y le ví dando disposiciones para su viage, que había fijado para hoy; así no dudo que esta mañana habrá partido.

Me falta decir que vuestros hijos y todos vuestros criados estan buenos; pero que todos estan tristes con vuestra ausencia, y muy inquietos de la oscuridad en que viven con la ignorancia de vuestra suerte, y no dudo que se consolarán cuando os vean volver con salud. Yo os diré tambien que aunque os he buscado por tantas partes, nunca había venido por este país hasta hoy; que desesperado de no hallaros ni en las casas de vuestros amigos, ni en ninguno de los luga-

res donde me parecia verosimil, senti un impulso de coger una vereda poco practicada que me ha conducido á este desierto.

Habiendo visto este convento llegué á la puerta, y pregunté al portero, mas por decirle algo que por la esperanza de encontraros, si estaba en él un caballero que yo buscaba. Él me respondió con sencillez que ya hacia dias estaba allí un sugeto que no conocia; y yo sin detenerme le pedí que queria verle, diciéndome á mí mismo, que si era otro presto me desengañaría; pero mi suerte ha sido mas feliz, pues me ha conducido á vuestros pies.

Yo di gracias á Simon por su zelo, y por haberme buscado con tan solícito afán. Despues de algunos discursos de esta especie le dije: Yo no quiero todavía volver á mi casa, porque deseo pasar en esta algunos dias mas. Tampoco es mi intencion volver por ahora á la ciudad, deseo pasar algun tiempo antes en mi casa de campo con mis hijos y familia; pero, como ha largo tiempo que nadie habita esta casa, considero que no estará en estado para vivir en ella. Lo que te encargo es que de aquí vayas en derechura allá, que veas lo que sea menester para ponerla corriente, aunque con mucha simplicidad, y des disposiciones para que se conduzcan los muebles.

Cuando esto esté hecho harás pasar á ella mis hijos y criados, y luego que estén allí, vendrás, y me conducirás á mí tambien; pero te encargo que aunque puedas asegurar á todos que estoy bueno, y que presto me verán; no has de decir á ninguno donde

me

me has encontrado. Simon me prometió ejecutar prontamente lo que yo le mandaba, añadiéndome que esto no podia ser largo, porque en sus viages habia visto muchas veces la casa en que me proponia habitar, y estaba en buen estado, y solo faltaban algunos muebles que era fácil enviar brevemente.

Despues de haber arreglado este punto me informé de otras cosas, y principalmente de los muchos amigos que componian nuestra depravada sociedad. Me dijo que le parecia que con la muerte de Manuel, con mi ausencia y la del estrangero, se habia desconcertado la concurrencia de aquella compañía, que sus continuos viages no le habian permitido enterarse bien de esto; pero que habia oido que todos estaban tristes, y cada uno andaba por su lado. De tí, Teodoro, me dijo en particular que no te habia visto; pero que sabia que estabas de cuartel, y que con este motivo no salias del palacio.

Sea que la presencia del padre le impusiese respeto, ó que viese en mí semblante que yo era ya otro, me habló de todo con tanta circunspeccion y reserva, que no se le escapó una palabra que descubriese nuestras perversas costumbres, y pudiese ofender la modestia de mi director. Este temor me inquietaba mucho, y procuraba dárselo á entender con los ojos; pero sea que él lo entendiese, ó que su buen talento se lo hiciese presumir, me preservó de este disgusto. Cuando me pareció tiempo le dije que se volviera para practicar desde luego lo que le habia encargado. Simon me prometió de nuevo que

Tom. III.

14



no tardaría en volver, y avisarme que todo estaba hecho. El padre le condujo hasta la puerta, y viniendo despues me dijo así:

Admirad, señor, conmigo, y ayudadme á dar gracias al Dios de las misericordias por tantas como nos manifiesta. La historia de vuestra vida y las circunstancias que la acompañan en este momento son para mí una prueba visible de su bondad paterna y de su amorosa providencia. No ha muchos días que estabais sumergido en un océano de vicios, y cubierto de tan espesas tinieblas, que no os dejaban conocer ni vuestro Dios, ni la verdadera religion; corriais precipitado al abismo eterno sin advertirlo. Una noche sola ha mudado vuestra suerte; parece que Dios ha querido multiplicar en ella los prodigios para alumbraros y sacaros como por fuerza de estado tan funesto.

¡Qué noche, señor! Noche llena de horrores, llena de acasos espantosos; pero todos dirigidos por el amor de un padre para salvar á su hijo. Un hombre injusto y temerario os desafía, las falsas y erradas opiniones del mundo os persuaden á aceptarlo; la noticia de la muerte súbita del amigo compañero de vuestros desórdenes, y que iba á preparar otros nuevos, os sorprende, y añade el terror á la inquietud; el cielo os habla con una voz tempestuosa, los relámpagos os amedrentan, las nubes irritadas escogen vuestra casa para derramar en ella las llamas de sus fuegos; á pesar de tantas inquietudes un errado punto de honor os lleva al duelo, y teneis la desgracia

de derribar herido en tierra á un hombre que creíais haber muerto.

Todos estos accidentes trágicos no hubieran bastado para alumbrar todavía á vuestro ciego corazón; pero este Dios de misericordia, que no los había dirigido sino para volveros á su seno, os inspiró en vuestra fuga despavorida elegir un camino que dirigía á esta casa. En ella ha movido vuestro corazón, os ha alumbrado con las luces de la fe, os ha hecho conocer su religion y los errores de vuestra vida, os ha dado tiempo de confesaros, y os ha hecho el inestimable bien de perdonaros y restituiros á su gracia.

No contento este padre divino con haber salvado á su hijo perdido, y con verle restituido al paternal abrigo, quiere tambien, como el del hijo pródigo, celebrar una fiesta, y que se os ponga una rica vestidura; quiere llevaros á su altar, donde ya perdonado recibais su propio cuerpo y su divina sangre en señal de reconciliacion, y para enriqueceros con nuevos y mas altos dones. Vos con razon os sentis indigno de tan sublime bien, y entre los motivos que os lo persuaden, el que mas punzaba vuestro corazón era pensar que erais homicida de un hombre, haber sido causa de su eterna condenacion, y ver en vuestras manos todavía fresca la sangre que derramasteis. ¿Cómo, decíais vos mismo, inmundo todavía con la sangre de un hombre, me atreveré á sentarme en la mesa del Dios de la paz?

Pero este Dios de paz quiere darla á vuestro cora-

zon para que podais llegar á su mesa con mas confianza. Para esto dispone que un criado que os busca se descamine, que no le entre en el pensamiento venir á esta casa, sin embargo de estar tan cerca de la ciudad, todo el tiempo que destinasteis para hacer una buena confesion, y en que hubiera podido turbaros con su presencia. Os deja imaginar este delito, para que lloreis con los otros; y cuando, despues de haberlos lavado, os preparais á recibir el pan del cielo, cuando os espanta vuestra iniquidad, y cuando os horroriza la idea de estar cubierto de sangre humana, y haber quizás apresurado la eterna desgracia de aquel infeliz, dispone que este criado venga y os informe de que no ha muerto, sino que está vivo y sano; que por consiguiente Dios le ha dado tiempo para convertirse, y que vos mismo podeis contribuir por vuestros ruegos. ¡Cuántas maravillas debeis ver en estas disposiciones divinas! ¡cuántos prodigios de amor, de misericordia y providencia así para él como para vos mismo!

Ved aquí, señor, el modo con que nos trata este amoroso padre. Y miéntras no llega el término que ha señalado á su justicia no se ocupa sino en llamar al pecador, en convidarle, y en facilitarle todos los caminos. Yo no dudo que este haya sido un aviso tambien para el estrangero, y que su bondad paternal no se estienda hasta él; pero vos, señor, ¿cuántas gracias le debeis por este rasgo de misericordia tan visible? Parece que no solo os quiere llanar á su mesa con su generosidad universal, sino que para vos

añade las finezas de su amor, y que ha permitido que os venga esta noticia para que os consoleis, para que se calmen vuestras inquietudes, y que os presentéis con un corazon penetrado de mas viva gratitud, con la nueva de este tan grande como reciente beneficio. Y cuando nuestro Dios nos trata con tanto amor, ¿cómo podemos no arder en las llamas del nuestro?

Vuestra alma debe considerarse en este instante como una esposa infiel, que con la mas odiosa ingratitud ha hecho muchas y las mas infames traiciones al mejor y mas digno de los esposos. Cuantos motivos son imaginables habian concurrido tanto para obligarla á corresponderle con el cariño mas ardiente, como para hacer detestable y vil la mas ligera falta de su fe; ella habia nacido en la esfera mas baja, era hija de iniquidad, no tenia el menor mérito, y nada en que pudiera fundar la mas leve esperanza de ascender á tan alta fortuna, y con todo el esposo, que es el Rey del mundo, el Señor mas amable y hermoso de la tierra, por su pura bondad la escoge, la desposa solemnemente en el bautismo, la llena de riquezas, y la promete otras muchas mayores en lo venidero, pues serán infinitas y eternas.

No la pide otra cosa por recompensa de tantos bienes y de tantas esperanzas, sino que le ame y que le guarde fe; pero la infame esposa, insensible á tanto amor, ingrata á tantos beneficios, desdeña todo el bien que recibe, y desprecia todo el que se la ofrece. Desde que se ve en libertad se abandona á los errores de su ciega

pasion y á los falsos halagos de su corrompida voluntad; por gozar instantes rápidos de placeres falaces, desconoce al esposo, renuncia á su mano, á la dignidad de su título, á las esperanzas de su gloria; y adúltera se corrompe, se envilece y prostituye á los objetos mas indignos, cubriendo á su esposo de oprobrios con bajezas tan repetidas como tenaces.

El esposo pudiera castigar tanto delito, pudiera dejarla en su antigua miseria, y aun añadir nuevas penas á tanto desacato; pero es tierno, y la ama. A pesar de tantas iniquidades se afana, la quiere ganar para que vuelva en sí, y restituirla á su gracia; en lugar de darla los castigos que merece, la convida él mismo con su perdón; la llama, la excita y la ruega; la promete que olvidará todas sus injurias, que la tratará como si no las hubiera cometido, y que la volverá otra vez su lecho, su trono y su amor. No la pide para hacerla estas finezas, sino que se arrepienta, y le jure de nuevo guardar la fe mejor en lo sucesivo. La esposa cada vez mas ciega, mas obstinada, mas injusta le oye, mas no le atiende; desprecia su perdón, no quiere nada de lo que la ofrece; cuanto mas él la busca, mas ella se esquivo; y, en vez de aceptar tanta indulgencia, loca y desatentada, vuelve á ofenderle con nuevos y mayores insultos.

Pero ni aun esto basta para irritar á tan paciente como amante esposo; á pesar de estas nuevas indignidades, que debían hacerla despreciable á sus ojos, vuelve con constante y amorosa porfía á convalidarla de nuevo; y parece que la abominable esposa, abusando

de tan inesplicable bondad, multiplica sus agravios á proporcion de sus instancias. Este extraño combate suele durar largo tiempo, y no es posible decir que es lo que mas se debe admirar, si la insensata terquedad de la esposa, ó la increíble bondad del esposo. Tanta paciencia no cabe no solo en la virtud del hombre, pero ni en su imaginacion; el esposo la tiene, porque es eterno, porque ama mucho á su esposa, pues que la redimió con su sangre, y porque no se resuelve á castigar sino cuando está llena la medida, y se ve como forzada su justicia, pues él solo sabe cuanto es horrible el tormento que se la prepara.

Pero si en el intervalo de la lucha; si en medio de las tinieblas que ciegan á la esposa; si á pesar de los vicios de su corazón, ella se detiene un instante; si, escuchando la voz con que el esposo la reprende, se para á oírle; si se siente movida y se deja persuadir á la primera voz de su arrepentimiento, á la mas leve lágrima de sus ojos, al indicio mas ligero de que quiere volver, el esposo con nuevos impulsos la excita á que confiada se arroje entre sus brazos; la dice que, á pesar de sus excesos y de los oprobrios de que le ha cubierto, está pronto á perdonarla, á olvidarlos, y restituirla á su primer estado. ¡Qué amor! ¡qué dignacion! y para que recobre tanto no exige de ella sino que confiese arrepentida sus delitos y le prometa vivir bien en adelante. Si la esposa se echa á sus pies al instante la absuelve, la perdona, la restituye á su amistad, la vuelve á poner en su trono, en su dignidad; y no solo la vuelve á dar todos los

bienes que había perdido, sino que la ayuda á conservarlos con su gracia.

Pero aun hay mas, porque no contento con haberla enriquecido de nuevo con tan grandes dones, como si interesase en ello su gloria, quiere que todos sepan la feliz aventura; y para que sea mas solemne la reconciliacion que anhelaba, despues de haberla perdonado en el secreto de la confianza, quiere que parezca en público, y vaya á sentarse en el sagrado banquete que ha preparado á las fieles esposas que ha escogido, y en que sirven los ángeles del cielo. Quiere que estas almas felices que le aman, y que él ama, la reciban en su augusta y bienaventurada sociedad; que comuniquen, y que partan con ella el pan celestial con que las regala; que la nueva esposa coma la misma carne, beba la misma sangre del divino cordero, y que tambien reciba el alimento que da vida; allí la da el ósculo casto con su santa boca, la marca con el sello de la inmortalidad, la recibe en el número de sus esposas queridas, y la promete alimentarla siempre con este pan de amor, para sostenerla en los trabajos del camino hasta que la conduzca á las delicias inefables donde le vea en la celeste claridad.

Ved aquí, señor, vuestra historia; y podeis añadir que este Dios amante que os tiene ya tan cerca de su mesa, y que os veía llegar con temor, ha querido sosegaros con tan buena noticia. ¡ Bendita sea su misericordia! ¿ qué podemos pues hacer sino darle gracias y aprovecharnos de tan rico don? Pre-

parémonos pues con nuevas lágrimas de amor, renovemos nuestro dolor de haberle desconocido tanto tiempo, ocupemos todo el tiempo que queda hasta este memorable dia de inmortalidad en hacernos menos indignos de tan sumo bien.

Yo respondí al padre que estaba tan penetrado del conocimiento de mis iniquidades como de las misericordias infinitas que Dios usaba conmigo; que en efecto la noticia de Simon, sobre todo en aquella oportunidad, me pareció un rasgo visible de su divina providencia; que mi corazon lo había conocido y dádole gracias; que esta señal de su bondad alentaba mi confianza, aunque no me quitaba la idea de mi indignidad, pues de mi parte el delito fue consumado; que me hallaba mas tranquilo, y mejor dispuesto para recibir con humildad el santo sacramento; que yo lo estaba ya por obediencia, ya que ahora me dejaría gobernar con mas razon por su caridad y zelo.

El padre se fue, ofreciéndome volver al otro dia, y yo te contaré en seguida de esta carta lo que me pasó en él. A Dios, amigo.

## CARTA XXVIII.

EL FILÓSOFO A TEODORO.

JAMAS te podré explicar, Teodoro mio, la inefable dulzura que sintió mi consolado corazón con la noticia de Simon; yo había imaginado con tanta viveza la muerte de aquel extranjero, que su recobro me pareció una resurrección verdadera. Luego que quedé solo, y pude abandonarme á mis propias reflexiones, me hallé diferente de mi mismo; nadaba en un placer interior, en una satisfacción tan íntima, que no me cabía el gozo en el pecho. Entonces entendí por la primera vez que los placeres del alma son de un orden muy superior á los de los sentidos, y que los justos pueden hallar en su inocencia ó en la victoria de sus pasiones consuelos y sensaciones mas deliciosas y vivas que todas las que producen los halagos del mundo.

Teodoro mio, no hay bálsamo que consuele tanto la herida que cura, como esta noticia calmó mi corazón. ¡Dios! me decía yo, si un pecador miserable cubierto de iniquidades; si un infeliz que apenas empieza á llorar y pedir perdón, porque se ha dignado el Señor abrirle los ojos, siente tanto consuelo de que un delito ya consumado por su parte no haya tenido todas las fatales consecuencias que temía, ¿cuál será el del alma dichosa que conserva intacta su inocencia, y cuál el del hombre virtuoso que,

después de haber combatido contra sí mismo, sale victorioso de la tentación?

Esta señal tan manifiesta de la bondad divina, al tiempo que excitaba mi gratitud, alentaba de nuevo mi confianza. Repasaba con horror la dilatada historia de mis excesos; consideraba el colmo de iniquidad á que había llegado, el modo y las raras circunstancias con que Dios me había sacado, el como él mismo me había traído á esta casa, y dádome en ella un santo y zeloso director que me había convencido de mis errores, mostrándome la brillante antorcha de la religión; como me había enseñado la divina ley y conducidome á la Iglesia. Consideraba que ya tenía la dicha de estar en ella, de haber pedido á Dios y obtenido quizá el perdón de mis pecados; que ya estaba cerca el día de solemnizar esta reconciliación divina, y recibir en el mas indigno de los pechos al Dios de amor que se dignaba purificarle.

Todo esto junto me hacia estreñecer, me sacaba las lágrimas de los ojos, y me hacia prorumpir en gemidos; yo invocaba, yo clamaba á este Dios: ya le bendecía, y pedía con fervor á todas las criaturas del cielo y la tierra que entonasen conmigo himnos de alabanza, de adoración y gratitud con que glorificarle; ya le ofrecía un dolor vivo, un arrepentimiento eficaz, una obediencia sin límites, un culto reverente y una severa penitencia.

Cuando mi imaginación, calmada un poco, daba alguna tregua á la viveza de mis sensaciones, no se ocupaba mas que en proyectos de reforma de vida;

queria huir para siempre de este mundo impostor que así me habia seducido, de esos ignorantes incrédulos que me habian engañado, de esos hombres viciosos que me habian corrompido; me determinaba á pasar una vida inocente y cristiana en la soledad de mi lugar, y en la casa de campo que poseo cercana á la Iglesia en que descansan los huesos de mis abuelos y de mi esposa; conducir allí mis hijos y familia, educar á los primeros, y enseñar la religion y las virtudes á todos, rescatando con ejemplos de cristianidad mis innumerables escándalos y desenfrenos.

Estas ideas me ocuparon de tal suerte, que pasé en ellas la mayor parte de la noche: dormí poco; pero no era el insomnio inquieto y desabrido del que busca para calmar su fatiga la insensibilidad del sueño; era el desvelo sereno y reflexivo del que no quiere que la torpeza de sus sentidos le prive de las sensaciones de que goza. Allí volvian á renacer todas las ideas de consuelo y de paz que me hicieron tan feliz la noche que siguió al dia venturoso de mi reconciliacion, y allí volví á ver cuanto mas deliciosos eran estos nuevos é ignorados placeres.

Cuando llegó el padre, me preguntó si se habian sosegado mis inquietudes. Yo le conté como habia pasado la noche, y la disposicion en que me hallaba: Todo es obra, me dijo, de nuestro buen Dios; acerquémonos pues con confianza al trono de su misericordia. Dos dias grandes podeis contar en vuestra vida; el primero, cuando en el bautismo la Iglesia os recibió en su seno, y os comunicó los dones del

Espíritu Divino, con que Dios os adoptó por su hijo; y el otro será el domingo, cuando ya reparada esta pérdida, y reconciliado con vuestro padre, os haga comer del pan que ha dejado á la Iglesia para repartirlo entre sus hijos.

Hasta aqui esta santa madre no ha podido trataros sino como penitente, ha llorado con vos vuestros errores, os ha tenido á sus pies, ha intercedido por vos, y ha usado de su potestad para absolveros; pero el domingo os espera en su mesa, os pondréis á su lado, os sentaréis con ella, y ya os verá como un hijo que estrecha entre sus brazos, y le da el ósculo de la caridad fraternal. Hasta ahora no ha podido mas que implorar por vos; pero el domingo el himno del ruego se va á mudar en cántico de gracias. Vos entonaréis con ella las alabanzas del Dios que os perdona; ella será el testigo, el instrumento, el amigo que os conduzca al tálamo del esposo que os espera para enlazarse con vuestra alma.

Ya con la absolucion os habia recibido en el número de sus esposas; pero ahora quiere que se prepare una fiesta, un banquete solemne en que servirán los ángeles, y que adornarán con su presencia los bienaventurados, como testigos que ayudan á cantar la gloria del esposo, no como convidados, pues ya no necesitan de la sagrada vianda que allí se sirve, y que en la figura del cordero cubre todo el esplendor de la magestad divina. Despojados de la mortalidad, y elevados á mas alto grado, ya no hay velos para ellos, ya ven cara á cara al amante esposo, ya gozan

de toda su luz, ya nadan venturosamente en su amoroso seno, y se alimentan de su propia gloria.

Podrán asistir otras de sus esposas que, siempre solícitas y hambrientas de este pan celestial, le buscan con frecuencia. Habrá muchas que por la antigüedad de su amor, ó por la mas ferviente actividad de sus llamas, traigan consigo derechos mas augustos, y puedan ser mas bien vistas por el esposo; pero no caben en esta santa solemnidad ni zelos ni envidias. Las mas dignas serán las que mejor os reciban, las que os abracen con mayor afición, las que tributen mas gracias al esposo de su nueva conquista, y las que mas le rueguen que os eleve á mayor dignidad. Los escándalos de vuestra vida, lejos de entibiarlas, serán nuevo estímulo para amaros mas; porque las servirá de motivo para compadeceros, para admirar el poder de la gracia y las misericordias de su Señor.

Preparémonos pues para este grande día, para esta solemne fiesta, fiesta de inmortalidad en que empezareis á ser habitante del cielo, en que vais á presentaros á los ojos del inmenso bienhechor que se digna de recibir vuestra alma por esposa en presencia de su numerosa corte.

¿Qué esfuerzos, que diligencias no debe hacer una alma para adornarse de todo lo que la puede hacer hermosa para ganar el corazón de un esposo tan alto? ¿y cuánto mayores deben ser las del alma que ha tenido la desgracia de ofenderle largo tiempo?

¿Quién podrá presentarse á este celestial convite

sin ponerse las mejores galas, sus mas ricos adornos? ¿cómo irá una esposa sin la ropa nupcial? Poneos la vuestra, y si sois pobre, si no la teneis, pedidla al esposo. Él es magnífico, tiene tesoros inmensos, y es tan liberal, que siempre da mas que se le pide; pero, para pedírsela, es menester saber lo que se le pide, en que consiste esta vestidura de su boda, cuales son las joyas que él estima, y que pueden haceros mas agradable á sus ojos. No son otras que las disposiciones con que el corazón se presenta á la sagrada mesa, y de estas vamos á hablar.

La primera es entrar íntimamente persuadido de que toda buena disposicion viene del cielo. Hablando en rigor ninguna basta para recibir á Dios dignamente. ¿Qué mortal y débil criatura puede merecer la gracia de recibir á su Criador? Todos los esfuerzos de las mas altas inteligencias no fueran capaces de prepararla bien á accion tan elevada, si el Espíritu Divino no la inflamara con su fuego. ¿Quién se atreviera á acercarse, si el mismo Dios no lo ordenara?

Pero este Dios de bondad ha instituido este sacramento no solo para provecho de los hombres, sino tambien para ostentar su gloria, su amor y misericordia. Debemos pues prepararnos lo mejor que podamos, confesando que no le recibiremos como se debe, si él mismo no nos socorre. Debemos recurrir á su piedad con un corazón tan convencido de nuestra propia miseria, como confiado en su poderosa gracia; debemos pedirle con deseos ardientes que se digne

de purificar nuestro corazón, adornando la estancia en que quiere hospedarse.

El Soberano que debe alojarse en una humilde aldea, sabiendo que los pobres paysanos que la habitan no pueden disponerle una estancia digna de su magestad, envía su recámara que la prepare, y cuando el Rey de los reyes, el Señor de los señores, por una bondad tan excesiva como tan propia de su misericordia, quiere venir á habitar en el seno de un pobre pecador arrepentido que se presenta con su miseria y sus deseos, envía al Espíritu Santo para que derrame en su alma sus divinos dones, y la enriquezca para que sea de algun modo digna de huésped tan augusto.

Pero, para esto, es menester que haga de su parte el pecador todo lo que pueda; y lo primero y mas indispensable es que procure estar limpio de todas las manchas que ha podido contraer. Es menester por lo menos que se haya purificado de toda culpa mortal, y esto es lo que se llama la pureza de la conciencia; sin esto toda comunión seria profanación. Esta es la prueba que nos pide el apóstol, declarando que el que indignamente come el pan y bebe el cáliz del Señor se hace reo de la profanación de su cuerpo y sangre. Así todo pecado mortal que no ha sido confesado, de que no se está arrepentido, ó de que no se tenga voluntad de espiarle con la penitencia, es un obstáculo tan invencible, que la comunión se trasforma en sacrilegio.

A Dios gracias, señor, vos habeis hecho una confesion

confesion entera y completa, y si hago memoria de este requisito, es solo para que agradezcáis á Dios el haberos dado tiempo y gracia para ello. Si la pureza de la conciencia es necesaria para comulgar dignamente, tambien lo es la pureza de intencion; esto es, hacer este acto, que es el mayor de la religion, por el fin único que se debe. Cuanto sea mas puro el fin que el cristiano se proponga, tanto mas fruto sacará de este sacramento. Dios le ha instituido como monumento que ha dejado en su Iglesia, para que renovemos la memoria de su muerte y resurrección. Este debe ser pues nuestro objeto principal; pero, como al mismo tiempo le ha instituido para su gloria, y es tambien el canal por donde nos comunica muchas gracias, tambien podemos dirigir nuestra intencion para glorificarle, y para obtener los demas efectos de su misericordia.

El mas puro, el mas elevado fin que puede proponerse una alma, es comulgar por amor de su Dios para atraer con frecuencia á su corazón á este objeto único de todos sus afectos, para poseerle y consolarse con él, inflamándose de nuevo en las mas encendidas llamas de su amor, para darle gracias por el incomparable beneficio de la redención, para ofrecer al Eterno Padre este su amado y unigénito Hijo, que habiéndose ofrecido en el Calvario, como víctima, para espiar en la cruz todas las culpas de los hombres, viene ahora, como hostia saludable, á espiar particularmente las nuestras. Si en el cielo es el pontífice sagrado que ruega en general por todos los

hombres ; si es el mediador divino que intercede por los pecadores , en el altar es el pontífice y mediador particular del que le reciba con fe , con amor y dolor.

Como este divino Redentor viene en calidad de víctima para espiar con los méritos que adquirió en la cruz los pecados del que le recibe , este debe presentarse tambien como víctima por sus propios pecados , unirse de intencion con la víctima que tiene en su seno , ofrecerla y ofrecerse él mismo á Dios , pedirle que en atencion á la hostia divina que le presenta se sirva de perdonarlos , resignándose á la muerte y demas penas que la divina justicia le destine por la via de su providencia , prometiendo castigarse él mismo con una penitencia severa , y hacer buenas obras que puedan reparar su injusticia ; pedir al mismo Dios , por los méritos de su Hijo , gracia para cumplir estos buenos deseos , con el fin de que pueda presentarle méritos propios sobre que recaiga la aplicacion de los de Jesucristo , y finalmente el don de la perseverancia que le conduzca á morir en su gracia.

Estas deben ser las intenciones generales del cristiano que recibe la sagrada cena con corazon bien dispuesto , estas las consideraciones en que debe ocuparse su espíritu ; pero hay otros muchos motivos particulares que pueden agregarse , y que no harán mas que añadir pureza á su intencion. El que conoce y teme su flaqueza puede recurrir á este divino remedio para que la fortalezca ; el que se siente perseguido de una tentacion , para que le libre de

ella y de todos sus enemigos ; el que desea una gracia particular se dirige á un Hijo tan amado , á quien su Padre no rehusa nada ; el que arde en gratitud , porque Dios le ha sacado del abismo de su iniquidad , y traido á su religion y su iglesia , ó por cualquier otro beneficio , no puede espresarla mejor que presentándole esta hostia saludable , digno objeto de su amor.

El que quiera glorificar á Dios en sus santos ó en alguno de ellos , no lo hará mas dignamente que ofreciéndole en memoria suya este sacrificio de alabanza ; el que , movido del zelo de la caridad , desea la conversion de alguno , ó el consuelo de sus trabajos , ó el lógro de un deseo cristiano , ó en fin el alivio de las almas de sus amigos , parientes y demas que satisfacen á la justicia de Dios con las penas del purgatorio , ¿ qué puede hacer mejor que añadir en su comunión este motivo ? pues nada puede abogar con tanta eficacia por los afligidos , nada puede interceder tan poderosamente con el Padre en favor de los vivos y de los muertos como la sangre preciosa que su Hijo derramó por todos.

Estos motivos son puros , son dignos de este sacramento de amor , y el buen cristiano ha de proponérselos todos. Para conseguir tan excelentes frutos son necesarias estas disposiciones de que vamos hablando. Ninguna es mas eficaz que una entera confianza en Jesucristo , una persuasion íntima de que este divino Redentor es poderoso para obtenernos todas estas gracias , y que desea concederlas.

El evangelio está lleno de ejemplos que lo manifiestan. Una de las hermanas del difunto Lázaro dice á Jesus (1): « Si hubierais estado aquí mi hermano no » hubiera muerto ; pero sé que Dios os concederá » todo lo que le pidiéreis. » Jesus la responde : « Yo » soy la resurreccion y la vida. ¿ Lo creéis ? » Ella vuelve á responder : « Sí, Señor ; siempre he creído » que sois el Cristo, Hijo de Dios vivo. » Esta confesion dió principio al milagro de la resurreccion de Lázaro. Jesucristo quiso que esta piadosa Israelita tuviese una confianza heroica y una fe viva de que Jesus era poderoso para librar á su hermano de la muerte y de la corrupcion.

El enemigo de nuestras almas, que sabe cuan eficaz es esta fe y confianza en nuestro Salvador, se sirve de muchas ilusiones para debilitarla en nuestros corazones ; nos representa con viveza una vida entera cercada de delitos, nos dice en secreto lo que las hermanas de Lázaro decian á Jesus, aunque en sentido diferente ; esto es, que era menester haber empezado antes, que no se llega tan presto cuando se viene de tan lejos, y que llagas tan infectas y antiguas no se curan fácilmente. Con estas y otras ideas de esta especie trabaja por enflaquecer nuestra confianza, y pretende que despues de haber irritado la justicia de Dios con nuestros delitos ultrajemos de nuevo su misericordia con una criminal desconfianza.

Sin duda que una alma que ha estado largo tiempo

(1) *Joann.* xi, 3.

muerta siente mas dificultad en su renovacion interior, y en elevarse desde lo mas profundo de la tierra hasta esta vida celestial, y es conveniente que el pecador mismo conozca cuan terrible es haber vivido tan sin temor de Dios ; pero cuando, sinceramente arrepentido, ha lavado sus llagas en las aguas de la penitencia, su multitud y enormidad no deben turbar su confianza ; sus muchas y grandes miserias deben sí aumentar su compuncion, pero no producir su desaliento.

El primer instinto de su corazon debe ser adorar á Jesucristo como á su resurreccion y vida, y tener una persuasion íntima de que sus miserias son menores que la misericordia y los méritos de su Redentor, una confianza segura de que la sangre del cordero es mas poderosa para purificarle que lo fueron los pecados para corromperle. Por lo mismo que no halla en su indignidad nada que le escuse ; por lo mismo que no puede aguardar de su flaqueza ningun recurso para mejorarse, debe esperar mas de la bondad de aquel que sabe edificar la obra de la gracia sobre la nada de nuestra miseria. Cuanto mas conoce su bajeza propia, tanto mas glorifica el poder y misericordia de su Dios, y reconoce que un bien tan alto baja del cielo, y que nunca se le puede atribuir á sí mismo.

En efecto, señor, jamas Dios ha negado nada á quien le pide bien, y cuando le pide por el Hijo que ama. Esta oferta es general y sin reserva alguna. *Pedid, y recibiréis.* Jesucristo dijo á sus discipulos,

y en ellos á nosotros : Todo lo que pidiéreis en mi nombre os será concedido. Él ha convidado á todos los que estan cargados de pecados á recurrir á su bondad, y ha prometido aliviarlos. Vos teneis el horror de vuestros delitos pasados ; pero pues ha movido vuestro corazon , pues os ha traído á su Iglesia , y os ha conducido desde la absolucion á su altar , debéis pensar que quiere coronar en vos la obra de su misericordia y ese mismo terror religioso que os amedrenta es otro indicio de que os llama.

¿ Quien sabe si Jesucristo ha permitido que llegaseis á estado tan deplorable para que el prodigio de vuestra conversion sea un ejemplo y un estímulo para la de vuestros amigos ? ¿ quién sabe si la Providencia ha dispuesto que vuestros excesos sean tan públicos para que otros muchos pecadores que los saben no desesperen de su remedio , y se animen con el espectáculo de vuestra penitencia ? ¿ quién sabe si vuestros delitos y escándalos servirán aun tal vez á los designios de la misericordia divina en favor de otros muchos ? ¿ y si la enfermedad de vuestra alma , que parecia ya desesperada , lejos de terminar en vuestra muerte , será ocasion de manifestar la gloria del Señor , pudiéndose decir de vos lo que Jesucristo dijo de Lázaro : Esta enfermedad no es para muerte , sino para la gloria de Dios ?

Cuando la gracia convierte á un pecador oculto todo el fruto de su conversion es para él solo ; pero cuando escoge á un pecador público y escandaloso , sobre todo si por su distincion y clase ha producido

ejemplos contagiosos , y es un Lázaro , que , muerto despues de largo tiempo , está ya corrompido , los designios de Dios son mas estendidos , y su bondad con la mudanza de un corazon prepara la de otros muchos ; con un escogido suele formar millares , y los delitos de un pecador pueden ser en los altos juicios de Dios la semilla de mil justos. Vos os sentís desalentado reconociendo la gravedad de vuestras culpas , y quizá esta misma gravedad es la que debe animar vuestra confianza , porque ella misma os hace ver cuanto debeis á la eleccion divina , que os ha escogido para monumento público , que acredite la estension de sus misericordias , aun con los mas desordenados delincuentes.

Creed solamente , decia Jesus á las hermanas de Lázaro , y veréis la gloria de Dios. Y yo os digo tambien : Creed á este Dios de amor con fe y reverencia , y quizá veréis que vuestros parientes , vuestros amigos y los cómplices de vuestras iniquidades se hacen los compañeros de vuestra penitencia ; quizá veréis que las almas mas estragadas suspiran con vuestro ejemplo por otra mejor vida , y que las gentes que vivian con mayor abandono dan gloria á Dios , acordándose de vuestros errores , y admirando en vos el poder de la gracia.

Reflexionad pues , señor , que vuestras mismas miserias pueden ser motivos nuevos de valor y confianza. Bendecid la sabiduría inescrutable del Eterno , que sabe sacar hasta de nuestras iniquidades y pasiones nuevos realces á su gloria ; todo coopera al bien de

sus escogidos, y si tal vez permite grandes miserias es para manifestar grandes misericordias. Dios quiere siempre la salvacion de sus criaturas, nada desea mas que perdonarlas, recibirlas en su seno, y llenarlas de bienes; y cuando imploramos su misericordia no es su justicia lo que debemos temer, pues nos espera con bondad; no es tampoco nuestra pasada indignidad, pues nuestro dolor la espia; solo debemos recelar de nosotros mismos, esto es de que nuestra voluntad no sea sincera, que nuestra determinacion de mudar de vida no sea del todo eficaz, que nuestra flaqueza nos impida tomar todas las medidas, todas las precauciones necesarias por mas ásperas, por mas severas que sean, para alejarnos de las ocasiones peligrosas, y ofenderle de nuevo.

Con razon desconfiaria de la obra de la gracia, y de recibir como debe á su Dios, el que no se determina á alejarse de todos los lugares, situaciones y escollos en que tantas veces naufragó su inocencia; el que no está resuelto á quitar todos los muros, es- torbos y embarazos que le separaron de su amor. Las pasiones no se debilitan sino por la ausencia de los objetos que las inflaman; ¿cómo podrá mudarse un corazon que vive entre peligros que á todas horas le rodean? ¿cómo puede ser casto el que continua viviendo enmedio de las amistades, familiaridades y placeres que le han corrompido tantas veces? ¿cómo hará reflexiones serias sobre la eternidad, ni pondrá un intervalo entre la vida y la muerte, el que no le quiere poner entre la muerte y los objetos que le alejan de su enmienda? ¿cómo es posible que pueda adquirir

el gusto de una vida cristiana y penitente el que no se separa de las agitaciones, pasatiempos y futilidades mundanas?

Es locura imaginar que un corazon pueda hacerse á nuevas inclinaciones y costumbres enmedio de todo lo que fomenta y fortifica las antiguas, que la lámpara de la fe y de la gracia se encienda entre las tempestades y los uracanes. Esta lámpara tan delicada, que aun en el secreto reposo del santuario se apaga muchas veces por falta de alimento, esta lámpara á quien ni la tranquilidad del retiro puede asegurar su permanencia, ¿cómo podrá lisonjearse de mantenerla siempre encendida en el borrascoso mar de los peligros?

Pero vos, señor, estais determinado á alejaros de todas las ocasiones de riesgo, estais resuelto á tomar todas las precauciones de prudencia para fortificaros contra vuestra misma flaqueza, quereis salvaros á todo precio, y por mas que os cueste; vos adquiris pues el derecho de pedir á Dios que perfeccione su obra; desde que os separais de todos los objetos que fomentaban vuestras pasiones injustas le podeis decir: Ya eres tú, mi Dios, el que puede acabar la obra de tu piedad; yo, segun me parece, he hecho de mi parte lo que podia. Ya te he sacrificado todos mis afectos viciosos, y los objetos que los podian resucitar; ya me he alejado de todos los escollos en que mi débil corazon pudiera experimentar nuevo naufragio, ya he mudado cuanto en mi vida y mi conducta dependia de mí.

Tú solo eres el que puede mudar mi débil corazon,

y fortificarle con tu gracia; tú solo puedes romper los lazos invisibles, superar los obstáculos interiores, y triunfar de toda mi envejecida corrupción. Ya está quitada la losa fatal que me impedía escuchar tu voz; ahora te toca ordenarme, como á Lázaro, salir de esta tumba funesta, de este abismo de miserias y de horror. Ordénamelo, Señor, con esa voz activa y poderosa que resucita á los muertos, y los llena de vida; ya vuestro ministro me ha desatado las cadenas con que estaba mi alma aprisionada; pero vos solo podeis hacer que yo conserve esta libertad que me ha dado; vos solo podeis hacer que este convaleciente se restituya á una salud entera, y que la nueva vida que comienza sea el principio de la vida eterna.

Ved aquí, señor, como la confianza en la bondad divina, cuando está apoyada en serias y prácticas resoluciones, puede alentar el mayor pecador, para que se presente á la divina mesa; y si lleva consigo todas las demas circunstancias que exige un don tan inefable, puede esperar los frutos soberanos que produce este pan celestial en las almas bien dispuestas. Pero, ¿quién, por poco que considere la grandeza de esta accion, no se llenará de estupor y asombro religioso? ¿quién es el que viene? El Dios inmenso, infinito, omnipotente, criador del cielo y de la tierra; el Ser de los seres, que existe necesariamente por la naturaleza de su propio ser, que existe solo por sí mismo, y ha dado el ser á cuanto existe, á cuanto los ojos ven, á cuanto el entendimiento sabe; el ser inmutable y permanente, á cuyos pies se suceden y

se renuevan todas sus criaturas que se reproducen; el Dios inalterable y eterno que ve pasar las generaciones que se desaparecen, los imperios que se destruyen, y los monumentos que se desmoronan; el Dios amable, principio y modelo de todas las hermosuras, fuente primordial de todas las gracias, causa original de todos los castos amores; el Dios amante, que nos ha dado la existencia, y con ella todos los bienes que nos comunica y todas las esperanzas eternas que nos promete; que nos ama tanto, que nos ha dado tambien á su Hijo amado para rescatarnos de nuestra esclavitud, para sostenernos contra nuestra flaqueza, y ayudarnos á conseguir los bienes últimos y perdurables; el Verbo divino, la sabiduría increada, que, engendrado antes de que hubiese siglos en el seno de su eterno Padre, vino en el tiempo al de una vírgen pura, y uniéndose con la carne y sangre que de ella preparó el Espíritu Santo, y con la perfectísima alma que fué criada para él solo, sin dejar de ser Dios se hizo hombre, nació, murió, resucitó y subió á los cielos, en donde rey de la gloria, y revestido de toda potestad, está á la diestra de su Padre, y es allí la dicha de los ángeles y el placer inmortal de los bienaventurados, ahora viene á esconderse y visitar el corazón humilde que le llama é implora.

El Dios amante, que, no contento con haber vivido y conversado con los hombres; no contento con haberles traído la luz del evangelio, y haberles enseñado el camino de la gloria en donde los espera, ha querido dejarles este monumento de su amor, esta

memoria de su sacrificio, este socorro con que los consuela en su destierro. El Dios en fin que parece está impaciente porque está separado de sus escogidos, á quien su ingenioso amor sugirió la invencion divina de esconderse en el sacramento eucarístico para comunicar con ellos secretamente miéntras llega el día de la claridad, en que, cumplidos sus inmutables decretos, se los mostrará en toda la estension de su gloria, inundando sus corazones en eternos torrentes de delicias.

¿ Y á quién viene este Dios tan magnífico como inmenso? A sus débiles y deleznable criaturas, á hombres que sacó de la nada, y que formó de barro; á hechuras suyas, que no tienen de sí mismas sino corrupcion y bajeza, que si tienen algo, todo lo deben á su gracia ó á su misericordia. Y si la criatura mas perfecta, la que le ha servido con mas fidelidad y mas constancia es indigna de bien tan soberano, ¿ qué será el misero mortal que ha tenido la desgracia de ofenderle, que le ha desconocido, que ha adorado dioses estraños, y que ha preferido viles criaturas á su Dios verdadero? ¿ Y por qué? Por entregarse á placeres frívolos y groseros, quebrantando sus leyes, despreciando su sangre, y renunciando á su amistad.

¿ A qué viene? A perdonarle, á restituirle los bienes que ha perdido, á sacarle de las sombras y de la region de los muertos en que se habia sepultado, á darle nueva vida, nuevas esperanzas, y ponerle otra vez en el camino que conduce á la mansion celestial.

¿ Cómo viene? Un día vendrá con toda la pompa de su magestad; una nube brillante será el carro que le conduzca, los ángeles ministros de su voluntad le acompañarán para ser ejecutores de su invariable justicia, el cielo temblará, la tierra se estremecerá, los muertos llenos de terror saldrán despavoridos de sus sepulcros al son de la espantosa trompeta, y vendrán á escuchar la inexorable sentencia que pronunciará este supremo juez.

Pero ahora no viene de este modo; viene como padre, como amigo; viene en el trono de su misericordia á confortar á los que le aman, á consolar á los afligidos, y á sostener á los débiles; viene con las alas del divino amor á satisfacer su inmensa é inagotable beneficencia, á cumplir su palabra de permanecer con los que comen su carne, de aliviar á los que se sienten fatigados y le piden socorro, de introducirse en su corazon y comunicarles los dones de su espíritu, de hacerse uno con ellos, y ofrecerse con ellos de nuevo á su eterno Padre para que confirme esta union y la haga eterna.

¿ Quién podrá considerar tanta magestad y tanta dignacion sin sentirse penetrado de amor y respeto? El hombre débil está á vista de su Dios que descende hasta él; un velo sagrado le cubre, pero la fe le dice que aquello que parece pan es Jesucristo, el mismo que ha criado el mundo, que le conserva y le gobierna; aquel en cuya presencia las columnas del cielo se estremecen, aquel á quien toda la naturaleza se postra, aquel en fin en cuya comparacion todo el

universo es menos que la nada. ¡Qué respeto le deben inspirar estas ideas! pero, ¿qué amor, qué consuelo debe sentir cuando piensa que esta grandeza infinita se digna de venir para desposarse con su alma, y unirse con ella con la union mas íntima y estrecha?

¿Cómo no se humillará ante magestad tan alta? ¿cómo, arrepentido de sus errores, no volará á los brazos de tan buen Padre? ¿cómo, con las lágrimas en los ojos y el dolor en el pecho, no le dirá, como el Hijo pródigo: Padre, pequé contra el cielo y contra vos? Si el Publicano no se atrevia á acercarse al altar, ni á levantar los ojos al cielo, sino que, avergonzado, desde un rincon se contentaba con herirse el pecho; vos, con la misma compuncion, pero con mayor confianza, id al altar, decid tambien: Mirad con piedad á este pobre pecador. Así con el profundo respeto que debeis á magestad tan alta uniréis el tierno amor y la confianza que merece por su bondad inefable.

Sí, señor: confianza y amor; porque este Dios de magestad y justicia que mira al pecado con odio implacable, con cólera inflexible, mira al pecador ya arrepentido con lástima, y le espera misericordioso. Siendo tan puro y santo no puede dejar de aborrecer la iniquidad; pero siendo nuestro criador y nuestro padre nos ama á pesar de nuestra ingratitude, nos llama, nos excita, nos espera; y mientras no llega el plazo que ha señalado á su castigo, mientras duran los días de propiciacion y de esperanza,

que son todos los que nos concede de vida, nos aguarda siempre con los brazos abiertos para recibirnos en su seno.

Bien nos ha mostrado este amor, esta compasion, este vivo interes con que mira á los pecadores. Y sino considerad, ¿porqué bajó del cielo á la tierra? ¿porqué se revistió de nuestra desdichada carne? ¿porqué emprendió tan penosos trabajos? Sin duda para convertirlos y ganarlos; y para conseguirlo se dignó comer con ellos, y llegó á decir que su alimento y sus delicias eran ganarlos para el cielo. Si ayunó, si veló, si repitió tantos y tan laboriosos viages; si sufrió tantas fatigas y persecuciones, fue ciertamente por salvarlos. Si empleaba los días en el ministerio de su predicacion, y la noche en pedir á su Padre que los socorriera, era solo por el amor que les tenia. Las entrañas de su misericordia estaban siempre abiertas para recibirlos; y observad en la historia de su santa vida, que jamas rechazó á ninguno de cuantos imploraron su piedad.

Este desseo de salvarlos y de remediar todas sus miserias era tan vivo en su piadoso corazon, que, para rescatarlos y libertarlos de los males eternos, ha consentido en que le crucificasen entre los malhechores, y ha querido derramar hasta la última gota de su sangre. ¿Quién pudiera discurrir mayor fineza? ¿quién no dirá que esta es la última prueba de amor? Y con todo nuestro Salvador tan ingenioso como amante ha querido estender el suyo mas allá de su vida.

Para no separarse de los hombres, para dejarles despues de su muerte un remedio seguro, instituyó este divino sacramento en que se reproduce de continuo con toda su virtud y eficacia. El hombre une su carne con la suya, y goza de todos los bienes que produce su presencia; y el mismo amor que le obligó á morir por los pecadores le ha inspirado la institucion de esta sagrada eucaristia. Si por amor vino á la tierra, y se entregó á la bárbara iniquidad de sus enemigos, por amor se comunica á los hombres, y muchas veces á pecadores tan culpados como los que le quitaron la vida.

Pero, ¿cuántos tesoros, cuantas gracias encierra esta institucion tan digna de su poder y de su sabiduría como de su beneficencia? Si es un testigo íntimo de la funesta muerte que se acarrean los que le profanan, recibéndole sin fe ni caridad, es vida y salud para los que le reciben con humildad y confianza. No pide otra cosa para producir estos efectos admirables, sino la viveza del deseo y la rectitud de la intencion.

Con esta viva disposicion que traiga el hombre es este divino pan un bálsamo de vida que le renueva. Por grande que sea su flaqueza, por mas inveterados que sean sus males, por mas complicadas que sean sus enfermedades, todo lo cura, todo lo restablece; es todo para todos. Es el remedio de los justos y de los pecadores, vianda sólida que da robustez á los santos, medicina útil que sana á los enfermos, vida de los vivos y resurreccion de los muertos; pues,  
como

como dice San Agustin, no solo sostiene á los que viven, sino que vuelve á dar la vida á los muertos. Y ved aquí porque desde que el hombre no se conoce agravado de culpas mortales, desde que las ha procurado lavar con las aguas de la penitencia, puede y debe participar de este inefable misterio.

Es un grande error y muy perjudicial alejarse, y tal vez alejar á otros de este divino sacramento con el pretexto de la propia indignidad, cuando esta no tiene otro fundamento que las humanas fragilidades y flaquezas. Esto es no conocer la naturaleza y calidad de este pan celestial. Sin duda que el hombre no puede disponerse bastantemente; y, por mas que se disponga, nunca será digno de recibir tan alto don; pero tampoco debe olvidar que Dios no solo le ha instituido para servir de alimento á los santos, sino de medicina á los enfermos; no solo para consolar y fortificar á los justos, sino para alentar y reparar la salud de los penitentes. Los mas débiles le necesitan mas, y deben privarse menos que los fuertes. Las almas santas y vigorosas pudieran perseverar sin este auxilio mas largo tiempo que las que por su flaqueza corren mas peligro y no pueden por si sostenerse.

El mismo Salvador hablaba de estas personas cuando, figurando este misterio, decia: Si las deo mas tiempo sin comer se desmayarán, porque algunos han venido de muy lejos; dándonos á entender que así como aquellos que hicieron mas largo viage para oírle estaban mas espuestos á desmayarse que los

que le hicieron menos, así en esta vida los mas flacos, que tienen mas que andar para llegar á la perfeccion, estan espuestos á mayores peligros. Y pues este pan celestial nos ha sido dado por el cielo para sostener nuestra flaqueza, no es temeridad, sino santa y prudente precaucion recurrir á la bondad de un remedio que se nos concede con tanta liberalidad.

El venerable padre Granada dice que una de las mayores faltas que cometen los hombres, y de que se les tomará cuenta rigurosa en el ultimo dia, será la que hacen contra la sangre de Jesucristo, no queriendo aprovecharse de los admirables remedios que por ella tienen los fieles, y sobre todo en la eucaristía; y hace sobre esto una comparacion que me parece excelente. Si un rey, dice, hubiera fabricado á mucha costa un hospital magnifico para recibir en él toda clase de enfermos; si le hubiera proveido de cuanto es necesario para aliviar todos sus males, y si despues de haber acabado esta obra tan útil como suntuosa, empleando crecidos gastos y muchos afanes, no se presentara ninguno para ser curado, este rey estaria enojado y descontento de haber trabajado tanto por gentes tan indignas de atencion, que ni siquiera tienen cuidado de su propia salud.

No es pues dudoso que el rey del cielo concebirá la misma indignacion, si ve que despues de habernos proporcionado un remedio que le cuesta tan caro, como es su propia sangre, nosotros no le apreciamos bastante para querer aprovecharnos; antes, por

el contrario, hacemos cuanto está de nuestra parte para que sus designios sean inútiles y sus trabajos infructuosos. Este desprecio, esta negligencia es un pecado horrible y semejante al que nuestro Señor esplica en la parábola del festin, quando los convidados se escusaron de venir á su convite (1); es muy de temer que se estienda á ellos aquella espantosa sentencia: En verdad os digo que ninguno de estos hombres que he convidado tendrá jamas parte en este festin.

En efecto, señor, ¿quién puede tener razon legitima para escusarse y no aprovecharse de don tan solemne? El que ha sido muy grande pecador debe saber que desde que se determina á entrar en los caminos de Dios, y se arrepiente con sinceridad de su vida pasada, ya deja de serlo; pues, como dice muy bien San Gerónimo, los delitos pasados, desde que nos afligen y dejamos de amarlos, ya no nos condenan con propiedad; la causa de nuestra perdicion no es haber cometido pecados, sino no arrepentirnos, no llorarlos, no espiarlos. No hay culpa irreparable, no hay delito irremisible; el que se vea mas caido en tierra, el que esté mas abrumado de delitos no necesita de otra cosa que de arrepentirse, y solo con que se aflija y tienda la mano puede estar seguro de que Jesucristo le levantará.

Sin duda que no es digno de acercarse á este tan sublime misterio; pero, ¿qué mortal lo es ni podrá

(1) *Luc, XIV, 13, 16.*

nunca serlo? En horabuena que conozca su indignidad; pero reconozca tambien y admire la afabilidad y dulzura de su Dios, que ha instituido este divino sacramento para comunicarse por él hasta con los imperfectos y débiles. Su bondad es tanta, que no pide necesariamente largos méritos ni grandes virtudes, y se contenta con la pureza y con buenas intenciones y deseos; su gracia es tan eficaz, que ella perfecciona y da al hombre lo que le falta, de modo que el débil se halla robusto, y lo que empezó por humildad llega á ser confianza. Asi, lejos de ofenderle el que le busca conociendo su indignidad, le ofendiera si con este pretesto dejara de aprovecharse del único remedio que se la puede quitar. Y ved aqui los motivos que deben excitar en su corazon los deseos y el valor de acercarse á tan inefable sacramento.

Seria, señor, una gran tentacion, aunque cubierta con la máscara de respeto y de religion, no atreverse á participar de este pan celestial hasta sentirse digno de recibirle; porque entonces no se recibiria nunca, nuestra vida entera no pudiera ser una preparacion suficiente para ponernos en estado de merecer el mas alto de los favores divinos en la tierra. Nadie puede llegar á tanta perfeccion; pero Dios, que conoce nuestra miseria y el barro de que nos hizo, no exige tanto, y solo pide que hagamos seriamente lo que depende de nosotros para disponernos con su ayuda á tan grande y terrible misterio.

En estos dias pues en que nos vemos ya tan cerca del altar nuestro ardor y nuestra vigilancia deben

aumentarse; debemos tener los ojos mas abiertos sobre nosotros mismos, debemos considerar con mas atencion todas nuestras acciones y palabras, con gran cuidado de no hacer ni pensar nada que pueda ser menos conforme á la santidad de Dios que vamos á recibir. Toda conversacion inútil, todo discurso alegre y divertido, aunque indiferente en sí mismo, no serian una disposicion conveniente; el alma no debe estar llena sino de su objeto, la lengua debe estar contenida, la boca inocente y pura; ¿y cómo permitirá que se le escape una palabra vana ó peligrosa, cuando sabe que es la puerta por la que la hostia de propiciacion entrará en su pecho?

Si la boca debe estar tan limpia, ¿cuánto mas lo debe estar el corazon? No hablo de los pensamientos malos é impuros, entre los que ciertamente no pudiera subsistir Jesucristo; entiendo aun de todas las ideas vanas, ó de las imaginaciones inquietas que es menester tambien desterrar del ánimo. No debe haber en él nada, no digo que pueda ofender á nuestro Dios, sino que nos pueda distraer un instante de su amor y de la contemplacion de su fineza; David dice que el Señor debe habitar en un lugar de paz, así deben alejarse todos los pensamientos que pueden disipar el espíritu ó turbarle. El lecho que le prepara la esposa de los cantares está lleno de flores y no conviene introducir espinas de pensamientos inquietos ó ideas vanas; y si la necesidad obliga á tratar de asuntos humanos, que sea con tanta reserva y moderacion, que el corazon no se turbe, ni se alejen del alma el reposo y la paz.

Es menester pues emplear todo el tiempo que nos queda hasta el domingo en ejercicios espirituales; es menester que le ocupemos en levantar nuestro corazón á Dios, en meditar su grandeza, nuestra bajeza y la inefable dignacion con que viene á establecerse en un corazón vil que no lo merece. Estos serán los olores agradables con que debemos perfumar la habitación que se prepara á recibir el huésped celestial, y que cuando llegue el divino Esposo salgamos á su encuentro con el casto pudor del respeto y las ardientes llamas del amor.

Que vuestra fervorosa oración se eleve hasta el inescrutable solio de la adorable y augusta Trinidad, dirigiéndoos cada dia de los que faltan á una de las personas divinas, para que os den la gracia y pureza que merece tan sagrada acción. Recurrid particularmente á la muy santa Madre de Jesus, á esta Virgen purísima que tan dignamente llevó en su seno nueve meses á este Salvador á quien dió el ser humano, y que va á depositarse en vuestro corazón, suplicándola que por aquel encendido amor, por aquella fervorosa devoción con que le concibió en sus entrañas, y con que le recibió entre sus brazos, os alcance la gracia de recibirle con amor en vuestro pecho.

Procurad representaros la ternura y el ardor con que comulgaba esta soberana reina, cuando despues de la ascension á la gloria recibia el cuerpo de su Hijo adorado; la fe viva, las lágrimas de amor, y los consuelos inefables que experimentaba su puro

corazón, cuando recibia en él, bajo las especies sacramentales, la carne formada de su propia carne, mientras la llegaba el tiempo de gozarle en toda su hermosura. ¡ Ah! si pudiéramos concebir algo de la fe y del amor de esta, la mas perfecta de sus obras, la mas amante y la mas amada de sus criaturas, nuestro tibio corazón se encenderia en el ardiente volcan del suyo, y la menor de sus centellas bastaria para abrasarnos en su santo fuego.

Pero pues es madre de misericordia y madre de pecadores, pedidla que os asista en una ocasion tan importante, en que vuestra alma pobre y desvalida va á desposarse de nuevo con su Hijo que es esposo tierno y misericordioso de las almas. Vos debeis consideraros en aquel estado en que estaria una muger infeliz que, ciega ó insensata, hubiera tenido la desgracia de ofender con loco desacato al mas digno y mas amante de los esposos, pero este, á pesar de sus infamias, con noble corazón la vuelve á dar lugar en su casa y su lecho. ¿ Cuál debiera ser su confusion si la quedaba algun pudor, cuando por un lado considerase sus desórdenes, y por otro la bondad que á pesar de sus excesos, lejos de arrojarla como merecia, se dignaba de recibirla? Pero, ¿ qué diferencia de un esposo mortal al celestial esposo! ¿ quién puede comprender esta desproporcion infinita? El Rey de los reyes, el Señor de los señores, á quien habeis ultrajado de tantos modos y tantas veces, despues que os habeis prostituido á su enemigo y preferido á su amor el de las viles criaturas, os perdona, se

reconcilia con vos, y os recibe de nuevo en su casa, en su mesa y entre sus brazos; os declara otra vez su esposa querida, y solemniza con una fiesta la renovacion de vuestro desposorio.

Invocad pues á su piadosa Madre para que os sirva de madrina en tan augusta solemnidad. Ella es rica, y puede daros con su intercesion una magnifica vestidura con que os presentéis dignamente á tan excelso tálamo. Es la madre del amor hermoso, del temor filial, del conocimiento y de la santa esperanza. Ved aquí las preesas con que puede adornaros, y que son las mas propias para este dia feliz. Pedid á su esposo Joseph, que fue tambien el padre putativo de vuestro amante esposo, y á quien la divina Providencia encargó el cuidado de la Madre y del Hijo, que os sirva de padrino. Invocad á vuestro ángel de guarda, á quien Dios ha concedido el cuidado de vuestra vida, y pedidle que os ayude en el acto mas importante de ella; á los santos de vuestro nombre, que son los protectores naturales que Dios os ha destinado para vuestra custodia; ocurrid á los de vuestra devocion para que os asistan en lance de tanto interes y que sean los amigos de la esposa.

Llamad á todos los bienaventurados que le gozan, á todos los ángeles que le sirven, y que le acompañarán reverentes cuando se digne descender á vuestro pecho; pedidle que os enseñen á respetarle como ellos le respetan, y á encenderos en amor como ellos se abrasan; y estad seguro que si los llamais con sincero fervor, todos vendrán á asistiros y á ofrecer

al Señor vuestros deseos. Estos felices inmortales, arrebatados en el amor de este Dios de que gozan, estan tambien penetrados del mismo espiritu, y no emplean su existencia bienaventurada sino en alabar incesantemente á su divino Bienhechor, y en pedirle misericordia para los mortales que imploran su auxilio, y se convierten de corazon.

¡Cuál debe pues ser vuestra confianza, cuando consideréis que os vais á presentar á un Dios de bondad que se digna de venir á vos, y que vais acompañado de tan excelsos padrinos, de tan altos protectores, de tan buenos amigos, y que todos interceden para que el Espíritu Santo os aplique con esta carne divina y vivificante que vais á recibir todos los méritos de Jesucristo y todos los frutos de su redencion.

Considerad tambien que ya estais en el seno de la Iglesia, y que esta madre piadosa, aunque dividida en sus miembros, y derramada por toda la tierra, está siempre unida de intencion; que esta es la familia santa, compuesta principalmente de los escogidos y de los amados de Dios, que le adoran en espiritu y en verdad, aunque entre sombras, esperando el dia de la luz; que ahora mismo está con gemidos amorosos pidiendo por vos, cuando ruega por la conversion de los pecadores y por la perseverancia de los justos. ¡Cuántos motivos pues para animar nuestra desconfianza, por mas vil y abominable que haya sido nuestra conducta!

Apartad pues desde ahora, apartad de vos toda idea

de terror, todo pensamiento de vuestra indignidad, ó si pensais en ella, sea solo para despertar mas vuestra gratitud, y admirar la misericordia del Señor. Que vuestra alma vuele hasta su altura con las alas del amor y de la confianza; que vuestro corazon se enlace desde ahora para siempre con la cruz de nuestro Salvador; que vuestro entendimiento no se ocupe sino en la memoria de su pasion y de su divino sacrificio, considerando el infinito amor con que se abandonó por vos á tan inauditos tormentos, como sufrió, para libertaros de las penas que vuestros delitos merecian, y en fin esta inmensa caridad con que, á pesar de vuestros extravíos, viene á unirse con vuestra alma en la mas dulce y amorosa union. Jesucristo ha instituido este sacramento en memoria de su muerte; y esta es la idea mas digna, el pensamiento mas tierno en que puede ocuparse el que va á recibirle, si quiere ser fiel á su santa voluntad.

Atento pues desde ahora á este único objeto escuchad, y no escuchéis otra cosa que esta voz del evangelio que Dios os comunica por mis labios: Ved aquí el esposo que viene, salidle al encuentro. Y que esta diligencia repetida á cada instante á vuestro oido despierte y produzca en vuestro corazon todos los sentimientos de ternura y amor que se le deben. Si, señor, no lo dudeis, es vuestro esposo, y el esposo mas amante el que va á venir. No hay sacramento en que nuestro Señor se muestre tan claramente nuestro esposo como el de la eucaristia, porque su efecto es unirse íntimamente con el que le recibe,

hacer una misma cosa de los dos, y producir verdaderamente una alianza espiritual.

Para salir como es menester á recibirle considerad como él mismo viene; viene lleno de amor, de bondad, de dulzura, de misericordia. Él mismo nos dijo, cuando instituyó este sacramento, que habia deseado con ardor celebrar con nosotros esta Pascua, esta Pascua en que se come el verdadero cordero. Él mismo es el cordero. Esta Pascua en que, para darse á vos, se prepara al sacrificio mas terrible. Si él deseaba por venir á nosotros padecer tanto mal, ¿cuánto debemos desear que venga á nuestras almas nuestro Salvador, que es el manantial de todo bien? ¿y con qué respeto, devocion y alegria le debemos esperar?

Así le recibió el anciano Simeon cuando le tomó de los brazos de su madre, y cuando protestó que no habia deseado la vida sino para ver á su Salvador; así le esperaban los antiguos patriarcas, suspirando por el dichoso dia en que se cumplirian las divinas promesas; así le recibió la madre del Bautista cuando vió en su casa á la madre de su Señor, y la dijo: ¿De dónde me viene tanta dicha que la madre de mi Señor entre en mi casa? Si así pensaban tan altos personajes, ¿qué haremos nosotros, indignos y pobres pecadores, cuando vemos que el Dios del universo y toda la gloria de los cielos descende hasta nosotros? ¿con qué ardor y sinceridad debe decir nuestro corazon: ¡O Padre, ó buen Pastor, mi Dios y mi Señor! ¿no te has contentado con criarme á tu

imágen, y haberme rescatado con el precio de tu sangre, sino que por un prodigio incomprensible de amor te dignas de venir hasta mí, para habitar en mi alma, para trasformarme en tí, para unirme conmigo con lazos de amor, con vínculos de eterna caridad?

¿De dónde me viene tanto bien? No es por mis méritos, pues no he hecho mas que ofenderte; no por honrarte, pues soy un pobre que hiciste de barro, y tú eres mi Dios: es por tu bondad, que es tanta, que tú deseas mas venir á mí que yo, que soy el que lo debiera desear, porque soy miserable, porque necesito de tu socorro, y porque sin tí no puedo nada. Vos me amais por pura misericordia, y yo debiera buscaros para tener en vos al que puede dárme todo; pero vuestro amor excede tanto aun á mi propio interés, que vos venis á dárme todo, aunque yo no lo desee ni lo busque tanto como debiera. Vos habeis dicho que vuestras mas dulces delicias eran vivir con los hijos de los hombres. ¡Qué bondad! No es tan natural al sol alumbrar ni al fuego encender, como á vos el amarnos y hacernos bien.

Ved aquí las únicas ideas y pensamientos saludables que deben ocuparos hasta el feliz momento que os prepara el cielo. Vuestro corazón debe inundarse en un mar de alegría, y bogar con los veloces remos de la dulce esperanza; pero, como la santidad de este esposo, como su grandeza y dignidad es tan alta, y por otra parte él gusta de ver en el amor de sus esposas un casto pudor, es menester que vuestra devo-

cion y alegría vayan acompañadas de una profunda reverencia, considerando por un lado la magestad del que viene, y por otro la bajeza del que aguarda; estos sentimientos reunidos os podrán hacer cumplir con el consejo de David que os dice: Sirve al Señor con temor, y alégrate en su presencia con temblor.

Acordaos de las terribles amenazas que publicó Moises por orden de Dios al pueblo en el momento de promulgar su ley; tened presente como mandó que nadie se atreviera á acercarse al monte en que hablaba, ni hombre ni bruto, ni rebaño, so pena de ser apedreados; reflexionad que aunque permitió á Aaron, que él mismo había nombrado soberano sacrificador, que subiese al monte, le mandó no obstante que adorase desde lejos, sin que otro que Moises tuviese el privilegio de acercarse; y discurreid que si tanto respeto era necesario cuando Dios publicaba su ley por medio de un ministro, ¿cuál debemos tener cuando el Señor viene en persona? Escondeos pues en vuestra propia bajeza, humillaos hasta el polvo de la tierra cuando veis que el Señor de tanta magestad descende para unirse con vuestra alma.

Con esto me dejó el padre y se fue. Me seria imposible, Teodoro, referirte por menor todo lo que me dijo en los días que siguieron hasta aquel dichoso domingo, porque ya no fueron discursos seguidos como los precedentes: eran tiernos afectos y movimientos de su corazón; no tenían mas que un objeto, que era el de mi prójimo no merecida felicidad; pero tan varios, y presentados con aspectos tan diferentes, que es impo-

sible que yo los pueda recordar, tanto mas cuanto aquellos dias pasaba mas tiempo conmigo, y me ocupaba tanto, que no me dejaba tiempo para trasladarlos al papel, como habia hecho hasta entonces.

Tampoco hubiera sido posible referir lo que ya no eran racionios del espiritu, sino desahogos tiernos de un corazon inflamado; y no hay en el mundo quien sea capaz de individualizar todo lo que en aquellos dias me dijo aquel ángel del cielo: era un rio impetuoso de sentimientos y afectos encendidos, era un volcan ardiente de que salian continuamente erupciones inflamadas. Se veia que su corazon era una hoguera que ardía en el amor divino, y que las llamas le salian por boca y ojos. Pero, ¡qué vigor en sus discursos! ¡qué viveza en sus imágenes! ¡qué coloridos en sus locuciones! ¡qué sensibilidad en sus palabras! Su espiritu me parecia superior al de un hombre, y que poseia ya los dotes de las inteligencias celestes, todo esto acompañado de un zelo, de una caridad, de una compuncion que me enternecian al mismo tiempo que me admiraban.

Hubiera sido menester que yo fuera un monstruo, una piedra insensible, para no sentirme conmovido con tan fuertes impulsos; pero no, Dios me hacia la gracia de sentir sus afectos. Su fuego me abrasaba, sus lágrimas excitaban las mías, su dignidad me imponia respeto, sus afectos me penetraban, y bendecia á Dios por haberme dado un director tan digno de aquel sublime ministerio.

Asi pasamos todos aquellos dias en una repeticion

incesante y siempre variada de afectos, exclamaciones y jaculatorias; y al despedirse de mí la noche del sábado me dijo: Id, señor, á acostaros entre los brazos del Dios que os espera. Ya entre su bondad y vuestro corazon no hay mas distancia que el intervalo de esta noche; reposad con la dulce expectativa de que la aurora vendrá para alumbrar vuestra felicidad. Si alguna vez despertais, vuestra primera idea sea decir: ¿Es verdad que yo voy á recibir á mi Dios? Antes de entregaros al sueño llamad á vuestros padrinos y patronos, y haced lo que la esposa de los cantares, que mientras ella dormia su corazon velaba.

Mañana te contaré lo que me pasó en aquel grande dia. A Dios por hoy, Teodoro mio.

## CARTA XXIX.

EL FILÓSOFO A TEODORO.

LLEGÓ por fin, Teodoro, este día tan deseado, este día destinado por el cielo para completar mi felicidad. Yo pasé la noche en una dulce tranquilidad, con la idea de que presto se cumpliría tan amable esperanza, y había procurado practicar cuantos consejos é instrucciones me había dado mi digno conductor; este vino mas temprano que lo que acostumbraba. Le ví entrar en mi aposento con un aire modesto y recogido; pero me pareció que traía un aspecto mas dulce y sereno. Sus ojos brillaban con una alegría visible, y parecía querer decirme: Ve aquí el momento de vuestra dicha, y el término de nuestras penas; yo me preparaba á seguirle, pero él sentándose y haciéndome sentar, me dijo: Deseo aun hablaros antes de que os acerqueis al altar.

Nosotros somos dos pobres mortales, dos miserables pecadores, y con todo estamos convidados, y vamos á presentarnos á la mesa del Señor; ve aquí pues el momento en que debe excitarse de nuevo nuestro corazón á los mas vivos afectos de amor. Sin duda que reconocemos nuestra indignidad; pero pues el Dios de misericordia se ha dignado escogernos, pues nos ha dado el tiempo y los medios, pues nos está esperando, ¿cómo dejaremos de aprovecharnos de tan sumo don? ¿y cómo, si consideramos los muchos

muchos bienes que nos vendrán con él, no tendremos un deseo ardiente, una hambre santa de comer este pan celestial? Este deseo, esta hambre son la mejor disposición que podemos llevar para recibirle dignamente y sacar mas fruto.

El corazón humano grosero, en que solo producen efecto los objetos sensibles, se enciende dificilmente en afectos tan vivos con las ideas espirituales que la fe presenta, y que solo puede percibir el alma; pero la misma fe, ayudada de la gracia, le puede inflamar, cuando se detiene á considerar los efectos de este sacramento y las asombrosas mutaciones que suele producir en los que le reciben con la preparación que se debe. Por eso antes de que nos lleguemos á la santa mesa me ha parecido haceros algunas reflexiones tomadas tambien del venerable padre Granada, y que podrán excitaros mucho en esta ocasion.

Sabed, dice, que como Dios por su bondad opuso al primer hombre, que fué la causa de todos nuestros males, un segundo hombre que es Jesucristo, fuente y principio de todos nuestros bienes; así opuso al fruto funesto del árbol vedado que nos ha perdido otro fruto celestial que es el divino sacramento, fruto del cielo que sirve de remedio á todos esos daños. Y como por la obediencia del segundo hombre nos hemos libertado de todas las desgracias que nos acarreo la desobediencia del primero, así todos los males que nos produjo aquel alimento funesto se sanan con este pan divino.

Este sacramento pues es un antídoto saludable que

inventó la caridad divina para curar á todos los hombres del pestilencial veneno con que la antigua serpiente los habia infestado; y para comprender bien cuantos bienes nos comunica esta vianda celeste basta considerar los innumerables y terribles males que nos causó aquella mortífera vianda, teniendo presente que Dios, instituyendo este augusto misterio, mudó la maldicion en bendicion; pues que, hablando del primer fruto, dijo: En el instante que comieres morirás; y del segundo ha dicho: El que comiere este pan vivirá eternamente.

¿Y cómo no esperará hallar en este convite la eterna vida el que reflexione que come la misma carne de Jesucristo unida al Verbo divino? San Juan Damasceno dice, que como el Verbo de Dios eterno es el principio y la fuente original de toda vida, pues ha dado á todos el ser, desde que se unió con la carne humana hizo su propia carne vivificante; de modo que esta carne unida al Verbo comunica la vida á todo lo que toca: así, no siendo otra cosa el sacramento que la carne de Jesucristo unida á su divinidad, posee toda su virtud, grandeza y poder.

Reflexionad pues, señor, lo que debe pasar en vuestra alma cuando este divino Redentor entre en ella; considerad los efectos que debe producir esta carne celestial animada con el alma de Jesucristo, y consagrada con la inefable union de su ser divino. Es Dios Hombre el que viene á vuestro corazon con todos los méritos de su santa humanidad y con toda la plenitud de su divinidad; ¿y á qué viene? á tocar

con su carne la vuestra, y comunicarla su propia vida; á llenaros de su presencia, á alentaros con su misericordia, á lavaros con su sangre, á derramar sobre vos la unción de su gracia, á vivificaros con su muerte, á iluminaros con su luz, á encenderos con su amor, á acariciaros con su dulzura, á desposarse con vuestra alma y unirse con ella, á haceros participante de su espíritu y de cuantos méritos adquirió en la cruz, ofreciendo esta misma carne con que os regala.

Por eso con este divino sacramento vos concebis de nuevo mayor odio á los pecados pasados, quedais fortificado para lo venidero, vuestras pasiones se debilitan, vuestras tentaciones se disminuyen, vuestra devocion se inflama, vuestra fe recibe nuevas luces, vuestra caridad nuevos ardores, vuestra esperanza crece, vuestra flaqueza se trasforma, vuestras fuerzas se reparan, vuestra conciencia se serena, vais á ser participante de los méritos preciosos de Jesucristo y á recibir una prenda de la vida eterna.

Sabed tambien que este es el pan que da valor á los pusilánimes, que sustenta á los caminantes, que levanta á los caidos, que anima á los cobardes, que da armas á los valientes, que alegra á los tristes, que consuela á los afligidos, que instruye á los ignorantes, que enciende á los tibios, que despierta á los perezosos, que sana á los enfermos, y que es el único remedio en todas las dolencias y el mas seguro recurso en las necesidades. ¿Quién pues que reflexione sobre los maravillosos efectos que produce este inefable sacramento, y sobre el amor y liberalidad con

que nos le reparte nuestro adorable Redentor; quién, digo, será el que no desee tan inmensas riquezas? ¿quién será el que no tenga hambre de alimento tan soberano?

Y vuelvo á deciros que la consideracion de vuestra indignidad no debe acobardaros ni entibiar el ardor de vuestra alegría, porque, aunque este sacramento sea tan angusto y santo, debéis tener presente que es el tesoro que se ha descubierto para socorrer á los pobres, que es la medicina que se ha ordenado á los enfermos, que es el remedio destinado á los necesitados, y un gran festin que se prepara á los hambrientos.

Inferid de aquí con cuanta confianza, con que hambre, consuelo y deseos debéis venir á recibir al Señor que va á llenaros de favores; acordaos del ardor con que le deseaban los patriarcas, y como penetraban el cielo con sus gritos, pidiéndole que viniese este Mesías tan deseado de las naciones. El que vais á depositar en vuestro seno es el mismo que vino al mundo, y viene á hacer en vos lo que hizo en el mundo; él le trajo la vida de la gracia, y viene á dar á vuestra alma la misma vida.

Pero, para usar de una comparacion mas familiar, figuraos cual será el impaciente ardor de una muger que, pobre y cargada de hijos, aguarda la llegada de su marido que vuelve de las Indias con inmensas riquezas, y que espera gozar en su compañía de honor, de reposo y de toda especie de consuelos. Juzgad si vuestro deseo no debe ser mas vivo, pues esperais recibir al

casto y dulce esposo de vuestra alma, que no viene de las Indias, sino del cielo con todas sus riquezas para llenaros de dones inmortales. Esta consideracion debe animar vuestro fervor; vamos pues, señor: el Espíritu Santo nos dirija, nuestros padrinos y protectores nos acompañen, y el mismo Dios que vamos á buscar se sirva de inspirarnos su amor.

El padre se levantó, y yo le seguí á la acostumbrada capilla. Yo iba, Teodoro, como enagenado, mis sentidos y todas las facultades de mi alma estaban en una suspension absoluta. Apenas podia percibir mi propia existencia; las ideas atropelladas que cruzaban por mi imaginacion me embargaban de tal modo, que no podia distinguir ni perfeccionar alguna. La vista del padre ya revestido en el altar me despertó del letargo, y conocí que ya era tiempo de prepararme á momento tan decisivo; hacia esfuerzos para recordar todo lo que el padre me habia dicho y todo lo que mi razon me decia, pero tantas especies juntas me confundian, y las unas ofuscaban á las otras.

A pesar de mi turbacion interior, de este desorden y confusion de mis ideas, yo entreveia en el fondo de mi alma un sentimiento íntimo que nacia de mi corazon. Mi razon no podia formar discursos, no podia separar las especies; pero mi alma las sentia, y me parecia que en este silencio ó embargo de mi entendimiento no estaba muerta la sensacion de mi corazon; me rayaba una luz aunque lejana, penetrante, y veia con ella mi propia indignidad, y la misericordia de la inescrutable magestad, que se

dignaba descender hasta mí. Entre los sentimientos de horror é indignacion que concebía contra mis errores insensatos y mis pasiones odiosas, brujuleaba un rayo dulce de plácida esperanza; sentía un consuelo placentero con la idea de que todo aquel mal iba á ser reparado.

El ruido de la campanilla en el momento de la elevacion me volvió á despertar; con el golpe de aquel toque me dió un vuelco el corazón, yo me dije atropelladamente: Ve aquí mi Dios, mi Dios que viene á visitarme. Me sentí anonadado y confundido delante de la suprema magestad del cielo, y me postré hasta lo mas profundo de la tierra, considerando mis iniquidades y los largos errores de mi vida. Postrado y aterrado hubiera querido huir de mí, y agravado de mi inveterada corrupcion no me atrevia á fijar mis ojos en el Dios de la pureza y sinceridad. No dudaba que estaba allí presente, que me veía, y que habia venido por mí; no podía acordarme de nada de lo que habia aprendido y habia pensado para este lance; todo se trastornaba en mi memoria. La razon no me gobernaba, y solo me dirigía un sentimiento tan vivo como poco ilustrado, sentimiento en que me parecia haber humildad, pero que estaba acompañada de terror.

Otro toque de la campanilla me avisa de que ya llega el momento preciso, levanto los ojos, y veo al sacerdote que vuelto á mí, y con la hostia en la mano pronunciaba ya las palabras sagradas con que la Iglesia implora la misericordia divina, para que nos

perdone los pecados.... Cuando ví al sacerdote que, dirigiéndose á mí con la hostia en la mano, me dijo: *He aquí el cordero de Dios, he aquí el que quita les pecados del mundo*, una nueva turbacion se apoderó de mi alma. No podré darte razon de lo que pasaba entonces por mí mismo, tan fuera de mí estaba; solo sé que, sin saber como, y casi maquinalmente abrí la boca mas inmunda, que el ministro puso en ella el pan del cielo, y que el Dios de bondad entró en el mas perverso de los corazones.

Muchos momentos pasaron antes de que yo pudiera reconocerme y salir de aquella especie de estupor con que estaban como en suspension todas mis facultades; poco á poco el tumulto de mis ideas se fue sosegando, y yo empecé á distinguir las con mas claridad; pero, ¿quién podrá individualizar su inescapable multitud? La primera que se me presentó con gran viveza fué una rápida comparacion de mi estado presente con aquel en que me hallaba poco dias antes. No podia concebir como en tan poco tiempo habia podido consumir la omnipotente bondad de Dios una tan grande operacion, como el que un mes antes era un prodigio de incredulidad y disolucion, podia verse ahora al pie de los altares y con su Dios en el pecho.

Admiraba esta Providencia soberana, que con medios dispuestos por su sabiduría me habia traído á esta casa, en donde con una liberalidad tan gratuita como poco merecida me habia dado el tesoro de la fe, me habia conducido á la penitencia, y perfeccionado su obra, dándome con el perdon y su gracia el mas ine-

fable de sus dones , que es su cuerpo precioso y su divina sangre. Esta trasformacion tan completa y consumada en tan pocos dias me trasportaba de gozo , me llenaba de admiracion , y me hacia arder en afectos fervorosos de adoracion y gratitud.

Ya pude entonces recoger en mi mente todas las especies religiosas de que me habia instruido mi director ; levanté mi corazon á Dios de quien me venia tanto bien , y le ofreci con su Hijo amado , que estaba ya en mi seno , un sacrificio de alabanza ; le presenté la hostia divina que acababa de dar la vida á mi alma , y le supliqué por ella que no solo perdonara mis pecados , sino que me llenara de virtudes , en fin procuré ejecutar todos los actos que me habian enseñado , y que me inspiraba mi corazon reconocido.

Pero enmedio de este ejercicio volvia siempre los ojos hacia mí , y con un consuelo inesplicable , con una alegría de un género nuevo , y que experimentaba por la primera vez , me decia á mí mismo : ¡ Qué ! ¡ mi Dios está conmigo ! ¡ ya soy cristiano ! ¡ ya soy del pueblo santo ! ¡ ya soy del linage de los escogidos ! ¡ ya soy hijo de la Iglesia , miembro vivo de Jesucristo ! ¡ ya no soy objeto odioso á los ojos de Dios ! ¡ ya no contristo á los bienaventurados ! ¡ ya los santos de la tierra me miran como su hermano ! ¡ ya estoy rescatado ! ¡ ya tengo en mí el principio de la vida , y puedo esperar que un dia seré compañero suyo , y de los felices que gozarán del esplendor divino por toda la eternidad !

Estas y otras ideas de la misma naturaleza me

trasportaban. Yo hubiera querido hacer al universo testigo de mi felicidad , para que se aprovechara ; yo hubiera querido hacer que todos conocieran á este Dios de misericordia que les podia hacer los mismos bienes , y sobre todo desengañar á los filósofos insensatos para que saliesen del abismo de miseria de que yo acababa de salir.

Te aseguro , Teodoro , que hasta entonces no habia conocido lo que era un gozo tan puro y la verdadera alegría del corazon : ¡ Con qué ojos tan diferentes veia ya todas las cosas de la tierra , que tanto me habian alucinado ! ¡ qué frivolos me parecian los honores ! ¡ qué despreciables las riquezas ! ¡ qué odiosos y pérfidos esos groseros placeres de que vivia antes tan ansioso ! Si la imaginacion me los presentaba mi corazon los repelia con horror , porque al mismo tiempo que sentia su fútil y alevosa dulzura penetraba su malicia y los efectos funestos que producen.

Pero cuando levantaba mi vista al cielo , y contemplaba la magestad de su Soberano , la presencia del Dios de la hermosura , la compañía de sus felices escogidos , la no interrumpida serie de aquellos placeres puros y siempre renacientes , de aquellas delicias que no acaban , y del perfecto contento del alma inmortal que los debe gozar eternamente , toda la tierra me parecia estiércol , lloraba mis antiguos errores , y compadecia á los que yacian todavia en los errores y las sombras de la muerte.

No sé cuanto tiempo duró este estático embeleso de

mi alma, pero infiero que seria muy largo, así por la multitud de ideas que recorri, como porque fue preciso que el padre me levantase del brazo, y dijese, ya es tiempo, señor, que nos váyamos. En efecto me puse en pie; pero me sentí tan inundado de consuelo, tan arrebatado del gozo, que sin considerar que estaba en la capilla, indeliberadamente le eché los brazos al cuello, diciéndole: Hombre de Dios, á quien debo mil veces mas que á mi padre, admirad conmigo las misericordias del Señor; ayudadme á darle gracias, y pedidle que sostenga mi flaqueza.

El padre recibió esta efusion sensible de mi corazón con su dulce y modesta caridad, me estrechó entre sus brazos, juntó sus santas mejillas con las mías, y me respondió con una espresion enternecida: *Bendito sea el inmenso, omnipotente, santo Dios de Israel, sumo y eterno, que piadoso ha visitado á su pueblo y le ha librado de duro cautiverio.* Y despues de haberme dicho otras muchas cosas de edificación me dijo, vamos á vuestro cuarto.

Yo le seguí; pero, Teodoro, ¡qué diferente de mí mismo! No era aquel mortal grosero que, cargado con el peso de sus delitos, y uncido en el yugo de sus pasiones, se arrastraba pesadamente sobre la tierra, en que tenia únicamente puestas sus esperanzas; era un espíritu ligero que, descargado de todo peso inútil, pretende volar al cielo con las alas de la esperanza y del amor. En efecto, amigo, no exagero nada. El hombre que sale de un calabozo oscuro, de una cueva inaccesible donde ha pasado largo tiempo atado

con pesadas cadenas que le oprimen y agobian, cuando puesto en libertad ve la luz, y empieza á gozar de la suavidad del céfiro y de la claridad del día, no se siente mas ligero ni mas consolado que yo me sentia entonces: Todo era nuevo para mí; el cielo me parecia mas plácido, la luz mas apacible, y toda la naturaleza mas hermosa; y si el primer esfuerzo de un tan indigno pecador produce en su alma una trasformacion tan prodigiosa, ¿cuál debe ser la felicidad del santo que despues de mucho tiempo tiene su corazón en el cielo y vive con su Dios?

Llegamos á mi estancia; el padre me dijo: Dios se ha servido de darnos luz y tiempo para dar fin á esta obra de su misericordia; bendito sea. La primera ocupacion de vuestra vida sea, señor, darle cada dia gracias por tan incomparable beneficio, y que vuestro único cuidado sea pedirle el don especial de la perseverancia, y trabajar por no perder sus frutos; pero no es esto de lo que quiero hablaros ahora, es razon dar un intervalo á vuestras tareas. Para que el zelo se mantenga es prudencia no fatigar el espíritu. Despues hablaremos de los medios convenientes para conservar el precioso tesoro de la gracia.

Ahora solo queria deciros que despues del tiempo que pasais en esta casa todos los que la habitan y nuestro superior hubieran venido á ofreceros su respeto; pero yo he sido la causa de que no lo hayan hecho. Yo no he querido que en estos dias de salud, en momentos de propiciacion tan favorables en que os disponiais á cooperar con las influencias celestiales,

nada interrumpiese tan importantes y serias ocupaciones, ni causase la menor distraccion á vuestro espíritu; pero ahora que por la gracia del Señor habeis dado fin á vuestros ejercicios, si lo permitis, nuestro superior y algunos de nuestros padres mas ancianos se disputarán la honra de ofreceros sus servicios y acompañar algunos ratos vuestra soledad.

Ha mucho tiempo, padre, le respondí, que desco saber que casa es esta adonde el cielo me ha conducido, en que se me trata con tanto desinterés y caridad, y donde he encontrado el hombre que me ha destinado el cielo para sacarme del abismo de miserias en que estaba sumergido. Muchas veces os he querido hablar de ello, espresaros mi reconocimiento, y pedir os me insinuaseis los medios de manifestarle á quien debia. Vuestro ardiente zelo siempre ocupado en salvar mi alma, y en instruirme de cuanto veiais que ignoraba, no me ha dado lugar para que lo pudiera hacer. Por otra parte estaba persuadido á que puesto por Dios en vuestras manos debia obedeceros ciegamente, sin desviar con mi curiosidad ó mi solicitud los impulsos con que la bondad divina me encaminaba por vuestra direccion; creia que nada era mas del caso que dejarme conducir y manejar por vuestra prudencia; y pues os dignais vos mismo de hablarme, no debo deciros sino que estoy dispuesto á cuanto me ordeneis.

Nosotros somos, señor, me dijo el padre, sacerdotes que, venidos de diferentes países, nos hemos juntado en este retiro, para evitar los peligros del

mundo y vivir con la simplicidad evangélica. No vienen á esta casa sino los hombres desengañados que quieren dar á Dios, y á Dios únicamente todos los momentos de su existencia. No nos obligamos á mantenernos en ella por tiempo determinado; estamos solo porque queremos, y pudiéramos dejarla en cualquiera hora. Nuestra obligacion única es de seguir, mientras estamos en ella, con fervor y fidelidad la regla con que se vive, edificarnos con los ejemplos de los muchos santos que la habitan, y procurar no contristarlos con los nuestros.

A pesar de esta libertad, y á pesar tambien de que la regla tiene por objeto abrazar la perfeccion del evangelio en toda su estension, se ven pocos que la hayan abandonado. Dios nos sostiene con su gracia, y vos, señor, quedaréis edificado al ver en ella los ancianos y los modernos obedecer con el mismo ardor y la mas fervorosa solicitud los mas penosos de nuestros estatutos, veréis que el tañido de una campana regla todos nuestros movimientos, y admiraréis como, á pesar de la edad y de las enfermedades, todos muestran con su agilidad la prontitud de su obediencia.

Nuestro instituto, señor, es salir cada año una ó dos veces, segun nos manda nuestro superior, de dos en dos á recorrer los pueblos comarcanos, y repartirles el pan de la palabra de Dios. Esto es lo que llamamos hacer misiones, y vamos cuando los magistrados del pueblo nos llaman, ó cuando algun motivo nos persuade ser oportuno; dos de nosotros publica-

mos la mision en el pueblo mas ó menos dias segun su poblacion. Predicamos todas las tardes ; uno de nosotros los instruye en la doctrina cristiana , y el otro les predica las verdades eternas para despertarlos del comun olvido y convertirlos á su Dios ; las mañanas las pasamos en el confesonario , y el Señor que bendice nuestros trabajos nos da muchas veces el consuelo de ver útiles efectos de nuestro ministerio , ya instruyendo á muchos en las verdades necesarias para salvarse , ya volviendo á muchas ovejas descarriadas al rebaño de su pastor. En efecto no podemos dejar de admirar en las verdaderas conversiones que vemos la bondad del Señor sobre sus escogidos , y los poderosos esfuerzos de su gracia.

Quando el tiempo de las misiones se concluye , ó quando acabamos de recorrer los pueblos á que fuimos destinados , volvemos á esta casa á observar la comun disciplina , y aplicarnos con el mayor esfuerzo á aprender lo necesario para salir de nuevo : nuestro superior arregla los tiempos y los destinos , teniendo cuidado de alternarlos ; y por este medio mientras la mitad de la comunidad está en las villas y lugares instruyendo ó exhortando á los pueblos , la otra mitad está en la casa aplicada á los ejercicios religiosos , á la observancia de nuestros estatutos , y á nuestra propia instruccion para repetir nuestras misiones con mas fruto.

Todos estamos subordinados á la direccion de un Superior á quien profesamos obediencia , y que elegimos nosotros mismos cada tres años : el solo está

encargado y cuida de todos los negocios de la casa. Todo está encomendado á su prudencia , para que los demas , desembarazados de toda aplicacion estraña , puedan entregarse sin distraccion á los ejercicios religiosos. El superior es el único que puede eximirse en consideracion á sus afanes ; pero nunca se exime , y por lo ordinario es el que nos estimula con su ejemplo y exactitud.

El espíritu que dirige nuestra vida interior es el de estar siempre ocupados , siempre juntos , siempre en presencia los unos de los otros , haciendo nuestros ejercicios en comun para sostener reciprocamente nuestro fervor : para daros una idea del modo con que vivimos , os diré por menor las ocupaciones de un dia , y en la esplicacion de uno os enteraréis de todos , porque nuestros dias se parecen unos á otros , y cada dia y cada noche ven repetir las mismas ocupaciones.

A las cuatro de la mañana el toque de la campana nos llama al coro. Allí empezamos el dia por una hora de oracion ; cada cual medita en secreto , eleva su corazon á Dios segun su espíritu le conduce , y le pide su socorro ; despues nuestras voces se juntan para cantar las alabanzas de Dios , entonando con respeto y pausa una parte del oficio divino , y los himnos sagrados de la Iglesia ; esta santa salmodia nos dura dos horas , y quando se acaba vamos á la Iglesia , y allí decimos la misa , ayudándonos alternativamente unos á otros. Quando hemos acabado nuestros sacrificios , lo que suele ser á las ocho , nos juntamos

todos en la biblioteca, y allí conferimos sobre todos los puntos de moral, que se examinan sucesivamente, y cuya instruccion nos es necesaria para el uso del confesonario; porque allí no se trata sino de lo que puede dirigirnos en la resolucion y doctrina que debemos dar á los penitentes: esta ocupacion dura hasta las diez, y volvemos al coro donde decimos otra parte del oficio del dia que dura hasta las once.

La campana nos avisa entonces que es hora de comer, y vamos todos juntos al refectorio, de donde nos encaminamos despues á una capilla particular en que damos á Dios gracias por la magnifica liberalidad con que nos concede los frutos de la tierra para sostener nuestra existencia; despues de esto es permitido á cada uno retirarse á su aposento, donde puede tomar reposo si le necesita, ó llenar aquel tiempo con lecturas piadosas ó devociones particulares de su gusto. A las dos vuelve la campana á sonar, y nos avisa que debemos ir al coro á entonar la tercera y última parte del oficio del dia; y cuando se acaba rezamos de rodillas el rosario para dar este tributo de alabanza á la Madre de nuestro Dios, que tambien lo es nuestra, y por cuya intercesion esperamos nuestra eterna felicidad.

De aquí vamos otra vez á la biblioteca para tener la conferencia de la tarde, que se reduce á examinar otros puntos de moral y todo lo que puede sernos útil en el destino de las misiones; este ejercicio dura hasta las siete que volvemos al coro para tener otra hora de oracion. Se nos leen algunos puntos de las verdades

verdades eternas, y despues cada uno se aplica en particular á su meditacion; solamente los viernes ocupamos esta hora en hacer el *Via Crucis*, que es un ejercicio devoto de la pasion y muerte de nuestro Redentor, y los martes uno de nuestros padres nos hace una plática espiritual para excitarnos al amor de la virtud. A las ocho vamos á cenar, y despues volvemos á la misma capilla, donde damos gracias al Señor, y decimos juntos el oficio de la Virgen para implorar su proteccion.

Todo esto se concluye á poco mas de las nueve, y es la hora en que cada uno debe en silencio retirarse á su estancia para tomar el reposo necesario. Esta ley del silencio es muy rigurosa entre nosotros, pues aunque, como habeis visto, la mayor parte del dia estamos juntos, no nos es permitido hablar á menos que la necesidad ó la caridad no lo exija; el rigor de esta ley nos es muy útil, porque evita la relajacion que pudiera introducirse, y tambien la distraccion.

Pero, como tambien pide la caridad que hermanos que viven siempre juntos, y que por tantos títulos deben amarse, puedan conferir entre sí, comunicarse sus pensamientos, y excitarse mutuamente á sostenerse en la carrera que siguen, y en el amor del Dios que adoran, un dia en la semana se nos permite el desahogo de una conversacion honesta y fraternal. Los domingos por la tarde, cuando salimos de la iglesia despues de acabar las visperas y el rosario, en lugar de ir á la biblioteca podemos bajar juntos á

tomar el aire, y nos es licito hablar y conferir juntos hasta que llega la hora de la oracion.

Ved aquí, señor, la rueda de nuestros ejercicios, en que el fin de un dia nos prepara á observar igualmente el mismo método en el siguiente. Ya veis por esta descripcion que en una vida tan ocupada no hay lugar para la ociosidad, y no es tan fácil la tentacion. Ya podeis ver tambien que no hay ninguna austeridad extraordinaria; esta se reserva al espíritu de cada uno. Sin embargo la flaqueza humana es tanta, que esta repetición continua de actos siempre los mismos pudiera hacerse fastidiosa y repugnar á la naturaleza, si no la socorriera la piedad divina.

Gracias á su bondad nosotros sufrimos poco en este género de vida, todos estamos contentos con ella. Viejos y jóvenes la siguen no solo con fervor y agilidad, sino con alegría y satisfaccion. Separados del mundo y de sus agitaciones, desembarazados de todo afán que nos inquiete, de todo cuidado que nos fatigue, viviendo á espensas de la Providencia, sin temor de los hombres, y confiados en Dios, procuramos no perder el tiempo que se nos ha dado para merecer, y aguardamos el momento en que nos llame á la puerta y nos conduzca á la patria celestial.

En efecto, señor, aquí todos edifican con sus ejemplos; pero entre todos tenemos muchos grandes y sobresalientes espejos de virtud y de mortificacion; tenemos varones eminentes en sabiduria, que tam-

bien lo son en virtudes, hombres cuya existencia es una oracion continua, que siempre en presencia de su Dios parece que ya no viven en la tierra sino en el cielo, que superiores al mundo no lo conserva el Señor sino para que detengan sus venganzas contra tantos pecadores que le insultan y tantos imperfectos que le deshonran.

Yo quisiera, señor, que los vierais. Su aspecto solo inspira veneracion y amor á la virtud. Son monumentos vivos del evangelio, y espejos en que resplandece toda la hermosura de su doctrina. Solo con verlos conoceréis que hay felicidad fuera del mundo, ó, para espresarme mejor, que es menester estar fuera del mundo para hallar la verdadera felicidad.

Cuarenta ó cincuenta años de esta vida pobre, penitente y oscura, les han dado esta dulzura de carácter, esta serenidad de alma que manifiesta su apacible y tranquilo semblante. Se os harán sensibles las ventajas de la virtud, cuando veais la amenidad de sus discursos y la paz que reina en su corazon. Estos venerables varones respiran el buen olor de Jesucristo, y son unas copias animadas de tan divino modelo. Su presencia sola persuade mas que todos los discursos, porque, presentando una imagen visible de santidad, muestran al mismo tiempo cuan amable es la virtud.

¡ Ah! si las gentes del mundo pudieran dejar un instante las locas ilusiones que los alucinan, para ver con una mirada atenta la paz y la caridad con

que viven los que se consagran con sinceridad al servicio de Dios; si pudieran observar la alegría con que corren sus días tranquilos, y la dulce esperanza con que aguardan sosegados la muerte, ¡ó y que presto abandonarían las tempestuosas pasiones con que se agitan, y vendrían á buscar la dicha en la calma de la buena conciencia!

Permitidme pues, señor, que vaya á prevenir á nuestro superior y á algunos de nuestros padres para que vengan á presentaros sus respetos, y que al mismo tiempo os desahogéis un instante de los largos y penosos trabajos que habeis emprendido con la amenidad de su dulce conversacion; estoy seguro que con los sentimientos que os ha inspirado la gracia no pueden dejar de seros agradables y de confirmaros en vuestros intentos de aspirar á la virtud. Yo respondí al padre que estaba dispuesto á hacer lo que me mandase; pero que me parecia mas á propósito que fuese yo mismo á dar al padre superior gracias de haberme permitido estar en su casa tanto tiempo, y haberme dado lo necesario con tanta bondad. Pues quereis venir vos mismo, vamos, señor, me dijo el padre, levantándose, y yo le seguí.

Llevóme á un aposento en que ví un anciano venerable que salió á recibirnos con la mayor urbanidad. A pesar de sus canas, indicios de su vejez, estaba todavía lleno de agilidad. La tez de su semblante lisa y reluciente, y la alegre viveza de sus ojos mostraba su salud, fruto de la inocencia de su vida. Jamás habia yo visto vejez tan hermosa, ni recibimiento

tan gracioso. Pocos días antes le hubiera visto como un viejo insensato, como un hombre iluso; y mi corazón, lleno de desprecio, apenas hubiera detenido la vista en su simplicidad; pero, ¡qué ojos tan diferentes tienen los que empiezan á observar con el espíritu de Dios! ¡cuántas cosas ven que no pueden ver los que están preocupados con el espíritu del mundo! Yo me sentí penetrado de un respeto y veneracion que jamás hombre alguno me habia inspirado, y los mayores soberanos de la tierra no me hubieran hecho mas profunda sensacion.

El padre me presentó al superior, yo procuré explicarle mi gratitud. Él me respondió con términos tan amables y corteses, que redoblaron mi reconocimiento. No era su atencion urbana aquella afectada cortesía con que se esplica el mundo, y que no es otra cosa que el arte frívolo de hacer frases y decir palabras que lo prometen todo y nada significan. Eran espresiones verdaderas y enérgicas, eran discursos que la sinceridad imprimía en sus labios, y que ratificaba el corazón, eran afectos puros y sencillos, hijos de la caridad fraterna, y que su origen se deriva del cielo.

Yo me hallaba indigno de tan franca cordialidad. Despues de haber pasado algun tiempo en varios discursos, en que no pude ver la menor curiosidad de su parte, y que circularon únicamente sobre los objetos de su propia casa, oímos la campana, y el superior me dijo: Señor, nos llaman á comer. Yo no he asistido á la última hora del coro, porque

habia convenido con el padre de que le esperaba para iros á ver, vos os habeis dignado prevenirme. Si os dignais tambien de venir á comer con nosotros dareis mucho gusto á toda la comunidad.

Esta proposicion me sorprendió, yo no la esperaba, y me quedé un instante perplejo. No dejaba de conocer cuantas ventajas y placeres me proporcionaba este convite ; pero luchaba contra mi gusto un secreto sentimiento de mi indignidad. A pesar de esto me resolví, y despues de pocos momentos de suspension, le respondí, que me reputaba por muy feliz de que así me favoreciese. Salimos pues y fuimos juntos á una grande sala en que estaban las mesas preparadas. Los muchos padres que esperaban al Superior para que diera la bendicion me vieron sin sorpresa, y como acostumbrados á ver extranjeros ; pero todos me saludaron con un aire de benevolencia amistosa. El superior me hizo sentar á su lado, y se nos sirvió una sobria y suficiente comida.

Mientras todos comian un lector leia un libro que referia los hechos illustres de los santos ; pero yo no podia comer, atónito de verme en lugar tan poco merecido. Cuando yo consideraba que por la primera vez de mi vida me veia entre hombres de esta clase, entre santos que, queridos de Dios, eran objeto de su complacencia, entre ángeles en fin que se procuraban en la tierra la gloria que les esperaba en el cielo, sentia una especie de horror contra mí mismo ; pero percibia un consuelo en las gracias que Dios me habia hecho y en la resolucion de imitarlos.

Acabada la mesa fui con ellos á la capilla á dar gracias, y despues el superior y mi director me condujeron á la puerta de mi estancia, diciéndome que descansase ; pero yo supliqué al superior que pues se habia servido de iniciarme en su santa comunidad me permitiese el asistir á todos sus ejercicios. El superior me representó que podian ser penosos para quien no estaba acostumbrado ; pero, habiendo insistido, me lo concedió, añadiéndome que por acaso era aquel dia el de la recreacion, y que podia despues de vísperas ir á pasear á la huerta con los padres. Mi director me prometió venir cuando fuera hora para conducirme al coro, y me quedé solo. No te diré las reflexiones que entonces hice, porque me llama la consideracion de otras cosas.

Vino el padre á la hora, y cuando llegamos al coro ya le encontramos lleno de padres que se preparaban á cantar vísperas y completas ; pero, ¡ cómo te pintaré, Teodoro, la impresion que me hizo este espectáculo tan nuevo para mí ! ¡ No ! Yo no tenia idea de un culto tan respetuoso y tan augusto, de una reverencia tan verdadera y tan profunda. Parecia que aquellos varones, penetrados de la presencia del Dios de quien iban á cantar las alabanzas, olvidados de la tierra, elevaban al cielo sus corazones. ¡ Qué compuncion, Teodoro ! ¡ qué afectos en sus voces ! ¡ qué humildad en sus adoraciones !

Yo estaba como encantado. Me arrebatava el tono pausado y magestuoso con que cantaban los himnos y los salmos, me enternecia la uncion reverente con

que los espresaban ; el asombro , la ternura me sacaban lágrimas de los ojos. Yo me decia , ¿ cómo no penetrarán hasta el cielo ruegos tan puros , súplicas tan fervorosas ? ¡ Ah ! sin duda que estos son los que detienen el brazo de Dios contra los impíos. Esto es alabar á Dios dignamente. ¡ Desdichado el que no conoce esta senda de la gloria divina ! Acabado el oficio se pusieron todos de rodillas , y rezaron el rosario de María. Yo noté alguna diferencia en la espresion de sus sentimientos ; me pareció que hablaban á esta piadosa Madre con una confianza mas tierna y con la dulce cordialidad de hijos.

Luego que se concluyó el coro todos los padres salieron , y llegándose á mi el superior y mi director me dijeron : Hoy es día de huerta , todos van á ella á desahogarse y ejercitar la caridad y benevolencia reciproca , pues no lo pueden hacer entre semana. Yo fui con mis guías , y cuando llegamos á la huerta los vimos reunidos en diferentes grupos ó corros que se paseaban y conversaban entre sí ; pero desde que nos vieron se acercaron á nosotros , y nos saludaron con mucha urbanidad y cortesía. No se notaba en su porte exterior ninguna de aquellas afectaciones con que el mundo suele ostentar afectos de que carece. Era una benevolencia tranquila , pero sincera ; una cordialidad simple , pero franca. Se llegaron á mi con la misma confianza que si me hubieran tratado antes ; parece no veian en mí otra cosa que un hermano , un hombre como ellos , una criatura de Dios á la que debian amor y buena voluntad.

Yo pasé algun tiempo en su compañía , ya paseándome con unos , ya sentándome con otros , y oyéndolos á todos , no advertí en ninguno la menor indiscrecion ni curiosidad que me pudiese humillar. Sus discursos eran tan inocentes como sencillos ; la mayor parte tenia por objeto las cosas naturales que se presentaban , y yo observé que , aun cuando hablaban de la tierra , elevaban su espiritu al cielo , pues , si admiraban ó descubrian la naturaleza , era para levantar su corazon y sus pensamientos hasta su autor. Todas sus reflexiones iban á parar á la causa universal de todo bien , y por este medio hasta sus diversiones y recreos eran una incesante alabanza de nuestro Dios.

Yo estaba tan edificado como confundido de verme en tan santa compañía. Me acordaba de la sociedad en que habia vivido hasta allí , de la que tendrian actualmente mis amigos , y de la que yo tuviera sin un prodigio de la bondad divina. Estas ideas me producian una satisfaccion interior que jamas las diversiones profanas han podido inspirarme. ¡ Ay , Teodoro ! ¿ cómo me acordaba de tí ! ¿ cómo hubiera querido tenerte en mi compañía ! ¿ cómo deseaba que sintieras mis nuevos placeres , y que tambien te desengañaras de tus errores ! En estas y semejantes ideas se me pasaba el tiempo con la velocidad del relámpago. La campana avisó que era ya la hora de oracion , y volví con los padres al coro.

Allí se nos leyó el punto de meditacion , y hago memoria que fue de la muerte. Cuando se apagó la

luz y quedamos en tinieblas, yo quise sujetar mi espíritu á repasar las ideas que deben excitarnos á la preparacion de tan terrible lance, pero no podia. No estaba acostumbrado á recoger mis pensamientos. Por otra parte estaba tan lleno de los nuevos objetos que me ocupaban, que mi imaginacion los divisaba y corría por ellos. Yo mismo era un espectáculo para mí tan nuevo como increíble. Cuando volvía los ojos á considerarme, y me veía de rodillas, á oscuras y rodeado de tantas almas santas que habían consagrado á Dios una vida inocente, ó espíaban ligeras faltas con el rigor de tan larga y severa penitencia, apenas podía creerle, y veía en esta tan rápida como prodigiosa trasformacion de mi existencia toda la fuerza del poder divino y la estension de sus misericordias.

Algunos gemidos que se escapaban á aquellos inflamados corazones, y que eran lo único que interrumpía la perpetuidad de su silencio, me traspasaban el corazón. Me parecía que la magestad del Eterno estaba sobre las bóvedas, que venía al ruego de los santos que le invocaban, que llenaba con su presencia toda la amplitud de su templo, que, invisible escurdiñador de los corazones, penetraba el secreto de los nuestros; que, complacido con la inocencia de tantos justos, veía con horror la larga série de mis depravaciones. Esta idea me horrorizaba, y el grito secreto de mi corazón le decía: Dios de misericordia, si en estas almas santas ves candor, pureza y virtu-

des, ya por tu bondad ves en la mia dolor, arrepentimiento y deseos.

¡Qué hubiera yo dado por hacer á todo el mundo, y sobre todo á tí y á mis demas engañados amigos, testigos de esta muda y religiosa escena, en que el peor de sus iguales, convertido á su Dios, y puesto en su presencia, imploraba ya su piedad por sí y por ellos! Sí, Teodoro, á pesar del conocimiento de mi indignidad yo me atreví á dirigir mi corazón á este Dios bajo cuya mano me humillaba, y yo le pedí que usase contigo y los demas compañeros de la misma bondad que conmigo. Yo me atreví á decirle: Tú has escogido al peor de todos para hacerle vaso de tu misericordia; estiéndela, Señor, á tantos infelices. ¡Ah, Teodoro! si el ruego de un indigno puede llegar hasta su trono habrá llegado el mio.

Un instante me pareció aquella hora, jamas he sentido menos la sucesion del tiempo; yo creía que empezaba cuando la campana avisó que era hora de cenar. Volvimos otra vez todos á la sala en que se comía, y donde se nos sirvió una ligera refeccion. De allí volvimos á la capilla donde se dan las gracias, y donde se dijo una parte del oficio de María. ¡Pobre de mí! ¡pobre ignorante! Yo no pude decirle, porque no sabía nada; pero me uní de corazón con los labios que repetían las alabanzas de la grande Madre; yo la prometí aprenderle, y la pedí su proteccion. Este es el último de los ejercicios del día; luego que se acabó dos padres me llevaron á mi cuarto, me dieron las buenas noches, y se retiraron.

Quedé solo, Teodoro; pero me parece que Dios quedó conmigo. Yo me sentia algo fatigado de los movimientos de aquel dia. Me senté en una silla, y, sin saber como, los pensamientos que me cruzaban por el alma volvieron á ocuparme de tal modo, que pasé mucho tiempo en una especie de suspension que no sé si le llame éstasis ó embeleso. Ella era sin duda oracion, pues no me cansaba de dar gracias á Dios de mi nuevo estado. Este otro mundo tan diferente y tan desconocido que veía, esta especie de gentes de un órden tan nuevo como superior que yo habia despreciado tanto, y que ahora eran el objeto de mi envidia y de mi veneración, el inmenso intervalo que observaba de mí mismo en la diferencia de tan pocos dias, todo esto me llenaba de admiración y gratitud.

Sentia que mi corazón era otro, que mis ideas eran diferentes, que mis opiniones se habian mudado enteramente; sobre todo mis ojos me parecian otros, pues veía los objetos de otra manera muy contraria. Lo que antes me parecia hermoso y agradable me parecia ahora pérfido y odioso. El mundo, sus halagos y pompas, que tanto me habian encantado, me parecian ahora ilusiones mentirosas, prestigios engañosos; la virtud que me habia parecido tan necia me parecia la única ciencia verdadera; su austeridad se me habia transformado en dulzura, y su dureza en consuelo.

¿Cómo, me decia yo, ha podido mi juicio trastornarse de esta suerte? Era, Teodoro, porque ya

empezaba á juzgar no por las falsas máximas del mundo, sino por las del cielo; porque ya no me detenía en su engañoso esplendor, sino que penetraba su interior verdad. Ya tenia una regla que me debía conducir, y era el evangelio; ya no estimaba las cosas sino como Dios las estima, y no podia dejar de esclamar: ¡Pobre de mí! yo era un insensato, yo vivia descaminado de la senda de la verdad; pero me consolaba pensando que lo decia aun en tiempo.

Así pasé un gran rato; pero estos pensamientos mas me servian de consuelo que de pena; ya mi arrepentimiento no era amargo, ni mis remordimientos devoradores; mi tristeza se consolaba con esperanzas, y mi conciencia, aunque afligida, no me atormentaba. Salí de esta suspension para ponerme en el lecho; yo habia pedido al padre hiciese que el despertador de la comunidad me avisase tambien, porque mi intencion era seguirla en todos sus ejercicios. Acostéme pues encomendándome á Dios, para quien solo queria ya vivir, y así acabé este dia el mejor de mi vida, el único dia completo para mí, y en que he procurado vivir como cristiano. ¡Ah! Dios haga que los que me quedan que pasar sobre la tierra se le parezcan, y que acabe una vida que hasta ahora ha sido tan mala. A Dios, amigo.

## CARTA XXX.

EL FILÓSOFO A TEODORO.

Yo dormía, Teodoro, con blando y apacible sueño, cuando el despertador de la comunidad llamó á mi puerta. El primer pensamiento que tuve fue que estaba entre los brazos de un Dios que con su inmensidad lo abraza todo, y que me cubria con las alas de su piedad. Me vestí presuroso, pero, aunque con celeridad, cuando llegué ya estaba toda la comunidad en oracion, y esto sucedia siempre que iba al coro; pues por mas priesa que me daba siempre se adelantaban los padres, ¡tal era el fervor y diligencia de estos siervos de Dios! La oracion se tuvo como el día precedente, la mía fue algo mas sosegada; ya pude tranquilizar mas mi imaginacion, las ideas se me representaban con orden, y cada momento veia con mas claridad el abismo de que me habia sacado la Providencia.

Despues de la oracion se dijéron los maitines y laudes. Yo, pobre infeliz, humillado de mi ignorancia unia mi corazon con la pausada y magestuosa uncion con que recitaban los salmos; despues muchos de los padres bajaron á la iglesia á decir misa, mi director me previno que ya no la diria en la capilla, y que desde el coro la podia oír en la iglesia. Así lo hice, y cuando acabó de dar gracias, volvió y me dijo: Ahora van los padres á tener su conferencia de

moral, ejercicio muy útil para los confesores; me parece que nosotros podremos emplear mejor el tiempo, y si queréis iremos á vuestro cuarto, y nos ocuparemos en las cosas de Dios hasta que vuelven á llamar al coro; yo le respondí que estaba pronto á seguirle, y nos fuimos.

Pero apenas nos sentamos cuando el portero de la casa entró con Simón; el padre quiso retirarse, diciendo que lo hacia para que hablásemos con libertad; pero le representé que yo no tenia ningún secreto para él, y así se quedó. Simón me dijo que ya todo estaba segun se lo habia prevenido; que mis hijos y criados se habian trasladado á la casa de campo, que estaba ya proveida de todos los muebles y demas cosas necesarias para habitarla que así era dueño de ir cuando quisiera; que mis hijos y demas familia se consolaron mucho con la noticia que les dió de haberme hallado, y con la esperanza de que me verian prontamente; que le habian manifestado mucho interes y curiosidad de saber el motivo de tan larga y tan oscura ausencia; pero que él con arreglo á mis órdenes no les dijo nada, dándoles esperanzas que presto lo sabrian, y encargándoles al mismo tiempo no lo dijesen á nadie, porque así convenia.

Que por esta razon no habia visto ninguno de mis amigos, ocupándose solo en el objeto de su comision; que sin embargo habia sabido que el estrangero se fue á su pais, y que tú te mantenias bueno, haciendo tu servicio en el palacio, que estabas ya para concluir. Agradecí á Simón su zelo y diligencia, sobre todo

la exactitud con que habia guardado mi secreto ; y le añadí , yo hubiera deseado que no hubiera sido tan diligente ; me hallo bien aquí y no quisiera dejar esta casa tan presto.

El padre me respondió que Simon volvía oportunamente , pues ya cumplido el fin de mi detencion debia pensar en mis obligaciones particulares , cuales eran el cuidado de mi casa y familia. Yo le repliqué que así era ; pero que algunos dias mas que yo pasase en tan santa compañía no podian causar mucho perjuicio á mi casa , y me serian muy útiles para cumplir despues mejor con mis obligaciones ; pues el dia anterior en que fui testigo y compañero de aquellos angelicales varones me edificó sobre manera , excitando en mi corazon vivos deseos de imitarlos , y que algunos dias mas me serian muy útiles para fortificarme en estas disposiciones.

El padre me dijo , que yo era dueño de hacer lo que quisiera , y convenimos en que permanecería hasta el otro domingo , con lo que sentí un consuelo inexplicable , pues podia habitar una semana mas en esta casa de Dios. Volví á llamar á Simon , y habiéndole explicado mi resolucion , le mandé se volviese á mi casa de campo para asegurar á mis hijos que aquel dia me verian , y le encargué que él mismo volviese para conducirme.

Esta conversacion duró hasta que la campana volvió á sonar ; di orden á Simon de que se fuera , y yo volví otra vez al coro con el padre. Aquí debo advertirte , Teodoro , para evitar repeticiones , que pasé

pasé esta feliz semana la mas dichosa y la mas dulce de mi vida , acompañando á esta bendita comunidad en todos sus ejercicios diarios , sin mas diferencia que cuando los padres iban á la biblioteca á sus conferencias de moral , mi director venia conmigo á mi estancia , donde su santo zelo se ocupaba en sostenerme en mis buenas resoluciones y en darme reglas para la vida cristiana que me proponia hacer. Aunque estas conversaciones fueron varias yo voy á reunir aquí parte de lo que me dijo , ó á lo menos lo que hizo mas impresion en mi memoria ; porque debo añadirte que como tenia ocupado todo el dia no me quedaba tiempo para escribir.

La tarde de aquel dia me dijo el padre : Dios , señor , os ha hecho una gracia muy grande , muy rara , y debeis reconocer que poco merecida ; pero es necesario guardarla con el mayor esmero. La gracia de Dios es el único , el soberano de los dones ; pero le llevamos en un vaso frágil , y no hay afan ni cuidado que baste para no aventurarlo. Vos conocéis su importancia , vos me pareceis determinado á conservarle á toda costa , sabeis que este bien que se os ha dado tan gratuitamente os impone grandes obligaciones ; no perdais pues de vista los medios necesarios para sostener el santo y augusto carácter en que la bondad de Dios os ha restablecido.

Para esto os basta seguir con fidelidad lo que nos dicta tan claramente el evangelio. Todas las instrucciones que los confesores dan no os harán adelantar un paso en el camino de la virtud si perdeis este

gusto de Dios, este amor santo del recogimiento, y esta delicadeza de conciencia que nos hacen aprovechar con ardor cuantas ocasiones se nos presentan de meditar los años eternos, y renovar nuestro corazón en el seno de nuestro Dios. Solo este atractivo divino, esta inclinación filial que siente nuestra alma para cuanto nos recuerda la presencia de nuestro libertador y nuestro padre, nos pueden asegurar la estabilidad de nuestra virtud y sellar la firmeza de nuestra adopción para la gloria de Dios.

¿Sabeis, señor, porqué tantos hombres débiles, después de haber dado algunos pasos vigorosos en el camino de la virtud, desmayan y vuelven á precipitarse en el abismo? ¿y sabeis cuál es la causa de su desgracia que suele conducirlos á la eterna? No es la determinación súbita y espresa de su voluntad que se ha mudado de repente, es la relajación insensible y progresiva del cuidado y atención que ponían en recogerse á adorar y orar, como se tiene de ordinario al principio cuando se siente la dicha de haber recobrado la virtud. Vivid pues, señor, con la atención mas vigilante, y si alguna vez sentís que renace en vuestra alma la necesidad de espariros y correr tras de diversiones frívolas volved sobre vos mismo, deteneos, y consideraos como un hombre cuya imprudencia le ha vuelto á poner en el borde del precipicio de que habia salido con tanta alegría.

No digo por esto que sea un crimen distraerse, ó divertirse en las inocentes ocupaciones de la vida; pero digo que es muy mala disposición, y corre

mucho peligro el corazón á quien este movimiento y diversidad de placeres se hacen necesarios. Empieza á descaecer aquel que, cuando los concede á la flaqueza humana, ó á la decencia y necesidad de su estado, no tiene la esperanza de encontrar placeres mas sólidos y puros en el silencio de la vida doméstica ó en la soledad de su corazón. Porque entonces toda la fuerza interior se destruye en degradaciones insensibles, el alma vuelve á anudarse otra vez con todos los hilos con que se hallaba como atada á los objetos sensibles, el corazón se seca, el espíritu vuelve á perderse en sus fútiles pensamientos.

Aquella inmensa magestad, que con tanta actividad dirige todas nuestras acciones, va retirando una parte de su influencia y fuerza á medida que las ilusiones vanas se apoderan nuevamente de nuestra alma. En breve las serias y austeras verdades de la fe se alejan, se esconden y se desaparecen. Si alguna vez se nos presentan es á gran distancia, y como si fueran extranjeras; entonces los sentidos libres del freno que los contenía no necesitan ya mas que de su propio impulso para desviarse, para hacernos perder en un instante el fruto de nuestros largos gemidos y sumergirnos de nuevo en una miseria mas deplorable y desesperada que la primera.

Y así no hay cosa mas cierta que el recogimiento interior, ó sea el cuidado del propio corazón, es la primera basa de las virtudes, el mas importante esfuerzo del cristiano, y la única prueba segura de

la verdad y solidez de nuestra conversion. Siempre me ha causado estrañeza ver que hombres llenos de luces y de religion hablen de la vida interior como de un grado de perfeccion que no obliga á todos. Me parece que esto es trastornar el edificio de la fe, y decir que es el último punto de altura á que puede llegar lo que es su cimiento necesario.

Por eso dijo Jesucristo (1) « que el reino de Dios está dentro de nosotros mismos » ; y por eso la calma de los sentidos y el recogimiento de una alma que vive dentro de sí son esencialmente los preceptos elementares de la vida evangélica y la sustancia de las obligaciones del cristiano. Jesucristo nos arma contra todo lo que nos saca de nosotros mismos, para que, buscando el reino de los cielos por medio de las virtudes, logremos la mas alta y mas gloriosa empresa que jamas ha podido proponerse á los hombres, y en esto no hace otra cosa que prescribirnos la precaucion que cada hombre toma naturalmente en los negocios mas ordinarios de la vida.

Es tan cierto, señor, que este cuidado de huir del tumulto, y concentrarse en su interior es el primero y el mas natural movimiento del corazon, cuando se convierte á su Dios, que vos mismo podeis ser testigo de esta verdad. ¿ No es cierto que desde el momento en que vuestro corazon se hizo el trono de la gloria divina vos os habeis sumergido en él como en el único asilo que podia presentaros sólidos consue-

(1) *Luc, xviii, 21.*

los? ¿ no es verdad que habeis sentido que una luz extraordinaria brillaba enmedio de vuestra alma, y que os habeis encerrado con ella, sin que fuera menester que nadie os advirtiese de lo que debíais adorar? ¿ y que vos mismo fuisteis á buscarlo dentro de vos mismo, donde antes no lo podíais hallar? Yo confesé al padre la exactitud de su observacion, y continuó:

Es imposible, señor, que por mas sincera que haya sido la conversion, por mas eficaz que sea la disposicion del alma, pueda sostenerse largo tiempo en la pureza de la vida, si no se ayuda con los remedios cristianos, sobre todo con la oracion y vigilancia. Muchos convertidos piensan que les basta mudar de costumbres, y se contentan con la resolucion de no volver á pecar. Sin duda que esta es la primera disposicion; pero no reflexionan que para no volver á pecar no basta la simple resolucion, y que es menester reforzar la propia flaqueza con los medios que la religion nos enseña. El que no los practique tendrá contra sí todos los enemigos conjurados, el mundo con todos sus errores é ilusiones, el demonio con todas sus sugeriones y sus artes, la carne con todos sus atractivos y placeres, y su propio corazon con toda su corrupcion y su flaqueza. Para vencer tantos y tan poderosos enemigos es menester todo nuestro esfuerzo ayudado de la divina gracia; pero esta gracia no se da de ordinario sino al que por su parte tambien se esfuerza, se desvela, y la pide.

Se puede asegurar que por mas resuelto que esté

á mejorar su vida el convertido, si no se emplea en la oracion, la vigilancia, la buena lectura, los buenos ejemplos y los sacramentos, no tardará mucho tiempo en volver á peores y mas funestas relajaciones. Si vos pues no quereis recaer en tan fatal desgracia usad continuamente de todos estos devotos ejercicios. Dos grandes objetos deben ocupar vuestra atencion: el primero lo que debeis á Dios, y este le cumpliréis con los actos de vuestra religion y la obediencia de su ley; el segundo lo que debeis al prójimo, y esto se ejecuta cumpliendo con las obligaciones del estado y con las obras de misericordia.

Pero, para observar uno y otro, es indispensable reglar en cuanto se pueda toda la estension del tiempo, dando á cada día con regla y método lo que cabe en él con proporcion á nuestras obligaciones respectivas. Debeis pues reglar el vuestro dando á Dios todo lo que podais, sin embarazo de lo que vuestro estado exige, y siempre mirando á Dios en todas vuestras acciones; aun en vuestras recreaciones inocentes; el tiempo así empleado nos conduce á la eternidad, libra de tentaciones, afirma en la virtud y nos facilita los socorros del cielo.

Empezad pues por ofrecer á Dios las primicias del día, emplead la primera hora en adorarle y meditar su santa ley. No busqueis ni me preguntéis jamas el método que se debe observar en este ejercicio tan glorioso como consolador, no os sujeteis jamas á formas que no harian mas que cautivaros y turbaros en una accion propia del corazon y de los afectos. No

hay reglas para amar, y todo debe ser amor; todo es bueno, grande, heróico y divino cuando procede de una alma que no busca mas que á su Dios y que solo arde en deseos de unirse con él íntimamente.

El que ama adora, invoca, agradece, cree, espera, se arrepiente y hace cuanto debe hacer. El avaro está inmóvil en su tesoro, no habla, pero le mira y goza; Dios es el vuestro, señor; y si vuestro corazon se halla bien cuando se lo dice, repetídselo millares de veces, dejad que se abandone al atractivo de tan hermoso y puro sentimiento; cuando no le dijerais otra cosa, y que pasarais toda vuestra vida en penetraros de este único pensamiento, no la pudierais ocupar en mas perfecto y sublime ejercicio. Id á Dios en derechura, y buscad su bondad amorosa, como el niño busca la presencia del padre que ama y de quien necesita; el niño se inquieta por saber como se presentará al autor de sus días, no estudia lo que dirá á su padre, su ternura le basta, su amor le inspira el modo de explicar lo que siente, de pedir lo que desea.

Esta oracion de la mañana no debe ser mas que el principio de la de todo el día, porque todo el día debe ser una oracion continua. No olvidéis jamas que en cualquier parte que esteis Dios os está viendo, acostumbraos á no perder de vista esta imágen. La idea habitual de la presencia de Dios es el mayor estímulo del cristiano para elevarle á las mas sublimes virtudes, y el mas poderoso correctivo para fortalecerle contra las tentaciones; que todo lo que hagais, hasta

el comer y dormir, sea por Dios, porque Dios lo ha ordenado así, y porque son los medios que nos ha dado para recobrar nuestras fuerzas y volver al ejercicio de nuestras obligaciones.

Que de tiempo en tiempo, y en medio de cualquier ocupacion vuestro corazon se levante á Dios, que le mira, que le adore y le pida su socorro. Para que la oracion sea eficaz no es menester que sea larga, sino fervorosa. Decid como el profeta (1): « Mis ojos » estarán siempre delante del Señor, porque él » solo puede librarne de los riesgos en que estoy ». Este es el modelo de la buena oracion cuando el alma dirige constantemente al Señor la atencion de su espíritu y los afectos de su corazon, y cuando se presenta á su Dios como un infeliz rodeado de peligros, cercado de enemigos, y pone toda su confianza en la celestial proteccion.

La oracion de los hombres por lo ordinario es estéril, no porque es corta, sino porque es superficial, porque no es humilde, ó porque no es confiada. Estaba David siempre en presencia de Dios con todo su corazon, como un pobre que pide limosna, como un preso que ruega por su libertad, y con la confianza de que el Señor le libraría; si quereis pues que vuestra oracion llegue hasta el cielo, y no vuelva vacía, sea frecuente, fervorosa, humilde y confiada; así pidió el publicano del evangelio, y al instante quedó justificado. Desconfiad solo de vos mismo y de los

(1) *Psalm.* xxiv, 15.

enemigos que os rodean; los mas peligrosos son nuestras pasiones, pedid pues socorro contra ellas.

Esta especie de oracion es tan necesaria al justo como al pecador, porque el primero, á pesar de su justicia, sufre en sí mismo continuamente terribles tempestades, movimientos de concupiscencia que le combaten y malas inclinaciones que le afligen. El pecador está en un estado tan deplorable, que cada dia se agravan sus cadenas, se desordenan mas sus pasiones, y su conducta se endurece. ¡Situacion espantosa! ¡dichoso si alguno lo conoce y se humilla!

Buscad al Señor; esta palabra contiene grandes sentidos, y pocos conocen su estension. Buscad al Señor, desia Isaiás (1), ahora que se le puede hallar; todos deben buscarle, y mas los pecadores, que, por una dispensacion de la gracia, han salido de tan fatal estado y se sienten movidos á renovarse, sirviendo á Dios, dándose á la oracion, huyendo del mundo y entregándose al amor divino. Si no siguen con fervor esta voz interior que los llama corren mucho peligro, y deben temer que de la tibieza caerán en el pecado, y del pecado en la reprobacion.

Buscadle pues, y esperadle tambien. Si, á pesar de vuestros esfuerzos, no sentis la uncion de la gracia, no hay que abatirse ni desesperarse: paciencia, constancia, humildad, y el Señor vendrá; es fiel, y no engaña jamas; es inesplicable la confianza de los santos en el Señor: nada desean, nada temen ni es-

(1) *Cap.* lv, 6.

peran del mundo, porque para ellos su Dios es el todo.

Buscadle pues, señor, esperad en su benigna providencia, y, penetrado de un sentimiento vivo, habitual y profundo de la necesidad que tenéis de unir y encadenar vuestra flaqueza con esta grande fuerza en quien reside el principio de cuanto existe, buscadle con una vigilancia infatigable en alejar de vos lo que puede debilitar la impresion de las verdades eternas, y buscadle con una atencion continua á este pensamiento tan poco meditado como poco sentido, que el seno de Dios es tan necesario á la vida espiritual de nuestras almas como el de los rios á cuanto vive en ellos.

Despues de lo que debeis á Dios y á la religion nada sea para vos tan sagrado, tan precioso y tan querido como lo que debeis á vuestro estado y al lugar que ocupais en la sociedad. El cuidado de su alma no es otra cosa que cumplir con las obligaciones de su estado; y la exactitud con que se procura desempeñar los cargos que nos impone nuestra posicion social es tan esencial para la santidad, que Dios arroja de sí las adoraciones y sacrificios que le ofrecemos en los momentos destinados al servicio de nuestros hijos, familia ó compatriotas. Nada de lo que turba el orden puede servir á la virtud, y nadie puede glorificar á Dios con obras que, aunque buenas en sí mismas, se han hecho á costa de un tiempo que se debia á otro.

¡ Dichoso, señor, mil veces dichoso el hombre que

ama el estado en que vive! ; De cuantas penas, disgustos y fastidios lo libra esta disposicion preciosa! Pero solo la religion puede darla, porque sola ella da un precio infinito al cabal desempeño de las propias obligaciones, y por consiguiente ella sola puede inspirar que, aunque sean penosas, se cumplan con amor y con gusto. El buen cristiano se tiene por feliz cuando se oculta en el recinto de los encargos que la divina Providencia le ha señalado, porque sabe que allí solo es donde puede hallar los tesoros verdaderos; porque sabe que, aunque se aplique á las mas hajas y humildes ocupaciones, es mas grande á los ojos de Dios en su oscuridad que si se ocupara en el brillante afan de gobernar la tierra; porque sabe que está donde Dios quiere que esté, que hace lo que Dios quiere que haga, por consiguiente que está en la mas noble y honrosa situacion en que puede verse una criatura; y porque sabe en fin que en ese rincon oscuro donde Dios le tiene vive para aquel á quien el poder y la gracia pertenecen en el cielo y la tierra, y que cada instante de su duracion le gana un bien inmenso en la eternidad de su gloria.

Con esto debeis ver, señor, que los caminos de Dios son regularmente simples y llanos, y que para asegurar su salvacion no es menester recurrir á prácticas dificiles, ni hacerse un plan de vida sobre ideas nuevas y extraordinarias. La religion nos encuentra y nos deja en la sociedad, en nuestra familia y nuestro estado; no nos prescribe sino lo

que naturalmente debiéramos hacer todos los dias. Lo que únicamente pretende es elevar nuestras ideas, purificar nuestros motivos, y hacernos felices, imprimiendo á nuestras intenciones un carácter de sublimidad que las haga útiles á nuestro interes eterno. Querer abrirse caminos nuevos y singulares suele ser una especie de fausto y ostentacion que ofende á la modestia evangélica y degrada la verdadera penitencia.

El discipulo de Jesucristo teme todo lo que puede distinguirlo; su mayor seguridad consiste en hacer las cosas mas comunes con miras superiores y divinas, desempeñar las obligaciones mas ligeras con un corazon magnánimo y entero, y practicar en su casa ó en el santuario del Señor lo que la religion le prescribe; pero de manera que nadie entienda sino lo que basta para el buen ejemplo. Entonces todo es verdad y sustancia en sus acciones, todo es espíritu y vida en su interior, y, sin separarse del modo regular de vivir de los otros hombres, le distingue Dios con un carácter que le eleva sobre las Dominaciones y los Tronos.

Considerad, señor, la muger fuerte de quien el Espíritu Santo hace tanto elogio en los sagrados libros. ¿Dónde la encontraremos? dice: El que la halle la debe admirar y colmar de alabanzas; todo el oro y las riquezas de la tierra no pueden compararse con el valor de tan raro tesoro. Oyendo tan ponderado elogio se persuadirá alguno que habla de una criatura extraordinaria, de una persona

destinada á asombrar el universo con prodigiosas y singulares acciones; pero no es así, y, para que ninguno se engañe, el Espíritu Divino se apresura á explicarnos los titulos de su mérito y grandeza.

Nos la retrata, diciendo (1) que está encerrada en su casa y aplicada á todos los negocios domésticos de su administracion interior; que está en todo, que cuida de todo, que hace que todo esté en orden, y que en los intervalos que la dejan la direccion de sus negocios, el cuidado de sus hijos y los afanes de sus criados, trabaja con su industriosa mano la lana y el lino; que mientras su esposo ejerce en la ciudad graves funciones, sosteniendo con dignidad un carácter público en el senado con los grandes, ella se divierte con un trabajo sosegado, pero útil; pues no se desdenea de manejar la rueca con sus manos.

Esta pues es una muger que no se distingue en lo exterior de las mas regulares ciudadanas, que sin meter ruido vive en la paz y silencio de su casa, que camina en presencia del Señor con la inocencia y simplicidad de su corazon; y esta es la que en el último de los dias nadará en la alegría, la que por en medio de la innumerable muchedumbre de generaciones se levantará con tierna y noble confianza ante el terrible tribunal, cuyo formidable aparato hará temblar todos los potentados de la tierra; y ella tomará su lugar en la ciudad de Dios entre los héroes de la gracia y de la eternidad.

(1) *Proverb.* xxxi, 10.

No, señor, el espíritu y los preceptos de la fe no presentan nada que pueda desalentar y sorprender á los que conservan alguna impresion natural de todo lo que es virtud, orden y cordura. Nuestra propia conciencia da testimonio á la verdad, y siente la necesidad y la justicia de la moral del evangelio. Cuando meditamos con buena fe no podemos dejar de conocer que esta moral es hecha para el hombre, y la que le puede ser mas ventajosa, y que, aun cuando tuviera un origen menos augusto, no pudiéramos buscar regla mejor para nuestra vida y costumbres. Se pudiera decir que esta moral pura no hace otra cosa que volver á conducir á nuestra razon y corazon á su propio centro, haciendo revivir en nuestras almas las luces y principios que habian nacido con nosotros. Lo único que hay en ella de extraordinario y asombroso es en nuestro favor y para el lógro de nuestros deseos mas fervientes, pues es la revelacion y promesa de un destino eternamente feliz, que sin ella nunca hubiéramos podido conocer ni esperar.

La sabiduría eterna no descendió á la tierra para enseñarnos á hacer milagros, ni para que hiciésemos obras portentosas. « La gracia de un Dios Salvador, » dice San Pablo (1), vino á resplandecer en medio » de los hombres para enseñarles á arrojar lejos de » ellos toda impiedad y todos los deseos groseros de » las pasiones y sentidos, á vivir en la tierra con so-

(2) *Ad Tit., II, II.*

» briedad, justicia y caridad, esperando el cumpli-  
» miento de la dichosa esperanza y el advenimiento de  
» la gloria del gran Dios y Salvador nuestro Jesucristo,  
» que se sacrificó por nosotros á fin de purificarnos  
» de toda mancha y consagrarse un pueblo escogido,  
» que no se aplicara sino á la práctica de lo que es  
» bueno, justo y honesto». Estas pocas palabras incluyen la mas sana y mas ilustrada filosofía que se ha presentado jamas á los hombres, y no tienen otra cosa que sea religiosa y sobrenatural, que añadir una sancion divina y prometer una eternidad de gloria á acciones y sentimientos que residen naturalmente en el corazon de todas las personas honradas, elevándolos á tan alto fin.

Ved aquí pues el compendio de toda la religion cristiana : amar á Dios sobre todo y mas que todo, adorar al Criador del universo por su divino Verbo, obedecer la santa ley que este promulgó en el evangelio, creer todo lo que la Iglesia su esposa, á quien asiste, nos enseña, practicar todos los actos del culto que nos prescribe, hacer profesion pública de este culto, amar por Dios á todos los hombres como hermanos é hijos del mismo padre, ejercer con ello todas las obras de misericordia, y cumplir con todas las obligaciones del estado en que nos ha puesto, sean altas ó bajas, penosas ó agradables. Todo esto es fácil y dulce á las almas sostenidas de la gracia; pero muy áspero y difícil á la naturaleza corrompida. El consuelo del cristiano es que esta gracia se pide y se obtiene, que Dios la da siempre al que la

implora, y este es el ejercicio de la oracion; tambien sabe que Dios no la niega á quien humildemente se la pide, y este es el necesario afan de la vigilancia cristiana. *Velad y orad*, decia Jesucristo, y en estas palabras está encerrada toda la doctrina de la vida.

Muchos caminos conducen á este término. Uno de los mas trillados, y que conduce mas presto, es la meditacion continua de la muerte y de la eternidad que la sucede. No hay asunto de tan grande importancia, pues sabemos que la vida presente acabará presto, que nuestra alma está ahora en nuestro cuerpo en estado de prueba, y que luego llegará el dia en que Dios la juzgará segun sus obras; el tiempo comparado con la eternidad es menos que un instante. Los bienes de la tierra, honores, riquezas, placeres, salud, y cuanto la imaginacion presenta, son menos que la nada cuando se comparan con la gloria que nos espera; es imposible que un hombre racional pueda estar contento de sí mismo cuando emplea toda su aplicacion y afan en obtener bienes tan frivolos y que duran tan poco; nosotros quisiéramos ser siempre felices, pero, como la muerte es inevitable, debemos mudar nuestras ideas y buscar una felicidad que no pueda quitársenos.

La muerte es justa cuando rompe nuestros designios, pues son desarreglados; y, lejos de oponerse á nuestra dicha verdadera, es ella la que nos conduce á la felicidad eterna; su pensamiento solo nos hace despreciar lo que no merece aprecio; ella es la que levanta

levanta el velo, y descubre la perfidia y falsedad de los bienes sensibles; ella es la que nos hace conocer todo el precio y realidad de los bienes eternos, y nos los acerca tanto, que á su vista los otros se desaparecen. El cuerdo quiere en todo tiempo desengañarse y ver la verdad; pero el insensato y el carnal se complace con la ilusion.

El perezoso quiere dormir, y con tal que sus sueños sean agradables no pide mas. Si la muerte viene á despertarle se espanta y se confunde; no ha considerado que el tiempo que ha dormido era el que se le habia dado para adquirir una felicidad eterna. El vicioso prefiere relámpagos de gozo á placeres sin término; conoce la alternativa de las penas ó las recompensas eternas; no duda que su alma es inmortal, y, cuando dudara, la duda sola debia obligarle á tomar el partido mas seguro; pero su estupidez es tan increíble como inescusable, vive como si no debiera morir, abraza el estado sin pensar en la muerte; entre los motivos que le determinan la eternidad no entra en la cuenta. No es posible conciliar esta ceguedad con el insuperable amor que tenemos de nuestro bien.

Es que somos como los niños, á quienes los objetos presentes arrebatan y determinan sus movimientos; los objetos distantes, por grandes que sean, no les interesan, las amenazas de lejos no los intimidan; pero si una espina les pica, si un insecto les muerde, entonces se afligen: tal es el imperio de los sentidos y tan débil la razon; para ver bien los objetos es nece-

sario que la razon se fortifique y que el espíritu se estienda, esto se consigue por la meditacion; de lo presente pasa á lo futuro, de lo que tiene cerca á lo que ve distante; con la comparacion que hace de las cosas se excitan el temor y la esperanza. Lo futuro se le hace presente, y no teme sufrir en el momento rudas penas por librarse de otras mucho mayores que le amenazan.

La desgracia es que toda la estension de su vista, circunscripta en la esfera del tiempo, no se avanza hasta mas allá de los siglos: los mas de los hombres trabajan hasta los treinta años para descansar en la vejez, porque ven viejos pobres, y no quisieran serlo: esta vista les convence que un día serán viejos; pero estos mismos se quedan siempre niños cuando se trata de los bienes eternos. Su vista no va tan adelante, no se detienen á considerarlos, no piensan que merecen ser preferidos á los que estan gozando con placer; y ved aquí porque la eternidad no entra en los motivos de sus deliberaciones. La eternidad sin embargo es la luz que puede alumbrarnos en la oscura carrera de la vida, y conducirnos á esta felicidad por que tanto suspiramos.

Esta idea de la eternidad es la que excita la del temor de Dios, y este es el que puede seguramente afirmar los pasos del hombre por cualquier vereda que camine. Este es el que puede procurarle los verdaderos bienes, la paz del alma en este mundo y la posesion de Dios en el otro; el que penetra bien el corazon del hombre descubre una grande verdad, y

es que solo el temor de Dios puede hacer que él no sea doble, astuto, hipócrita y mentiroso. Sin duda que hay en estos vicios diferentes grados; pero tened por cierto que el hombre, aunque sea de suyo recto y sincero, si no tiene temor de Dios, dirá y mil veces hará muchas cosas contra la verdad.

Cuando no hiciera otra cosa que estimarse mucho, y tener grande opinion de su imaginaria virtud, ya se mentiría á sí mismo; pues que ninguno tiene mérito propio, y todo nos viene de Dios. Los Gentiles que han sido mas estimados por su rectitud, como Sócrates, Caton, Marco Aurelio, Epicteto y otros, no dejaban de tener algun temor de la Divinidad, y con todo el que hubiera podido examinar por dentro su virtud hubiera visto muchos defectos de sinceridad; tan cierto es que la verdad no puede habitar en un pecho en que no habita el temor de Dios.

Dios os ha dado un nacimiento distinguido, y muchos bienes de la tierra; dad gracias á su providencia; pero sabed que con los bienes os ha dado muchos cargos y muchos peligros. Los profanos pueden mirar como una paradoja que sea mas útil poseer pocos bienes que muchas riquezas; pero el cristiano sabe que la medianía, y aun la pobreza misma, cuando está unida con la justicia, vale mas que las grandes riquezas, cuando se usa mal de ellas. El pobre, si es justo, junta tesoros para el cielo, y el mas rico hace mas profundo el abismo de su perdicion. Los Gentiles conocieron las ventajas de la mediocridad; pero, como no tenian idea de la verdadera virtud, su de-

sinteres nacia del orgullo ó de la extravagancia ; porque á la verdad para el que no tiene otras esperanzas que las del mundo la abundancia es mejor que la escasez , pues con ella se procuran todas las comodidades de la vida ; pero los ojos de la fe ven de otro modo , y Jesucristo dijo que era muy difícil á los ricos entrar en el reino de los cielos.

Si las riquezas se juntan con los vicios , entonces no solo será difícil , sino imposible , porque , como dice el profeta : Los brazos de los impíos serán rotos ; esto es , todo su poder será destruido. En vez de que Dios sostiene al pobre con su misericordia , el impío , el poderoso y opulento á la hora de la muerte se verá despojado de todo ; y el justo , abandonando lo poco que tenia en la tierra , irá á poseer inagotables tesoros en el cielo. Quizá , señor , si se nos diera la eleccion cuando nacemos , debiéramos escoger la pobreza ; con ella tendríamos menos riesgos , menos pasiones , mas ocasiones de méritos y mas semejanza con nuestro Redentor.

Pero , como Dios es quien reparte los bienes , si nos hace nacer con ellos debemos adorar su providencia , aunque temblemos de nuestro peligro. No olvidemos que no somos propietarios sino ecónomos que , tomando para nosotros solo lo necesario , debemos dar lo restante á los que no tienen , y que solo el buen uso de las riquezas puede trasformar en un antidoto el veneno , haciendo que ellas mismas nos sirvan de escala para el cielo.

Huid , señor , á toda costa y con esfuerzo varonil

toda especie de mala compañía ; no hay contagio tan rápido y pestilencial , no hay fuego voraz que con tanta violencia lo destruya todo ; este es el principio mas funesto , la mas emponzoñada fuente que corrompe en el mundo las costumbres ; y advertid que hay tres especies de malas compañías : la primera la que se tiene personalmente con los malos , cuando se les trata y se vive con ellos ; la segunda la de los libros perniciosos : el hombre mas austero y retirado del mundo corre peligro con las malas lecturas , en un instante puede perder cuantos principios de fe y buenas costumbres habia adquirido , dejándose seducir de los sofismas de los incrédulos ó libertinos ; la tercera es la de sus propios pensamientos , si se les da entrada en un corazon desocupado que no vela en su custodia.

El enemigo comun aprovecha las ventajas que le presenta una imaginacion fecunda en ilusiones é imágenes impuras ; el espiritu se deja arrastrar por esos objetos seductores , cuando la voluntad se abandona á tan falaces guías ; las malas compañías exteriores no son peligrosas , sino porque seducen á la íntima que tenemos en nuestros propios pensamientos ; es menester decir de ellos , de las gentes y de los libros , lo que decia David á Dios (1) : « Señor , no quiero » tener ninguna sociedad con los vanos é injustos , ni » sentarme con los impíos y malignos ». Sin esta resolucion eficaz y constante seremos orgullosos , vanos y satisfechos de nosotros mismos , injustos

(1) Psalm. xxv , 4 , 5.

con el prójimo, malignos en nuestros juicios, y flojos, impíos ó indiferentes en lo que interesa al servicio de Dios.

Este, señor, es el artículo mas importante y el punto en que debéis insistir con una determinacion que jamas vacile. Alejad de vos sin demora todo mal pensamiento, todo mal libro; pero mas aun á todo hombre vicioso ó corrompido que no teme á Dios. Si Jesucristo nos manda sacarnos el ojo, cortarnos la mano ó el pie que nos escandaliza, ¿cuánto mas debemos alejar de nosotros todo mal ejemplo? Esta obligacion es mas estrecha en un padre de familia, pues debe á sus hijos buen ejemplo y educacion; nada puede viciarla tanto como los malos ejemplos, y el afan de muchos años en la instruccion de un jóven se malogra en un instante con la seduccion de un perverso; tiene criados, y no solo debe ser espejo suyo con su arreglada conducta, sino cuidando tambien que vivan como cristianos. San Pablo decia que el que no cuida de sus domésticos es peor que el infiel; estas son almas que la divina Providencia ha puesto á su cargo, y de que dará cuenta estrecha. Tiene amigos, y si son viciosos no harán mas que corromperle á él mismo, ó á lo menos corromper su familia.

El que conoce la flaqueza de la naturaleza degradada no puede ignorar la fuerza poderosa del mal ejemplo; uno solo puede bastar para derribar en un instante todo el edificio que en muchos años habia levantado la virtud, uno solo puede corromper una sociedad de santos, uno solo puede destruir todo el

fruto de una larga y laboriosa educacion, uno solo puede introducir el vicio y la muerte en una familia desde largo tiempo cristiana y arreglada. En fin no hay peste tan mortífera y que comuniqué su infeccion con tanta rapidez como se propaga el vicio en nuestro débil corazon.

Sed pues inexorable contra todo lo que pudiera esponeros y esponer á cuanto os rodea á tanto daño; esconded á los ojos de vuestros hijos y familia todo ejemplo que pudiera tentarlos; apartad sus ojos de todo discurso que los pudiera seducir: les debéis buen ejemplo, instruccion y enseñanza; pero debéis cuidar tambien y con gran vigilancia que nadie pueda destruir lo que vos edificais.

Vos debéis suponer que, no habiéndoos procurado en vuestra vida pasada criados cristianos ni amigos virtuosos, estais en nueva obligacion de examinar su conducta y de reparar este mal con el mayor esmero. Que vean en vuestras acciones otro modo de obrar; y que vuestros discursos les manifiesten otro modo de pensar; pero, antes de convertirlos con las palabras, dejad que hablen vuestros ejemplos, y que vuestra conducta práctica sea la primera de las exhortaciones. Si esto no basta procurad persuadirlos con zelo, pero con dulzura y prudencia; y cuando esto no bastare, no hay que detenerse; alejadlos de vos y de la parte de sociedad que la Providencia os ha confiado.

Por otra parte, señor, reflexionad que el que no teme á Dios, así como no puede ser buen padre ni

buen hijo, tampoco puede ser buen amigo ni buen criado. ¿Cómo os guardará fidelidad el que no la guarda á su Dios? Sin el temor de Dios no hay freno que pueda detener á los hombres desde que las pasiones los excitan ó el interes los tienta. ¿Quién puede responderos de un criado cuando el amor propio le seduce á un delito secreto que espera dejar escondido, si la propia conciencia y la idea de un Dios vengador no le detienen? ¿y cómo podeis contar con el amigo? ¿cómo podeis confiar vuestros secretos y el honor de vuestra casa á un hombre que, cuando una pasion le arrebatá, no puede hallar en la religion un freno que le contenga? ¿cómo podeis esperar que los intereses de su fortuna y de su corazon no sean preferidos á los vuestros?

Desengañaos señor; no es posible hallar buenos amigos ni buenos criados, sino entre las personas que temen á Dios y viven arregladas á los principios de la religion. El mundo presenta muchos hombres que se distinguen en el arte de hacer demostraciones de amistad; nada es mas persuasivo que su estilo, nada mas seductor que sus caricias. Los imprudentes persuadidos de su propio mérito se dejan engañar; pero nada es mas frívolo ni mas falso: á la mas ligera ocasion de interes propio todas estas protestas se deshacen como humo: por el contrario, no hay mas sincera amistad que la del cristiano; es hombre de bien porque el Dios de verdad lo prescribe así. El mundo puede darnos aduladores, compañeros del placer y del desórden; pero la virtud sola da amigos verdaderos. Por otra parte nada hay que nos inflame mas en el

deseo de servir á Dios con fervor que el comercio y trato de las buenas conversaciones que tenemos con ellos; son una especie de oracion continua, un ejercicio habitual de adoracion y amor; nuestro corazon se purifica y abrasa. Nos encendemos en su mismo fuego, y salimos llenos de ardor para renovar nuestra oracion y presentar á Dios los ejercicios de nuestro culto. ¿Cómo podeis esperar este efecto, no digo de los malos y escandalosos, sino de aquellos que viven en el siglo entregados á las sociedades profanas? ¿qué sentimientos pueden llevar estos hombres al templo del Señor? ¿cómo pueden oír las alabanzas de Dios, penetrarse de la idea de su grandeza y comunicarla á los demas fieles? ¿qué figura pueden hacer en las juntas de la religion? Lejos de enseñar á los pueblos á celebrar las maravillas de Dios, les dan el ejemplo de la inmodestia, de la dissipacion, sin contar el fausto que ostentan á los pies de un Dios crucificado.

Si quereis ser bueno, vivid con los buenos; si quereis que vuestra familia sea arreglada, no dejeis en ella ninguno que la desordene; si quereis tener criados fieles, escogedlos entre los que temen á Dios; y si quereis amigos sinceros, elegid á los que aman y respetan la religion. Es menester ser buen cristiano para ser bueno en cualquier otra linea; solo los que profesan con sinceridad el cristianismo pueden ser fieles, honrados y seguros.

El verdadero cristiano reúne dos calidades que parecen opuestas; sabe conciliar los inevitables

males de la vida con la paz del corazón, con la alegría interior y contento del alma. Es rico en la pobreza, y dueño de todo sin poseer nada. Se consuela cuando vive, porque viviendo tiene tiempo para amar á su Dios; y desea morir para gozar de su Dios eternamente. Todo su tesoro, todos sus conocimientos y todos sus amigos estan en el cielo. Procura ser útil á sus hermanos en la tierra, á lo menos pide por ellos. Sus mejores y mas frecuentes alimentos son la oracion y la sagrada comunión, fuentes inagotables de riquezas. Sabe la vida de Jesucristo, y la estudia sin cesar para imitarle. Este es el primer estudio que le ocupa, y el que le encanta, le eleva y le consuela. Habla poco, pero siempre con dulzura, caridad y cordura. Incógnito al mundo no desprecia á nadie, solo piensa en servir á Dios y en imitar á Jesucristo; siente no haberle conocido mas pronto y no haber consagrado á su amor todos los instantes de su vida.

Ved aquí, señor, los hombres á quienes debéis asociaros, si quereis no desviaros jamas de las sendas de la justicia. Ved aquí los hombres que debéis escoger por compañeros, amigos y criados; y yo os aseguro que no solo os serán útiles para sostener vuestra virtud, sino que tambien os libraréis de muchos disgustos y tendréis todos los consuelos que se conceden á los hombres en la tierra. Otras muchas cosas me dijo el padre en el discurso de esta feliz semana. En mi primera te contaré lo que me sucedió despues. A Dios, Amigo mio.

## CARTA XXXI.

EL FILÓSOFO A TEODORO.

ACABÓSE por fin y con dolor mio, amigo Teodoro; aquella bienaventurada semana, la mejor y mas dichosa de mi vida, semana como yo deseaba que hubiera sido todo el tiempo de mis dias infames. Toda entera se me hizo un soplo, y cada dia que pasaba me afligia con la idea de que me quedaba uno menos. Yo no hubiera imaginado jamas que dias pasados en ejercicios devotos, sin ninguna mezcla de distraccion y entretenimientos, corriesen tan rápidos, se pasasen tan sin sentir, y fuesen mas agradables que los que se pasan en el mundo en medio de sus placeres y delicias.

Empecé, amigo mio, á comprender por esperiencia propia (que es la mejor manera de comprender bien) cuan engañados viven los hombres del siglo que buscan tan en vano la felicidad donde no se halla. ¡O cuánto yerran cuando se figuran que la virtud es austera, y que los ejercicios de la devoción son penosos á los que los practican! ¡error deplorable que da tantos sectarios á los vicios! Pero por mi dicha solo la esperiencia me ha enseñado que la vida cristiana y ocupada es mas agradable, y que los que viven en el retiro, en la inocencia, y con la esperanza de la vida eterna son mas felices aun en la

males de la vida con la paz del corazón, con la alegría interior y contento del alma. Es rico en la pobreza, y dueño de todo sin poseer nada. Se consuela cuando vive, porque viviendo tiene tiempo para amar á su Dios; y desea morir para gozar de su Dios eternamente. Todo su tesoro, todos sus conocimientos y todos sus amigos estan en el cielo. Procura ser útil á sus hermanos en la tierra, á lo menos pide por ellos. Sus mejores y mas frecuentes alimentos son la oracion y la sagrada comunión, fuentes inagotables de riquezas. Sabe la vida de Jesucristo, y la estudia sin cesar para imitarle. Este es el primer estudio que le ocupa, y el que le encanta, le eleva y le consuela. Habla poco, pero siempre con dulzura, caridad y cordura. Incógnito al mundo no desprecia á nadie, solo piensa en servir á Dios y en imitar á Jesucristo; siente no haberle conocido mas pronto y no haber consagrado á su amor todos los instantes de su vida.

Ved aquí, señor, los hombres á quienes debeis asociaros, si quereis no desviaros jamas de las sendas de la justicia. Ved aquí los hombres que debeis escoger por compañeros, amigos y criados; y yo os aseguro que no solo os serán útiles para sostener vuestra virtud, sino que tambien os libraréis de muchos disgustos y tendréis todos los consuelos que se conceden á los hombres en la tierra. Otras muchas cosas me dijo el padre en el discurso de esta feliz semana. En mi primera te contaré lo que me sucedió despues. A Dios, Amigo mio.

## CARTA XXXI.

EL FILÓSOFO A TEODORO.

ACABÓSE por fin y con dolor mio, amigo Teodoro; aquella bienaventurada semana, la mejor y mas dichosa de mi vida, semana como yo deseaba que hubiera sido todo el tiempo de mis dias infames. Toda entera se me hizo un soplo, y cada dia que pasaba me afligia con la idea de que me quedaba uno menos. Yo no hubiera imaginado jamas que dias pasados en ejercicios devotos, sin ninguna mezcla de distraccion y entretenimientos, corriesen tan rápidos, se pasasen tan sin sentir, y fuesen mas agradables que los que se pasan en el mundo en medio de sus placeres y delicias.

Empecé, amigo mio, á comprender por esperiencia propia (que es la mejor manera de comprender bien) cuan engañados viven los hombres del siglo que buscan tan en vano la felicidad donde no se halla. ¡O cuánto yerran cuando se figuran que la virtud es austera, y que los ejercicios de la devoción son penosos á los que los practican! ¡error deplorable que da tantos sectarios á los vicios! Pero por mi dicha solo la esperiencia me ha enseñado que la vida cristiana y ocupada es mas agradable, y que los que viven en el retiro, en la inocencia, y con la esperanza de la vida eterna son mas felices aun en la

tierra que los que se entregan á las p rfidas dulzuras del placer.

Así lo ha dispuesto Dios, y la razon alcanza que así es. El hombre siempre ansioso   insaciable de felicidad, desde que empieza   buscarla donde no la puede hallar, desde que ha errado el camino   cada paso que da se extravía mas. Un placer engañoso que no le ha satisfecho,   que le ha saciado, es un nuevo estímulo para buscar otro que no le satisface mas   que no le sacia menos. La ociosidad, que no piensa mas que en llenar aquel vacío del corazón, la necesidad de buscar sensaciones dulces, para que le saquen de aquel letargo, y el falaz aspecto de placeres nuevos que prometen lo que no cumplen, enredan al alma en una complicada y sucesiva cadena de errores y deseos que la precipitan de vicio en vicio.   Dichoso aquel   quien una luz temprana le ataja antes que se despe e, y le descubre el verdadero camino de la felicidad!

Entonces distingue mejor los objetos, entonces alcanza   ver el término de la dicha, reconoce el camino que conduce   ella, y le sigue con ardor y sin peligro. Este es ya el único deseo que le ocupa. Arroja de sí la ociosidad; el tiempo que le pesaba antes tanto, que procuraba enga arle   costa de su inocencia, entregándose   los placeres rápido de los sentidos, era la causa verdadera de todo su desórden; ya lejos de sobrarle no le basta para las ocupaciones serias, y le llena todo con la satisfaccion de saber al fin del día que le ha empleado bien.

Los mismos ejercicios que parecen tan insoportables al profano son los que contribuyen mas directamente   su felicidad, y   que se le pase el tiempo sin sentir; porque los que se destinan   llenar en compa a de otros, y en prácticas de virtud todas las horas de su existencia, hallan en ellas mil ventajas que no pueden tener los que viven entregados   sí mismos; y estas ventajas son tan visibles, que la razon y sana filosofía debieran reconocerlas aun sin las luces de la religion.

Los Cristianos que, unidos entre sí por la misma fe y la misma esperanza, marchan juntos al término que buscan recíprocamente se refuerzan. Solo con estar ocupados y tener todos los momentos del día distribuidos en devotos pero varios ejercicios destierran la ociosidad, y con ella los vagos   los malos pensamientos, que son padres de las acciones delincuentes.

La suave fatiga del día les procura un apacible sueño, que los preserva de muchos peligros, porque los aleja de su imaginacion. El m tuo ejemplo los fortalece, las continuas instrucciones los sostienen, y la santa emulacion los anima. Por eso las sociedades voluntarias y cristianas, lejos de ser un trabajo de que deba afligirse la naturaleza, no son otra cosa que medios prudentes y bien entendidos, que la razon, inspirada de Dios, ha inventado para ayudar   su flaqueza, para socorrerla, y hacerla mas fáciles los caminos del cielo.

Nada de esto habia yo comprendido hasta que v 

esta santa comunidad, y no solo lo comprendí, sino que lo sentí y esperimenté. Aquellos pocos dias se me pasaron como un relámpago; y no se me escondia que si esto sentia yo en mi corazon, sentirian mejor en el suyo este efecto divino aquellos varones santos que habian merecido mayor gracia, y que por una larga costumbre estaban mas habituados á sus sagrados ejercicios. Pero tampoco era posible dudarle, y me lo hacian ver con evidencia el zelo ardiente, la dulce alegría y la presurosa puntualidad con que los practicaban. Su ejemplo hizo tal impresion en mi alma, que á pesar de mi corrupcion y mis vicios me reconocí lleno de ardor de imitarlos.

Cuando los veia correr con tan alegre actividad á todos los establecimientos de su regla, me decia á mí mismo: ¡ Dichosos vosotros, que despues de haber pasado tantos años en la inocencia continuais siempre en buscar á vuestro Dios con tantas ansias! ¡ dichosos vosotros, que dais cada dia tantos pasos hácia la gloria en que vuestro Dios os espera! ¡ y dichosos también, porque con menos riesgos y penas que los mundanos habeis hallado la senda menos áspera, y que un dia os encontraréis á las puertas de vuestra feliz eternidad sin haber sentido el peso de la vida!

Inflamado con estas ideas, se las comuniqué á mi santo conductor uno de los primeros dias de aquella feliz semana, y le pedí alargase mas el término de mi residencia en su santa casa. Él me respondió: Me alegro, señor, de veros en tan santa disposicion. Dios nos favorece mucho cuando nos hace conocer

las ventajas de la virtud. Para amarla es menester conocer que es amable; pero unas virtudes son mas propias de unos estados que de otros, y la santidad no es otra cosa que cumplir cada uno con las obligaciones del suyo. Estos padres, á quienes Dios hizo la gracia de sacarlos del mundo, no han dejado en él nada que les obligue á fijar allí su atencion. Libres de todo cargo han venido aquí á buscar á Dios; se han sujetado á las prácticas que les impone la regla, y su virtud consiste en su observancia.

Pero vos, á quien el cielo hizo señor de vasallos, y le dió hijos, criados y amigos, teneis otras obligaciones, y vuestra virtud será cumplir con ellas. Ya os habeis reconciliado con Dios, ya habeis sosegado vuestra conciencia; esto era lo esencial: así ahora debeis volver á vuestra casa y arreglarla, pensar seriamente en la educacion de vuestros hijos, cuidar de vuestros criados, y entablar una vida cristiana; y, si teneis proporcion, instruir y persuadir á vuestros amigos las verdades de la religion que Dios os ha mostrado, y sobre todo enseñar á todos con vuestro ejemplo la práctica del evangelio.

Ved aquí, señor, las virtudes de vuestro estado y circunstancias. ¿Y quién sabe los designios de la Providencia en vuestra conversion? No es posible errar cuando se sigue el camino que nos indica el cielo por la situacion en que nos pone, en vez de que la senda que escoje nuestro arbitrio puede ser obra de la ilusion ó del amor propio. Dios no estima estas virtudes momentáneas que produce un fervor

súbito, y que despues suele entibiar el tiempo, y solo ama las que son estables y prudentes, las que la razon aprueba y que el propio estado exige.

Lo único que quisiera aconsejaros es que pues estais resuelto á pasar esta semana con nosotros, la aprovecheis para prepararos de nuevo, y recibir otra vez, el domingo, que será el último dia de nuestra compañía, los santos sacramentos. Pero yo quisiera que esta comunión fuera pública, que la recibierais en la iglesia, para que la vieran todos, para que vuestro corazon diese á Dios este testimonio patente de religion y culto, y que este fuera el primer paso de la profesion pública de cristiano de que debeis gloriaros en adelante. Yo me sometí á todo lo que el padre me dijo, y desde aquel instante volví á recoger mi corazon para prepararle al augusto sacramento que debia recibir otra vez. En efecto le recibí el domingo, y debo añadir, Teodoro, que me parece que aunque aquella comunión fue en la iglesia, y á vista de todos, me fue muy saludable y provechosa por el recogimiento y devocion que esperimenté.

Cuando despues de concluidos estos santos officios el padre y yo volvimos á mi aposento, encontramos en él á Simon, que en conformidad de mis órdenes me vino á buscar. Su vista excitó en mí un sentimiento de pena, despertándome la idea de que venia á separarme de una compañía y de una vida en que estaba tan bien hallado. Mi sumision á los consejos del padre me hizo ocultar esta sensacion penosa. Simon me dijo que no habia novedad en mi familia,

y

y que todos me esperaban con impaciencia y alegría. Yo dije al padre que por lo menos aquel dia era mio, y que pues estaba resuelto á partir en él, siquiera me permitiese pasarlo todo en aquella casa, y partir al anochecer.

El padre condescendió, añadiéndome: Pues hoy es dia de recreacion los padres bajarán esta tarde á la huerta y tendrán el gusto de veros, y así podréis tambien, hablando con ellos, edificaros de nuevo con la sinceridad y uncion de sus santos discursos. Simon nos pidió permiso para acompañarnos á todo. Yo lo estrañé, sabiendo que estas ocupaciones no podian ser de su gusto; pero me pareció que por un lado la curiosidad, y por otro el temor de no saber que hacer si se quedaba solo, le hacian determinarse á venir con nosotros, y habiendo manifestado el padre que no habia en esto dificultad, le permitió que nos acompañara.

En efecto nos siguió á todo, y cuando llegó la hora de ir á la huerta fuimos todos juntos. Aquellos benditos padres volvieron á rodearme, dándome nuevas muestras de aquel amor universal con que aman á Dios en todas sus criaturas, y que tiene tanto carácter de santidad. Yo volví á sentirme enternecido de ver tanta benevolencia y atencion en favor de un indigno que no merecia besar la tierra que pisaban. Nuestra conversacion fue muy devota y mas animada que la primera vez.

Me parecia que me trataban ya con mas cordialidad y confianza. Comprendia quanto hubiera podido

aprovechar con sus santos discursos si los hubiera escuchado con mas frecuencia. Sentia que solo su venerable aspecto al tiempo que me inspiraba veneracion me infundia deseos y amor á la virtud. Pero al fin llegó el momento preciso; á pesar de mi dolor, me fue necesario decir á Simon que hiciera acercar nuestros caballos; y cuando volvió á advertirme que estaban prontos, tuve que hacerme violencia para arrancarme de tan dulce sociedad.

No pude hacer tanto esfuerzo sin destrozar me el corazon, y anegarme en un diluvio de lágrimas. Todos los respetables varones mostraron la misma sensibilidad, y me vinieron á acompañar hasta la puerta. Allí se despidieron, y se dignaron de estrecharme en sus santos brazos, y yo sentí tanta confusion como consuelo de verme enlazado con tantos hombres que eran sin duda gratos á los ojos de Dios. Yo les pedí sus oraciones; ellos me las prometieron, y tuvieron la humildad de pedir las mias. Pero, ¡cuánto me costó, Teodoro mio, arrancarme de los brazos de mi director! ¡de aquel ángel de luz destinado por el cielo para mi regeneración! ¡de aquel mas que padre, á quien debo lo que puedo llamar mi eterna fortuna! Al fin fue indispensable; y tan lleno de amargo disgusto como cubierto de tierno llanto, monté á caballo, y partimos.

Pero, ¡ay! ¡qué otras nuevas conmociones me esperaban en mi casa! Los primeros objetos que se presentaron á mis ojos fueron mis dos hijos, víctimas hasta entonces de mi desorden y descuido. Yo

los amaba, pero con amor grosero. No era mas que aquel ciego sentimiento que la naturaleza inspira aun á los brutos. Hasta entonces no los habia visto sino como renuevos de mí mismo, y como destinados á continuar mi nombre y el esplendor de mi casa. Todas mis ideas no habian tenido otro objeto que el de criarlos y hacerlos adelantar en la educacion de caballeros, para que se presentasen en el mundo con gentileza y gracia; todas mis atenciones se limitaban á lo que podia contribuir á su elevacion y fortuna. Estaba muy lejos de pensar en instruirlos en la religion y en las obligaciones de cristianos.

No pude dejar de enternecerme cuando se me arrojaron al cuello, dándome el dulce nombre de padre. Los estreché en mis brazos, y recibí sus dulces caricias, correspondiendo con las mias; me sentí tan conmovido, que me saltaron por los ojos dos arroyos de lágrimas; y este llanto no era solo de ternura, sino de dolor; porque yo mismo me confundia de mi ceguedad, y me acusaba de mi mucha negligencia; pues habian perdido por mi descuido mucho tiempo, y recelaba que á pesar de su corta edad mi mala conducta les hubiese producido alguna mala impresion.

Conocia muy bien cuan funestos son los malos ejemplos que se gravan con las primeras ideas; pedía perdon á Dios, y le decia en lo íntimo de mi corazon: ¡O Señor de misericordia! yo pongo desde este instante bajo las alas de tu providencia estas dos jóvenes plantas que me has fiado para que las cultive para tí, para que las crie en tu amor y en la guarda

de tu santa ley. Perdona mi descuido pasado en favor del zelo con que me propongo desempeñar tan digna confianza en lo sucesivo; dirige al padre y protege á los hijos.

Volviendo los ojos encontré á su ayo, que me cumplimentaba, y no pude verle sin que me diese un vuelco el corazon. Yo habia escogido á este hombre precisamente por lo que hubiera debido alejarle; era un ayo á la moda, hombre de algun talento, muy instruido en toda la erudicion profana; pero tambien muy propio para corromper la juventud, filósofo por orgullo, incrédulo por comodidad, ó á lo menos indiferente en materia de religion; con esto está dicho que era de perversas costumbres.

Su aspecto solo me hizo estremecer, considerando las manos en que habia puesto la inocencia de mis hijos; y mientras él me hacia sus cumplimientos, yo resolvía en mi interior separarle cuanto antes, buscando medio de despedirle con decencia; pero entonces me pareció prudente disimular, y solo le dije que esperaba aliviarle mucho de su aplicacion; porque conocia que mi primer deber era ocuparme seriamente en la crianza de mis hijos.

Despues vinieron á presentármese los demas criados. ¡Ay Teodoro! los mas de ellos habian sido los instrumentos ó los ministros de mi corrupcion, y todos eran testigos de mi desenfreno, pues jamas me éntuvo el temor del escándalo; no pude verlos sin una especie de sentimiento penoso. Me llené de rubor, considerando que no podia volver los ojos á nadie

que no conociera toda mi pasada depravacion, que no me causara un cierto rubor. Solo ví, y descansó mi corazon en un criado anciano, llamado Ambrosio, que habia servido á mis padres, hombre de tan buen natural, que, á pesar de toda la corrupcion que yo habia introducido en mi familia, habia conservado sus costumbres antiguas, manteniéndose siempre en una vida cristiana y arreglada.

Por lo mismo habia sido siempre el objeto de nuestros desprecios, el blanco de nuestras burlas; le teniamos por un insensato, y si yo le conservaba en mi casa era por pura humanidad, por no despedir sin motivo á un criado de mis padres, que les habia servido muy bien, y por su misma utilidad; pues bien, Teodoro, este Ambrosio tan despreciado y abatido fue entonces entre todos el único objeto que ví con satisfaccion, el único que fijó mis atenciones; pero, ¿que digo atenciones? Si ya empezaba á mirarle con veneracion y respeto, acendiente irresistible de la virtud, cuando se sabe conocerla; necesité de prudencia para contenerme y no mostrarle de golpe las caricias que mi corazon me inspiraba.

En fin, Teodoro, todos los objetos habian mudado de apariencia á mis ojos. Esta casa que yo habia despreciado siempre por su sencillez me pareció por lo mismo un asilo muy oportuno para mi situacion; los adornos brillantes, los muebles magníficos que tanto habian lisonjeado mi orgullo, me daban ahora en rostro, y no podia verlos sin enfado. Los ricos vestidos que habian fomentado mi insensata vanidad,

y con los que cubria mi corrupcion, me ocasionaron el mismo efecto; mi mano los rechazó con horror, y escogí el mas sencillo para mi uso. ¿Quién pudo hacer tanta mudanza en mi alma? ¿quién sino la gracia del Señor, la luz del desengaño y la doctrina del evangelio?

No solo sentí esta mudanza en mis gustos, sino tambien en mis opiniones; mi trasformacion fue general, y tan completa, que precisamente lo que antes apetecia ó estimaba mas era lo que ahora me gustaba y apreciaba menos.

Los hombres que antes me parecian desagradables ó de poco mérito, porque no tenian este barniz ó colorido brillante que el mundo estima tanto, ó porque no nacieron dotados de aquella viveza, perspicacia y gracias que tanto arrastran á la prevaricacion, me parecian ahora los solos que se debian estimar, cuando mejoraban el defecto de estas calidades con la prudencia, moderacion y demas virtudes.

Los hombres consagrados á los ejercicios de la religion, que trabajan seriamente en sacar del mar del mundo y sus peligros su barca al puerto de la salud, me parecian los únicos discretos, los solos sabios, los que merecian únicamente nuestro respeto y nuestra emulacion; y al contrario los que, embriagados con las falsas ideas del lujo y del orgullo, no pensaban en otra cosa que en riquezas, grandezas y placeres, me parecian insensatos, furiosos, y que ciegos corrian sin saberlo al precipicio.

Lo que mas me asombró de mí fue que mi falsa

filosofia me habia inspirado una especie de rabia homicida y feroz contra los pobres. Como en sus principios no hay moderacion, y que las pasiones trastornan hasta las ideas mas sanas, llevándolas á un extremo en que ya no puede haber razon, yo me habia dejado seducir de un principio que, aunque justo en sí mismo, le hacia odioso el exceso de su aplicacion. Yo sabia que nada es tan útil al estado como el que todos trabajen, que la ociosidad es un mal, y que seria útil estirparla; yo repetia las máximas triviales de los sofistas, de que no se debe dar limosna, pues si nadie la diera no la pedirian los holgazanes, y adquirí con estas ideas inhumanas una aversion tan inflexible, que cuando se me presentaba un pobre le veia con indignacion, y le rechazaba con dureza.

Pero no me hacia cargo de que mientras el gobierno no los recoge, y les procura socorrer, es indispensable socorrerlos, y que si hay muchos pobres fingidos que pudieran trabajar, hay otros verdaderos que no pueden; que en la duda mejor es dar al que no la merece, que dejar de socorrer al que lo necesita, y aunque nada necesite tanto de ilustracion y prudencia como el uso y la aplicacion de la limosna, esta distribucion, que debe ser bien entendida, no debe degenerar en rigor; que Jesucristo nos ha mandado dar lo superfluo; que yo no era juez de la causa pública, y sobre todo que nadie me daba derecho para tratar á los infelices con dureza tan bárbara.

En verdad, Teodoro, que ahora que lo considero,

no comprendo que es lo que ha podido tenerme tanto tiempo en una ilusion tan odiosa, dando á mi corazon sentimientos tan inhumanos. ¿Será que el aspecto de la miseria importunaba á mi amor propio, y queria alejarla de mi vista? ¿será que, endurecido con mis vanidades y placeres, me habia hecho insensible á los males agenos? ¿será que no pareciéndome nada bastante para satisfacer mi orgullo y contentar mis caprichos, una secreta codicia me detenia la mano y cubria su injusticia con tan viles pretestos? ¿será en fin que, duro é insensible á toda humanidad, mi corazon era de acero para los otros hombres? No lo sé, amigo; pero temo que sea todo esto junto.

Lo que sé es que desde que la luz del evangelio brilló en mi alma, de repente y sin ninguna nueva reflexion se disiparon estas inhumanas ilusiones, que sentí toda la iniquidad de mi conducta, y que tuve horror y vergüenza de mí mismo. Como si Dios me hubiera querido mostrar lo absurdos que eran mis sentimientos y lo opuestos que eran á su divina ley, me ha hecho reflexionar en los sentimientos de compasion con que los trataba Jesucristo; y me horrorizo de mi dureza cuando me acuerdo que el mismo Señor decia: lo que hiciereis por uno de estos pobres es como si lo hicierais por mí. Sí, amigo, mi corazon se ha mudado; ya un pobre para mí es un objeto de respeto interior. Envidio su pobreza cuando me parece que hace buen uso de ella, y estimo mas sus sufrimientos y miserias, si las lleva

con paciencia y resignacion cristiana, que todas las riquezas y las pompas del mundo.

Si me parece que por su edad ó su salud no debiera mendigar, le despediré con moderacion; pero no me permitiré el bárbaro desprecio con que los rechazaba. ¡Ay, amigo! ¡yo he estado muy engañado, muy pervertido! Este es un de los articulos de mi corrupcion que me atormenta mas. Yo he tratado á los miembros de Jesucristo con tal indignidad, que su memoria es uno de los mas punzantes remordimientos de mi corazon; pero espero vengarlos en mí, y honrar en ellos á Jesucristo.

En fin, Teodoro, seria muy largo referirte por menor todos los desengaños que me ha traído esta divina luz. Lo que puedo decirte en general es que ella me ha hecho conocer que toda mi presuncion era ridicula, que mi ciencia era ignorancia, y que estaba lleno de errores; que las ideas de mi entendimiento eran absurdas, y las pasiones de mi corazon viles y corrompidas; que yo procuraba cohonestarlas con los sofismas de una filosofía temeraria, pero que sus frívolos pretestos no me alucinaban sino porque lisonjaban la corrupcion de mis pasiones.

Tan ciegos como yo, tan prevaricadores como yo estan todos los que viven en el mundo, cuando le estiman y aman, cuando se gobiernan por sus falsas máximas, cuando adoptan esta filosofía perniciosas; todos, Teodoro, y tambien tú mismo. El cielo te envíe la misma luz que á mí, y tú como yo te asombrarás de haberte dejado seducir de unos cr-

ros tan groseros que no pueden resistir al menor rayo de la sana razon: el primer beneficio de la religion es disiparlos. ; Cuántos he perdido ya! ; cuántos me quedarán que perder! Este debe ser ahora el estudio de mi vida; pero volvamos á la historia.

Al otro día de mi llegada fui á la parroquia, conduciendo á mis hijos. Despues de haber oido con ellos la misa pregunté por el cura, que no habia venido á verme, y me encaminé á su casa. Encontré á un anciano venerable que me recibió con atencion y urbanidad; pero que me pareció fria y circumspecta. Su conversacion me dió la idea de que era hombre instruido y sólido, y de que sabia unir la simplicidad de sus discursos con la seriedad de su carácter. Sentí una viva secreta satisfaccion de que Dios me hubiese deparado un cura tan respetable. Le dije que yo era un nuevo feligres, una oveja nueva que venia á reconocer su pastor y ponerse en su aprisco. Él me respondió tibiamente; me dijo que hacia veinte años que era cura de aquella parroquia, y que se hallaba muy bien en ella. Pero, aunque procuré hablarle con cordialidad, y abrir muchos asuntos de conversacion, observé siempre que me respondia con sequedad, que no se prestaba á mis esfuerzos, y que no acababa de abrirse conmigo.

No era extraño, Teodoro; yo pagaba allí las deudas de mi reputacion. Despues supe, y el mismo cura me lo ha confesado, que sabia la historia de mi

mala vida; que la noticia de mi llegada habia traído la de mis escándalos; que las personas juiciosas del lugar se habian alligido de mi venida, y que el buen cura se habia consternado, temiendo que yo y mi familia acabásemos de corromper un pueblo que él trabajaba por convertir á Dios.

Como yo ignoraba esto, iba adelante en todo lo que podia satisfacer mi curiosidad ó darme idea para el logro de mis futuros proyectos; y supe por él que aquel lugar era muy grande, que habia en él cerca de tres mil personas de comunion, pero la mayor parte pobres; que habia algunos labradores, pocas ó ningunas artes y muchas miserias; que su renta era corta, y que aunque él distribuia todo lo que era posible entre los pobres, como eran estos tantos, no podia socorrerlos á todos, y que esto era lo único que le hacia penosa su situacion, porque todos los dias era inútil y triste testigo de graves necesidades que no podia remediar.

Yo le respondí: El cielo me ha concedido algunos bienes de fortuna, y sé que mi obligacion es distribuirlos entre los que no los tienen. Pues la Providencia me ha conducido á este lugar, ya me ha indicado los pobres que debo socorrer, y me presenta en nuestro pastor el órgano por quien lo debo hacer. Yo deseo, señor cura, contribuir al alivio de todos en cuanto se estiendan mis bienes. Así os pido me hagais saber todas las necesidades que interesan vuestro buen corazon, y estad seguro de que os

ayudaré en cuanto alcance, y que en nada me daréis mayor gusto.

El buen cura me escuchó con atención, y observé que me miraba como con sorpresa; entonces no me paré á hacer reflexiones, y ocupado con la idea de que era menester darle desde luego alguna cosa para que socorriese las necesidades mas urgentes, no pensé mas que en sacar mi bolsillo. Por fortuna aquella mañana, vistiéndome, lo llené, y habia en él una cantidad razonable; se la ofreci al cura, diciéndole: Ved aquí este socorro ligero por ahora. Es natural que tengais necesidades que exijan un remedio pronto, servios de esto; otra vez nos veremos mas despacio, y tomaremos medidas mas eficaces para socorrer la pobreza, ó, lo que seria mejor, para desterrarla.

El cura con mucho modo tomó el bolsillo, y me dijo, el cielo, señor, os lo pagará, y debo deciros para vuestra satisfaccion que es su providencia la que os ha inspirado. Yo estaba en este momento muy afligido, y voy á esplicaros la causa: Un jornalero, hombre de bien y buen cristiano, que con su trabajo mantenía á su muger y siete hijos, y el mayor de diez años, por un accidente fatal se quebró una pierna habrá ocho dias; fuí á verle, hice venir un cirujano de la ciudad mas inmediata, fué menester pagarle, y hacer muchos gastos en los remedios necesarios. El infeliz no tenia nada; no hacia poco en mantener tristamente una familia tan numerosa, y en aquel momento en que no podia trabajar, no solo era preciso pagar los gastos de su curacion, sino hacer sub-

sistir á él y á toda su familia; yo lo he hecho hasta ahora, apurando mis propios medios y los de las personas en quienes hay alguna caridad.

Pero esta mañana una de sus hijas ha venido á avisarme que su madre ha parido esta noche, y que me llama. Yo he quedado traspasado de dolor, considerando que esta pobre muger es la única que podia servir á su marido, que yace en su lecho todavía con las ligaduras, y que ahora lejos de que pueda servirle como ha hecho hasta aquí, necesita ella misma de que la sirvan, fuera de los gastos y cuidados inseparables de su situacion. Apenas tenia valor para presentarme á los ojos de esta familia desgraciada, no teniendo el menor socorro que llevarla, ni saber á quien pedirlo.

No obstante, impelido por mi obligacion me disponia á salir para ir á verlos, cuando la Providencia os ha hecho venir, y ha movido vuestro corazon á ofrecermé esta tan generosa limosna para los pobres; yo creo deber referiros estas circunstancias para que alabemos á este padre universal, que nunca nos olvida, para que os alegréis de haber sido escogido instrumento de tan urgente socorro, y para que tengais el consuelo de saber el buen uso que voy á hacer de vuestra generosidad. Yo levanté el corazon á Dios, dándole gracias de su inspiracion, y me propuse para toda mi vida no solo aprovechar estas felices ocasiones, sino buscarlas.

Tambien tuve otra agradable satisfaccion, porque cuando el buen cura nos contaba el estado de aquella

triste familia observé que mis hijos le escuchaban con interes , y que las lágrimas se les asomaron á los ojos ; tambien ví la complacencia de su corazon viendo los medios que habia presentado de remediarla, tuve mucho gusto en reconocer en ellos disposiciones tan felices , y me dije á mi mismo : Hijos queridos , si el cielo os ha hecho el don inestimable de un corazon sensible yo le procuraré cultivar. Me ocurrió pedir al cura nos llevase á la casa de los infelices , para hacerlos testigos de aquella miseria ; pero me pareció demasiado presto, pues yo acababa de llegar , y este paso podia tener el aire de afectacion ; me reservé pues para tiempo venidero , en que podria hacerlo con mas oportunidad.

Vuelto á mi casa traté de arreglar las horas y las ocupaciones de todos. Yo debía levantarme muy temprano y el primero de todos , á fin de reservar la primera hora del dia para adorar á Dios y darle gracias de la vida que me conservaba. Mis hijos debian levantarse despues , y darlas conmigo y con su ayo ; todos debiamos ir juntos á la iglesia á oír misa , y á la vuelta desayunarnos ; el ayo debia darles leccion en mi presencia , para que yo pudiera tomar parte en ella , si me parecia conveniente , y tanto en este tiempo como en el que la repasaban yo queria estar á su vista , y aprovecharlo en mis propios negocios ; y en efecto , querido Teodoro , este es el tiempo de que me he valido y me valgo para escribirte.

Cuando mis hijos me parecen fatigados los envío á correr por el jardin , y tengo el cuidado de inter-

rumpir sus ejercicios , así para que no se fastidien , como para que hagan en él mucho ejercicio , que es tan necesario en su edad. Por esto despues de comer salimos al campo á tomar el aire puro ; yo los exhorto á correr y jugar , con lo que no solo se divierten , sino que adquieren fuerzas y fortifican su temperamento. Al ponerse el sol volvemos á casa á dar la segunda leccion , y yo continúo mis ocupaciones ordinarias.

A las siete con corta diferencia se junta toda la familia ; se hace una lectura espiritual en comun , se reza el rosario de la Virgen , y tambien las oraciones de la noche ; despues de esto se cena. Mis hijos van á acostarse , yo me quedo para dar las órdenes que me parecen necesarias hasta que llega la hora de recogerme ; ve aqui el órden que quise establecer en mi familia mientras lo permitan las circunstancias , y para que se siguiese con fidelidad tomé las medidas convenientes.

Mandé que mis hijos habitasen en un cuarto inmediato , y donde no se podia entrar sino por el mio. Hasta alli el ayo habia tenido su lecho en el mismo cuarto que mis hijos , pero yo le dije , que pues me hallaba alli debia dispensarle de esta pena , porque el cielo y la naturaleza me habian destinado para custodia de mis hijos. Reglé las horas de las comidas y las comidas mismas , reduciéndolas á lo suficiente , simple y sano ; desterré todo fausto y ostencion , en fin dispuse todo lo que creí mas oportuno para el régimen de una vida arreglada y cristiana.

Mis criados estaban atónitos, y yo mismo leía en sus ojos la estrañeza y el espanto que les causaba una mudanza de conducta tan entera. No sabían á que atribuirle, porque todos ignoraban mi retiro y residencia en la santa casa. Simon me habia guardado el secreto con fidelidad. Pero el que estaba mas sorprendido y el que podia disimularlo ménos era el ayo. Acostumbrado á mis discursos ligeros, á mis costumbres relajadas, y á ver todas mis pasiones en movimiento, no podia entender como tan de repente me escuchaba discursos cuerdos y medidos, me veía acciones justas y compasadas, y en fin pensar seriamente en establecimientos tan contrarios á mis procederes antiguos; pero ni él ni los demas se atrevian á decirme nada: obedecian sin réplica lo que yo mandaba; pero no sabian esconder su asombro.

En cuanto á mi, yo tampoco me atrevia á mas. Me parecia que un infeliz como yo, que apenas salia de la inmundicia de una vida abominable, y que los perversos ejemplos estaban todavía tan recientes, no debia permitirse el titulo ni los derechos de predicador; que no era lícito tomar el tono y el carácter de apóstol al que apenas estaba convertido. Creí pues que no debia predicar sino con el ejemplo; que no eran mis discursos, sino mi conducta la que debia persuadir, sin dejar la determinacion de separar de mi familia todos aquellos á quienes un ejemplo largo y sostenido no pudiera convertir.

Una de estas tardes salimos á recorrer una parte  
de

de las tierras y propiedades que me dejaron mis padres en las inmediaciones. Y esta fué la primera vez que reflexioné que aquellos pobres y honrados labradores, que habia visto hasta allí con tanto desden, son los que nos mantienen á costa de su propio sudor; que siendo mas útiles que los ociosos, que ellos mismos alimentan con sus afanes, son tambien mas dignos de estimacion por la inocencia de sus costumbres, y porque por lo comun estan mas exentos de sus vicios.

Explicame, Teodoro, ¿ cómo, ó por que milagro, yo que estaba lleno de ilusiones y errores, yo que me habia pervertido tanto con las falaces máximas del mundo, yo que con tan intrépida osadía me habia forjado un sistema de moral cómodo, y defendia con tenacidad y presuncion las mas absurdas y temerarias paradojas; cómo, digo, en tan breve tiempo he mudado tanto todas mis opiniones?

Explicame ¿ quién me ha quitado este velo tupido que me cubria las potencias del alma? ¿ quién ha purificado el ayre infecto que corrompia mi débil corazón? ¿ quién ha de ser, Teodoro mio, sino la luz del evangelio? Ella me hace mirar las cosas no como parecen, no como el mundo las estima, sino como son en sí, y como las estima Dios. Ella me ha arrancado de las manos la balanza engañosa de que se sirven las pasiones para pesar los bienes y los males de la tierra, y me ha dado la balanza del santuario.

Ahora voy recorriendo y visitando las muchas  
Tom. III.

tierras y posesiones que tengo en este vecindario, y aun que poco entendido en su administracion, por el desden con que siempre he visto estos objetos, me ha parecido que con algun cuidado y atencion pueden mejorarse mucho. Como ya los hombres simples, los de corazon sano, los pobres, sobre todo si son aplicados, son para mí objetos de veneracion, hablo con los paisanos mis arrendadores, ó con los que dirigen y cultivan mis tierras, con dulzura y cortesia; no solo les hablo de mis propios negocios, sino de los suyos; me informo de sus familias, de las personas que las componen; les manifiesto interes y deseos de su prosperidad y disposiciones para contribuir en cuanto pueda á su bien estar.

Pero debo decirte, para oprobrio y vergüenza de nuestro siglo, que estas gentes sencillas estan asombradas de verme hablar con ellas con tanta aficion y humanidad. A cada instante me repiten que soy un señor muy hueno; y no es esta una espresion de cortesia ó de humildad, pues veo en sus ojos que es un sentimiento vivo que nace de la sorpresa y de la novedad: tan comun es el injusto desprecio con que los tratan las personas distinguidas, y tantas las humillaciones que experimentan de la insoportable durezza de los ricos.

Mientras yo arreglaba mi casa, y cuando ya me parecia que el interior iba bien, y que era tiempo de poner en planta otras ideas, observaba con pena que Simon, desde el momento que me halló en la casa santa, habia mudado conmigo de estilo y de

conducta. Antes estaba acostumbrado á hablarme con aquella familiaridad y licencia á que da lugar, á pesar de la desigualdad de las personas, la igualdad de los excesos. Y aunque era justo se corrigiese entre nosotros la confianza del vicio, yo hubiera querido se mantuviese la de las personas; porque esta me parecia conveniente para los proyectos que yo tenia de su conversion.

Pero á pesar de mis esfuerzos no lo podia conseguir. Simon, desde que me descubrió en mi retiro, me veia con cierto ceño y embarazo; lejos de permitirse la antigua libertad, apenas respondia á lo que le preguntaba; me obedecia sin replicar, y conservaba siempre un semblante oscuro y taciturno. Creí que el nuevo género de mi vida le desagradaba, y que, previendo la tristeza y retiro en que yo me proponia vivir, estaba descontento.

Este pensamiento me afligió mucho, porque estaba determinado, si mi ejemplo no le mudaba, á alejarle de mí. Sus largos servicios, y el mucho amor que le tenia, no hubieran bastado para dejarle en mi casa. No era posible tener en mi familia y con mis hijos á un hombre envejecido en el desorden, y que, si resistia á la fuerza de mis ejemplos, no podia darlos mas que malos; pero me costaba mucha pena no persuadir á un hombre que yo habia corrompido tanto, y verme en la necesidad de separarme de él para siempre.

Una mañana mientras el ayo daba su leccion á mis hijos, y que yo me ocupaba en escribirte,

Simon se llega á mí, y me dice con voz baja que tiene que hablarme; yo me voy con él á un cuarto donde nadie podía oirnos, y empezó entre nosotros el diálogo siguiente:

Me parece, señor, me dijo Simon, que ya vuestra casa está arreglada, y que por ahora ya no tenéis necesidad de mí. = «Yo tengo siempre necesidad de un amigo que amo; pero, ¿qué es lo que quieres?» = «Yo quisiera hacer un viage». = «¿Viage? ¿jamás nos hemos separado?» = «¿Jamás nos hemos separado? ¿cómo si no hubierais estado más de un mes sin que yo supiera dónde? ¿cómo si no hubierais ido en el convento sin mí?» = «Aquel fué un accidente impensado, que yo no pude prevenir; pero, ¿qué! ¿te disgusta la novedad de mi vida, y no te puedes acomodar con ella? ¿y adónde pretendes ir?» = «Al convento». = «¿Al convento? ¿y á qué?» = «A salvarme; queréis salvaros solo? ¿no será justo que cuando yo he sido el compañero de vuestra mala vida lo sea también de vuestra penitencia?» = «¿Qué me dices, Simon querido! ¿Dios te ha tocado también el corazón?»

Si, señor, me respondió Simon anegado en llanto; y poniéndose de rodillas me añadió: Yo no os pido otra cosa sino que me deis licencia para pasar allí algunos días, y que me deis una carta para aquel buen padre que haga conmigo lo mismo que ha hecho con vos.

Yo quedé tan agradablemente sorprendido, y mi corazón sintió tan viva conmoción, que también el llanto me salió á los ojos, y sin saber lo que hacía me puse de rodillas exclamando: ¡Dios de misericor-

días infinitas por cuantos modos me muestras tu bondad! Fué menester algún tiempo para que uno y otro pudiésemos sosegar la agitación de nuestras almas. Cuando me sentí algún tanto recobrado le hice sentar junto á mí, y le dije: Explicame bien, querido Simon, ¿cuáles son tus ideas, tus intenciones, y cuándo ó cómo Dios te ha alumbrado con su divina luz? Simon me respondió:

Señor, desde que logré ballaros en aquel convento despues de tantas y tan varias solicitudes sentí que el corazón me dió un vuelco; apenas entré y vi aquellos largos y silenciosos claustros, al punto me llené de estupor. Me pareció que respiraba un aire muy diferente del de fuera, y que había en aquel recinto alguna cosa que me inspiraba respeto y temor; esta impresión se aumentó mucho cuando entré y os ví en aquella pobre y desnuda celda, en que me pareció que estabais tranquilo y contento.

Vuestra figura me pareció también diferente; y os encontré con un semblante serio y circunspecto, que no os era familiar, y que me inmutó mucho; la viveza natural de vuestro carácter se me figuró trasformada en moderación y cordura; vuestras palabras lentas y sosegadas, dichas con peso y circunspección me asombraron; en fin yo ví otro del que siempre os había visto, no podía comprender tanta mudanza en tan poco tiempo; pero cuando ví aquel padre venerable con un aspecto que infundía devoción, cuando le oí aquellas dulces palabras que salían de sus labios, me pareció ver y oír un ángel del cielo, y me dije á

mí mismo : Este es otro mundo del que yo conozco , y parece que aquí son mejores las gentes que por allá.

Desde entonces yo hubiera querido no salir de aquella casa , y acompañaros ; pero viendo que me dabais órdenes , me pareció que debía empezar por cumplirlas. Desde aquel instante no se han separado estas ideas de mi corazón ; los viages que hice despues las han fortificado mucho , sobre todo el último dia , en que tuve el tiempo y la ocasion de observar bien aquellos benditos padres ; todo lo que vi tanto en el coro y demas oficios , como en el jardín , me ha hecho conocer que los que estamos en el mundo vamos errados , que los que se abandonan á sus gustos son locos , y los que viven sin temor de Dios son ciegos é insensatos.

Sí , señor , aquellas buenas almas lo entienden mejor ; allí son mas felices que nosotros , y despues tendrán la gloria. Yo soy un pobre ignorante ; pero todos los dias doy gracias á Dios de que os haya llevado allá , y le pido que me lleve á mi ; no me he atrevido hasta ahora á pedir os licencia , porque vi que era menester servir os hasta que pudierais dejar corriente el establecimiento de esta vuestra casa ; y pues ya lo está , permitidme que vaya al convento , y que os imite en lo bueno como os imité en lo malo.

« Si tú supieras , querido Simon , le respondí yo , echándole los brazos al cuello ; si tú supieras la enorme losa que me quitas del corazón , los motivos que me ofrecéis de dar gracias á Dios , y cuan dulce es para mí saber que ya puedo y estoy seguro de vivir siempre

contigo en la mas estrecha é inalterable union , pudieras conocer lo feliz que me haces. Mira , Simon ; yo habia interpretado mal tu triste severidad conmigo , la habia atribuido á tu disgusto de verme mudar de sentimientos y á tu poca disposicion de imitarlos. Esto me affigia mucho , porque me obligaba á la triste necesidad de separarme de tí , pues no es posible que yo deje cerca de mis hijos cosa alguna que no los edifique.

Yo te he juzgado mal , querido Simon ; tus sentimientos eran muy diferentes , y Dios me da en ellos el consuelo de que no nos separemos nunca. Sí , Simon mio , desde ahora te miro como el mejor amigo ; antes lo éramos , pero amigos funestos y fatales , que todos los dias nos dábamos uno á otro la peor de las muertes. Antes nos empujábamos mutuamente al precipicio en el camino de la perdicion , y ahora nos ayudaremos en el de la felicidad.

Ningun motivo humano es capaz de obligarme á detenerte un instante en resolucion tan santa ; yo debo darte sin cesar buenos ejemplos para reparar en parte los grandes males que te he causado , y debo rogarte mucho que me perdones haber sido el motivo infeliz de que por complacerme hayas faltado tanto á Dios. Espero que me lo perdones , y que pedirás á Dios por mí , como yo le pediré por tí. Simon , parte cuando quieras , antes hoy que mañana ; ese ángel del cielo que me ha curado de mi ceguedad te curará de la tuya. Ponte en sus manos , y vuelve cuanto antes á gozar en nuestros brazos y compañía de la dulce

union cristiana que formaremos entre nosotros y Simon me pidió que le diese una carta para el padre; yo se la di, y partió al dia siguiente.

Simon me hace mucha falta en mi actual situacion; pues, aunque me hallo rodeado de una familia numerosa, estoy solo, á causa de que ninguno de los que me cercan puede servir á mis designios: todos son los compañeros de mi mala vida, y ya pago la pena de los malos que alegan de sí todos los buenos, y cuando una nueva luz los desengaña no tienen á quien volver los ojos; ya puedes considerar, que siendo los que están aquí conmigo los mismos que me servian en mis desórdenes, no pueden ayudarme en cosas útiles; porque, ocupados conmigo solo en vicios y placeres, han hecho lo que yo, que es no aprender nada.

Yo los pruebo ahora, y les doy tiempo para ver si quieren mejorar de costumbres y empezar una vida cristiana; pero me parece que algunos todavía están lejos, y temo que me veré obligado á despedirlos. Lo que mas me aflige es conocer mi propia insuficiencia, que no soy capaz por mí de exhortarlos, ni de dirigirlos; tengo bastante luz para ver toda la estension de mis deudas, y no la tengo para proporcionar las pagas. Dos hijos que criar, una casa que dirigir, muchas tierras que administrar, grandes riquezas que distribuir; todo esto es un peso enorme para mí, que no sé ni me he aplicado á nada. Siento la necesidad de tener á mi lado una persona inteligente y cristiana que quiera asociarse á mis trabajos; pero, ¿dónde la encontraré?

No será en este lugar, donde no es regular que las haya, aunque todavia no le conozco bien. Sin duda que las habrá en esa populosa capital que habitas; pero yo no las conozco ni puedo conocerlas. Los buenos huyen de los malos, y los malos no los buscan. Despues de haber vivido en ella muchos años, y consumido tesoros en fiestas, convites y sociedades, me hallo solo, aislado, y sin conocer á quien dirigirme que esté en estado de buscarme sujetos de virtud y probidad. Tú mismo, Teodoro mio, estuvieras muy embarazado si me dirigiera á ti para este encargo, sobre todo si te pidiera que me buscaras un ayo instruido y virtuoso para mis hijos, que es lo que en el dia necesito mas.

Felix tiene diez años cumplidos y Paulino se acerca á los nueve. Esta es precisamente la edad en que mas necesitan de una guia atenta que los instruya, de un Mentor cristiano que les inculque las verdades de la religion y los principios de la moral que debe dirigir su corazon al amor y á la práctica de las virtudes. Las impresiones que se reciben en esta edad son las mas tenaces, las que mas influyen en el discurso de la vida. Temo haberles hecho perder dos años enteros; este es el tiempo que ha pasado despues que les falta su virtuosa madre, y quiera el cielo que no les haya dado funestas impresiones este preceptor filósofo.

Esta memoria me amarga mucho. Yo no imaginaba, cuando ahora dos años ví con tanta indiferencia la muerte de mi buena muger, que presto lloraria

su falta y conocería muy tarde el bien que había perdido ; tan ciego estaba entonces , que no supe distinguir el resplandor de sus altas virtudes ; ahora es cuando la reflexion me las hace conocer. ¡ Qué consuelo hubiera sido para ella verme volver á entrar en los caminos de la religion y de la virtud ! ¡ qué dulzura fuera para mí pedirle perdon de mis iniquidades , y poder repararlas con el arrepentimiento y el amor !

Esta santa muger , que sufría con tan heroica paciencia mis agravios , y disimulaba con tanta discrecion mis injusticias , no pensaba en su modesto retiro mas que en la educacion de sus hijos. Ella era la que los instruía en sus primeros años ; ella les enseñó á leer y escribir , y sobre todo los primeros elementos de la religion. Parece que no los han olvidado , pues el otro dia examinándolos por el catecismo no han dejado de repetirlo bien y con una inteligencia superior á sus cortos años ; pero no creo que despues de dos años hayan aprendido nada. Es verosímil que el nuevo ayo no se haya dignado de pensar en esto , y que si se ha aplicado á instruirlos en algo no sea mas que en fábulas y en cosas profanas. Digo esto , porque el otro dia estaba muy satisfecho porque les hizo repetir delante de mí una relacion de comedia. Yo sufría , pero disimulaba , porque veía inútil toda reconvencion , y que este mal no se puede curar sino con remedios radicales.

Te añadiré , Teodoro , un rasgo de su conducta , que te lo hará conocer mejor. Yo no he mandado

positivamente á ninguno que venga á los ejercicios de la noche. Me parece que mi conducta precedente todavía tan fresca me quita todo derecho de mandarlo con autoridad ; pero he dicho que podían venir los que quisieran , y aplaudo y acaricio á los que vienen. Con esto han venido los mas ; este filósofo no ha venido nunca , y tiene el atrevido valor de dejarnos solos. Esta falta de pudor me dió idea de su carácter y me determiné á separarle de mis hijos. Ya le despedí , y así me he quedado solo , y yo no soy capaz de tan difícil encargo.

Ya ves pues que me es indispensable buscar alguna persona en que pueda fiarme para que se dedique á la educacion de mis hijos , y ya ves tambien que no es fácil encontrarla con las calidades que exige una confianza tan elevada. No hay sacrificio que yo no hiciera en favor de un hombre en cuya virtud y talentos pudiera reposar , porque conozco toda la importancia ; pero , ¿ dónde le encontraré ? Los sujetos de esta especie son raros , y cuando pudiera hallarse alguno , ¿ cómo puedo esperar que un hombre de mérito quiera encargarse de la educacion de unos niños cuyo padre por su mala reputacion lo ha de rechazar ? En este conflicto me ha ocurrido una idea que voy á proponerte , y su logro me haría muy feliz.

Ya te acuerdas de Mariano , aquel pobre pariente mio , á quien á pesar de nuestro parentesco y relaciones nosotros veíamos poco , porque sus costumbres no se parecían á las nuestras , y porque nuestra

relajacion no se acomodaba con su virtud. A pesar de nuestra disonancia en el modo de pensar siempre me ha tratado con cariño, ó, para decirlo con mas propiedad, siempre me ha visto con lástima. ¡ Cuántas veces me solia decir, todavia no ha llegado el momento de la misericordia; pero llegará!.... ¡y cuántas me han acordado mis remordimientos el desprecio que hice de sus exhortaciones, como se lo he referido á mi director, cuando le he pintado su virtud! Ya sabes tambien que en los tiempos de nuestra educacion él era el que por su conducta y talentos se distinguia mas entre nosotros. Tampoco ignoras que es hijo tercero ó cuarto de un padre poco acomodado, que quedó con pocos bienes de fortuna, y que si vive independiente y contento, es únicamente por la sobriedad de su vida y por la moderacion de su espíritu.

Me parece, Teodoro, que el cielo no me podia hacer mayor presente; si fuera posible que Mariano se resolviera á venir aquí, á vivir conmigo, y encargarse de la educacion de mis hijos, nada pudiera contribuir mas á mi felicidad. Mis hijos tuvieran un ángel tutelar que los encaminara al cielo, yo un amigo esclarecido que me ayudara en mis buenos pensamientos, que me sostuviera en la virtud, y me dirigiera con sus buenos consejos; pero, ¿cómo esperar que un hombre tan justo, tan virtuoso, que me conoce tanto, y que ha sido testigo tan inmediato de mi deplorable conducta, quiera vivir conmigo; pues mejor que nadie sabe cuan digno soy de des-

precio? ¿cómo he de pensar que se digne de asociarse á una familia que yo presido, ni criar hijos de tan mal padre? ¿cómo podrá perdonarme mis escándalos públicos? ¿no se creeria deshonorado si habitara en la misma casa que yo?

Con todo, Teodoro, tengo tan alta idea de su humildad y su virtud, que no desespero de que la caridad le obligue á tanto sacrificio, y ve aquí el pensamiento que me ocurre. Hazme el gusto de remitirle todas las cartas que te he escrito, para que las lea sucesivamente, que dé gracias á Dios por mí, que vea que este momento que esperaba de la bondad divina ya ha venido, y que, si quiere, puede ser el instrumento con que el cielo acabe de cumplir y perfeccionar su obra; que lea pues todo lo que te he escrito, y que, llegando á este punto, halle y lea lo que escribo para él.

Querido y respetado Mariano, levanta á Dios tu puro corazón, consulta su voluntad y su gloria; y si su bondad te lo inspira, corre al socorro de un amigo que necesita de tu amistad. Ya tengo buenas resoluciones, ven á sostenerlas; ya amo la virtud, y la busco; ven á enseñármela: ya tengo pensamientos cristianos y deseos de hacer todo el bien que pueda, ven á ayudarme.

Sobre todo ven á recibir mis dos hijos, que tomaré entre mis brazos para ponerlos en los tuyos; recíbelos en nombre de Dios, que te destina para criarlos en su temor, y formarlos para su gloria; recíbelos en nombre de su amistad que te implora y que los fia á tu discrecion y vigilancia; yo te cederé todos los

derechos de padre; trae contigo algun criado de tu confianza, que bajo de tus órdenes pueda cuidarlos y servirlos. Yo estoy resuelto á separar de mí todos los que me han servido en el tiempo de mi depravacion, si la mudanza de mis costumbres no basta á mejorar las suyas.

Si conoces personas virtuosas que puedan reemplazarlos no las pierdas de vista, y tenlas preparadas para cuando vengas aquí, para que con conocimiento de las cosas las puedas hacer venir; tú dispondrás de todo, tú lo arreglarás todo como tu religion y conciencia te lo inspiren; yo te espero como al hombre que Dios me señala para amigo, maestro y compañero en sus caminos, y le pido que á tantas misericordias que me ha hecho añada la de mover tu corazon y determinarle por su amor á tanto sacrificio.

Que ese Dios de bondad que me da tantas señales de proteccion te inspire que con las alas de su espíritu divino vuelas á este retiro que deseo consagrar al ejercicio de todas las virtudes, y haga que yo te vea presto entrar por mis puertas, y que mi corazon pueda arrojarse entre tus brazos. A Dios, Mariano querido, á Dios hasta el dichoso momento en que Dios nos una para no volver á separarnos.

Y tú, Teodoro mio, sirveme de intercesor con Mariano; haz por estar con él, y persuádele que no resista á mis instancias. Dile que esta es una obra del cielo, que venga á socorrer una familia descarriada que ha conocido sus errores, para que no se vuelva á desca- minar, á una familia que desea gobernarse por su direccion y sus ejemplos.

Ya te acordarás que al principio de nuestra correspondencia te dije que no me respondieras hasta que yo te avisara, porque queria que no me dijeras nada hasta que supieras toda mi historia, y que estuvieras enteramente instruido. Ya lo estás, Teodoro mio; ya sabes todo mi suceso asombroso; ya no te hablo de cosas pasadas, si solo de los momentos presentes. Respóndeme pues, y dignese el cielo de mover tu corazon bueno, generoso y noble, pero iluso y engañado como el mio. Por otra parte me importa mucho saber la resolucion de Mariano para tomar partido.

Lo que tambien me aflige en mi situacion actual es hallarme lejos de la santa casa en que he renacido, y no poder ir á ella con la frecuencia que quisiera. Me seria muy dulce poder ir todos los dias; pero será preciso contentarme con ir á pasar un dia cada mes en tan agradable compañía. Me han informado de que á menos de una legua de aquí hay cierta especie de solitarios que viven juntos con mucha edificacion. Yo quisiera hallar entre ellos una semejanza con los otros, que me pudiera suplir su falta y llenar los momentos que me dejen libre mis ocupaciones. Mañana iré á verlos, pues que su proximidad me lo facilita. A Dios, Teodoro mio.

## CARTA XXXII.

EL FILÓSOFO A TEODORO.

En mi última te dije, Teodoro querido, que deseaba ir á ver cierta especie de anacoretas ó solitarios que vivian con edificacion cerca de este lugar; y en efecto al día siguiente, despues de haber comido, sali con mis hijos al paseo, los dejé al cargo de un criado, y me encamine solo al sitio de su habitacion. Iba meditando las lecciones de mi santo director, que son las delicias de mi alma, y las medito cada día con una impresion mas viva; porque cada día descubro en ellas nuevas luces que ennoblecen mas á mis ojos las ideas de la religion.

En fin cuando estuve cerca del lugar indicado vi una mediana aldea. Pregunté á un hombre donde vivian los santos solitarios, y me mostró una habitacion que me pareció muy humilde. Me dirigí á ella, y sin encontrar nadie que me estorbase el paso me hallé en una especie de huerta con alguna espesura de árboles. Di algunos pasos, esperando que pareciese alguno para hablarle, y vagando por un lado y otro divisé una capilla.

Me llevo mas cerca, y veo arrodillado en ella un hombre vestido con un saco; tenia en las manos un crucifijo cuyos pies acercaba con frecuencia á sus labios, y parecia tener en él fijos los ojos con  
la

la espresion del afecto mas compungido. No dudé que fuese alguno de los anacoretas. El respeto y la curiosidad me excitaron el deseo de verle mas de cerca, y observando que un poco mas arriba habia un entretegado de árboles, en cuya espesura me podia esconder, me dirigí á ella con mucha precaucion para no ser sentido. Mi deseo era observarle sin distraerlo.

Me pareció pálido, macilento, y que estaba cubierto de lágrimas; pero, ¡cuál fué mi asombro, cuando, mirándole con mayor atencion, me pareció ver el semblante de Manuel, de aquel infeliz Manuel cuya muerte lloraba yo tanto, y cuyo incierto y peligroso destino en la eternidad me tenia en la afliccion mas amarga! ¡Cómo te pintaré, Teodoro, la conmocion que me causó una aparicion tan impensada! Yo me estremecí, el corazon no me cabia en el pecho, y una semejanza tan entera me turbó de tal modo, que no sabia lo que me pasaba.

Quería persuadirme que aquello no era realidad, y que era un sueño, un delirio de la fantasia, una fantasma de la imaginacion; pero cuando, para desengañarme, volvia á mirarle con mas cuidado, me hacia temblar de nuevo la identidad de su figura. Algunos momentos duró esta perplejidad, y viendo que cuanto mas lo examinaba, mas me parecia él mismo, no fui ya dueño de mí. Con un impulso superior á mi prudencia esclamé gritando: ¡Santo Dios! ¿no es Manuel? ¿Cómo el que yace en la

tumba puede adorarte entre los vivos? Y diciendo esto, con un movimiento indeliberado, sali de la espesura para acercarme y reconocerle mejor.

El ruido que hice, y el grito de una exclamacion pronunciada con tanta fuerza, sacaron al anacoreta de su profunda meditacion. Alzó la cabeza, fijó los ojos en mí, me consideró algun tiempo con atencion y sorpresa; y levantándose vino hácia mí, diciéndome: No te engañas, amigo; yo soy el infeliz Manuel: ¿porque vienes á turbar mi amada soledad? Yo esperaba sepultar aquí, ignorado de todos, los restos de una vida cargada de delitos. ¿Qué funesta fatalidad te ha conducido á descubrir un secreto que debia morir conmigo en este retiro solitario?...

Pero, ¿qué es esto? ¿tú lloras? ¿yo te veo con un traje tan simple, con un semblante modesto, con toda la apariencia de un hombre desengañado y convertido? ¡Gran Dios! ¿tus misericordias se han derramado al mismo tiempo sobre dos corazones que las mismas pasiones habian pervertido? Amigo, esplicame presto este misterio; tú me asombros tanto como yo te asombro. La divina bondad me reservaba este consuelo; era el único que faltaba á los muchos que derrama sin cesar sobre los días de mi penitencia.

Cuando al fin pude sosegar un poco el tumulto de mis sentidos, y me ví en estado de articular palabras, le pedí que nos sentásemos, porque no me podia sostener, y despues le conté con brevedad

todo lo que me habia sucedido desde el momento de nuestra separacion y la falsa noticia de su muerte. Él me escuchaba con una admiracion y alegria que no te la puedo ponderar. No hay colores ni pinceles para dibujar esta escena; era menester verla en su original, y tener un corazon para sentirla. Despues que se informó de todos mis sucesos, despues que derramó muchas lágrimas de consuelo, y que dió á Dios las mas rendidas gracias, empezó á informarme de las causas que habian contribuido á la mudanza de su corazon y á la determinacion de abandonar el mundo.

Tú has creído, amigo, y todos nuestros compañeros han debido creerlo que yo era un disoluto, impávido y temerario; que mi corazon estaba empedernido, que era insensible á todo remordimiento y superior á toda inquietud; que yo vivia dando entero contento á mis pasiones, y gozando en nuestra comun depravacion de la calma de una conciencia imperturbable. Así debia persuadirlo á todos la temeridad de mi desenfrenada conducta, y así yo mismo procuraba afectarlo; pero ya comprendes que, pues yo procuraba afectar esta insensata tranquilidad, no la tenia.

En efecto, amigo, á pesar de todos mis esfuerzos jamas pude adquirirla; jamas pude vencer un importuno y secreto terror que me amargaba todos mis placeres; jamas pude acallar una voz interior que me amenazaba con una eternidad de tormentos; y ahora conozco que muchos ostentan,

por afectacion, vivir tranquilos en el desorden á pesar del gusano roedor que los devora.

Parece incomprendible esta monstruosa conducta; pero tal es la ferocidad de las pasiones: su violencia y la corrupcion de los ejemplos producen y sostienen esta loca é incompatible mezcla de contradicciones.

Yo me mostraba siempre el mas intrépido en todos los delitos, el mas fogoso, el mas resuelto á desafiar la cólera del cielo, y, á pesar de mi afectada seguridad, era una continua victima interior de todos los terrores. Un trueno, un incidente repentino, la menor apariencia de la muerte me hacian temblar; y destrozado siempre por estas inquietudes no podia gozar en paz de mis perversidades. No obstante las multiplicaba, como si el medio de sosegar mis turbaciones fuera hacer mas execrables excesos, ó como si la reputacion de inocuo, que tanto me costaba, pudiera recompensarme de lo que sufría. En fin como otros son hipocritas de la virtud, yo lo era de la depravacion y de la incredulidad.

Tal era mi situacion, querido amigo, cuando me aparté de vosotros aquella noche para preparar la infame diversion proyectada para el siguiente dia; mi historia no será larga. Habiendo ya hecho una gran parte del camino, sin saber como ni porqué, perdí el conocimiento; sin la menor preparacion, sin el menor accidente precursor que me advirtiese mi peligro, perdí el uso de los sentidos; así no puedo dar razon

de lo que me sucedió. La única idea de que conservo la memoria, es que al despertar de este fatal letargo me hallé en medio de una sala; mis primeras percepciones fueron débiles y confusas: todo me inspiraba terror, y no podia distinguir nada; poco á poco se fueron disipando las nieblas que me ofuscaban, y al fin llegué á discernir los objetos.

Pero, ¿ como me ví? ; gran Dios! en un lecho fúnebre, amortajado, con las manos y pies atados, con cuatro luces que rodeaban mi féretro, y una cruz sobre el pecho. Este espectáculo me horrorizó; volví los ojos á todas partes para examinar si habia alguno, y ví que estaba solo. Quise gritar, y no pude, no tanto por falta de fuerzas, como por estar sobrecogido de terror. Entró poco despues una muger, yo la dije algunas palabras mal articuladas; ella se espantó de verme vivo, dió pavorosos gritos, y salió huyendo.

A poco rato vino un hombre vestido con el mismo traje en que me ves; se llegó á mí con paso lento, como si fuera á mirar si era cierto lo que le refirió la muger, ó como si temiera incomodarme. Viéndome con los ojos abiertos, y oyéndome que le preguntaba qué era aquello, me respondió con mucha dulzura: No os inquieteis, señor, sosegaos; Dios os vuelve á la vida, y espero que vais á recobraros. Al instante empieza á quitarme las ligaduras, me despoja de todos los arreos de la muerte, llama á dos paisanos para que le ayuden; entre los tres me trasportan á otra pieza, y me ponen en una cama.

Yo les dejaba hacer, sin comprender nada; pero,

cuando al fin vi que todo estaba hecho, le pregunté porque me hallaba en aquel estado; él me dijo: De todo os daré razon cuando os vea restablecido y en disposicion de oirme. Ahora estais delicado, y cualquiera impresion fuerte os pudiera hacer mal; conviene pues que reposeis primero, que tomeis algun alimento para reparar vuestras fuerzas, y sobre todo que no habléis ni os agiteis. Solo os diré, con el fin de tranquilizaros, que en vuestro coche os ha sorprendido un letargo tan profundo, que os hemos creido muerto, y esta es la causa porque os habeis visto en aquel estado; pero Dios os ha conservado la vida; espero que no será nada, y que en poco tiempo, con algunos remedios y mucho sosiego, os veréis recobrado; así, señor, os pido por ahora tranquilidad y silencio.

En este tiempo se iban desenvolviendo mis ideas; la primera fue estrañar el no ver conmigo los dos criados que me acompañaban, y, á pesar de sus recomendaciones de silencio, no pude dejar de preguntarle por ellos. Él me respondió: El uno, señor, persuadido de que ya habiais muerto, partió del mismo camino para avisar á vuestros amigos; el otro yace en el lecho gravemente enfermo. Esta casa es de mi padre, está solitaria y enmedio del campo; pero mi padre ha ido al lugar mas inmediato para llamar al cirujano. No hay actualmente en ella mas que mi madre y una criada, que es la que se espantó cuando la hablasteis; ya estais enterado de lo mas preciso, y esto debe bastaros por ahora; con esto hizo señas á su

madre para que se acercara; yo la ví, pero volvió á recomendarnos el silencio.

Esta buena muger y aquel bendito ermitaño me asistieron con mucho cuidado, y me dieron todos los socorros que mi situacion necesitaba. Pocas horas despues me sentí muy aliviado, y casi como si nada hubiera tenido; dueño ya de mí y de mis ideas, les pedí me contasen mas por estenso todo lo que habia pasado por mí; ellos lo hicieron explicándome que esta era una *asfixia*, ó muerte aparente, accidente no raro; pero que ellos esperaban no tendria consecuencias. Me volvieron á decir que Jacinto, que era el criado que se quedó conmigo, no habiendo podido resistir al dolor y á la fatiga, habia caido con una fiebre violenta, y que estaba de peligro.

Todas estas noticias me inquietaron mucho; este accidente tan impensado y súbito de que acababa de salir, la idea de lo que hubiera sido de mí, si la muerte que me habia rodeado tan de cerca hubiera descargado el último golpe contra mi vida, y el temor de que me volviese á repetir, me turbaron mucho el corazon. Se me presentó á la vista con terrible aspecto el envejecido desórden de mi conducta, mis delitos, blasfemias y abominaciones; ví con horror el profundo abismo en que me encontraba sumergido, y al fin empezó á alumbrarme la luz del desencanto.

Poco despues se apoderaron de mi corazon el pavoroso terror, las angustias devorantes, los feroces remordimientos. Hubiera dado quanto tenia por salir de aquel estado de congojas; pero no sabia como: no

me olvidé de la misericordia divina ; pero el peso y la enormidad de mis delitos me abrumaba. Por otra parte ni veía allí á quien dirigirme , ni sabia por donde empezar ; estas mortales agonías me causaban frios y espesos sudores con que me sentia desfallecer ; el temor de otro nuevo accidente me redoblaba las angustias.

Lo que mas me afligia era que la suerte me hubiera traído á una casa sola enmedio de un yermo , donde no habia un sacerdote que me pudiera socorrer ; y esta circunstancia me parecia un castigo de Dios , que no me queria perdonar. Los vuelcos que daba en la cama , los violentos suspiros que me arrancaba la inquietud , y los mal articulados acentos que se me escapaban de los labios , excitaron la atencion del ermitaño , que se acercó á mi lecho para ver si necesitaba de algo ; yo le pregunté que hora era , me respondió que media noche ; que su anciana y enferma madre se habia ido á acostar ; pero que él me velaba y estaba allí para asistirme en lo que fuera necesario.

Yo hubiera querido esplicarle la causa de mi turbacion ; pero una falsa vergüenza me detenía. Por otra parte , ¿ qué adelantaba en descubrirme á un hombre cuyo trage acreditaba su rusticidad , y que era incapaz de socorrerme en mi deplorable situacion ? Combatido con esta lucha de temores y desconfianzas , sin ver un rayo de esperanza , ni medio que me pudiera salvar de tanto riesgo , me asaltaron al corazon algunos movimientos de despecho ; y , no pudiendo

resistir á tanto tropel de angustias , caí de nuevo en el mismo accidente ; volví á cerrar los ojos á la luz , y enagenarme por entero.

Quedé tan fuera de mí como la primera vez ; pero supe despues que este segundo accidente no fue tan largo como el primero , y que volví en mí á las cuatro de la mañana. Lo que por mí puedo decir es que , habiendo vuelto á recobrar los sentidos con la misma pausada lentitud que la vez primera , me hallé otra vez en el lecho , sin estar bien en mi acuerdo , y que el primer objeto que se presentó á mi vista fue el solitario que leía en un libro ; di un suspiro , y él vino presuroso con aire alegre ; me dijo algunas palabras para consolarme , y me volvió á pedir con encarecimiento que no hablara , porque todo esfuerzo me seria peligroso. Pero mis deseos eran diferentes , porque entonces ya pude recoger mas pronto mis ideas , y conocí distintamente que habia estado otra vez en un profundo letargo ; lo que mas me afligia era considerar que caía en tan deplorable estado sin la mas ligera indicacion precedente , y que la naturaleza no me daba el menor aviso , que se repetían los accidentes , pues en tan corto intervalo ya me habian acometido dos veces ; que era verosímil me viniesen nuevos ataques , que alguno de ellos , y quizá el primero podia ser el último , y hallarme sin pensarlo en los abismos de la eternidad.

Estas tégubres ideas volvieron á renovar todas las ansias de mi terror , y sentí que se me erizaban los cabellos ; allí se me representaron como en compen-

dio todos los horrores de mi vida, y se me figuró que no habia remedio para mí. ¿Qué hubiera dado entonces por tener un sacerdote que me aconsejase é instruyese! porque mi mal no daba tiempo, ó podia no darle á causa de los accidentes que se repetian tan continuos.

Tan amargas reflexiones, que se atropellaban unas á otras, me atormentaron tanto, que no siendo capaz de moderar mis movimientos, empecé á dar voces como un furioso. Mi buen compañero quiso consolarme con sus dulces palabras; pero yo no escuchaba nada, y prorumpia en discursos insensatos, sin saber lo que decia; es natural que se me escapase algo de mis remordimientos y temores, pues aquel buen hombre despues de dejarme sosegar, me dijo: Señor, si teneis alguna inquietud de conciencia yo soy sacerdote: ¿Vos sois sacerdote? le respondí con ansia; pero, ¿qué importa, si parece que Dios no quiere perdonarme?

Entonces el buen ermitaño empezó á decirme con suavidad algunas palabras para excitarme á confianza. Yo las escuchaba con interes; y me dijo tanto, que al fin mi corazon se abrió á la esperanza; ni el tiempo, ni el modo en que nos hallamos, me permiten referirte la larga é interesante conversacion que tuvimos entonces; basta decirte que yo, temeroso de la repeticion del accidente, y gobernado por aquel hombre de Dios, que despues reconocí ser tan sabio como santo, hice una de aquellas confesiones apresuradas, á que obliga el miedo de la muerte, con poco tiempo

y disposiciones sospechosas; confesiones que solo Dios puede saber si son buenas, y yo le doy muchas gracias de que no ha permitido que fuese á darle cuenta con la mia.

No obstante que esta confesion no debia dejarme satisfecho, conseguí alguna calma con la esperanza de hacerla mejor, si Dios me daba tiempo. Me sentí algo mas sosegado. El ermitaño que yo habia visto hasta allí con indiferencia, porque me habia parecido lego é ignorante, ya me inspiraba un gran respeto; su calidad de Sacerdote, de que no tenia antes idea, me hacia le mirase con otros ojos; y su prudencia, zelo y caridad me habian ya ganado el corazon. Por otra parte este hallazgo súbito é impensado, esta dicha de haber encontrado en él contra toda mi esperanza un ministro de la religion, excitó en mí la reflexion de que Dios me le habia deparado para remedio mio, y este pensamiento me llenó de indecible consuelo.

Yo resolví pues dejarme conducir por él, mirándole como un ángel venido del cielo que la misericordia divina me habia enviado. Su zelo no se desmayó un instante; y aunque observé que procedía con mucho miramiento por el temor de fatigarme, ví tambien que aprovechaba todos los momentos, y que me hablaba sin cesar, aunque con mucha dulzura, de la bondad de Dios, de su deseo de perdonar al verdaderamente arrepentido. En fin se valia de todos los medios para desahogar mi corazon y para avivar mi confianza. Todo su

afán era excitarme á contrición, amor y propósito de mudar de vida.

En este tiempo volvió el amo de casa, trayendo consigo un cirujano que me suministró algunos remedios. Su venida me pareció tambien muy oportuna para el infeliz Jacinto; pero, ¡ay! no le pudo salvar; su calentura le arrastró al sepulcro, y yo tuve el consuelo de saber que por lo menos murió en las manos de mi buen director, que le confesó y le auxilió en sus últimos alientos. ¡Cuántos nuevos remordimientos se avivaron en mi alma con la muerte de este criado que tenia tanta parte en mis iniquidades! ¡cuántos nuevos motivos de agradecimiento de que Dios se dignase darme mas tiempo para prepararme mejor á una saludable confesion!

Dos dias mas se habian pasado en este estado sin que me volviese á atacar el accidente. Yo me sentia tan recobrado, que me quise vestir, y lo hice sin peligro. El santo ermitaño me asistia á todo, y me servia hasta de criado. Yo me confundia de ver un hombre á quien veneraba ocuparse conmigo en tan bajos oficios; pero su humildad no reparaba en nada, y la necesidad me forzaba á recibir sus obsequios.

Cuando estuve vestido me hizo sentar, y poniendose de rodillas me dijo: El primer paso despues de recobrar la salud sea, señor, dar gracias al autor de todo bien por este beneficio, y prometerle de nuevo una entera reforma de vida, empezar desde ahora á preparar con tiempo y

despacio una buena confesion general, que repare los inevitables defectos que ha podido tener la pasada; una confesion que os abra con seguridad las puertas de la misericordia divina, los brazos de nuestra santa madre la Iglesia, y que os establezca mas firmemente en su divina amistad.

Este discurso y el ademan fervoroso y caritativo con que me lo dijo me conmovieron mucho; las lágrimas me vinieron á los ojos. Yo pensé tambien ponerme de rodillas, pero me lo embarazó, diciéndome que Dios no queria mas que el corazon. Con este motivo se levantó él mismo, y yo confirmé todas las promesas que pedia de mí. Despues se sentó á mi lado. Pero, ¿cómo es posible te repita todo lo que me dijo este siervo del Señor acerca de lo poco que hay que fiar en una confesion hecha tan de prisa, y únicamente inspirada por el temor de la muerte? ¿cuánto era necesario que empezase á hacerla de nuevo, aplicándome á ejecutarla con todo el ardor de mi alma y con sentimientos mas dignos del Dios de misericordia, que me daba tiempo y me llamaba visiblemente á la enmienda de mi vida?

Este santo hombre me hizo deshacer en llanto. Yo le respondí que pues el cielo le habia destinado para mi bien estaba dispuesto á dejarme conducir por sus consejos, y que haria cuanto me mandase. Él me replicó que pues aquellos accidentes eran tan súbitos y traidores, era prudente no malograr un instante, y desde el momento mismo volvimos

á renovar las memorias de mi confesion primera y á desenredar la enmarañada madeja de mi desastrada vida.

Tres dias habíamos dado ya á este ejercicio, euando, estando ocupados en él, se avisó al ermitaño que un propio le buscaba con una carta que leyó en mi presencia. Advertí en su semblante una sensible alteracion, y preguntándole el motivo, me dijo: Es, señor, una novedad que siento mucho, porque me pone en la precision de hacer un viage, y separarme de vos por algun tiempo. Mi comunidad me llama; uno de nuestros compañeros está en el articulo de la muerte, y desea que yo le asista en sus últimos momentos.

¡Y qué, amigo! le dije yo asustado, ¿me abandonaréis en estas circunstancias? Es imposible, me respondió, que pueda negarme á oficios que son entre nosotros de la mas estrecha obligacion. Espero que de un modo ú de otro presto estaré de vuelta, y volveremos á anudar el hilo que dejamos suspendido. Pero, ¿si entre tanto, le repliqué yo con viveza, me sorprende otra vez el parasismo? No lo querrá Dios, me volvió á decir: el Señor no empieza sus obras para dejarlas imperfectas.

Yo quedé sumergido en el mas profundo dolor. Él queria que mientras se disponia su viage renovásemos nuestra confesion, pero yo no estaba en estado; mi turbacion era extrema, y me sentia desfallecer. Él me hizo reflexionar de nuevo las razones que le hacian este viage indispensable,

y con este motivo me esplicó que su comunidad se componia de doce individuos que voluntariamente se habian unido con la intencion de vivir en comun, y ejercitarse en actos de religion y penitencia; que siendo todos legos habian buscado un sacerdote para que viviese con ellos, les dijese la misa, y les administrase los sacramentos; que á pesar de su indignidad habian echado los ojos sobre él, y le habian hecho esta proposicion, y que él la habia aceptado con mucha complacencia.

Me añadió que hacia tres años que esta comunidad se habia establecido á doce leguas del lugar en que estábamos, en una casa que pertenecia á uno de ellos, y que habia cedido para el uso de todos; que en ella se habia erigido una capilla con licencia del obispo y de los magistrados; que él habia vivido allí continuamente desde su principio; pero que su madre le habia hecho tantas instancias para que la viniese á ver una vez antes de morir, que él habia creído no deber negarse á su tierna solicitud; y que con licencia de sus compañeros habia venido con el designio de pasar pocos dias en compañía de sus padres, y con la precaucion de haber dejado á su superior noticia de su paradero, para que le avisasen si habia necesidad de su ministerio.

Ya veis, señor, concluyó, que yo soy el único sacerdote de aquella casa; ¿cómo puedo pues dejar de ir en un momento tan esencial como la muerte de un compañero? Yo le confesé que conocia toda

la fuerza de su razon; pero que eso no sosegaba mi inquietud, ni me disipaba el temor. En esto me ocurrió que yo podia ir con él, y se lo propuse; pero me respondió que mi estado de salud no permitia emprender aquel viage; que por otra parte allí no encontraria ni las comodidades á que estaba acostumbrado, ni los remedios que exigia mi situacion actual. Yo le dije que en cuanto á mi salud me sentia en disposicion de hacer viage tan corto, y que en cuanto á mis comodidades un pecador como yo debia tenerse por dichoso si participaba de las austeridades de aquella santa comunidad. El buen ermitaño quiso replicarme todavia; pero le hablé con tanta resolucion, que no se atrevió á insistir mas. Al fin le dije: Amigo, si no me teneis por indigno de vuestra compañía y la de vuestros santos compañeros llevadme con vos, llevadme á ver los ejemplos de esos penitentes que no tienen que llorar tantos pecados como los míos. El buen sacerdote me dijo: No replico mas; no permita Dios que yo me oponga á designios que tal vez son inspiraciones.

Al otro dia antes de ponerse el sol llegamos á esta humilde casa, cabaña á los ojos de los hombres, pero espléndido palacio á los del cielo. Esta es una habitacion de santos. Mi corazon, ya prevenido por el impulso de la divina gracia, no pudo resistir á la impresion de los graves y austeros ejemplos de virtudes y religion que se me presentaban todos los dias en el recinto de este augusto retiro.

retiro. ¡Qué hombres, amigo! ¡qué silencio! ¡qué fervor! ¡qué felicidad tan pura! La vista de este orden, de esta severa armonía, tan nueva para mi como digna de veneracion me elevó el alma. Conocí que habia otras delicias en la tierra muy superiores á las que yo experimentaba cuando vivia á gusto de mis sentidos y segun las máximas del siglo. Los benditos ermitaños me recibieron con aquella dulce y sincera benevolencia que el mundo afecta, y solo es propia de la caridad cristiana.

Aquí fue donde acabé mi confesion general; aquí se dignó el Señor asistirme para mi reconciliacion por medio de su santo sacerdote; aquí recibí el pan del cielo. El tiempo y la circunstancia en que estamos, porque ya se llega la hora de ir á la capilla, no me permiten estenderme; pero si podemos vernos otra vez mas despacio, te contaré cosas admirables, en que verás los prodigios de la Providencia y la estension de sus misericordias.

Solo te diré que despues de haber hecho todo lo que debia me apliqué, por consejo de mi confesor, á repasar todos los cargos de mi conciencia y á poner orden en mis negocios; pero que hice todo esto en secreto, y de manera que no se supiera que era yo. Mi intencion era morir al mundo, y no desmentir la noticia que habia corrido de mi muerte, para llorar aquí mis errores y consagrar el resto de mis dias á los gemidos de la penitencia. Mis santos hermanos se dignaron de admitir entre ellos al que no es digno sino de admirarlos, y

después de algunos días procuró imitar aunque muy debilmente sus ejemplos.

Puedo añadirte que jamás he sido tan feliz, que nunca he pasado días tan serenos ni tan llenos de consuelo y de paz; que no puedo ahora explicarte ni todo lo que debo á Dios, ni la dulce tranquilidad de que gozo. Conténtate ahora con haber sabido la razón por que me hallas aquí, como Dios me ha conservado la vida, y dale gracias de encontrar al antiguo y pérfido apóstol de la incredulidad, al insensato predicador de iniquidades y delitos, en la casa del Señor, y vestido con el traje de la penitencia. Lo único que me afligía era considerarte todavía sumergido en el error. Así puedes considerar el consuelo que recibí cuando veo que el mismo sucesor que me ha conducido al arrepentimiento y al dolor ha contribuido para conducirte á la religión y á la virtud. ¡Qué asombrosa! ¡qué admirable es esta tan incomprendible y escondida combinación de las ideas del Señor! ¿Quién podía prever que en los consejos del Omnipotente estaba señalado el mismo instante para la conversión de dos hombres tan estragados, de dos monstruos que se habían entregado tan desenfadadamente á la perversidad de las opiniones y costumbres? Mas... pero la campana toca; á Dios, amigo, que aquí no nos hacemos esperar. Manuel se fue, y yo quedé tan sorprendido como el caminante á cuyos pies cae precipitado un rayo; necesité de mucho tiempo para salir del profundo estupor en

que me hallaba sumergido. ¡O Dios! decía yo, saliendo de esta dichosa huerta en que acababa de ver y oír cosas tan inesperadas; ¡ó Dios! ¿quién que de buena fe examine el origen de una transformación tan universal y tan completa puede desconocer la fuerza de tu brazo?

¡Pero qué! Dios de bondad, este descubrimiento tan increíble como impensado no es un aviso tuyo para advertirme que yo no he cumplido todavía con todo el designio de tu misericordia? ¿Qué, Señor! ¿debo yo buscarte menos? ¿no debo siquiera hacer lo mismo que hace el amigo, el compañero á quien he igualado, y quizás excedido en la multitud y enormidad de los vicios? Dios de misericordia... Yo prometo en presencia del cielo, único testigo de mi entrevista con Manuel, que pues le imité en los excesos le imitaré en la enmienda; que seguiré sus huellas, y que vendré á sepultar mi vida y espiar mis delitos en el mismo sepulcro.

¡Qué! mientras el compañero de mis desórdenes flora su iniquidad con la austera librea de los mártires de la abnegación; cuando le veo incorporado en la penitente sociedad de los atletas de la cruz; cuando pasa sus días en la meditación de los años eternos, y uno los tiernos gemidos de su doliente voz con los sagrados cánticos que resuenan en el largo silencio de las noches; cuando Manuel sobre la dura tierra, y en un lugar consagrado á los suspiros y á las lágrimas, pide á Dios sin cesar perdón de los delitos que hemos

cometido; cuando en fin la imagen de su austeridad y penitencia me seguirá por todas partes, tendré la temeridad de verme sin rubor en una casa cómoda y vivir en el seno de la abundancia? No, no, pues le acompañé en los delitos, es justo que le acompañé en las espiciones.

Dios mio, sosten mi resolución; espero que te será agradable, pues que tú me la inspiras. No me has hecho venir aquí en balde, sino para enseñarme el camino que debo seguir. Sin duda que la aprobará el santo director de mi conducta, pues es tan conforme á sus principios y á la firmeza de los propósitos que me ha inspirado. Al instante que llegué á mi casa le escribí lo que me habia sucedido y el ánimo en que me hallaba; le dirigí mi carta con un espreso, y este al cabo de tres dias me trajo la respuesta que te voy á copiar; dice así:

¡Qué admiracion! ¡qué placer me ha causado vuestra carta! ¡cuánto debemos adorar y amar á este gran Dios, que en medio del tumulto que producen las pasiones y movimientos de la tierra forma en silencio sus escogidos, para sacarlos del abismo en que su flaqueza los sumerge y levantarlos hasta su luz inaccesible! ¡cómo este mundo tan miserable y tan pequeño por la calidad de los intereses que le agitan se transforma, á los ojos del sabio que observa con la luz del evangelio, en un inmenso y magnifico teatro en que se reconoce la mano poderosa de la eterna sabiduría que le dirige y gobierna; esta mano dulce y próvida, que del fondo del barro mas deleznable saca

eres en que reverbera el esplendor de su divinidad; esta mano sabia, que por caminos inesplicables y profundos los dirige al término excelso de su reino; esta mano misericordiosa, que quiere conducirlos para que en el dia triunfante de la ascension de los miembros de Jesucristo vayan con ellos, y tengan asiento en el seno de su reposo, de su alegría y perpetuidad!

¡Cuántos motivos de admiracion me produce el suceso que me referis! Vos no buscabais mas que el inocente placer de un paseo silencioso, y Dios os ha hecho conocer en el fondo de un austero retiro toda la invencible fuerza de su poder, y con un ejemplo extraordinario, que os toca tan de cerca, os ha manifestado que en medio de los males que ocasiona la corrupcion humana, se ocupa en separar de ella á los que quiere glorificar en su mansion divina, y que con una rapidez que asombra á los espíritus celestes, sabe hacer que los mas perversos de los hombres pasen á la clase mas augusta y venerable de sus escogidos.

¿Cómo ó porqué don Manuel ha podido en tan poco tiempo ser objeto del amor y las atenciones del Eterno? ¿de dónde le ha venido esta fuerza que de repente y contra sus propias esperanzas le ha hecho superior al mundo, á sus sentidos, y á toda esa multitud de vicios y cadenas que le hacian un monstruo de incredulidad y depravacion? ¿de dónde descendió esta nueva luz que le hizo ver tan prontamente las vanidades de la vida y los arcanos de la eternidad? ¡Dios infinito! ¡Dios bueno! estas son tus obras siempre grandes y admirables; solo tu brazo invisible y omnipo-

tente puede ejecutar en la tierra prodigios y vocaciones de un orden tan superior al poder humano y tan contrario á todas las verosimilitudes de nuestrás ideas.

Vos habeis hallado, señor, sin esperar lo una repetición asombrosa del gran milagro de misericordias que la bondad divina ha obrado en vuestro corazón.

Este Dios piadoso os ha proporcionado este encuentro maravilloso, para hacer os mas completa vuestra felicidad por haber salido de un abismo; tambien ha querido quitaros la amargura por el temor que don Manuel hubiese muerto sin haber tenido tiempo para llorar sus escándalos y purificar sus últimos suspiros. Dadle gracias, señor; pero considerad que la terrible imagen de una muerte imprevista y precipitada no pierde nada de su verdad ni de su fuerza por no haberse realizado en aquella circunstancia que os produjo una impresión tan profunda como saludable; mientras el amigo que llorabais muerto estaba vivo, la desgracia que él no sufría se verificaba en muchos lugares de la tierra en personas igualmente culpadas y tan mal dispuestas á presentarse en el divino tribunal.

Tambien me ha causado mucha complacencia la noble y valerosa emulacion que os inspira este ejemplo, porque anuncia un corazón dispuesto á todo y capaz de los mayores sacrificios. Sin duda que los tabernáculos del Señor son amables, y que en ellos habitan los dichosos; pero hay reglas de moderacion y de prudencia que no debemos olvidar aun cuando buscamos á Dios y la virtud. San Pablo quiere que seamos reservados y discretos hasta en el bien: todos

debemos obedecer á la ley del evangelio; pero este nos enseña diferentes caminos para la santidad, y ninguno debe escoger los que pueden alterar las leyes de la naturaleza, cuando esta nos ata con vínculos y lazos mas estrechos, y despues de tomar estado, de superior importancia á las mas santas instituciones.

Dios que es el autor supremo de la religion ha sabido unir la con la naturaleza, de manera que siempre aliada con ella, lejos de contradecirla, no hace mas que sublimarla. Así quiere que vayan de concierto, y que el cristiano respete en cada una los designios del Autor de las dos; entre todas las relaciones que produjo en la sociedad á ninguna dió un carácter tan tierno y tan augusto como el título de padre. Cuando hajo á la tumba la virtuosa compañera de vuestra vida dejó en vuestros brazos dos hijos, y vos les debeis cuidados, instrucciones y ejemplos.

Don Manuel no tenia estas obligaciones; se hallaba libre, y no vivia sino para sí mismo. Así su retiro no podia producir quiebra ni falta en el orden social. Le era pues permitido entregarse todo entero al ardor de su zelo y de su penitencia; pero Dios os ha dictado vuestras ocupaciones cuando os dió esta preciosa posteridad, que debe crecer y criarse á vuestro lado. Si este imperioso impulso no ha detenido algunas almas estraordinarias; si á pesar de los gemidos de la naturaleza se las ha visto volar á los desiertos; si han tenido el valor de romper las barreras que las ponía su propia sangre, estas son excepciones que solo puede autorizar la profundidad de la inspiracion divina,

y no pueden servir de regla en el curso ordinario de la vida, ni determinar el género de nuestros sacrificios y espiaciones.

Cuando viviais sin ley y sin principios, entonces hubiera sido útil á vuestros hijos que os separaseis de ellos, para esconderles la contagiosa vista de costumbres irreligiosas y desenfrenadas; pero ahora que pueden ver en vuestra conducta lo que los hará muy dichosos si lo imitan, vuestra separacion les seria muy nociva; porque los privaria del mejor preservativo que ha podido proporcionarles la piedad divina contra el contagio de este siglo. Vos no sois verdaderamente padre, sino desde que temeis al Señor, y cuando ya sois capaz de manifestar su gloria á dos inocentes criaturas por cuyas venas corre vuestra sangre.

¡Ay, señor! pues vuestra tierna esposa fue digna de vuestro respeto, y lo es ahora de vuestra pena, tened por cierto que no pudo morir sin el dolor de no ver logrado el mas ardiente de sus deseos y la mas dulce de sus esperanzas. No dudeis que murió pidiendo al Dios que iba á juzgarla que moviera vuestro corazón y os hiciera digno del título sagrado de padre. Haced pues ahora con vuestro zelo paternal que ella goce en el cielo del fruto de su oracion postrera, y recompensadla con vuestra aplicacion de las amarguras con que habeis emponzoñado su inocente vida; trabajad con ardor en la educacion y la felicidad de los hijos que llevó en su vientre, que erió con tan solícitos afines y que estrechó tantas veces con su materno corazón.

Quedaos, pues, señor, en medio de esos tiernos y sagrados frutos de una union que vos hubierais debido enlazar mejor, y cuyos agravios estais obligado á reparar; nada hay tan grande ni tan meritorio en la tierra como formar hombres religiosos, enseñándoles el conocimiento de Dios y el amor de la virtud; nada es tan delicioso ni tan dulce como ejercer este sublime empleo con aquellos cuya felicidad nos interesa, porque amamos en ellos nuestra propia sustancia. Imaginad que gozo debe ser para un corazón iluminado por la fe poder decirse á sí mismo: Este niño tierno que amo tanto, que es á mis ojos tan amable y precioso, va á ser santo de Dios, será llamado hijo del Altísimo, y se verá dentro de poco elevado á la posesion de un imperio que ninguna revolucion podrá destruir. ¡O religion divina! ¡sola tú puedes coronar con tanta magnificencia los afectos de la naturaleza! ¡solo los que se gobiernan por tu luz pueden gustar con tanta dulzura la dicha de ser padres!

Me ha parecido, señor, haceros estas reflexiones para confirmaros en la resolucion de pensar muy seriamente en la educacion de vuestros hijos, sobre todo en la educacion religiosa; yo quisiera poder indicaros aunque ligeramente el punto de vista ó el aspecto en que me parece debierais enseñarles el espíritu y las intenciones del cristianismo, y si me lo permitis lo podré hacer otra vez mas despacio; este asunto es el mas esencial de todos, porque la religion bien conocida es el mejor preservativo para las costumbres y el antidoto mas seguro contra la incredulidad.

Hay ciertas gentes, por la mayor parte buenas, pero muy tímidas, que quisieran prohibir á los simples todo examen en materias de religion. Esto nace de que no la conocen bien; acaso este sistema de fe sencilla y ciega pudiera ser mas seguro, si las costumbres y el carácter del siglo la respetaran, si la dejaran intacta, y no trabajaran por alterar su pureza; pero cuando la corrupcion de los sentidos y los errores de los sofistas, multiplicando sus ataques, hacen tantas conquistas sobre la brillante juventud que se jacta de instruida, fuera culpable indolencia no servirse, para defenderla, de las armas superiores que la aseguran la victoria.

Esta juventud seducida, porque no está ilustrada mas que á medias, no tiene con que instruirse mejor y desengañarse de los sofismas que la pervierten. Y como por las ventajas de su nacimiento é instruccion da el tono á lo que la rodea, sus discursos y sus ejemplos se propagan hasta las clases inferiores, y ved aquí como se inficiona progresivamente toda la masa de la sociedad. El grande remedio de este mal es enseñar bien la religion, reproducir continuamente los sólidos fundamentos que la prueban, las evidentes e irresistibles razones que la demuestran; y no teman esos genios pusilánimes el que la religion sea examinada por todos sus aspectos, pues ninguna cosa la puede hacer adorar tanto como un examen apurado y circunspecto. En los tímidos cesaria esta inquietud si ellos mismos la conocieran mas á fondo.

Pero en fin, señor, esto toca al gobierno, y no

podemos hacerlo nosotros; me parece que en nuestras primeras conversaciones ya os dije algo sobre cuanto contribuye á la incredulidad la insuficiencia de nuestra educacion, y si os lo repito aquí, es para haceros conocer la indispensable necesidad en que estan los padres de familia de ejercer una especie de magisterio doméstico, y de ser en medio de sus hogares los ayes y los apóstoles de sus hijos. Un padre que conoce la fe, y vive con la esperanza de sus promesas, no pueda ver sus tiernos renuevos que crecen á su vista sin derramar lágrimas de alegría y de consuelo, cuando considera el alto destino que puede preparar á estos objetos de su amor con la instruccion y vigilancia.

¡O infancia inocente y preciosa! ¿quién puede verte sin amarte, y quién puede amarte sin deplorar la incomprendible ceguedad de estos padres crueles que no procuran darte mas instrucciones que la que puede pervertirte, atormentarte y perderte como se pierden ellos?

Esto basta por hoy; no quiero detener mas vuestro correo. Mi designio por ahora es solo responder á vuestra carta, y haceros conocer la necesidad de corresponder á vuestra vocacion, cumpliendo con las obligaciones del estado en que Dios os ha puesto, y que entendais que vuestros hijos, familia, criados, vasallos y conciudadanos, son los objetos que ha puesto á vuestro cargo el gran Padre de la familia humana. En esta he procurado haceros conocer que esta obligacion es necesaria; en otra os espondré algunas reflexiones

que podrán ayudaros al desempeño de tan alta confianza. Yo pido á Dios que os sostenga y os guarde muchos años.

¿Qué dices, Teodoro, de esa carta? Yo no esperaba esta resolución. Pero, ¿que puedo hacer, niño someterme á dictámen tan luminoso y cristiano? ¿qué puedo hacer sino recibirle como oráculo dictado por la voluntad soberana? Mil veces bendigo cada día al hombre virtuoso que de todo se sirve para confirmarme en la fe, y que, prometiéndome un plan para que enseñe la religion á mis hijos, me facilita los medios de que yo mismo la aprenda.

Pero en fin, Teodoro, ¿qué cargo, qué empresa es la que se me prepara! La crianza de mis hijos, el gobierno de una familia numerosa, su conversion, pues que tanto he contribuido á pervertirla; la distribucion de mis rentas, en que los indigentes deben tener la mejor parte; el buen ejemplo que debo á todos para contrarestar mis públicas disoluciones, y restablecer mi perdida reputacion; los medios de hacer el bien que pueda con oportunidad, ilustracion y prudencia. ¡Cuántas cosas tan superiores á mis fuerzas, y para que necesito de un amigo sólido, de una guía esclarecida, que no solo me dirija, sino que me sostenga.

Teodoro mio, haz tambien leer á Mariano esta carta, y todas las demas que te escriba; invoca su amistad, excita su zelo, apresura su diligencia; no le dés cuartel, y dile que un amigo que lo

necesita lo aguarda con inquietud, que ya tiende los brazos para recibirle; que venga á conducirlo al cielo, despues de haber enseñado el camino á sus hijos y á toda esta familia que va á adoptarle por su padre comun y bienhechor universal. A Dios, Teodoro.

## CARTA XXXIII.

EL FILÓSOFO A TEODORO.

QUERIDO Teodoro : Ya recibí la nueva carta que me habia prometido mi zeloso Director, y me apresuro á enviarte una copia. Dice así :

Señor, para esplicaros mis ideas sobre los medios de hacer conocer y amar la religion á vuestros hijos, debo empezar por deciros que el logro de este digno afan depende de hacerles entender bien el espíritu y el verdadero objeto de la fe; y para esto debéis principalmente ocuparos en la meditacion de los santos libros, porque solo en esta pura inagotable fuente se bebe el agua cristalina que purifica nuestras almas y nos hace capaces de heroicos y sublimes esfuerzos.

Solo en las sagradas escrituras se pueden hallar los principios verdaderos que nos pueden instruir, fijando nuestras ideas de orden, de justicia y de felicidad; solo en ellas podemos encontrar espectáculos dignos de la grandeza de nuestra imaginacion, objetos proporcionados á la necesidad y propension que sienten los espíritus nobles y elevados de contemplar y admirar lo que es grande y magnífico, y afectos dignos de excitar la sensibilidad de un corazon tierno y generoso.

Si conociéramos bien la constitucion humana, veríamos con claridad que lo que, por lo comun,

aleja á los hombres de los bienes que la fe promete es una enfermedad de su naturaleza mas fuerte que todo el poder de su razon; y el que supiere persuadir que la naturaleza misma hallará su interes unido con el de la religion, ese es el que podrá hacerla amar. Es mas raro de lo que parece que la razon sola determine la estimacion, las preferencias y la conducta de los hombres; la imaginacion y la voluntad son potencias mas poderosas, y logran por lo comun inspirarnos sus opiniones.

Esta disposicion general, que nace de nuestra flaqueza, es mayor en los niños, y es, digámoslo así, su carácter: sus almas inespertas solo saben mirar y sentir; apenas pueden creer que verdaderamente exista sino lo que ven con sus ojos ó lo que tocan con sus manos, y nosotros, por la mayor parte, somos niños toda nuestra vida. Así vemos por esperiencia que no creemos lo que no vemos, ó si, impelidos por la autoridad, lo creemos, es con frialdad, y de manera que aquellos objetos no nos producen impresiones fuertes.

Por eso cuando nuestra razon convencida no puede resistir á las demostraciones acerca de la fe, procuramos excitarnos al amor de la religion, presentándola á nuestra alma con objetos mas capaces de ser imaginados ó sentidos; y para esto preferimos las imágenes mas análogas ó que son mas parecidas á las que nos interesan y conmueven en el orden de la naturaleza y de la sociedad.

El gran secreto que puede hacernos amar la

religion, es hacernos conocer que de ella pende todo lo que mas deseamos, lo que buscamos con mas ansia, y que es el fin último de nuestra felicidad, las verdaderas riquezas, la sólida gloria, la prosperidad soberana, la inmensa fortuna; en fin que todo lo que mas halaga al corazon humano, todo está comprendido en la grande salud que trajo á la tierra Jesucristo.

Bien sé que el establecimiento del reino de Dios no es obra de la prudencia de los hombres; pero, como ha subrogado en estos el decoroso encargo de preparar los ánimos á los triunfos de su gracia, los hombres deben servirse de todo, hasta de nuestras pasiones y flaquezas, para conducirnos al conocimiento y amor de la verdad, y para disponernos á recibir aquella gran luz con la que ya no se necesita ni de exhortaciones ni documentos.

Por eso Dios, que queria abrir las puertas de la vida eterna así á los mas incultos hijos de los hombres como á los ingenios mas sublimes, se dignó de encerrar toda la religion en una orden ó serie de sucesos que son palpables para todos, y que adquieren un ascendiente victorioso en las almas sensibles y rectas. Desde aquel instante solemne en que Dios rompió su eterno silencio, y mandó á la luz que saliera del caos de la noche, hasta el establecimiento de su pueblo en la tierra prometida, y el triunfo de su culto en medio de Jerusalem y del mundo, todo es una cadena de hechos y prodigios que por sí sola debiera excitar

á curiosidad, aun cuando un aparato tan augusto no tuviera otro fin mas alto, ni nos produjera un interes tan personal.

En la historia sagrada se lee que los hijos de los patriarcas y profetas no hallaron el consuelo de sus tardías esperanzas, ni verdaderos motivos de paciencia y constancia en las vicisitudes alternadas de sus destinos, sino en los continuos recuerdos de las maravillas que hizo Dios para establecer su antiguo imperio. Sus padres para enseñarles la religion les mostraban los monumentos de lo que habia hecho Dios por sus mayores, y esponian á sus ojos la larga historia de los hechos milagrosos que prepararon aquel gran dia en que debia consumarse todo con la muerte y resurreccion del divino Mesías.

Así lo hicieron tambien nuestros ascendientes; y nuestros abuelos estaban mejor instruidos que nosotros, porque en los siglos pasados hubo escritores que hicieron renacer este método tan natural, tan cierto y seguro para conocer y amar la religion. En efecto las mejores pruebas de su divinidad se sacan de su historia y de la magestad de su grande espectáculo. Hasta ahora existen como memorias, como reliquias que guarda la curiosidad, monumentos antiguos en que el buril y el pincel grabaron ó dibujaron todos los hechos, guardando el orden cronológico. Por este medio los niños con placer de sus ojos y deleite de su imaginacion

grababan los sucesos en su memoria, y aprendian, casi divirtiéndose, su religion.

¿Cómo pues un método de aprender que fue tan útil á nuestros antepasados ha podido perderse en nuestros dias? ¿cómo el arte superior á todos los artes, la enseñanza únicamente necesaria, ha podido descuidarse tanto? ¿cómo ha podido acaecer que se haya casi abandonado para la instruccion pública el depósito de las divinas Escrituras, que es el patrimonio de los hijos de Dios y el tesoro de todos los Cristianos? ¿y cómo no gemimos al ver la ignorancia lamentable de tanto número de fieles que no saben ni los principios, ni las pruebas, ni los hechos de que se compone la sustancia de su religion? Cuando un Israelita religioso queria recogerse para admirar la conducta y las altas ideas de la divina ley le bastaba recapacitar la memoria de Noé, de Abraham, Isaac y Jacob. El inflamado David se presentaba á la suprema Magestad con una alma asombrada de considerar la inefable grandeza de sus planes, y fuera de sí de contento entonaba este cántico (1): « ¡O Eterno Dios! nosotros » hemos oido, y nuestros padres nos han contado » las magnificas obras que vieron y que tu poder » ejecutó en los siglos antiguos. »

Y hoy que la historia de la religion se ha completado; hoy que ya casi tocamos el cumplimiento y término de las profecias antiguas y de las nuevas;

(1) *Psalm. XLIII, 1 y 2.*

hoy que ya apenas queda revolucion que ver, y que el estado actual del cristianismo se debe conservar inviolable hasta el dia feliz de la triunfante ascension de la Iglesia á la gloria de Dios; hoy que todos los secretos y designios divinos están ya descubiertos; hoy que todo anuncia el fin y la consumacion total de la empresa sublime; cuando el Leon de Judá ya ha vencido, cuando los templos de Cristo estan levantados sobre los profanos monumentos, cuando torres innumerables ponen cerca del cielo la señal adorable de la cruz en que se obró la redencion humana; hoy en fin que todo está revelado y descubierto, los Cristianos no tienen mas que ideas imperfectas, noticias confusas y oscuras. ¿Cómo podrán ver á un tiempo toda la magestad del edificio de la fe? ¿cómo podrán admirar el modo con que todas sus partes se corresponden, se comunican y se enlazan? Pues apenas perciben ángulos y superficies, ignoran el principio y el fin de las ideas que nos ha revelado el Eterno; no se les demuestran las relaciones admirables, las conexiones íntimas que atan y eslabonan los sucesos de la antigua economía con los misterios de la alianza postrera.

¿Y que ha resultado del abandono de tan saludable estudio? Que la inteligencia de las divinas Escrituras casi se ha perdido en la mayor parte de los fieles, que su lectura parece ingrata y fastidiosa al comun de los hombres; que pocos tienen justas ideas del gran designio y verdadero espíritu de la

fe, y que miramos como extranjero todo lo que ha pasado ántes de nuestros días; nos hemos olvidado de que Dios nos tenia presentes en la creacion del mundo, que entonces fuimos objeto de sus ideas divinas, que hoy somos la realidad de las figuras y el cumplimiento de las profecias, que por nosotros ha habido un Abraham y patriarcas, un Moyses y profetas, una Jerusalem y un templo, y en fin que todo se ha hecho y se conserva por los santos.

¿Y de esto qué ha nacido? el poco aprecio de nuestra vocacion, la inestabilidad ó flaqueza de nuestra virtud, el ascendiente casi siempre vencedor de nuestras pasiones, la facilidad de sacrificar todos los días las esperanzas eternas con que nos anima el evangelio, el péfido placer de la concupiscencia y del orgullo, y en fin el deplorable progreso de una filosofia perversa que se atreve á desacreditar la religion, aniquilar toda creencia y desterrar toda virtud.

En el origen del cristianismo bastaba que un apóstol explicase á una concurrencia numerosa como los misterios de Jesucristo estaban enlazados con los acontecimientos dispersos en la inmensidad de los tiempos que precedieron á su resurreccion, para que millares de hombres se postrasen á los pies de la cruz, y pidiesen ser incorporados en su alianza; pero hoy vemos con dolor que ni los incrédulos se convierten, ni los creyentes perseveran, porque los primeros nunca han visto la luz, y los segundos apenas la han brujuleado. Ni aquellos ni estos han conocido el don de Dios en

toda su excelencia y estension; y solo esto puede explicar porque los unos lo reprueban y los otros lo abandonan.

Despues de su resurreccion Jesucristo esplicó á sus discípulos el modo con que se habia cumplido cuanto los profetas habian anunciado. ¿No es verdad, decian ellos, que cuando nos explicaba el sentido de las escrituras ardian nuestros corazones con un fuego divino? Lo que el Salvador les manifestó de sus humillaciones y su gloria estaba enlazado con todos los sucesos, todos los oráculos y con la historia entera de los tiempos figurativos; y esta conexión, esta dependencia entre la antigua y la nueva alianza, es la que forma un mismo cuerpo de religion, una misma serie de designios, un concierto armonioso en que reluce la magnificencia de la obra y la ciencia del Redentor. Esta admirable consonancia de las predicciones con los sucesos era la que producía en los discípulos aquel embeleso, aquel calor celeste que les inflamaba el corazon.

Esteban, dicen los Actos de los apóstoles (1), lleno de gracia y de fuerza, asombraba á cuantos le escuchaban sus discursos; no era posible resistir á la abundancia y magestad del espíritu que hablaba por sus labios. *Hermanos míos*, les decía, *estad atentos*. ¿Qué es lo que va á decirles? Les pone á la vista las maravillas del Señor, les recuerda que las profecias mas recónditas en la oscuridad de los siglos antiguos acaban de cumplirse en la muerte y resurreccion de Jesucristo;

(1) *Act. vi, v. 8.*

que una voz del cielo separa á Abraham del pais de la idolatría ; que Dios le acompaña en su fuga , que le hace amable á los ojos de los estrangeros , y le llena de bendiciones y riquezas ; que hace volar su nombre hasta los confines del mundo , y consuela su vejez con el nacimiento de un hijo milagroso ; que esta familia querida del Señor se estiende y multiplica como las arenas del mar , tanto que en breve tiempo ya no era una familia , sino una nacion que merecia las atenciones del Omnipotente.

Les añade que desde que los descendientes de Abraham se vieron tan multiplicados Dios le suscitó un conductor , en cuyas manos puso su autoridad y su poder ; que Moises habla , y los milagros van siguiendo sus huellas ; que las olas le obedecen , que el mar separa en dos montañas sus ondas espumosas , y que el abismo levanta al cielo sus enormes masas ; que el Eterno hace que se desplome de las nubes el alimento para un pueblo innumerable ; que de los áridos peñascos , únicos pobladores del desierto , nacen torrentes abundantes para refrescar los fatigados pasajeros y regar sus arenas inflamadas.

Que los hijos de Abraham , de Isaac y de Jacob entraron en la tierra prometida ; que el solo nombre de Josué hizo temblar sus enemigos ; que á su voz los astros se detuviéron , las murallas se desmoronaron , los imperios y estados se deshicieron ; y que al fin Israel cantó en paz las misericordias del Dios que le sacó de Egypto en el templo mas magnífico que ha visto el universo. Ve aquí los augustos preparativos

de la venida del Mesías , la luminosa aurora que precedió al gran dia del evangelio ; y estos objetos , que dieron asunto á David para entonar los mas sublimes cánticos que los hombres oyeron , son los mismos que hacen brillar el semblante de Esteban con tan divino resplandor.

Del mismo método se vale el grande apóstol para anunciar el evangelio . ; Con que enérgicos pinceles dibuja cuanto le ha precedido ! En su pluma esta religion es eterna , y desciende á la tierra de la altura de la inmensidad divina ; Adan es su primer templo. Nos explica porque Dios ha criado al mundo , porque crió unas inteligencias capaces de adorarle ; como , á pesar de la degeneracion de la especie humana , la virtud del Todopoderoso la conservó un santuario y la salvó con Noé de las aguas que sumergieron la tierra , y con ella todos los vicios y pasiones que la tenian pervertida.

Nos pinta la magestuosa y circunspecta lentitud con que por entre las revoluciones , choque y ruinas de los imperios se encaminaba al último de los dias ; las prudentes y suaves gradaciones con que en su pausada marcha se va desembarazando del velo misterioso que la cubre ; como todo cede en el universo al que ha resuelto hacerla triunfar de toda dominacion y potestad ; como todos los reinos y todos los hombres por sus vacilaciones , empresas , victorias y derrotas , en fin por todos los movimientos con que se agitaron , prepararon sin saberlo las vias á la aparicion de esta grande y radiosa luz que los conducia consigo.

Como en fin en nuestros dias , que son ya la plenitud de los tiempos , se manifiesta subsistente y visible en medio de nosotros , por haberse cumplido el gran misterio predicho y esperado desde el origen del mundo , el océano de bienes y riquezas en que hoy hace nadar á sus fieles discipulos ; como se incorpora con nosotros , como eleva nuestra naturaleza , como hace adquirir á los hijos de su alianza la inmortalidad y la gloria del Cristo , Hijo de Dios ; como de su cabeza universal , que tambien es príncipe del siglo futuro y de todos los que han recibido sus promesas , se forma un mismo cuerpo , una sociedad , una sola familia , que el Dios de la eternidad acogerá en el seno de su esplendor el último dia , para que viva con él por los siglos de los siglos.

Estos son , señor , los grandes objetos que la Escritura nos propone , el magnífico espectáculo que la religion nos presenta , y este es el hermoso aspecto con que en todos tiempos la han visto y la ven los espíritus humildes y aplicados , á quienes con el fuego del amor alumbra la antorcha de la fe. Estas son las luces que muestra Dios á los pequeños y esconde á los soberbios , y este es el camino por donde debéis conducir á vuestros hijos. ¡ Dichoso vos si alcanzais á ponerlos en posesion de esta grande sabiduría , si lograis guiarlos por este plan sublime ! Yo os lo indico muy ligeramente ; pero vos conoceréis su importancia , y veréis que su ejecucion no es difícil.

Seria de desear que una nacion tan religiosa como

la Española , que una nacion en que el cristianismo tiene su primer trono , adoptase en general un método tan simple , tan cómodo y seguro para la educacion cristiana de sus hijos. Nunca se pudiera lograr mejor esta idea que en el tiempo presente ; pues en nuestros dias el arte de la imprenta ha llegado entre nosotros á un grado de perfeccion que nunca tuvo , y que es hoy la envidia y emulacion de los extranjeros. El grabado tambien se ha estendido y perfeccionado. ¡ Cuántos talentos eminentes abundan entre nosotros , que ilustran la nacion con producciones estimables ! Así por la reunion de estas artes han salido de nuestras prensas ediciones soberbias que son el asombro de las naciones ; el Salustio apenas conoce igual , y el Don Quijote ha admirado á la Europa por su riqueza y perfeccion.

¿ En qué pudieran ocuparse mejor estas imprentas y estos grabadores que en imprimir y estampar todos los sucesos de la historia de la religion desde la creacion del mundo hasta el establecimiento de la Iglesia , y formar una coleccion completa y seguida , guardando el orden cronológico de los tiempos ? Cada hecho digno de memoria , y que está enlazado con los que le preceden y le siguen , debia tener una estampa separada que representase con exactitud la historia del hecho que refiere ; y , á fin de conservar la verosimilitud en lo posible , los pintores debieran dar la misma fisonomia á los principales personajes cuya figura haya de repetirse con frecuencia.

Cada estampa debia tener al pie una sucinta expli-

educacion , pero exacta , clara y en términos que hasta el pueblo pudiera comprenderla , de modo que los niños y los grandes incultos y groseros , que en su capacidad son como los niños , puedan aprenderla sin trabajo. Los que por defecto de edad ó de instruccion tienen pocas ideas apenas pueden figurarse que puede existir lo que no ven. Los ojos son los únicos órganos que los conducen las ideas , y un cuadro ó una imagen es lo único que en su ánimo puede suplir á la realidad ó presencia de los objetos.

Esta coleccion pudiera dividirse por épocas , para grabarlas mejor en la memoria , á lo menos por el antiguo y nuevo testamento. Yo quisiera que se hiciera una edicion magnífica , y tal como la pueden hacer los hábiles artistas que hoy residen entre nosotros ; porque este seria un glorioso monumento que haria honor á la nacion y que daria nuevo estímulo al progreso de estas artes ; pero , como su precio fuera costoso , y yo deseo que esta instruccion sea general y se entienda á todas las clases del pueblo , tambien quisiera que se hiciera otra mas barata para aprovechar á todos.

Esta empresa mirada por todos sus lados me parece digna de un gobierno ilustrado ; no solo facilitaria el medio mas cómodo y fácil de aprender la religion , sino que produciria utilidades pecuniarias al estado ; tengo por cierto que una obra de esta especie , hecha con la perfeccion de que son capaces nuestros artistas , seria buscada por todas las naciones cultas , que se apresurarian á comprar un objeto precioso que satisface á todos los gustos

Pero , dejando consideraciones que no son de mi asunto , me basta que se hagan dos ediciones , una que pueda servir á la clase rica , y otra para que de ella se aproveche la pobre ; porque yo quisiera que se distribuyeran ejemplares á las escuelas con encargo á los maestros de enseñarlos á toda especie de niños. No tengo duda de que este estudio , lejos de serles molesto , seria el de mayor recreo de su educacion , y de que por este medio se propagaria presto la enseñanza de la historia de la religion aprendida con orden y exactitud.

Pero , como esta idea no es mas que un pensamiento , y la edad de vuestros hijos exige un remedio mas pronto , os aconsejo que os sirvais del mismo método por otros medios. En los siglos pasados , cuando los hombres pensaban que era mas glorioso y seguro seguir la religion de sus mayores , se eligió el método de enseñarla como ahora os propongo. La filosofía hizo abandonar este estudio , porque se dedicó á las ciencias profanas , pero estas obras subsisten todavia como monumentos. He visto diferentes ediciones de estas estampas con sus esplicaciones cronológicas ; hago memoria de una en folio que se intitula la Biblia de *Montier* , de otra en cuarto que se llama *Figuras de la Biblia* , otra muy á propósito de *Royaumont* , y las que se estan grabando para la Biblia española , y sobre todas las de Arias Montano.

Quizás habrá otras y mejores ; pero , como para la educacion particular de vuestros hijos no hace nada la perfeccion del arte , y basta la exactitud y el orden

de los hechos, os aconsejo que os procuréis una de estas obras, y que hagáis de ella vuestra ocupacion y su entretenimiento. Me parece que no debeis proponerles esto como un estudio serio y que merezca vuestra primera atencion, aunque así sea, sino como recreo ó recompensa de los otros; quiero decir que vuestro arte debe ser esconderles la importancia que hay en eso, y que pues los niños gustan tanto y se divierten con las estampas, os aprovecheis de esta disposicion para persuadirles que esta ocupacion no es mas que un descanso de los otros estudios, y una diversion que les dais para desquitarlos de las otras ocupaciones.

Con este ardid haréis que se ocupen en este objeto sin fastidio, que lo aprendan con gusto; y cuando tuviéreis motivos de mostraros contento de ellos podeis darles algunas de estas estampas para que las pongan en su cuarto. Haced de modo que al fin se las deis todas, y que su habitacion esté guarnecida de estas imágenes puestas por sus manos; pero con el cuidado de que nunca se altere el orden de sus datas, á fin de que se fije en su espíritu con la noticia de los hechos la cronología de los tiempos.

Esto es sin duda bueno para instruir y ocupar la infancia; pero no dispensa de la primera y esencial atencion, que es enseñarles los motivos y fundamentos que hay para creer que estos hechos son verdaderos, y la conexion y enlace que tienen con los demas de la religion; estudio serio y capital que debeis reservarles para cuando con mas edad le puedan hacer con fruto; pero este los preparará á recibirle mejor.

Pasemos ahora al trato de un cristiano con sus iguales. Vos me decís en vuestra carta que deseais vivir solitario, y que antes de haber sido llamado al retiro por el ejemplo de don Manuel estabais ya resuelto á vivir en vuestra casa separado del mundo, y partiendo vuestro tiempo entre Dios y el cuidado de vuestros hijos. Yo no apruebo, señor, las resoluciones prontas, sobre todo cuando son demasiado severas. La de romper sin particular motivo todo comercio con los hombres no es del espíritu de la devocion sólida y amable, ni puede servir mas que de desfigurar á los ojos del mundo su augusto y venerable carácter.

Las roturas violentas son las mas veces hijas del humor, y suele haber en ellas una especie de dureza triste, que da pretesto á la malignidad para desacreditar la virtud y hacer ridiculos los principios de los hombres religiosos. Los espíritus frívolos, que no conocen la religion en ella misma, la juzgan por el carácter y las costumbres de los que la profesan. Suponen que la conducta de los discípulos del evangelio es la práctica de su doctrina. Así, cuando el mundo ve Cristianos tétricos que toman con extrema inquietud precauciones desconfiadas, atribuye á la religion lo que es defecto del genio, imagina que el cristianismo destruye nuestras calidades sociales, que no es bueno mas que para hacer inútiles; y los que se sienten con algun deseo de volver á la virtud resisten á sus

remordimientos y temores por no parecer incommunicables y rudos.

Al contrario, señor, los buenos Cristianos deben ser amables y de la mas dulce sociedad. La mayor gloria de nuestra religion es que, quando es bien entendida y se practica segun su espiritu, inspira un gusto de benevolencia general, y produce un humôr apacible, un corazon benéfico y tratable, y aun inclinaciones amigables y tiernas. ¿Cuántos genios violentos y feroces, cuántos naturales difíciles ó salvages se han trasformado en hombres amenos y pacíficos, sin mas estímulo que el de la religion? Santos hay que debieron el primer movimiento de su retorno á la virtud á la dicha de haber encontrado justos llenos de blandura y de indulgencia.

Jesucristo no manda á los que reciben su espíritu y su nombre que se separen por entero del mundo, ni que se escondan de los hombres; al contrario les dice que su luz brille en medio de los profanos, para que admiren el poder de su doctrina, para que, viendo como el evangelio los ha trasformado en útiles y buenos, procuren beber en la fuente pura de donde mana la verdadera dicha de la tierra. Compara su Iglesia con un campo en que crecen mezclados el trigo y la zizaña hasta el dia de la cosecha, y esta mezcla entra de tal manera en el plan de la sabiduría divina, que tal vez lo que admiraremos mas en el dia de la revelación de su gloria será ver como todo ha servido á la for-

macion, al aumento y á la consumacion del cuerpo eterno de sus escogidos, y que los mas horribles y escandalosos delitos concurrieron al triunfo de la gracia.

Amemos pues, señor, á los hombres, y procuremos serles útiles. Nuestra santa y caritativa religion, que muda el corazon de los mas perversos, y que trasforma en humanos y sensibles los naturales mas feroces y mas duros, no puede enfriarnos nunca con nuestros hermanos. Parece que el que los huye, los desprecia, á lo menos no les puede servir; y jamas será bueno darles una idea tan triste y tan injusta de los efectos que debe inspirar la religion á los que la aman. Lo que ella nos prohíbe no es el trato ni la sociedad de los que no han sido iluminados por el cielo y estan todavía sometidos al yugo de las ilusiones y de los errores; solo nos advierte que no nos conformemos con el espíritu del siglo, y que estemos con cuidado para no corrompernos con el contagio de los malos ejemplos.

Quando Dios convierte á un pecador, su intencion tal vez no se limita á su conversion personal, y sus ideas suelen multiplicarse con una estension digna de la inmensidad de su misericordia. Quiere que cada conquista de su gracia sea una fecunda almáciga de escogidos, y que aquel á quien su poderosa voz hace salir de la oscuridad de su sepulcro sea la luz que destierre otras tinieblas y el instrumento de muchas resurrecciones. Señor, una alma es una

cosa tan grande por la excelencia de su naturaleza y por su capacidad de conocer y gozar del infinito, que aun en las mas depravadas debemos respetar la posibilidad de su conversion; debemos venerar en ellas este poder que un soplo de la gracia puede animar, para manifestar su gloria y la superioridad de la bondad divina sobre todas las verosimilitudes humanas.

Reflexionad pues que la fe y la religion no mudan nada á vuestras relaciones y correspondencias honestas con los demas hombres; que la sociedad humana no es menos obra de Dios que la creacion del universo; que el evangelio, que es su mejor apoyo, no puede ser contrario á su conservacion; que su espiritu es ilustrarnos y santificarnos en nuestro estado de ciudadanos, y que por consiguiente nuestra santidad debe, como nuestra existencia, servir á la utilidad de nuestros hermanos. ¿Qué fuera del mundo, si no quedaran en él mas que hombres sin religion, sin costumbres, sin ley ni principio alguno de verdadera sociabilidad?

¿Sabeis, señor, porque el vicio conserva todavia algun miramiento, y no se atreve á pasar de ciertos limites? Es porque la virtud le impone la necesidad de la decencia, y que la presencia de los hombres de bien o pone una resistencia invisible y sorda á la intemperancia de las pasiones y al desacato de los excesos. Por mas que la licencia y la incredulidad afecten una independencia desenfadada reside en los siervos de Dios una secreta fuerza que modera

su

su osadia, que contrabalancea sus escándalos, y que lucha sin cesar contra el esfuerzo inicuo que trabaja por corromperlo todo. Si se destruyera la comunicacion y trato de los hijos de Dios con los hijos de los hombres, y que estos se viesen libres de toda sujecion y miramiento, no quedara en el mundo un principio de seguridad ó consistencia social, y se perderia enteramente el freno de las costumbres públicas, que es el asilo que queda en la declinacion de las virtudes.

Si queréis conocer mejor la fuerza de estas reflexiones volved los ojos á vuestra antigua vida. ¿No es verdad que cuando estabais solo con don Manuel haciais entre los dos una sociedad muy depravada? ¿que vuestras máximas eran horribles, vuestros discursos abominables, y que vuestras acciones, proyectos y delirios se distinguian por un carácter espantoso de abandono total y corrupcion? ¿no es verdad que entonces hubiérais dejado perecer el mundo entero por satisfacer vuestras pasiones; que el uno hubiera sacrificado al otro por su interes personal, y que hubiérais trastornado un imperio, si vuestra fuerza igualara á vuestra perversidad, y si esta hubiera podido contentar la viveza de vuestros deseos?

Decidme mas. ¿No es tambien verdad, que si en estas circunstancias hubiera venido á veros un hombre zeloso, tal como me habeis pintado á don Mariano, al instante vuestra sociedad hubiera presentado otro aspecto, y que un extranjero no hubiera visto en ella

Tom. III.

26

mas que tres hombres decentes, corteses y modestos? ¿no es verdad que no hubiera podido este observar mas que moderacion, que hubiera oido otros principios, y que el aspecto exterior fuera tan diferente, que le hubiera sido imposible distinguir al verdadero virtuoso de los que solo imitaban el estilo, y guardaban las apariencias? Asi es verdad, señor, y podeis aplicar este ejemplo á toda la sociedad. Por él podréis tambien formar una idea de lo que esta debe á la ventaja de conservar en su seno algunos fieles discipulos de la religion.

Y no me digais que todo el fruto de este imperceptible y mudo apostolado que ejercen en el mundo los buenos que viven confundidos con los malos se reduce á formar algunos hipócritas, y que estas falsas apariencias no pueden producir bienes verdaderos, porque ya desde luego es una grande gloria de la religion que los que violan sus preceptos se vean forzados á fingir su carácter, y que les sea preciso esconderse para atropellar en secreto las virtudes y las obligaciones. Los buenos Cristianos son los que con su buen ejemplo hacen infame y deshonrada la profesion del vicio, y nada debiera alentar tanto á los perversos á abrazar el evangelio, como la esperiencia de que es necesario observar sus leyes aun para vivir estimados.

Rara vez es la depravacion tan extrema, que un hombre virtuoso no la contenga en los límites de la decencia; lo mas comun es que reciba la impresion íntima y verdadera que producen la religion y la virtud, y que se esfuerce á no parecer lo que es, para

obrar y hablar como el justo; pero este esfuerzo no es desmentido ni por su razon, ni por su conciencia. Antes al contrario quisiera tener la realidad; y si la aparenta es porque conoce las ventajas, y porque se avergüenza de su mal conducta, todavía hay en su alma una parte sana que le hace percibir que la semilla de la virtud está en su corazon.

Vos mismos habeis sentido esta disposicion secreta cuando tratabais con don Mariano. Entonces viviais abandonados á la ciega filosofia, que procuraba borrar los sentimientos de Dios y de la conciencia, y con todo os acordais distintamente que en el tono de cordura que el ascendiente de su virtud os forzaba á tomar, habia alguna cosa mas que fingimiento. Quizá estuvierais hoy en las mismas tinieblas, si no hubierais tenido la dicha de tratar con un justo en los dias de vuestros errores, y si no hubierais tenido un amigo entre los amigos de Dios.

Considerad, señor, que, conservando las relaciones á que os obligan vuestro estado y vuestra clase, no correis mas peligro del que corria don Mariano, que trataba con vos en aquel tiempo en que se os parecia tan poco. Si el espíritu del mundo y las costumbres de hoy no pretendieran como en los siglos pasados mas que relajar la austeridad del evangelio con opiniones dictadas por la indolencia y la sensualidad, y solo quisieran conciliar el cristianismo con nuestras flaquezas y defectos, su comercio seria mas peligroso, nos seria mas difícil perseverar en la alianza de Jesucristo. Entonces fuera menester huir y buscar en las

montañas ó en las cavernas de la tierra un refugio contra la seducción de tan pernicioso artificio.

Pero hoy puede decirse que el mundo, á fuerza de depravarse, ha dejado de ser peligroso; hay tanta diferencia de las costumbres de un cristiano á las de los insensatos de este siglo, que la vista de los excesos que nos circundan no puede hacer vacilar nuestro amor y confianza en el evangelio. Al contrario un espectáculo tan escandaloso debe confirmar nuestra fe, y estrechar mas los lazos que nos unen con Jesucristo; porque no hay cristiano que al salir de las asambleas ó concurrencias, en que ha visto y oido los delirios de los hijos de tierra, no se diga á si mismo lo que se decía Salomon: ¡O inocencia! ¡ó virtud! yo volveré á encontrarte en mi estancia solitaria, y allí reposaré en tu amable seno.

Nunca los Israelitas observaron mejor la santa ley que en medio de los escándalos y abominaciones de Babilonia. Desde aquella tierra estrangera sus ojos cubiertos de lágrimas se volvian sin cesar hácia Jerusalem, viendo la sacrilega profanacion con que se derramaba el incienso á Dioses de metal, y, recogidos en su afligido corazon, exclamaban: ¡O Dios! ¡ó Dios de Israel! tú eres el solo Dios que se debe adorar. Su trato con los Escribas y Fariseos en medio de Jerusalem les era mas contagioso que todos los excesos de la idolatria, porque es mas difícil, cuesta mas, y se tiene mas horror en atropellar de repente la religion y la virtud, que no ceder insensiblemente

á la lenta y porfiada tentacion que nos induce á alterar su austeridad y á acomodarla á nuestros gustos y pereza.

Cuando los fieles en el nacimiento de la Iglesia no se vieron cercados mas que de Judios ciegos y endurecidos que blasfemaban el nombre de Jesus, ó de Gentiles que, desconociendo al verdadero Dios, se abandonaban á los excesos de la corrupcion mas brutal, los apóstoles no necesitaban de prevenir á sus discípulos contra el contagio de tan malos ejemplos, y jamas las virtudes del cristianismo se practicaron con tan sublime perfeccion.

La idea de alejarse del mundo y buscar asilo en los desiertos no nació entre los Cristianos por evitar el trato de los incrédulos, ni por esconderse á la vista de las persecuciones. Los primeros anacoretas no empezaron á temblar sino cuando vieron que las costumbres evangélicas iban flojamente declinando en la misma Iglesia de Jesucristo. Cuando el evangelio, que era ya la religion pública, empezaba á desfigurarse con las interpretaciones y temperamentos que el espíritu del mundo introducía en la severidad de su doctrina, entonces fue cuando los Cristianos fervorosos se espantaron del peligro que les amenazaba, entonces empezaron á separarse de los hombres, á despojarse de sus bienes, y á esconderse en las grutas para conservar puro el incorruptible depósito de la doctrina y de la moral de Jesucristo.

Este fue el origen de la poblacion de los desiertos y el de los establecimientos monásticos. No fue

el temor de imitar á los perversos, ni el de ser seducidos por los sofismas de los impíos ó por las imágenes de una grosera corrupcion; fue el peligro de perecer al pie mismo de la cruz, fue el temor de resbalar á los abusos y relajaciones de una moral que pretendia rebajar la sublimidad de la divina ley á la flaqueza de las imperfecciones y miserias humanas. Esto fue principalmente lo que pobló de repente los parages mas agrestes y rústicos, lo que obligó á los hombres á ocupar las cavernas de las fieras. Las máximas relajadas de los que viven con nosotros pueden tener mas fuerza para pervertirnos; pero la evidencia y el exceso de los escándalos son por lo comun un estímulo para la virtud.

Por desgracia, señor, nosotros no vivimos en aquellos tiempos menos corrompidos, en que á lo menos la fragilidad del corazon se conciliaba y podia consolarse con el respeto de la ley y con la esperanza de la enmienda. En medio del naufragio no se perdía de vista el fanal que dirige al puerto de la cruz; pero hoy, en varios parages, el vicio ha llegado hasta el último extremo, y no ha dejado una señal de cristiandad ni en el estilo ni en las acciones de los que ha logrado corromper; hoy la osadía de no reconocer ninguna obligacion, el arrojo de destruir todas las verdades, la infamia de renunciar á la virtud y la disolucion de las costumbres ha producido el horrible monstruo de la incredulidad.

Hoy pues el mundo debe parecer muy espantoso á todo corazon recto, y no hay peligro de que pueda ser su seductor. Los buenos que estan forzados á tratarle no pueden hallar en él mas que motivos para amar y practicar el evangelio, y repetir sin cesar en su interior: *Señor, tú eres el solo Dios que se debe adorar*; para volver con nuevo placer, y encontrar mayores embelesos en el recogimiento de sus pacíficos y amados asilos, y conversar trasportados de gozo con los amigos de Dios de las bellezas y dulzuras de su santa ley, como aquellos descaminados peregrinos, que despues de haber atravesado con terror por entre naciones bárbaras y feroces hallan al fin habitantes humanos y apacibles. ¡O Dios! exclamaba David (1), *los insensatos me han contado fábulas; pero qué diferentes son de tus leyes admirables!*

No digo que debais arrojaros en el tumulto y torbellinos de las falsedades mundanas; solo quiero persuadiros que eviteis la afectacion de alejaros de vuestra familia, que no rompáis rudamente con los amigos que estaban acostumbrados á veros, que os presteis con dulzura y bondad á todo lo que os prescribe la decencia, cuando no se opone á vuestras obligaciones, que veais con indulgencia y soporteis todo lo que puede soportarse sin ofensa de Dios, que no seais el primero á romper con vuestras antiguas relaciones, que sepais como Jesucristo, ama-

(1) *Psalm. cxviii, 85.*

ble modelo de indulgencia, recibir y comer con los pecadores, y tened por cierto que los que, á pesar de vuestra reforma, continuarán en ser vuestros amigos no os servirán de obstáculo para que permanezcáis en la vida cristiana, y que aquellos á quienes vuestra sociedad no acomode se retirarán ellos mismos, librándoos de la pena de verlos y oírlos, sin darles motivo para que se quejen de vuestros procederés.

Por otra parte vos sois de una clase en que todos respetarán la religiosa delicadeza de vuestros principios. Vuestra devoción no se hallará en el caso de devorar el amargo disgusto de oír blasfemar lo que adora. Las personas de vuestro nacimiento, sean las que fueren sus costumbres y opiniones, son de ordinario reservadas, circunspectas y decentes; su educación, el hábito de producirse en todas partes con atención noble y cortesana los hace capaces de acomodarse en todas circunstancias sin chocar en ninguna. Las irrisiones y las discusiones impías están hoy desterradas de toda sociedad decente. Los detractores de la religion no se manifiestan, porque saben que serian mal recibidos, principalmente en nuestra nacion, en que al desprecio comun añadirían el peligro de ser denunciados á los zelosos conservadores de la fe.

Fuera de esto el respeto del culto nacional forma una parte de la probidad, y los menos delicados al fin han conocido que el empeño de desacreditar la creencia y la moral solo cabe en la furia de un mal

ciudadano que pretende perjudicar al bien público. Vos mismo, cuando estabais alucinado por el mundo, no hubierais querido lastimar los oídos de los hombres respetables que se encontraban en las concurrencias, y debeis esperar igual procedimíento de los que han tenido la misma educación y viven con el propio decoro. Los que son verdaderamente decentes saben conciliar el talento de no escandalizar á los hombres con la desgracia de ser ingratos á su Dios, y es lástima que esta calidad no sea un efecto de la virtud, sino de la crianza.

¿Porqué pues no tomaréis vuestra parte en las recreaciones inocentes y moderadas de vuestros amigos y parientes? *Alegraos*, decia David (1), *alegraos en el Señor*. La virtud no es triste, no tiene mal humor, ni es desconfiada; es franca, dulce, benévola, paciente; todo lo sufre, todo lo perdona; se fortifica, se alimenta con todo. Es verdad que un penitente debe llorar hasta el sepulcro la desgracia de haber dado entrada en su corazón á la iniquidad; pero este mismo dolor, por mas vivo que haya sido, ha de ir acompañado de un sentimiento tierno y afectuoso que se hermana con la alegría de la virtud.

En efecto no es posible acordarse del antiguo y pasado daño, sin hacer memoria del remedio y de la regeneración presente. Así pues debe haber un arrepentimiento filial de haber conocido demasiado

(1) *Psalm. XXXI, II.*

tarde á un padre que nos engrandece tanto, y nos hace tan felices; y este arrepentimiento debe ser la perfeccion de nuestra alegría, como el recuerdo de una grande dificultad superada aumenta el gozo que produce un gran logro, y como la memoria de la miseria pasada añade dulzura al placer de la abundancia actual. Los que han pasado por los insensatos tormentos del amor profano son mas capaces de entender mejor esta verdad.

Vedaquí una idea compendiosa de los principios con que podeis gobernaros con vuestros iguales. Ahora voy á hablaros de vuestros inferiores, y espero que la suprema sabiduría á quien imploro no me abandonará; yo no tengo mas gusto, cuando las ocupaciones diarias de mi estado me dejan algun tiempo, que emplearle en la edificacion y utilidad de una alma que Dios me ha hecho preciosa, dándola derechos tan santos á todas las solicitudes de mi zelo: empezaré por los criados, que tienen con vos relaciones necesarias y domésticas, y despues hablaré de los pobres.

« Si alguno, dice San Pablo (1), no cuida de los que le pertenecen, sobre todo si son sus domésticos y habitan en su casa, ya negó la fe en su corazon, y es peor que el infiel ». ¡ Sentencia terrible! pero que no espanta como debia, porque los amos irreligiosos, que renuncian para sí mismos las esperanzas de la fe, estan muy lejos de pensar en que tambien

(1) 1, ad *Timoth.*, y 8.

les prescribe obligaciones para otros, y que Dios los hace responsables de la condenacion de sus criados; y el hombre justo, que no necesita mas que de su buen corazon para procurar la salvacion de cuantos le rodean, cumple con todos los preceptos de este artículo aun antes de saber que condena con tanto rigor la negligencia.

No es mi designio, ni fuera posible explicar en una carta todo lo que se debe á los criados; pero Dios, que os ha hablado con tanta eficacia y claridad sobre su ley divina, os dará sobre un artículo tan fundamental de las obligaciones evangélicas mas luces que pudieran daros las lecciones de todos los doctores de la tierra. Desde que os hizo conocer la excelencia y grandeza de vuestra naturaleza debisteis conocer el precio y la dignidad de toda criatura que tiene el mismo origen y el mismo destino que vos. Ya debeis conocer que todas estas distinciones que ponen tanta distancia entre los criados y los amos son pequeñas, y como la nada á vista del excelso y eterno carácter que Dios ha dado á los unos y á los otros, y que la religion y la virtud aniquilan todos intervalos con que los hombres viven separados.

Jesucristo, considerando esta unidad de dichas y bienes inmortales con que debia elevar á los apóstoles, exclamó con amorosa complacencia (1): ¡ Ah! ¡ ya no os llamaré mis siervos, sino mis amigos!

(1) *Joann.*, xv, 15.

nombre correspondia á la grandeza de los que su gracia santifica, y nos manifestó el amor con que mora en cuantos deben vivir y reinar con él en la perpetuidad de su propio esplendor.

La religion pues confirma y consagra la fraternidad en que la naturaleza hace nacer á los hombres; pero hay esta diferencia, que, aunque la naturaleza nos dice que todos somos hermanos, no consuela á ninguno de la dependencia y miseria en que la inevitable imperfeccion de las sociedades tiene sujeta á la mas numerosa porcion de los que la componen; la religion sola nos consuela á todos, haciendo imperceptibles estas desproporciones, y absorbiéndolas todas en la inmensidad de la gloriosa perspectiva que presenta á los hombres sin distincion.

La naturaleza no sabe confortar al débil, no tiene con que acallar las quejas de los infelices, ni puede moderar el orgullo de los ricos y los grandes, sino diciéndoles á todos: «Un día vuestros huesos serán con-» fundidos en el mismo polvo;» pero la religion hace desestimar á los mas desgraciados, á los esclavos mismos que sufren el peso de sus cadenas, toda otra ventaja que la de ser eternas; hace despreciar á los grandes su grandeza misma y todos los títulos que los pudieran seducir, porque dice á todos: «Los» que yacen sepultados y duermen en las entrañas de» la tierra se despertarán: los justos subirán á la» gloria de Dios, y los malos serán precipitados á los» eternos suplicios».

Vos, señor, á quien la fe ha dado ya sus ojos, sus

sentimientos y su espíritu; vos que ya sabeis que sola la virtud puede dar al hombre un grado de verdadera superioridad sobre los otros; vos que aprendeis todos los días en la escuela del evangelio que nada de lo que es humano puede ser menos que vos, que la menor porcion de gracia en el corazon del mas mínimo de vuestros criados le da mas excelencia que son capaces de dar todos los cetros y coronas; vos digo, ¿cómo pudierais tener por indignas de vuestro zelo y atencion unas criaturas que tienen tanto derecho á la eternidad como vos, y que os igualan en la calidad que únicamente puede haceros grande, que es la capacidad de ser santo y la esperanza de reinar con Jesucristo en su imperio indestructible? ¡O hombres! ricos y pobres, grandes y pequeños, amos y criados, todos podeis ser reies. ¿No es pues ridiculo que os detengais en las pueriles y pasajeras diferencias que os distinguen en el rápido camino que haceis para llegar á vuestro trono?

Con esto solo, señor, ya es inútil articularos lo que debeis hacer; no es por falta de conocimiento que se descuidan las obligaciones privadas y domésticas, es por falta de religion, es por defecto de atencion á los altos motivos que la fe nos presenta; y ved aquí el origen de tantas omisiones tan graves y tan culpables, ved aquí lo que nos endurece tanto el corazon, que no sentimos la menor inquietud. Esto es lo que nos hace ver con fria indiferencia que lo que depende de nosotros se desarregle y corra á su eterna perdicion. ¿Cómo un hombre que circunscribe toda

su atención á la vida presente, y que no aprecia su propia inmortalidad, se afanará por cuidar de la salvacion de sus criados?

El que es malo para sí, decia el Salvador, ¿para quién puede ser bueno? Por eso, cuando se quiere conocer el carácter y los principios de los que ocupan los palacios suntuosos, no es necesario entrar en su interior, ni informarse de su conducta; basta ver esos pórticos soberbios en que un pueblo de criados ociosos ostenta todos los dias con estupidez su grosero orgullo, esos zaguanes en que una multitud de domésticos sin ningun principio de moral, y cuya inutilidad sola es un escándalo público, se atreve acaso á insultar á la modestia del artesano y á la miseria del pobre. Este es el rótulo que indica el espíritu y las costumbres de muchos ricos; no es menester verlos para conocerlos, basta pasar por las puertas de sus casas.

Vos no me habeis explicado vuestras ideas sobre las mudanzas ó reformas que pensais hacer en vuestra casa, pero no importa; porque desde luego imagino los proyectos que puede tener una alma que la gracia dirige. Estoy cierto que vuestro primer pensamiento será alejar de ella á todos los que no consiguiéreis hacer mejores, que volveréis los ojos, como un santo rey de Judá, á los fieles de la tierra para incorporarlos en vuestra familia, y que no confiaréis el servicio de vuestra casa sino á personas de corazon recto y que marchen en el camino de la inocencia.

Tambien estoy persuadido de que no permitiréis que se vuelvan á oír al rededor de vuestra habitacion esos discursos libres, esos clamores indecentes de criados perezosos, que, fiados en la indiferencia del amo para el bien, y revestidos de la librea de su grandeza, pierden el hábito del trabajo, de la modestia y de la sobriedad, preparándose dias infelices y una vejez llena de oprobrio y de miseria. Sin duda que escogeréis para criados hombres que debais estimar, que podais amar como honrados, y tal vez respetar como justos.

Estoy seguro de que vuestra casa, antes teatro de una licencia sin freno y de una disipacion sin medida, se trasformará por vuestro zelo en una region de paz, de armonía, de tranquilidad, de buen orden y de caridad arreglada; que no se verán en ella hombres inútiles, que desaparecerán las superfluidades del fausto y los excesos de la vanidad; en fin que no volveréis á caer en la culpa imperdonable de los ricos del siglo, que, para sostener el miserable cortejo de su orgullo, quitan los labradores á los campos, los soldados á la patria, los artesanos á la sociedad, y contribuyen á los estragos del lujo y de la opulencia.

Espero que la reglaréis de modo que cada criado tenga su empleo y cada hora su ocupacion, que velaréis para que todo se administre con orden y economia; que no desdeñaréis la primera y mas esencial de las obligaciones, la que es mas digna de un padre de familia, que es ponerse á la frente de

su régimen doméstico, presidir á la conducta de todos sus negocios, verlo todo, y verificarlo con sus propios ojos. Esto es lo que el Espíritu divino llama saber gobernar su casa. El amor del orden y la justicia deben dirigir estos afanes, y aquel que los descuida y se descarga sobre otros de cuidados que tanto le interesan no conoce la sabiduría del evangelio. Merece lo que sucede de ordinario á los que por pereza ó por orgullo abandonan esta vigilancia, que es ver presto su ruina, perder los medios de conservar su estado, la tranquilidad de su vida y la fortuna de sus hijos.

En fin, señor, yo me represento vuestra casa como los apóstoles nos pintan las santas familias de los Cristianos primitivos. Entonces se llamaban iglesias ó congregaciones de escogidos. Los amos eran buenos, dulces, indulgentes y moderados; porque no consideraban á los que les estaban sometidos sino como hermanos y compañeros de la vocación celeste. Los criados eran dóciles, humildes, laboriosos y fieles; porque tenían menos la cólera y el desagrado de sus amos que los remordimientos de su propia conciencia.

En las horas consagradas á los ejercicios diarios de la religion desaparecían todas las diferencias de fortuna, de estado y edad. Padres, hijos y criados se juntaban en el mismo lugar dedicado al culto doméstico, y los criados eran siempre advertidos para que concurriesen así á las lecturas devotas como á las santas instrucciones que los padres de familia

familia daban en tiempos arreglados á sus tiernos hijos. ¡Ah, señor! solo un buen corazón es capaz de apreciar y sentir cuanta gloria se encierra en la sublime práctica de una conducta arreglada. ¡Qué feliz es el hombre que sabe ser tan útil á los que Dios ha confiado á su cuidado y zelo!

Considerad cuan hermoso es y cuan admirable ver como la religion aniquila los errores de las pasiones, y como inspira á muchos grandes de la tierra proceder tan contrarios á los del mundo. Ella los hace respetar, como dotados de un espíritu inmortal y eterno, á los mismos miserables que el infortunio y la pobreza reducen á la servidumbre, á los mismos que parecen menos que hombres á aquellos amos orgullosos que parecen tan sordos á la voz de la naturaleza como á la del evangelio.

Yo he visto algunas veces con sumo gozo costumbres patriarcales y antiguas en medio de las ciudades populosas entre familias recogidas. También las he encontrado en las habitaciones solitarias de personas desengañadas que se han retirado al sosiego tranquilo de los campos, y os aseguro que nunca se han reposado mis ojos sobre esta imagen apacible sin derramar con abundancia lágrimas deliciosas. Jamás he pasado algunos días en medio de costumbres tan cristianas y amables, sin afligirme de que mi vida no pueda ser una eslabonada cadena de momentos tan dulces; jamás he cesado de admitir estos asilos de paz, en que Dios es tan grande y los hombres tan buenos y felices.

Penetraos pues del espíritu de los tiempos apotólicos, y nunca os olvidéis de que los que os sirven son hombres. Tened presente que si ellos sirven al Señor, han de ser reyes, y que un día juzgarán con Jesucristo á los jueces de la tierra y á los amos del mundo; que el primero y el mayor de los soberanos del universo, si no es religioso y justo, será infinitamente inferior al mas oscuro de los siervos de Dios, que, cuando sea santo, tampoco será mas que su hermano, y que ninguna criatura puede tener otra excelencia ni otro precio que aquel que recibe de sus relaciones con el Hombre Dios, por el valor que le comunica su soberana santidad.

Esta verdad es muy gloriosa á Dios, y debe consolar mucho á los pequeños y los pobres. San Pablo estaba tan persuadido de ella, que se le vió hablar y ocuparse en la suerte de un pobre esclavo con un zelo tan vivo y tan ardiente como hubiera podido hacer por el destino de los Césares ó por el interés de todas las naciones. El hecho que me da motivo á este discurso merece que os lo refiera.

Onésimo era esclavo de un cristiano; Onésimo no confesaba á Jesucristo, no conocia su doctrina y promesas; así no es mucho que fuera un servidor infiel, en efecto engañó á su amo. Convencido de infidelidad huye, y por su dicha cae entre las manos de San Pablo, por entonces cargado de cadenas en las prisiones de Roma. Este grande apóstol se aplica á enseñarle la fe de Jesucristo, y hace un santo de un infeliz que estaba cerca de alistarse entre los

salteadores; pero admirad con que fuerza y ternura le recomienda á su amo, y con que términos solicita el perdon de un esclavo que ya llora á los pies de Jesucristo su infidelidad y su desercion.

« Yo imploro, le escribe, vuestra bondad por mi » querido hijo Onésimo, por este hijo que he engendrado en el Señor, hallándome en esta prision. » Os le restituyo como un bien que os pertenece, » pero ya apto para serviros con utilidad; recibidle » como mi sangre y como un objeto muy precioso » á mi corazon. Quizá Dios ha permitido que se » alejase de vos algun tiempo, para que vuelva mas » digno de vos y que os quede unido eternamente. » Él me ha servido con tierna aficion en la cautividad que sufro por el evangelio, y le miraba menos » como siervo que como hermano querido y respetable. Si me amais, recibidle como á mi mismo, y cargadme de todas sus faltas; este es el » consuelo mas dulce que me podeis dar en las penas » que sufro, y haréis respirar mi corazon que está » oprimido de angustias y de aflicciones. »

¿Y quién escribe esto? San Pablo, un hombre divino, el terror de los magistrados romanos, el destructor de la idolatria, el reformador del culto y de las costumbres del mundo entero, la antorcheta mas brillante que ha mostrado la verdad al universo, la admiracion de Atenas, el oráculo de los Césares, y el mas venerable de los doctores y bienhechores de la tierra. Este hombre, uno de los mayores de los hombres, y del mas alto y elevado

carácter , se interesa con tanto ardor , y ruega con estilo tan expresivo por un pobre esclavo que se ha huido de la casa de su amo.

¡ Ay , señor ! es muy dulce repetirlo : La religion cristiana es la única filosofía que sabe reparar las desigualdades que las instituciones sociales hacen inevitables , y por eso la porcion mas desgraciada y débil de la humanidad tiene muchos motivos para amarla , muchas razones para ser religiosa y adorar un evangelio que la restablece con tanta gloria en su dignidad de hombres y en su igualdad original con todo lo que el mundo llama grandeza y poder.

Quando la religion no hiciera otro bien á los hombres , cuando no tuviera otro influjo que el de enseñarnos la bondad , dulzura , estimacion y amor que debemos á todo lo que es de nuestra naturaleza y nuestra sangre , esto bastara para confesar que Jesucristo y sus apóstoles , á quienes debemos estos documentos , han sido verdaderos amigos de los infelices , y que tambien lo son de los poderosos , pues los hacen benéficos y humanos. Los sofistas de nuestro siglo , que sin cesar se quejan del orgullo y de la dureza de los ricos , debian poner todo su estudio en hacer que reciban y adoren la doctrina del evangelio.

Aquí era el lugar de hablaros de los pobres ; pero esta carta es ya demasiado larga , y temo importunar vuestra atencion , tanto mas quanto es difícil hablar poco de los pobres , porque la materia es rica. Me parece mejor reservarlo para la primera

que os escriba. Pedid á Dios que me dirija , como yo le pido que os guarde muchos años.

¿ Teodoro , no admiras la fecundidad y el infatigable zelo de este varon incomparable ? No me canso de dar gracias al cielo de haberme deparado un director que cada día me hace descubrir nuevas hermosuras y grandezas en el carácter de la religion. ¡ Qué lejos estaba yo de conocerlas ! ¡ cuánta razon tiene él , me digo yo cada instante , para asombrarse de que pueda haber incrédulos ó malos sobre la tierra despues que el evangelio ha brillado á la vista de los hombres ! Al que llega á ver la religion con ojos como los suyos debe parecer imposible la demencia feroz de desconocerla ó profanarla. Yo te remitiré copia de la nueva carta que me promete , porque copiándolas las leo mejor y las estudio mas ; puedan ellas serte tan útiles como á mí. A Dios , Teodoro querido.

**INDICE**  
**DEL TOMO TERCERO.**

A

- Absolucion.* Con la absolucion de los pecados recibimos el espíritu de Dios, *pdg.* 62 y sig.
- Afectos* con que nos debemos llegar á los pies del confesor, imitando al hijo pródigo, 112 y sig. — Con que nos debemos llegar á la sagrada comunión, 224, 251 y sig. — Para ántes de comulgar, excitados de los que debió tener María Santísima comulgando, 246 y sig.
- Ambicion.* Cuán pocos la tienen por culpable en el mundo, 10.
- Amor* que manifestó J.-C. á sus discípulos, 139 y sig. — Sin amor de Dios no hay justicia ni santidad, 21. — Es necesario para ser absuelto de los pecados, 40. — Tiene muchos grados, 69, 70 y 71. — Estado de un corazón que aun ama tibiamente á Dios: manifiéstale San Agustín por el suyo, 70 y sig. — Al que ama á Dios es necesario el sacramento de la penitencia: absurdos que se siguen de sentir lo contrario, 67 y sig.
- Amos.* Sus obligaciones, 10 y 11. — Cómo deben tratar á sus criados, 411 y sig.
- Atricion.* Cuál se requiere para la absolucion, 45 y 46.
- Aurilios de Dios.* Importa mucho declarar al confesor el uso que se ha hecho de ellos, y cómo se les ha correspondido, 4.

B

- Basa.* La primera basa de las virtudes es el recogimiento interior, 291.
- Bautismo.* Es necesario aun á los que aman á Dios, 66. — Perdona toda culpa y toda pena, 88.

*Bernardo (San)*. Miraba los trabajos que Dios nos envia en esta vida como efectos de su misericordia, 95.  
*Bienes* que nos vienen de J.-C., 138 y 139. — O efectos maravillosos que causa la absolucion sacramental, 126. — Que se nos comunican en la sagrada comunion, 192 y sig. — *De fortuna*. Son carga pesada, y ocasion de muchos peligros, 307 y sig.  
*Bondad de Dios* para con el hombre, é ingratitud del hombre para con Dios, 213 y sig. — *de J.-C.*  
 Al tiempo de comulgar nos debemos alentar mas con la confianza en su bondad, que intimidarnos con el conocimiento de nuestra indignidad y bajeza, 197.  
*Buscad al Señor*. Esplicase esta espresion del profeta Isaias, 297.

## G

*Carácter*. El de la justificacion evangelica es transformar nuestra flaqueza en la fuerza de Dios, 140.  
*Carne*. Virtud de la de Cristo sacramentado, 258 y sig. — Cuán grande enemigo del hombre es su misma carne, 79 y sig.  
*Circunstancias*. Qué circunstancias de pecados deben confesarse, 10.  
*Cólera de Dios*. La excitamos con nuestras recaidas, 109.  
*Compañías malas*. Cuanto las debemos huir, 309.  
*Comulgar en memoria de J.-C.*, que es, 168 y sig.  
*Comunion*. Con que disposiciones se debe recibir, 159. — Importa mucho llegar con gran confianza en la misericordia de Dios, 228 y sig. — Es como un banquete donde solemniza Dios su reconciliacion con el hombre, 216 y 221. — Daños que causa no frecuentar la comunion por timidez religiosa, 193 y sig. — El espiritu de la Iglesia en no dar la comunion pascual sino despues de cuarenta dias de penitencia, 182 y sig.  
*Concilio de Trento*. Su doctrina sobre la justificacion, 22.

*Confesiones*. Cuánto debemos sospechar de muchas, 48.  
*Confesores*. Dulzura y suavidad con que deben tratar á los penitentes, 5. — Qué deben preguntar acerca de las riquezas ó bienes de fortuna, 12 y sig. — Uno de sus mayores cuidados debe ser que el penitente no se engañe á sí mismo, 16. — Cuán injustamente son tenidos algunos por rigurosos, 92 y sig.  
*Consideraciones piadosas para ántes de comulgar*, 234 y sig.  
*Contricion*. Cómo la define el concilio de Trento, 42. — Una es perfecta y otra imperfecta: cuánto conviene no confundirlas, 74 y sig.  
*Conversion*. Es el paso de vivir segun la carne, á vivir segun el espirita, 81.  
*Corazon*. No se convierte á Dios por solo temor, 25. — *Convertido de veras*. Pintura de su estado y nuevos afectos, 84 y 143. — Ama el retiro y la oracion, 292 y sig. — Señales para conocer cuando no está dispuesto como conviene para recibir la comunion con fruto, 169, 171 y 232.  
*Cornelio el centurion*. Pruébese por él que el bautismo es necesario aun á los que ya tienen amor de Dios, 67 y sig.  
*Criados*. Cuales se deben escoger, 311 y 414.  
*Cruz*. Es poderosa arma contra los demonios, 111.  
*Cuerpo de J.-C.* Para recibirlo con fruto es menester llegarse con fe ardiente: qué significa esto, 168 y sig.  
*Cuerpos*. Los debemos tratar como víctimas destinadas á la muerte, 100 y sig.

D

*Demonio*. Sus ardidés para retraernos de la sagrada comunion, 228. — Sus ardidés para que el penitente no haga el propósito de no pecar, 56 y sig.

- Días.* Cómo emplearíamos los inmediatos á la sagrada comunión, si nos llegáramos con fe viva, que discierne tan admirable comida, 162.
- Dignidad* del hombre en gracia, 137.
- Dios.* Sus altos designios en la creación del hombre, 136 y sig. — Si es terrible en su justicia, es por que le obligamos á serlo, 31 y 215. — Aunque es menester amarle para volver á su gracia, no es necesario que el amor sea á toda prueba, 73.
- Disciplina.* Aunque ha variado en orden á las penitencias que se imponen por los pecados, el zelo de los ministros siempre debe ser el mismo, 89 y sig.
- Disposiciones interiores* con que cometemos los pecados, unas son generales, otras particulares: cómo las hemos de confesar, 3 y sig. — Para comulgar dignamente, 195 y 223. — Con que se debe recibir la absolución, 127 y 128.
- Dolor.* Que tan grande debe ser para obtener la absolución de los pecados, 43. — Ha de ir acompañado, á lo menos, con un principio de amor, 44 y 61.
- Dureza del corazón.* Es efecto de las recaídas, 109.

## E

- Efectos* que produce el dolor de los pecados cuando es tal cual se requiere para la absolución, 43.
- Efectos* que produce la verdadera conversión, 84 y sig. — Del sacramento de la Eucaristía, 258 y sig.
- Encarnación* del Verbo Eterno, 137.
- Enmienda.* Porque se observa tan poca enmienda en los que confiesan sus culpas, 59 y sig.
- Escusas.* En la confesion suelen ser hijas del amor propio, y cuanto perjudican, 14 y sig. — Cuán frívolas son las que alegan algunos penitentes para no admitir las penitencias que se les imponen, 93 y sig.
- Espíritu del hombre.* Su vida, por serlo de justicia, es verdadera vida, 78.

- Espíritu Santo* es como un lazo estrecho que une con Dios al hombre por los méritos de J.-C., 142.
- Espíritu* de nuestra religion es poner al hombre en dulce paz, 155.
- Estado.* Es conveniente que el penitente diga su estado ó profesion al confesor, 9. — *Interior* de un penitente con amor de Dios todavía lánguido, 69 y sig. — En cualquiera que se halle el hombre debe ofrecer á Dios su cuerpo como una hostia santa: cómo se ofrece, 101 y sig. — En aquellos en que se juzgan los hombres dispensados de la mortificación les es mas necesaria, 103 y sig. — El que tiene Cristo en la Eucaristía es el que debe tener el cristiano, ó, á lo menos, aspirar á él, 178 y sig.
- Estudio de la religion.* Importancia de saber los motivos ó fundamentos de credibilidad, 396.
- Eternidad.* Es utilísima su contemplación, 306 y sig.
- Eucaristía.* Es un medio tan digno de la sabiduría de Dios, como de su amor, 156 y 157. — Es pan de justos, y tambien de penitentes; vianda sólida de robustos, y leche para flacos y enfermos, 194 y sig. — En ella se nos dá un fruto celestial opuesto al funesto fruto del árbol vedado, 257.

## F

- Fe.* Es el principio, raíz y fundamento de toda justificación: porque, 23 y sig. — Cómo obra en la justificación de un pecador, 26. — Cómo se aviva, 28 y sig. — Que calidades ha de tener en el que se llega á la sagrada mesa, 159 y sig.
- Fin.* El mas puro y elevado que podemos tener cuando comulgamos es el de comulgar por amor, 225.

## G

- Grabado.* Cuánto y cómo podría contribuir al estudio de la religion, 393 y sig.
- Gracia.* Como y por que grados obra en nuestra justificación, 49 y 50. — La que derrama el Es-

piritu Santo en nuestros corazones se nos hace propia, 62. — Excelente dignidad de ella, 140 y sig. — Medios para conservarla, 289 y 293. — Primeros movimientos que obró en el corazón de San Agustín, 70 y sig. — Efectos grandes de la que se nos da en el sacramento de la penitencia, 135.

*Grados*, en la justificación del pecador, indicados por el concilio de Trento, 41 y sig.

## H

*Hijo Pródigo*. Reflexiones sobre esta parábola para alentarnos á confiar mucho en la misericordia de Dios, 112.

*Hombre*. Cuán poco dispuesto se suele llegar al sacramento de la penitencia, 48 y 49. — Cuando deberá sosegar sobre la bondad de su confesión, 50 y 51; de su contrición, 78. — Cuando se convierte á Dios de veras, solo le ocupa un deseo, 68. — Debe mirar la muerte como un sacrificio que hace á Dios por sus pecados, 103. — En gracia, es en cierto modo como una repetición del Verbo Eterno hecho hombre, 137. — Le importa mucho acostumbrarse á tener á Dios siempre presente, 295. — Debe ser virse hasta de sus pasiones y flaquezas para conducirse al conocimiento y amor de la verdad, 384.

*Virtuoso*. Cuán útil, dulce y afable es su trato, 398. *Humillación* con que el penitente debe postrarse á los pies del confesor, 110 y sig.

## I

*Ideas*. Cuán erradas son las que tienen los protestantes de los méritos de J.-C., 95 y sig.

*Inspiraciones y recordamientos* que se suelen tener al tiempo de pecar: conviene mucho manifestarlos al confesor, 4.

*Intención*. Pureza de intención con que nos debemos llegar á la sagrada mesa, 224 y sig.

## J

*Jesucristo* calificó por bueno el temor de Dios, 22. — No padeció para descargarnos de toda pena, sino de la culpa y pena eterna, 97. — La gran confianza que debemos tener en su misericordia, 112. — Piadosas consideraciones contemplando á J.-C. en la cruz, 120 y sig. — Pontífice supremo, mediador y sacrificador, 128 y sig.

*Juan Crisóstomo (San)*. Su testimonio acerca de la presencia real de J.-C. en la Eucaristía, 170 y sig.

*Justificación*. Empieza por un auxilio ó gracia de Dios, 22 y 23. — La fe la empieza, y la misma, junto con la caridad, la perfecciona, 35.

*Justo*. Porque teme á Dios, 31 y sig. — Aun en el que lo es mas queda la mala raíz de la concupiscencia, 82. — Obra por amor, 71. — Es como una rama cuyo precioso tronco es J.-C., 145.

## L

*Legado*. J.-C. en su testamento y última voluntad nos dejó por legado la protección de María Santísima, 124.

*Ley* de muerte llama el Apóstol á la ley de la carne, 82.

*Leyes* de estado y decencia con que quieren los hombres eximirse de la mortificación y penitencia, cuán vanas son, 105 y sig.

*Libros sagrados*. Recomiéndase su lectura, 382. —

Una nueva edición de estampas de los memorables sucesos contenidos en los del nuevo y antiguo Testamento sería una obra utilísima, 393 y sig.

De las confesiones de San Agustín, alabado, 4.

## M

*Males* que provienen de la ignorancia de la religión, 387 y sig. — Que causan las recaídas, 108 y sig.

*María Santísima*. Consideraciones piadosas contemplándola junto á la cruz, 123 y sig.

- María Magdalena (Santa)* junto á la cruz, 124.  
*Medio sencillo y natural* con que se resuelva la cuestion, al parecer difícil, sobre la verdad de la conversion, 79.  
*Méritos*. Los de J.-C., aunque infinitos, no nos eximen de satisfacer por nuestros pecados, 95 y sig.  
*Método natural y seguro* para enseñar bien la religion, 384 y sig.  
*Ministros de la Iglesia*. Halla el cristiano en cada uno de ellos á J.-C., 17 y 18. — *De la penitencia*. Cuándo deberá desconfiar de la disposicion de sus penitentes, 59 y sig. — Ejerce dos funciones, de juez y médico, 91.  
*Misérias*. El conocimiento de nuestras misérias, lejos de acobardarnos, debe alentar nuestra confianza, 33 y sig.  
*Modas profanas*. No ha podido inventarlas la ley del espíritu, sino la de la carne y muerte, 86.  
*Motivo* que nos deben mover á aceptar la penitencia que nos dé el confesor, 94 y sig.  
*Muerte*. Es el alma de la penitencia segun los Santos Padres: esplicase esta expresion, 100. — Cuán útiles su meditacion, 304 y sig. — *La de J.-C.* Varios modos de anunciarla cuando comulgamos, 174 y sig.

## N

- Naturaleza*. Su interes unido con la religion, 382.  
*Niños*. Su carácter y flaqueza, 382. — Modo fácil y suave de enseñarles la religion, 396 y sig.  
*Nombre*. Rara vez está obligado el penitente á declararlo al confesor, 8.

## O

- Objetos* de nuestra religion que nunca debemos olvidar, no temer nada de parte de Dios, temerlo todo de parte nuestra, 31.  
*Obligacion*. La de confesar los pecados no solo no es carga

- carga pesada, sino grande alivio para el penitente, 7 y 16.  
*Obligaciones del estado*. La religion quiere y nos manda cumplirlas, 298 y sig.  
*Obras de la carne*. No basta no hacerlas para ser de J.-C., es necesario combatirlas y debilitarlas, 83. — Valor sublime de las hechas en gracia, 136.  
*Ocasiones*. El que se convierte de veras no solo huye el pecado, sino las ocasiones, 87, 232 y sig.  
*Oracion*. Que calidades ha de tener, 296. — Cuán necesaria es para perseverar en gracia de Dios, 294. — Modo sencillo de hacerla por la mañana al levantarnos, 294 y sig.  
*Oracion panegírica*, ó elogio de un penitente recién convertido, 133 y sig. — *Patética* excitando al penitente al amor de Dios y odio del pecado, 119 y sig. — Otra para quitar de nosotros la nimia timidez de llegarnos á la sagrada comunión, 188. — Otra exhortándonos á disponer para la sagrada comunión, 220 y sig.

## P

- Pablo (San)*. Un breve elogio de este grande Apóstol, 419. — Lo que ejecutó con él Ananias prueba ser necesario el sacramento de la penitencia, aun al pecador que ya tiene amor de Dios, 66.  
*Padres de familia*. Sus obligaciones, 10, 310 y sig.  
*Pasiones*. Vivir segun las pasiones, aun espirituales, es vivir segun la carne, 79.  
*Pecador*. Debe contemplar á Cristo en el confesor, 6. — Arrepentido es espectáculo digno de Dios, 19 y sig. — Debe decirle á Dios la palabra que le dijo San Pablo, y esa le basta, 68. — Aunque es de sí indigno de recobrar la adopcion de Dios, pero J.-C. es dignísimo de que por sus méritos se le restituya, 113.

- Pecados* de una misma especie, cómo se han de confesar, 2 y sig.
- Penitencias*. Qué penitencias no puede rehusar ningún penitente, 92 y sig.
- Penitente*. Tanto debe evitar la negligencia, como la inquietud escrupulosa sobre la verdad de su contrición, 50 y 51. — Debe, al mismo tiempo que considera el exceso de sus pecados, considerar la bondad infinita de Dios, 130.
- Pensamientos* afectuosos para alentar á un penitente, 20 y sig.
- Perdon*. Una sola palabra es poderosa para alcanzarlo, 130 y sig.
- Perjurio* sacrilego que comete un penitente que vuelve á pecar despues de haber sido absuelto, 110.
- Peticion* para recibir la absolucion, 130 y sig. — Para ántes de comulgar, 251 y sig.
- Piedra de toque* para conocer si tenemos verdadero propósito de no pecar, 59.
- Placeres*. Cómo van labrando la ruina de nuestra alma, 290 y sig.
- Probarse* el hombre ántes de comulgar, qué es, 163.
- Propósito* de no pecar, aunque basta el virtual, mas seguro es el espreso, 53.
- Protestantes*. Cuánto yerran en reprendernos por la penitencia que hacemos en satisfaccion de nuestros pecados, 95 y sig.

## R

- Recuñdas* en los pecados, porque son tan frecuentes, 60 y sig. — Aunque no son prueba absolutamente cierta de que fue falsa nuestra conversion, pero son señal muy sospechosa, 197 y sig.
- Recogimiento interior*. Es muy importante en la vida cristiana, 291 y sig.
- Reglas* de moderacion y prudencia que debemos usar en la eleccion de un estado mas perfecto, 374.

- Religion Cristiana*. Su mayor hermosura se nos descubre en la contemplacion de lo que tenemos mas cierto, que es la muerte, 102. — Breve compendio, ó suma de la religion cristiana, 303 y sig. — Cuánto importa que se enseñe bien, 378. — Cuánto se ignora, 386 y sig.
- Reposo* dulce de un pecador reconciliado con Dios, 152 y sig.
- Resignacion en los trabajos*. Señálase la raiz ó fuente de donde nace la obligacion de resignarnos, 100.
- Resolucion* firme de no ofender á Dios, como la puede hacer con verdad el hombre siendo de sí tan frágil, 56 y sig. — Juicio sobre las resoluciones muy severas, 397.
- Retrato* verdadero del feliz estado de un pecador recién absuelto, 132 y sig.
- Ricos del mundo*. No debieran olvidar que no son propietarios, sino ecónomos, 328 y sig.

## S

- Sacramento de la Penitencia*. Es necesario aun al que está perfectamente contrito, 67. — Porque no siempre con la culpa perdona toda la pena, 87.
- Satisfaccion*. Es parte esencial del sacramento de la penitencia, 87 y sig. — Exige de nosotros tres disposiciones, 99 y sig. — Sentir los movimientos de la carne es muy distinto de quererlos y consentirlos, 82.
- Stímil* para conocer cuando no tenemos la contrición que requiere el concilio de Trento, 44 y sig.
- Sinceridad* del dolor, en que consiste, 49.

## T

- Temor de Dios*. Es como la primer basa de la virtud cristiana, 21 y 22. — Prepara á la justificacion, unido con la esperanza del perdon, 21, 31 y 40. — Dispone al pecador para la justificacion, pero no

434 INDICE DE LAS COSAS NOTABLES.

le justifica, 40 y 41. — Con el temor de volver á pecar se puede tener firme propósito de no pecar, 57 y sig. — Esplicase lo de San Juan, que el amor escluye al temor, 71.

*Tentaciones.* Reflexiones para conocer cuando no somos vencidos de ellas, 83.

*Terror religioso* con que nos debemos llegar á la sagrada comunión, 160 y sig. — El demasiado terror de llegarse á comulgar puede ser una tentación, 194.

*Tribunal de la penitencia.* Allí mas que en otra parte se verifica lo de estar dos juntos en nombre de Cristo, 6.

U

*Union.* Cuán estrecha es la que causa la gracia entre Dios y el hombre, 137.

*Vergüenza* de confesar los pecados : consideraciones para vencerla, 13 y sig.

*Victima.* El hombre desde el punto que abraza la religion debe ofrecer su vida como víctima á Dios, 100.

*Vida,* regalada y sensual amortigua la fe, 29. —

La de la carne y sentidos es una muerte, 78. —

Modestia y sencillez de la cristiana, 299 y sig. —

Diferencia de vivir en la carne, á vivir segun la carne, 81 y sig.

*Virtud cristiana.* No es esquivá, ni huye la sociedad, 397, 408 y sig. — Porque desmayamos en el camino de la virtud, 200.

*Voluntad* de no pecar, cuán grande y resuelta debe ser, 43.





ARTS Spilpro

NUEV

LIOTEC